

CARLOS MAYORAL



UN EPISODIO
NACIONAL


ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

Un episodio nacional

Dedicatoria

Cita

Asesinato

 Capítulo I

Reacción

 Capítulo II

 Capítulo III

 Capítulo IV

 Capítulo V

 Capítulo VI

 Capítulo VII

 Capítulo VIII

Juicio

 Capítulo IX

 Capítulo X

 Capítulo XI

 Capítulo XII

Sentencia

 Capítulo XIII

Desenlace

 Capítulo XIV

Fuentes bibliográficas

Nota

Mapa de Madrid

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El conocido periodista cultural Carlos Mayoral, especialista en la literatura decimonónica española, recupera en su primera novela un episodio poco conocido de nuestro pasado literario: los amores secretos entre dos de las principales figuras de nuestra narrativa, Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán.

Todo ello en una España en franca decadencia, en crisis permanente, y un país conmocionado por el crimen de la calle Fuencarral, un suceso que hizo correr ríos de tinta y con consecuencias insospechadas en la relación y la trayectoria de los dos protagonistas y del revuelto y fascinante Madrid de la época.

CARLOS MAYORAL

UN EPISODIO NACIONAL



*A Mateo:
«En toda el alma hay una sola fiesta».*

Resulta que la representación del país está, con unos y otros partidos, en manos de un grupo de profesionales políticos que ejercen, alternadamente, con secreto pacto y concordia, una solapada tiranía sobre las provincias y regiones. La justicia y la Administración, sometidas al manejo político y sin medios de proceder con independencia, completan esta oligarquía lamentable, igualmente dura antes y después de las revoluciones que tronaron contra el antiguo régimen.

BENITO PÉREZ GALDÓS. *La Nueva
Prensa Libre*, 1901

Cálamo. Del lat. *calamus*.

1. m. poét. Pluma de ave o de metal para
escribir.

ASESINATO

CAPÍTULO I

1

El día que aspiras el aroma de la muerte, este no te abandona jamás.

Doña Isabel Orgaz apenas había podido pegar ojo esa noche calurosa de verano por culpa de cierta migraña crónica y algún que otro desliz en la conciencia, pero lo cierto es que no fue hasta que las moscas empezaron a posarse sobre su carne desnuda cuando el sueño se volvió inalcanzable. Lo primero que pensó, así de vulgar resulta a veces la mente, es que aquellos insectos no volaban de noche. Doña Isabel no sabía que el fenómeno tiene que ver, precisamente, con el exceso de luz que le ha deslumbrado hasta despertarla. Con algo de crispación intentó apartarlas a manotazos torpes, pero el Madrid del mes de julio es un Madrid tan asfixiante que al terminar los aspavientos tuvo que detenerse para tomar aire. El ligero olor a aceite quemado le había llegado unos minutos antes, pero se lo había achacado una vez más al trajín con el que la villa se acuesta cada noche en esa época. Precisamente es el verano el que, gracias a (o más bien por culpa de) sus ventanas abiertas, te exige dormir con los sentidos en guardia, involucrados en la brega de la ciudad. Así que, alertada por el ajetreo constante, doña Isabel se dio cuenta de que lo que en un principio era un ligero olor a aceite quemado terminó convirtiéndose en un olor fuerte a carne chamuscada primero, y en un hedor inaguantable después. Isabel extrajo un pañuelo de la mesilla y tapó su rostro dejando sólo ambos ojos al descubierto. La madrugada parecía espesarse, y todo se aceleró cuando el rumor de un pequeño cuchicheo llegó hasta sus oídos.

Se asomó al balcón y no pudo evitar llevarse una mano a la boca, gesto que le obligó a dejar caer así el pañuelo al suelo. Una humareda fuerte se escapaba por la ventana de uno de los edificios cercanos, y eran las llamas las

que convertían en luminosa una madrugada que debió cerrarse bajo la oscuridad limpia de julio. Unos cuantos vecinos ya aguardaban en la calle el desenlace de lo que aparentemente parecía un incendio con víctimas, dado ese olor a carne quemada que flotaba en el ambiente. Isabel volvió a tumbarse en la cama dudando de la conveniencia de bajar con el resto de los vecinos a esperar a la policía. El calor, el olor y la angustia terminaron de envalentonar a la mujer, que decidió utilizar la misma ropa que había vestido por la mañana, es decir, una falda de hechura de campana, un cuerpo corto y unas mangas drapeadas, con pliegues. El asunto exige más elegancia que nunca, pensó, pues muy pronto se daría cita allí todo el vecindario, dada la rareza del asunto. Así de vulgar es la mente a veces. Terminó de calzarse mientras el alboroto afuera continuaba creciendo. Isabel sentía pena por su marido, al que le hubiera encantado asistir a la escena de apoyo vecinal que parecía representarse, pero un negocio de vinos en Jerez le había hecho perderse tamaño acontecimiento.

Ya en la calle, lejos de aliviarse por hallarse en un espacio abierto, los pulmones amenazaron con cerrarse ante la falta de oxígeno. Se acercó al corrillo que ya se había formado en plena calle de Fuencarral e intentó enterarse de lo ocurrido. Las informaciones eran contradictorias. Había quien apuntaba que se trataba de una explosión; había quien, sin embargo, hablaba de unos gritos misteriosos, e incluso había quien se decantaba por un simple incendio sin más... Sin duda, el vecindario había aplicado la máxima de más vale el rumor que el desconocimiento, y todo parecía indicar que el tiempo que tardasen en llegar las autoridades sería invertido en hacer entretenimiento del bulo y de la patraña. Pero entonces, rompiendo el silencio de la noche y el ligero rumor de los cuchicheos, un grito de mujer puso en alerta a la decena de personas que allí se hallaban. Todos se miraron fijamente, buscando en las pupilas del contrario respuestas al enigma. Sobra decir que la respuesta no estaba allí, sino dentro del portal, y durante los segundos posteriores se abrió un debate sobre si era oportuno entrar en el edificio para descifrar el origen del grito, de la humareda y del hedor.

A Isabel le apetecía, por alguna especie de morbo desconocido, formar parte de la comitiva que se adentrara en el edificio, pero echó un vistazo a sus zapatos a juego con el vestido, el tacón alto bajo el gigantesco broche dorado que coronaba el calzado en la solapa, y comprendió que quizás, por lo que pudiera pasar, aquel calzado no era todo lo seguro que exigiría un impulso

como ese. De pronto, el nombre de Luciana Borcino llegó a su mente y no pudo evitar estremecerse ante el mal augurio. Luciana era una mujer cercana y simpaticona, al menos con ella, con la que había coincidido en la zapatería de la calle de la Princesa precisamente el día en que Isabel había adquirido los zapatos de tacón medio y broche dorado. Fabián, el modista, se había agenciado varios pares del mismo estilo tras su paso por la última feria de la moda en París. Ahora se los ofrecía sólo a sus mejores clientas en su pequeño local madrileño. Isabel y Luciana eran dos de esas a las que Fabián había llamado «mejores clientas», y aquella mañana de primavera habían coincidido en la zapatería para probarse los dichosos zapatos.

Luciana vivía en aquel portal que ahora arrojaba una humareda negruzca a través de uno de sus ventanales. Isabel no sabía qué planta ocupaba el domicilio de aquella mujer, pero un escalofrío terrible le hizo imaginar lo peor. Al morboso impulso inicial se le añadió este interés personal, lo que hizo que Isabel se ofreciese a acompañar a los dos hombres que encabezaban el grupo de tres personas que se adentrarían en el edificio. Minutos más tarde, cruzaban el elegante portal. Dos columnas de granito recibieron a los tres rastreadores, que con sigilo fueron penetrando en el pasillo. A Isabel no dejaba de sorprenderle la categoría de la construcción. Los suelos empedrados, las barandillas doradas, las maderas de la escalera relucientes, las rejas de color canela, las puertas de roble... Todo un prodigio arquitectónico del que ella, a pesar de lo engorroso de la escena, sintió envidia.

Con pasos cortos y sin soltar palabra, giraron la esquina que llevaba hasta el piso que parecía quemarse. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que no eran los primeros en llegar. Dos vecinos registraban la propiedad. En la entrada, un tercer hombre sujetaba en brazos a una mujer que parecía desmayada. Los dos acompañantes masculinos de Isabel saludaron al hombre que intentaba reanimar a la mujer antes de penetrar en la estancia. Isabel se detuvo en la puerta.

—¿Está viva? —preguntó. El hombre asintió—. ¿Ha sido ella quien ha gritado hace un minuto?

El hombre, muy agobiado, volvió a mover la cabeza de arriba abajo en señal de asentimiento. Esta vez sí habló, aunque la voz ronca salía de su cuerpo con una tiritona que hacía ya presagiar lo que ocurría dentro.

—Es mi mujer. Siempre fue muy impresionable, y al ver lo que ha pasado,

no ha podido evitar dar ese grito y desmayarse.

—¿Quién hay dentro?

—Un vecino que ha venido también a ayudarnos. Y sus hijos, creo. Viven con Juana —señaló a su mujer con el mentón— y conmigo en este mismo edificio. Más sus dos acompañantes, en total somos seis ahí adentro sin contar a los habitantes de la casa. —El hombre carraspeó, y a punto estuvo de lanzar un esputo al suelo que finalmente decidió tragarse—. Hemos venido a comprobar qué demonios pasaba, pero la imagen es espantosa. Le aconsejo que no entre.

Isabel se tomó la recomendación como un motivo más para entrar.

—No se preocupe. Yo no soy nada impresionable. Mi nombre es Isabel Orgaz y vivo también en el barrio.

—Damián Trastévere, para servirle.

—Con su permiso, voy a entrar.

El hombre no contestó a la gentileza y se centró en las labores de reanimación de su mujer. Isabel penetró al fin en la casa y se encontró a los cinco hombres, los tres a los que se había referido Damián, dos de ellos muy jóvenes, y los dos que la habían acompañado, dialogando en corrillo. ¿Dónde estaban los habitantes de la casa? Ya no quedaba ni rastro del supuesto incendio. Al verla, uno de los cuatro hombres se dirigió a ella en tono paternalista.

—No entre. No le va a gustar la escena, me temo.

Pero a ella le gustaba menos aquella falsa condescendencia, así que sin mediar palabra se adentró por el pasillo. La penumbra no le dejaba reconocer los cuadros que salpicaban las paredes, tampoco la decoración ni el estilo de la casa. Pero a medida que se iba acercando a la habitación a la que ya varios cuerpos se asomaban, el olor se iba intensificando y sus reflexiones se iban centrando en el funesto desenlace que parecía tener aquel episodio. La primera sorpresa llegó al ver en una de las habitaciones la figura de un perro que yacía inconsciente en el suelo. Isabel se aproximó y comprobó que el animal seguía vivo, aunque probablemente se hallase bajo el efecto de un narcótico. Con los ojos ya habituados a la penumbra, pudo constatar que se encontraba en la cocina de la casa, aparentemente decorada con buen gusto. Se había detenido en uno de los platos de porcelana que descansaban sobre la mesa cuando cayó en la cuenta de que, junto al perro, el cuerpo de una mujer joven se encontraba tendido apenas a un metro del animal. Isabel se llevó, por segunda vez en

pocos minutos, la mano a la boca en señal de espanto. *A priori*, el cuerpo no presentaba señales de violencia y, gracias a la respiración leve que se intuía entre la penumbra, supuso que la joven seguía viva. No obstante, le alivió saber que no se trataba de Luciana.

—No toque el cuerpo. —Isabel se giró y comprobó que el tono de voz le pertenecía al tal Damián Trastévere—. Todo apunta a que esta mujer es la asesina, así que conviene no entorpecer la labor del juez.

Isabel no había retirado aún la mano de su mentón, e incluso se escandalizó más al escuchar la palabra «asesina». Salió de la cocina bordeando la figura de Damián. Con esa sensación que llega cuando los malos presagios van tomando cuerpo, la mujer fue recorriendo la casa, examinando con la vista todas las habitaciones. Llegó a la alcoba principal y, como ya había intuido entre sombras, efectivamente varios hombres rastreaban la estancia, probablemente vecinos. Dirigió su mirada al suelo, y lo que en el resto de las escenas se había saldado con una mano en la boca, esta vez lo hizo con un grito sordo, un tambaleo de piernas y un escalofrío atroz recorriendo su espina dorsal. Se agarró al primer asidero que encontró: un pequeño tresillo encasquillado en bronce. Una lágrima surgió de algún lugar a medio camino entre la tristeza y el miedo.

El cadáver de Luciana Borcino descansaba sobre un charco de sangre en el centro de la estancia. A la altura del pecho, la sangre se oscurecía. Alguien la había apuñalado a esa altura del corazón, más o menos. Para colmo, el resto del cuerpo lucía quemaduras no demasiado profundas en apariencia, pero sí lo suficiente como para haber hecho de los últimos momentos de su vida un infierno. Esto explicaba el humo que había dejado de brotar, así como el terrible olor a aceite y carne quemada. A la lágrima inicial que doña Isabel había dejado escapar le siguió un llanto continuado que duró varios minutos. Allí, frente al cadáver de Luciana, Isabel apretaba los puños preguntándose por qué, si la fragilidad de la vida ya bastaba para hacer de la muerte algo temido, alguien podía además asustar a los vivos con un final tan horrible. Sobre el cuchicheo de la calle sobresalieron las voces que anunciaban la llegada del juez con varios guardias y el portero del edificio, encargado de trasladar el aviso.

Isabel comprendió que había llegado la hora de abandonar la escena del crimen. Alguien despistado le preguntó por lo ocurrido ya fuera del edificio, y ella sólo fue capaz de contestar con torpes explicaciones sin sentido. Eso sí,

se persignaba de vez en cuando. Lo hacía al cruzar por su conversación alguna expresión que ella considerase poco adecuada: en ese momento Cristo pedía cuentas y ella las daba. Se enjugó las lágrimas y se marchó de allí apiadándose del alma de Luciana y odiando con toda su fuerza a la asesina, que seguía tendida en la cocina. Antes de salir de la alcoba, echó un último vistazo y terminó de cerciorarse: el cadáver calzaba un solo zapato con el tacón alto y un gigantesco broche dorado sobre la solapa. Las lágrimas, empujadas ahora por una mezcla de impresión y de melancolía, volvieron al rostro de doña Isabel Orgaz.

2

El vagón de tercera en el que yo viajaba camino a Madrid más parecía transportar ganado que hombres dispuestos a ganarse el jornal. El calor abrasador amenazaba con desintegrar aquel amasijo de hierros y no exagero si digo que, con cada legua recorrida, el interior se iba recalentando hasta casi achicharrarnos. Y digo que no exagero porque, aprovechando la parada que el convoy había efectuado en Medina del Campo, uno de los viajeros intentó sacar medio cuerpo por la ventana para coger aire y el resultado fueron unos cuantos alaridos motivados por la quemadura que la chapa produjo en sus manos. El sudor fluía sin saber muy bien cuándo podríamos enjugarlo, y me juré varias veces no volver a viajar en verano, al menos sin la certeza de que saldré vivo del intento.

Cuando era niño, me detenía en la posta de San Francisco, a las afueras de Valladolid, y observaba cómo las diligencias cruzaban de sur a norte y de norte a sur, dejando que mi imaginación se disparase. A veces fantaseaba con escenas en las que aquellos carruajes eran asaltados por bandoleros en las tierras yermas del sur, o me los imaginaba transportando a un acaudalado rey moro camino de Europa, o soñaba con pingües riquezas en el último vagón. En fin, cualquier cosa con tal de excitar a las musas que yo sentía que crecían en mi interior y que, al contacto con aquellas gentes venidas desde cualquier punto del país, me permitían creer en un futuro dedicado a la literatura y a la fábula. Años después, cuando mi padre accedió a darme la oportunidad de viajar a Madrid en busca de ese futuro, comprendí que yo sería uno de esos personajes que cruzaban la posta camino de cualquier parte, aunque hubiese cambiado los antiguos carruajes por un tren tan horroroso como aquel.

A mi lado, una joven sujetaba un libro de poemas clásicos. No pude

comprobar a qué autor del glorioso pasado poético devoraba, pero a juzgar por la estructura métrica hubiese apostado por el casi olvidado neoclásico. Una hora más tarde, la lírica había desaparecido bajo la tiranía del astro rey, y los versos de la anacreónica ahora servían para abanicar a la muchacha. Las cuarenta leguas que separan Valladolid de la capital fueron como un infierno en pleno julio. Los niños lloraban, los ancianos resoplaban, y de aquel vodevil salió un sonoro aplauso cuando comprobamos que los tejados de la villa de Madrid se intuían al otro lado del cristal.

Me impresionó la estación del Norte, que así la llamaban los que la conocían, con ese trajín incesante del que muy pronto supe que no me libraría mientras viviese allí. La arquitectura era tan simple que hasta las plantas que habían colocado para alegrarla resultaban mustias ante semejante mediocridad. Quizás la falta de juegos arquitectónicos se debiese a que el edificio debía salvar una pendiente salvaje hacia una especie de montaña que llamaban de Príncipe Pío, y que recibía a los viajeros que ponían el pie en Madrid con un tremendo sofocón. Como a esto le tenemos que sumar el infeliz trayecto ferroviario, si digo que a los cinco minutos de llegar a la ciudad ya la odiaba, no estaría siendo injusto con mis sentimientos.

La última noche que pasé en Valladolid la recordaría siempre como un cúmulo de nervios y ansiedad. De algún modo, viajaba a Madrid para cumplir un sueño, pero también se mezclaba ese anhelo con el hecho de abandonar lo conocido, lo placentero diría incluso, por un mundo que se presentaba amenazante y peligroso. A pesar de todo, yo encontraba en ese destino inquietante un peaje que habría de pagar por llegar a ese sueño al que me refería, el sueño de ser escritor en una ciudad de escritores. Fue al ser recibido por la villa de Madrid cuando supe que al sueño y a la pesadilla les separa una línea casi imperceptible, como bien demostrará este relato que les ofrezco.

3

—¡Doña Emilia Pardo Bazán!

El grito ensordecedor del orador trajo consigo el rumor de los asistentes. Seguía sin verse con buenos ojos la presencia de una mujer en una reunión de esa enjundia. La fiesta se desarrollaba en una pequeña finca que Campoamor había adquirido en algún punto cercano a Salamanca, aunque muy cerca del límite con las tierras abulenses. Se celebraba, con no poca alharaca hacia la sociedad, la firma de una nueva Gramática de la Real Academia, más en concreto la decimoctava, y por tenerse contemplado aquel territorio como exclusivamente dedicado a hombres, el hecho de que el orador, el ilustre don Lope Garrido, un notario académico con décadas de solera, pronunciase con su voz de prédica clerical el nombre de una mujer como Emilia despertó el susodicho rumor. Era la única mujer en la sala, por lo que el tono era más bien grave, y a esta contrariada reacción en el público llegó incluso a escapársele un furtivo «¡qué vergüenza!», cuyo emisor quedó cobardemente instalado en el anonimato.

—¡Don Benito Pérez Galdós!

La aparición de un nuevo nombre en los órganos fonadores de don Lope, y masculino para más inri, hizo desaparecer el reproche general que se formó tras haber pronunciado el notario el de Emilia, que a ese rumor respondió con una sonrisa de oreja a oreja, de esas que dejan claro que lo que para el contexto es un fastidio para el emisor es, se puede decir incluso, un orgullo. Continuó don Lope con la retahíla de nombres encargada de inventariar a los asistentes dentro de la reunión, no sin que más tarde, una vez hubo acabado con ella, dedicase unas palabras solemnes y hermosas a la lengua castellana y la docta casa, encargada de mantenerla resplandeciente para península, islas y

colonias.

Cuando comenzó la fiesta real, ya lejos de los formalismos habituales, es decir, la que incluye los cócteles debidamente sujetos y los canapés de nuevo estilo francés sobre las mesas, quiso el destino que la muñeca de don Lope escribiese los nombres de doña Emilia Pardo Bazán y de su sucesor en la lista, don Benito Pérez Galdós, de manera consecutiva en la misma mesa dentro del convite, y que ocuparan por tanto asientos contiguos, lo que favoreció enormemente la conversación particular entre ambos. Guardaban amistad desde que años antes la correspondencia entre la Galicia de ella y el Madrid de él se intensificase, e incluso habían barajado la posibilidad de un encuentro a solas para intercambiar opiniones literarias. Lo que sus voluntades no habían conseguido, lo había hecho con facilidad el destino.

—Y dígame, señor Galdós —susurró ella por debajo del rumor general—, ¿de verdad lleva usted aquí una semana? Poco hay que hacer en este páramo casi desierto.

—Así es, una semana. Y permita que le corrija: hay mucho que hacer aquí. Tendría que ver usted la ganadería que se maneja, lo que repercute de forma extraordinaria en sus cocinas. Y desde un punto de vista estrictamente paisajístico, vaya usted a pasear por esas sierras cuyos aires cortan la cara de uno incluso en este caluroso junio. Son majestuosas.

—Algo más hará.

—Le prometo que nada más que disfruto de esta maravillosa tierra. Me alojo en una finca al oeste, cerca de Ciudad Rodrigo, propiedad de un viejo amigo mío, don Sebastián.

—¿Literato? ¿Noble?

—Es uno de los terratenientes más poderosos de Castilla. Amasó fortuna desde su cuartel general en Valladolid, dicen que gracias a la ruta textil que cruza por sus dominios. A partir de entonces, buenas inversiones basadas en un voraz instinto para olisquear el vil metal hicieron el resto.

—Vaya... Galdós, el escritor que le da voz a los desfavorecidos, alojado en casa de los nuevos ricos —bromeó ella.

—No sabe usted el cariño que le tengo a este hombre. Me dio cobijo cuando anduve estudiando los terrenos que me permitiesen acabar aquella novelita sobre la batalla de Arapiles. Uno de mis *Episodios* favoritos. Desde entonces, correspondencia y cariño para él no faltan.

—Tiene usted amigos en toda España.

—Lo mío me cuesta. Fíjese que ahora me quiere enviar a su joven hijo a Madrid, para que le instruya en el arte de escribir, y supongo que para mañana poder tirar de las influencias que yo le ofrezca. Pero no le pongo trabas a ese amor paterno-filial, y allí que acogeré al muchacho.

La fiesta se había organizado con mucho cariño, pero no con excesivo rigor. La falta de servicio, dada la expectación, había supuesto que los asistentes accedieran a los licores sin que la barrera de la organización pusiese freno, por lo que los vapores de la noche se espesaron, el alcohol y el tabaco se adueñaron de la escena, y los ilustres invitados vieron correr el curso de sus conversaciones hacia la informalidad con más rapidez de lo previsto. No eran excepciones Galdós y Emilia, que cada vez sentían más íntima una conversación delante de toda la plana mayor de la literatura patria.

—Espero que no le incomode la presencia de esta mujer que despierta los odios más terribles en la muchedumbre —apuntó ella con la sorna que permite exponer una amistad ya consolidada.

—Ya sabe usted, doña Emilia, que la presencia de la mujer en el mundo de las letras no sólo no me incomoda, sino que me parece esencial para que este avance al ritmo que debe —contrarrestó él.

Ambos gozaban ya del prestigio suficiente como para importarles un carajo la opinión de los cuatro dinosaurios que por allí pululaban. Ella acababa de publicar *Los pazos de Ulloa*; y él, *Fortunata y Jacinta*. Ya era mucho más que lo que habían conseguido, de cara a la posteridad, muchos de ellos. El calor de los licores había empezado a subir el tono de las risas y todo era más divertido, pero también más peligroso bajo ese prisma.

—Vaya —siguió bromeando ella—, fíjese, si el sexo débil puede tener un aliado entre el sexo fuerte del calibre del señor Galdós, no todo está perdido.

Las carcajadas de Galdós llamaron la atención del resto de los asistentes.

—Sospecho que a doña Emilia, hija de ilustres condes, pluma certera e hiriente, no le hacen falta aliados. Se basta e incluso se sobra en la lucha que mantiene contra esta sociedad de reaccionarios.

Ella apoyó el codo sobre la mesa y, a su vez, el mentón sobre esa mano.

—No crea —contestó con un brillo feroz en los ojos—. En ocasiones, esa hija de condes echa de menos no tener más compañía. En su lucha contra esta sociedad de reaccionarios o en la habitación del palacete que le ha reservado el señor Campoamor.

Galdós se ruborizó al instante, mirando a uno y a otro lado. Por suerte,

pensó, nadie lo ha escuchado.

La noche terminó con jarana, se establecieron más vínculos si cabe entre los distintos personajes que manejaban la escena literaria, se brindó con buen cava y cada cual se retiró convenientemente, bien en dirección a las posadas de la zona, bien hacia los lujosos hoteles de las capitales. Los menos accedieron a la invitación de Campoamor, ocupando aposentos del palacete propio. Dos de ellos, Galdós y Emilia, tenían asignadas habitaciones dentro de la misma planta.

Al cruzar frente al dormitorio que ocupaba doña Emilia, Galdós se detuvo. Colocó los pies junto a la puerta y se mantuvo petrificado allí, esperando no se sabe muy bien qué. El impulso de golpear la puerta era tan fuerte que ya se podía contar por minutos el tiempo que estuvo con los nudillos apretados. El deseo se masticaba. Ahora bien: ¿se atreverían?

REACCIÓN

CAPÍTULO II

1

Conocí al maestro Galdós uno de los primeros días de julio del año de 1888. Al llegar al interior del local, alejado del estruendo que emitían unos gitanos a la entrada, me encontré con varias mesas ocupadas por hombres y mujeres solitarios. Me fijé concretamente en uno de esos náufragos, que dejaba escapar en ese momento su mirada hacia algún punto de la taberna, y que me llamó la atención no sólo por su cuidada barba y su pelo aceitoso peinado a raya, también por llevar consigo una navaja enorme, que cambiaba de mano mientras que lo que fuera que estuviese pensando terminaba de arder frente a la copa de vino.

Al fondo, en una de las esquinas, estaba él, aparentemente escondido, quizás más solitario que nunca. El olor en aquel rincón del local se espesaba. El vino tinto y una especie de orín mezclaban sus aromas haciendo de la estancia allí un martirio que parecía no desagradar a Galdós. Como el tipo de la navaja, el maestro también lucía la mirada perdida de quien acude en solitario a una taberna como aquella, pero en su distracción mantenía el porte provinciano, el saber estar humilde y el gesto despistado y simplón. El bigote le temblaba, quizás por un achaque del aguardiente, y la cada vez más corta melena le clareaba con respecto a lo que en otro tiempo debió ser una mata frondosa. Aun así, lucía robusto y fuerte, algo en él indicaba que tenía ganas de pelear, de mantenerse a flote. No se había despojado de la pequeña chaqueta marrón, que llevaba puesta a pesar del calor que asfixiaba a los transeúntes fuera y que parecía difuminarse entre la humedad del ambiente. Supuse que la sangre isleña, que no podía dejar de correr por sus venas, algo tendría que ver con esa chaqueta que nunca abandonaba. Lo que seguía admirando, a pesar de que los segundos pasaban rápidamente allí, mientras yo lo observaba, era que

detrás de esa mirada llana y simple uno se encontraba con las pupilas que mejor habían retratado nuestro siglo XIX, es decir, que no se esforzaba por aparentar lo que sí era. Otros escritores de mucho menos fuste se empeñan en hacernos creer a través de su imagen que son una especie de Lord Byron moderno. Galdós, que sí estaba a la altura ya de los más grandes, seguía manteniendo su porte vulgar y decadente.

Como alertado por mi llegada, le devolvió la vista al mundo terrenal hasta posarla en mí, que había permanecido un buen rato en silencio, esperando. Al verme, Galdós se ajustó la camisa y sin sonreír señaló con el dorso de la mano el taburete que se encontraba frente a él, al otro lado de la mesa. Nunca me había visto antes, pero rápidamente supo quién era yo. No era un ejercicio de perspicacia admirable, pues habíamos quedado a esa hora en aquel lugar, pero me ofreció asiento con tanta seguridad que muy rápido intuí que aquel hombre se fiaba de su instinto tanto como debe hacerlo un escritor. Antes de sentarme, me fijé en cómo el maestro examinaba mi figura con detenimiento. Este era su mayor don, el análisis constante de lo cotidiano. Supuse que una cantidad notable de adjetivos estaría rondando su cabeza en ese momento. No pude evitar pensar si utilizaría alguno de ellos próximamente. O, dicho de otro modo, si habría una pequeña parte de mí en alguno de sus maravillosos personajes de novela.

—Así que usted es Melquíades, el escritor —susurró con voz ronca y un suave acento canario, algo ceceante.

—Sí, don Benito. Ese soy yo. —La voz me temblaba tanto que a punto estuve de escapar huyendo del ridículo.

El tabernero hizo un gesto a varios metros de distancia que pude percibir por el espejo de la pared. Levantó el mentón en una seña cómplice. Vino tinto, dije. Y así lo repitió Galdós en alto. Unos segundos más tarde, el tabernero depositaba el vaso frente a mí. Aún no habíamos reanudado la charla.

—Me gustaron sus cartas —dijo al fin—. Hay ímpetu en ellas... ¿Cómo está su padre?

—Bien, me obligó a transmitirle su inquietud sobre cuándo podrá volver usted a los Torozos para compartir mesa con él.

Galdós no pudo evitar la mueca de satisfacción.

—Le debo tanto... Sin él, no hubiera podido recrear la batalla contra los franceses con la precisión que necesitaba. Me enseñó tantos lugares, me transmitió tantas leyendas...

—Lo sabemos, él se encarga de recordarlo cada día. —Ambos reímos—. Pero créame que la deuda queda completamente saldada con este favor que ahora usted le hace. Fíjese, acoger a su hijo, con lo perdido que anda —bromeé, señalándome el pecho.

Galdós realizó un aspaviento exagerado, como desechando la galantería.

—Dejémonos de favores y volvamos a ese ímpetu que veo en las cartas.

—Lo hay, ciertamente. Nada deseo más que arrancar con el oficio. Bueno, sí. Hacerlo al lado del más grande.

El maestro ni se inmutó. Parecían no agradarle los halagos. Me fijé en que apenas bebía de su vaso corto de aguardiente.

—Es verdad que el ímpetu no significa nada más allá de una simple predisposición —continuó.

—Lo sé. De hecho, el ímpetu lo he tenido siempre, y sin embargo aquí me tiene, con mi primera obra todavía por publicar. No quería hacerlo sin un consejo que me abriese la puerta. Por eso le escribí con eso que dice usted, ímpetu o como quiera llamarlo. Porque le necesito. Necesito su secreto.

—Mi secreto no es otro que abrir bien los ojos —confesó el maestro, confirmando la sensación que yo había tenido al sentirme observado por él—. Hay más literatura en la realidad que en todas las ficciones que pasen por su cabeza, amigo. Salga ahí afuera y dese un paseo por estas calles. Verá más personajes de novela en dos minutos que en toda la obra de Cervantes. —No supe qué contestar ante semejante alegato—. No se preocupe —reanudó sin abandonar el tono cortés, a pesar de nuestras diferencias de estatus y edad—. Llegaremos al fondo de la novela muy rápido. Ha estudiado usted leyes, ¿verdad?

—Así es, en Salamanca.

—Estupendo. A veces un novelista necesita la rigidez que impone la ley. Ambos reímos.

—Ahora dígame, viene usted desde Valladolid, ¿verdad? De los Torozos, hemos dicho.

—Así es.

—Relátame dos escenas que evoque de aquella tierra. Hágalo sin miedo a la cursilería. Por lo que he podido ver en sus cartas, maneja una buena sintaxis y un léxico aceptable. Pero eso tampoco sirve de nada más que para poder al menos comenzar. Sí sirve, en cambio, una buena capacidad evocadora.

—¿Dos escenas de la infancia? —quise saber.

—Elija. Sin miedo.

Vi que el tabernero volvía a rellenar su vaso. Me mantuve en silencio unos minutos. Estaba nervioso, más que al inicio de la conversación. Sin duda, Galdós tenía dudas con respecto a mi ofrecimiento. Toda clase de augurios funestos acudían a mí, como, por ejemplo, la certeza de que no me permitiría acompañarle en la redacción de su próxima novela si pronto no le convencían las habilidades que yo tuviera. Y lo cierto es que, hasta entonces, más allá de todo lo que él ya había puesto sobre la mesa, el ímpetu y un manejo aceptable del castellano, poco más podría ofrecerle.

—Vamos, que se va a acabar el alcohol de la taberna —me ordenó.

—Les pondré palabras a las dos escenas que ahora mismo vienen a mi mente —contesté titubeante—. Una tiene que ver con el sol ocultándose al otro lado de los montes Torozos, con las tierras salpicadas de distintos colores, la espiga alta ya en esa primera época del año. La otra es una imagen del Duero, bajando por el recodo desde Tordesillas y perdiéndose hacia Toro en un camino pedregoso plagado de viñas.

—¿Y el hombre? —interrumpió Galdós.

—¿Perdón?

—El ser humano. ¿Dónde está?

Me ruboricé al instante. Sin palabras, mudo por la vergüenza de quien se sabe fracasado frente a uno de sus héroes. Sin embargo, en un alarde de humildad, el canario sonrió y, percatándose de mi sensación de fracaso, intentó aliviarme.

—Tranquilo, don Melquíades. Sé que cuando uno abandona su hogar tiende a llevar consigo escenas concretas, instantes detenidos para siempre. Y no hay nada que resista mejor el paso del tiempo que la naturaleza que uno identifica como propia. Además, si uno lo deja para llegar a Madrid, este hervidero de hombres con prisa, tampoco es extraño que evoque la soledad y el aislamiento. Pero, amigo, el motor de una narración siempre tiene que estar dirigido por el ser humano. Ha de ser él quien le dé vida a esta novela o a cualquier otra, porque sólo él puede aportar una perspectiva para esas evocaciones de las que me habla. Fíjese en cómo habría cambiado la escena si me hubiera pintado en ella al jornalero que recorre esa tierra cada mañana, o a la lavandera que se agacha en el recodo del Duero para sacar adelante la colada. Son ellos los que deciden, a través de su pluma, el color de esos campos o la fuerza de ese río. Digamos que le dan sentido a una situación

narrativa que, sin ellos, pierde la perspectiva hasta quedarse hueca, vacía.

No supe qué decir. Sentía la presencia constante del genio que aquel hombre llevaba consigo. Me agobiaba.

—Tiene toda la razón... —me detuve en este punto.

Noté cómo de pronto me quedaba fuera de lugar. Él permaneció callado, con la vista en otro lugar. Sólo unos minutos más tarde se dignó a reanudar la conversación.

—He leído recientemente a Dostoievski, un autor ruso. *Crimen y castigo*. ¿Lo conoce? —Negué con la cabeza—. En él uno encuentra todos los dilemas cervantinos hechos narración. No importa que el autor del asesinato sea descubierto al comenzar la novela. La intriga no está en ese misterio, sino en otro tipo de preguntas que plantea siempre el género novela y que llevan al protagonista a matar de un hachazo a su víctima. El amor, la locura, el tiempo, la muerte..., todos los grandes motores del ser humano pasados por las pupilas de un personaje narrativo. Lo importante no es qué hace ese personaje, sino por qué lo hace. Me he propuesto llegar a ese fondo, quizás le apetezca acompañarme.

No podía evitar sentirme como el niño que se ve obligado a desenvolver un regalo, consciente de que todos a su alrededor conocen el contenido excepto él, y que retira el envoltorio con una mezcla de pudor y deslumbramiento.

—Por supuesto que me apetece... Pero ¿por dónde empieza uno a buscar ese fondo?

De pronto, los gitanos comenzaron a emitir más algarabía de la que estaban formando hasta entonces. Dirigimos la vista hacia ellos y, por primera vez, ya con la vista adaptada a la oscuridad de la taberna, me fijé en el resto del local. Los candiles apagados colgaban en lo alto, esperando quizás a que horas más avanzadas exigieran su uso. Las paredes no escondían la suciedad que sugería el olor que recibía a los clientes. En una de las paredes, de manera destacada, podía leerse: «Teléfono, 3795». Más allá de la barra, robusta y alta, dos gitanos forcejeaban en una mesa, peleando con sorna a voz en grito.

Aprovechó el maestro para responder a la pregunta: ¿por dónde empieza uno a buscar el motor que impulse a los personajes? Y lo hizo con un gesto: extrajo de uno de los bolsillos de su chaqueta un recorte de periódico y lo estampó contra la mesa. Con la palma de la mano señaló el recorte. «Lea», ordenó. Hice lo propio y lo primero que distinguí fue la cabecera: «Actualidades». Me detuve después en el título: «Crimen en la calle

Fuencarral». Y después, el subtítulo: «Horroroso crimen cometido en la villa de Madrid, en la calle Fuencarral núm. 109, con muchas incógnitas por resolver». Ni siquiera me hizo falta acceder a la entradilla. Supuse por dónde iba el maestro.

—¿Quiere que los personajes de la novela crezcan alrededor de este suceso?

Pero él se mantuvo en silencio, sobreentendiendo la respuesta. Se limitó a apurar de un trago el aguardiente, con la cara de satisfacción de quien sabe que ha tenido una idea brillante. Colocó con un golpe seco el vaso sobre el recorte de periódico que yo había devuelto a su lugar sobre la mesa. Observó mi copa de vino y comprobó que también estaba vacía. Levantó el brazo hasta que el tabernero cayó en la cuenta de su reclamo y, con un nuevo gesto cómplice, le hizo entender que saldaría su deuda próximamente. Se abotonó la chaqueta y, sobre el alboroto que seguían montando los gitanos, dejó el inicio de la próxima novela visto para sentencia.

—Vamos, ese libro no va a escribirse solo. —Nos levantamos y, antes de salir de la taberna, se acordó de apuntalar—: No olvide que no hay otro secreto que abrir bien los ojos.

2

Me sorprendió ya desde el inicio el talante indagador que el señor Galdós mostraba de una manera casi natural, como si le interesase cada esquina que pisásemos, cada palabra que escuchara, cada vecino que se cruzase. Me habían dicho que se trataba de un hombre silencioso y reflexivo, pero a pesar de que llevábamos muy pocas horas en contacto, ya me había fijado en que su éxito radicaba en todo lo contrario. Es decir, su triunfo tenía que ver no tanto con el pensamiento como con la acción, pues de toda conversación extraía un párrafo, de un simple apretón de manos sacaba dos o tres páginas, de una caminata junto a dos paisanos conseguía producir literatura. Ese era el verdadero Galdós, el que se mezclaba con sus personajes de novela, el que formaba parte de su misma narración. Al salir de la taberna, me explicó que el crimen que se había producido en Fuencarral no era lo que las apariencias dejaban presagiar. Le confesé que no sabía en qué se basaba y él me contestó que en el puro instinto.

—¿Conoce el periódico *La Prensa*? —Negué con la cabeza—. Es un periódico bonaerense de mucho prestigio al otro lado del océano. Mi amigo Paz, el director, estará encantado de saber que aquí hay una historia. ¿Conoce a José Camilo Paz? —Volví a negar—. Deduzco que no se sienten ustedes muy atraídos por los políticos liberales en Valladolid. —Reímos ambos—. Da igual, lo que quiero decir es que José Camilo está encantado de que contemos esta historia en *La Prensa* de Buenos Aires. —Dedujo por mi cara que me decepcionaba limitarnos a la prensa—. Tranquilo, no desentrañaré nada. El hecho de que le enviemos una crónica de lo ocurrido no significa mucho. A cambio, Paz nos compensará económicamente y, lo que es más importante, podrá abrirnos alguna que otra puerta. Pero, insisto, nos limitaremos a la

crónica, a la estricta narración de los hechos. El material novelesco se queda con nosotros.

El clima seco del verano en Madrid se me había clavado en la garganta, y entre los carraspeos intentaba memorizar la constante conexión que Galdós llevaba a cabo entre la realidad y la lista de editores, periodistas, escritores y todo tipo de personajes relacionados con el mundo de las letras.

—¿Le pagan por escribir crónicas en periódicos? —quise saber.

—Durante muchos años no fue así. En la misma Argentina, en *La Nación*, he escrito mucho por amor al arte. Por eso debemos aprovecharnos de la plata y los contactos de un diplomático tan influyente como lo es Paz.

—¿Y cuándo se lo comunicará a don José Camilo, si es que no se lo ha comunicado ya? —pregunté—. Quiero decir, para que ese hombre le ayude, tendrá que saber en qué se halla.

Un perro aulló a lo lejos y, colocándome los calcetines, intenté disimular el rubor que seguía provocándome el hecho de compartir escena con alguien a quien admiraba casi como a un semidiós.

—No se preocupe por eso, digamos que... está enterado de lo que necesita enterarse. Y no, no tiene por qué saber en qué nos hallamos. Él ya tiene el suficiente poder como para, casi a ciegas, conseguirnos una cita como la de hoy.

Cruzamos la avenida de Fuencarral hacia una de sus calles anexas, que a pesar del calor no dejaba de hervir a esa hora del día. Me sentía bastante impactado por el hecho de que el Madrid que me había encontrado era un Madrid muy similar al que mi mente imaginó al leer los libros de Galdós en la distancia. El escritor tenía esa capacidad: convertía su pupila en nuestra propia pupila, nos ofrecía su perspectiva y, una vez asimilada, uno ya no podía soltarla. Cuando te empapas del Madrid de Galdós, la villa se transforma, se convierte en la ciudad descubierta por el escritor, y a todos nosotros nos toca observarla con los matices que nos proporciona su prisma, con los rincones personales que nos ha transmitido, con esos personajes que ha liberado. Cuando uno lee a Galdós, deja de ver la ciudad con los mismos ojos y pasa a verlos con los del propio Galdós, y ahora que merodeaba por los alrededores de la calle Fuencarral comprobaba sorprendido que la mezcla entre su pluma y mi imaginación se parecía excesivamente a la realidad. Casi notaba cómo por todas partes se podía respirar el olor a tinta bajo la muñeca de mi acompañante.

Llegamos finalmente a un edificio bajo, escondido al fondo de uno de los pequeños callejones que nacían en el paseo de los Areneros y que se perdían en la nada para nunca ser recordados. Sin luz y sin aire, aquel edificio más parecía un pasadizo hacia la otra vida que un lugar habitable. Al traspasar el portachón nos encontramos dentro de un patio sucio, con varios geranios marchitos y algunos otros maceteros vacíos, inequívoca señal de que poca o ninguna vida nacía allí adentro. El piso era tan irregular que tanto Galdós como yo trastabillamos en varias ocasiones. Una segunda vez estuvimos a punto de dar con nuestros huesos en el suelo, esta vez al adentrarnos en un cuarto oscuro, por culpa de un escalón traicionero que servía de entrada. Por fin habíamos llegado. Un guardia nos recibió sentado en un pequeño pupitre.

—¿Cerró el portal como le indiqué?

El canario asintió. Yo no me había percatado de cierre alguno, aunque sí me había extrañado que en aquel lugar nos hubieran recibido con las puertas abiertas.

—Tomen asiento. —Señaló dos sillas raquíticas frente al escritorio para después observarme detenidamente—. ¿Es de fiar? —le preguntó al maestro, señalándome con un leve gesto.

—De máxima confianza —contestó sin titubear.

—Bien, seré rápido —dijo el desconocido—. Luciana Borcino es el nombre de la mujer asesinada, aunque todo el mundo, con esa capacidad que tiene el pueblo para etiquetar, la conoce como la viuda Varela. Es una mujer. —Galdós me miró muy rápidamente, pues le había extrañado tanto como a mí que hubiera hecho uso del presente; y el hombre, claro, lo notó—. Perdón, quise decir que era una mujer muy aceptada en general por el barrio, aunque sus excentricidades no se pasaban por alto. Cierto es que no era extremadamente simpática, pero no es menos cierto que a su timidez añadía un talante solidario fuera de lo común. Tenía una posición más allá de lo acomodado, una ricachona que gastaba tanto como ofrecía, lo cual ya es más de lo que se espera en esta clase de señorones. El cadáver, cuando llegamos nosotros, estaba ya carbonizado. Unos cuantos vecinos habían abierto la puerta y avisaron de un humo espeso en toda la estancia. Tan espeso que no pudieron darse cuenta de que un cadáver yacía sobre la cama hasta pasados varios minutos, lo que tardó un vecino en ordenar que se abrieran todos los balcones de la casa y lo que tardó uno de sus hijos en llevarlo a cabo. Nosotros llegamos allí más tarde, y aunque el olor hacía presagiar lo peor, la verdad es

que no fuimos conscientes de la atrocidad que el asesino había cometido hasta que vimos el estropicio que había preparado, tanto con el domicilio como con el cuerpo.

Galdós me miró con gesto cómplice. Lo cierto es que no podía darse un escenario más novelesco que aquel.

—En la cocina hallamos el cuerpo tendido de una mujer —prosiguió el hombre—. Junto a ella, a su vez, el cuerpo de un perro de presa adormilado. Este perro forma parte del ramillete de excentricidades al que me refería antes. Es feroz, y ha provocado algún altercado en la calle. Conseguimos reanimar a la mujer tendida junto al perro, que por lo visto formaba parte del servicio de la viuda Varela, y negó relación alguna con el crimen. Su nombre es Higinia Balaguer, y de momento poco sabemos de ella más allá de su evidente papel en el asesinato.

—¿Y por qué no ladró el perro? —preguntó Galdós.

—¿Perdón?

—Una sirvienta no es alguien lo suficientemente cercano a la dueña como para que un perro no se exalte si intenta asesinarla.

—Bueno..., ya le digo que la investigación pasa a manos ajenas. Pero supongo que ahí entrarán en juego los narcóticos...

—¿Cree entonces que la dueña no se percató de que drogaban a su perro?

—Insisto en que esto son castillos en el aire, porque la investigación ya corre ajena a nosotros, pero podemos seguir jugando el tiempo que quiera. —Carraspeó en este punto. Galdós decidió dejar de apretar al confidente—. Volviendo a la víctima, presentaba quemaduras desde las rodillas hasta la cabeza y los jirones del vestido quedaban completamente adheridos a la carne, dada la magnitud de las quemaduras. También algunas heridas aparentemente cometidas con un cuchillo o arma similar en el pecho y en el alto vientre. No llevaba medias y sólo calzaba un zapato. La sala era elegante, alfombrada con sillería de damasco azul de seda. Sobre las sillas, vestidos de toda clase: una falda de raso negro, un abrigo con pasamanería y cosas así. Un dato que parece importante es que junto al cadáver alguien había depositado cinco puntas de cigarro, siete cerillas y un papel de fumar. Es extraño, puesto que Luciana no fumaba. Por lo demás, no parecía desprenderse más desorden que el habitual en un dormitorio cualquiera. Los intentos por controlar el fuego, quizás por parte del asesino o quizás por parte de los vecinos, sí habían quedado reflejados en las numerosas manchas de agua que quedaron

esparcidas por el habitáculo.

—Entonces, ¿se descarta el robo? —pregunté.

—No se descarta, pero no hay signos evidentes de que fuese el móvil. — Esta vez, al carraspeo le siguió un movimiento seco por parte del guardia, que extrajo del bolsillo de la chaqueta colgada una petaca diminuta que no tardó en llevarse a los labios—. La portera identificó rápidamente el cadáver — continuó—. Ella era la que había abierto la puerta, alarmada por el fuego. La llave la tenía por gracia de la propia víctima, quien se la había hecho llegar la tarde anterior junto a escasos veinte céntimos para comprar leche.

—Hábleme de esa Higinia —interrumpió Galdós.

—Poca cosa sabemos de momento. Al despertar, le hicimos enfrentarse al cadáver y ella lo examinó horrorizada, gritando cosas como ¡pobre señora! y lamentos parecidos. Lleva apenas unas semanas trabajando en la casa, lo cual le da fuerza a su duda sobre el silencio del perro. De hecho, poco me creo yo esos lamentos, y más me decanto porque ese desapego, o esa falta de apego, mejor dicho, haya tenido parte de peso en el asunto. Obviamente, ha sido retenida hasta que le tome la declaración pertinente. Pero ya le digo que podría jugarle trescientos reales con usted a que ella es la autora material del crimen.

—¿Se podría mantener una conversación con la acusada?

—Lo veo imposible... —El hombre se achuchó un trago más de la petaca—. Aunque si lo mueve el mismo hombre que consiguió que hoy estemos usted y yo aquí sentados, quizás tenga alguna posibilidad.

Galdós se levantó y ofreció su mano en señal de agradecimiento y despedida. Yo hice lo propio. Ya en la cuesta de Areneros, noté que el maestro había ralentizado el paso con respecto al camino de ida. Su rictus era demasiado reflexivo, más aún si tenemos en cuenta que el guardia con el que habíamos charlado, uno de los testigos de la llegada del juez a la casa, apenas nos había aportado nada a lo que ya sabíamos por la prensa. Quise pulsar la opinión de mi anfitrión, más por curiosidad que por necesidad, pues no supe qué podía haber visto que a mí se me hubiera escapado.

—Al contrario de lo que afirma el guardia —contestó—, creo que el hecho de que Higinia llevase muy poco tiempo al servicio de la víctima corre más en favor de su inocencia que de su culpabilidad. Los autores de este tipo de crímenes suelen meditar su plan durante algún tiempo, estudiar las salidas, analizar los botines, etc. Que Higinia llevara unos días en la casa nada más

sólo puede indicar dos cosas: o bien es muy torpe y lo ideó todo en pocas horas; o bien, es lo que yo creo, entró al servicio de la viuda Varela por orden de una tercera persona.

—¿Cree que una señora que aparece tirada en plena escena del crimen es inocente?

—No he dicho tal cosa. Sí digo que su situación es demasiado frágil como para llevar a cabo ese trabajo sola. No sé, creo que me transmite buenas vibraciones. Quizás sea porque me siento identificado con ciertos puntos de su biografía.

—¿Identificado con su biografía? Pero si no sabía nada de su vida, ¿no?

—Claro que sé, don Melquíades. Pero necesitaba saber la versión de ese hombre sin interferencias propias. Hablamos de una mujer que entra a servir en la casa de una señora tremendamente rica. Hablamos de una mujer perdida, sin argumentos, sin recursos. Yo mismo llegué aquí de esa forma, en un tren desde Alcázar de San Juan, recuerdo, en la recién inaugurada línea del Mediterráneo, y llegué a la estación del mismo nombre echando de menos las islas a cada paso. Los vagones de tercera, amigo, te ofrecen demasiados caminos para escapar de la pobreza, y no todos esos caminos están limpios de polvo y paja. El día que llegué yo, hace tres décadas, a Madrid, una villa mucho más juguetona y alegre, en la que se podía vivir sin trabajar, aunque parezca mentira, fue a la vez el día más triste y más feliz de mi vida. Por un lado, la certeza de que a pesar de que en Las Palmas vivía acomodadamente, en Madrid era pobre y mis recursos eran limitados. Por otro, la sensación de poder adentrarme por alguno de los numerosos caminos que me ofrecía la ciudad para escapar de esas limitaciones. Esos caminos incluían, lo crea o no, el delito.

—¿Pensó usted en delinquir?

—Digamos que contrasté lo que suponía un delito aquí y lo que suponía en mi tierra natal. Higinia viene de un pequeño poblado cerca de Borja, a su vez una pequeña región aragonesa en el límite de las dos Extremaduras, lugar tan pobre como del que yo provengo. Supongo que ella haría el mismo ejercicio que yo hice. En las aldeas, el crimen, la agresión e incluso el desagravio son elementos difíciles de ocultar. Sin embargo, uno llega a una villa como esta, capital de la nación, y siente cómo su personalidad se difumina entre las demás personalidades. El episodio que en nuestra patria chica es carne de populacho, aquí se pierde entre los miles de hombres anónimos que nos

rodean.

—Luego reconoce que el instinto de cometer el crimen está ahí...

—Ese instinto está ahí y, aunque ahora estemos charlando cómodamente con varias pesetas en los bolsillos, la supervivencia altera el deseo. Y otra cosa que me parece clara es que la muchacha no podía tener las armas suficientes como para llevarse esta opción del simple imaginario a la vida real. Alguien le tuvo que proporcionar esas armas.

Era evidente que Galdós me había ocultado datos. ¿Hasta dónde llegaba su investigación?

—Necesitamos reunirnos con Higinia. Mañana mismo le digo algo. ¿Dónde duerme usted, don Melquíades?

—Tengo la intención de buscar alguna pensión barata. Mi padre pretende que me busque la vida, por lo que no me ha dejado que viaje con demasiado colchón.

—Quédese en mi casa —me ofreció con generosidad.

Dudé un instante. Finalmente terminé aceptando, ya que pocas horas antes, recién llegado a Madrid, había buscado pensiones baratas y aun la más cochambrosa tenía un precio prohibitivo. Bajamos hasta la plaza de Colón, donde el maestro tenía su domicilio. El ambiente allí era extraordinario. El paseo de Recoletos se mostraba sereno y apacible, alejado del ruido del centro. Apenas pude retener nada de lo que escondía la vivienda de Galdós. Unos cuantos tonos rosáceos y poco más. Quizás un libro firmado por Turguénev, aunque no sé si en este punto se confunde mi memoria. Sus hermanas, con las que compartía piso, habían salido de viaje para volver al día siguiente. Nunca volví a la casa del maestro, y el sueño aquella noche me obligó a no poder retener en mi memoria más que aquellos tonos rosáceos a los que me refería. Cerré los ojos cuando apenas había apoyado mi espalda sobre las sábanas ásperas del camastro para invitados. Soñé con los Torozos, en clara sintonía con el discurso que había dejado pululando Galdós en el interior de mi cabeza.

3

A la mañana siguiente desperté aturdido, desorientado. Coloqué los pies en el suelo y dirigí mi mirada hacia el espejo enorme que, junto al armario, habría de ser el encargado de ayudar a Galdós con su, por otro lado, humilde atuendo. Ahora devolvía la imagen de un hombre cansado. Las grandes preguntas sobre el crimen me habían sobrevolado durante toda la noche: Si Higinia no había podido llevar a cabo el asesinato por sí sola, ¿quién había servido de ayuda? ¿Por qué había decidido una humilde criada matar a una señora que nada tenía de opresora? ¿Qué había salido mal? ¿Por qué no había podido huir de la escena del crimen? Pronto caí en la cuenta de que me hallaba solo en casa de don Benito Pérez Galdós, ni más ni menos. Grité ¡hola! un par de veces sin recibir respuesta, y ante mi soledad sólo fui capaz de recoger el petate que traía conmigo y de salir a la calle en busca de una pensión donde poder alojarme. Estaría mintiendo si no dijese que me agobiaba la posibilidad de salir ahí afuera, a enfrentarme no sólo con una ciudad aparentemente hostil, también con mis propios miedos. Sabía que si quería llegar a cumplir el sueño de ver mi obra publicada, aquel era mi hábitat y aquellos, mis personajes. Pero no era capaz ni siquiera de manchar con tinta una cuartilla. Supuse que el mero hecho de acercarme al maestro azuzaría mi creatividad, pero nada más lejos de la realidad. Por primera vez en muchos meses, llevaba cuarenta horas sin escribir una sola letra. Su sola presencia me abrumaba, me hacía entender que mi sueño no sólo no se cumpliría fácilmente, sino que lo más lógico era que no se cumpliera nunca.

Me palpé la cartera. Decidí que lo mejor sería buscar ya una pensión barata, puesto que no sabía cómo podían evolucionar mis gastos allí. Al subir por la calle de Génova, pregunté a un par de transeúntes por la zona más

barata que conocieran sin salir de aquel barrio, que todavía se encuadraba en una de las zonas más decentes de la ciudad. Me enviaron con señas vagas hacia la plaza de Chamberí, y lo cierto es que sólo con cruzarla ya se notaba el cambio en el ambiente. Lo que en Recoletos eran mujeres con vestidos de seda y anchos sombreros del brazo de hombres en traje fumando tabaco largo de Cuba, más allá de la plaza de Chamberí empezaron a convertirse en pequeños individuos sueltos, sin ir del brazo de nadie, con la tez ennegrecida, muy diferente de aquel tono blancuzco de las pieles al otro lado de la avenida. Los trajes se transformaban en pantalones rasgados por el tiempo y los vestidos de seda, en largas batas de tela oscura.

Encontré la pensión sin buscar demasiado. Era bastante económica, así que, por los tiempos que solía manejar el genial Galdós a la hora de publicar, podría servirme como refugio hasta que el experimento terminase. El edificio parecía vetusto, con su portal abierto y desconchado. Un patio te recibía, muy parecido al patio del piso en el que nos habíamos reunido con el guardia, mal empedrado y con la sensación de estar delante de más muerte que vida en lo que a la decoración floral se refiere. La suciedad era evidente, aunque de poco me podía quejar si comparaba el precio con los que había pulsado alrededor de la estación del Norte, donde había llevado a cabo el único muestreo. Me recibió una mujer bien entrada en carnes, que no se movió de su silla para indicarme precios y normas. Hice el cálculo ya referido y me cuadraron las cifras, así que unos minutos más tarde ya descansaba sobre un colchón a cuyo lado la cama que me había prestado Galdós en Colón era un lecho de ángeles. Duro y húmedo, no fui capaz de averiguar qué demonios se clavaba en la espalda cuando transcurrían más de cinco minutos tumbado en él. La estancia no tenía decoración alguna. Tampoco muebles, más allá de un arcón donde meter la ropa. Un crucifijo sobre la cama era la única señal de vida en aquel lugar. ¿Dónde escribiría si ni siquiera contaba con un escritorio para hacerlo?

Justo frente a la pensión descubrí una pequeña taberna, regentada por un anciano tuerto, con un parche en el ojo izquierdo. Cuando hube terminado de colocar mis escasos enseres en el arcón, decidí aplacar el rugido de mis tripas en aquella pútrida taberna, pues supuse que los precios serían populares dada la coyuntura del barrio. El café donde me había reunido con Galdós horas antes era un palacio si lo comparamos con el local cochambroso al que se accedía por una puerta baja, con el marco de madera carcomida y por cuyo olor a punto estuve de salir huyendo. A pesar de todo, no hay nada que la

costumbre no aplaque, y a los pocos minutos ya me vi cómodo en aquel ambiente, que quizás me pertenecía más a mí, dadas las circunstancias, que las avenidas anchas de Recoletos. Bebí vino de nuevo, y aunque la calidad bajaba con respecto al de mi tierra, lo cierto es que mantenía el regusto amargo de la meseta alta, y muy pronto me perdí entre los vapores del alcohol, angustiado por lo que intuía que estaba por llegar.

4

No había empezado el sol a lucir cuando, insomne, decidí pasear sin rumbo fijo, buscando intuir los encantos que de momento me negaba una ciudad tan hostil como atractiva. Introduje en la saca un reloj de mano con el que mi padre quiso obsequiarme el día de mi primera comunión, un trozo de pan seco que había sobrado de un frugal aperitivo en la tasca, y sin más me fui. Seguía provocándome una ansiedad agobiante el hecho de enfrentarme a aquellas calles extrañas. Madrid no impresionaba demasiado desde un punto de vista estético, pero sí asombraba por detalles sutiles. Yo, enamorado de la historia, no podía evitar dejarme ir frente a las casas que un día alojaron a esos personajes tan maravillosos, a esas Manuelas Malasañas, a esos Quevedos y a esos Lopes; entre esas calles que fueron testigos del paso por la ciudad de Víctor Hugo junto a las tropas napoleónicas, o de Alejandro Dumas junto a la corte de Luisa Fernanda; imitando las perspectivas sobre las que Goya proyectó sus obras un siglo atrás; o contemplando los teatros donde Moratín elevó el drama.

Precisamente junto al teatro de la Ópera, en un callejón cercano a la plaza de Isabel II, un extraño rumor llegó a mis oídos. Como gemidos intermitentes que rompían la última hora de la noche. Al husmear me topé con un hombre que golpeaba a una anciana que, indefensa, intentaba zafarse desde el suelo. Por la temprana hora en que se desarrollaba la escena, apenas se percibía la presencia de vecinos en varias decenas de metros a la redonda. Así que, arrojando al suelo la saca, penetré en el callejón gritando, con la única intención de ahuyentar al agresor con el menor uso de violencia que fuera necesario. El desconocido, al verme, salió escopetado de allí casi sin mirar atrás. Observé a la anciana, que sollozaba envuelta en barro, profiriendo

insultos. Le ofrecí mi mano, pero apenas podía sostenerse en pie, quizás por una rotura de cadera o lesión similar.

—Lléveme a casa, buen hombre —me suplicó.

Petición a la que accedí instantáneamente. La mujer vivía en un barrio cercano, en concreto se alojaba en la calle del Sacramento. Recogí mi saca, la alcé en brazos y enfilé la pendiente con aquel peso muerto encima, achuchándome los riñones. Me contaba cómo el auge de la delincuencia y del pillaje estaba masacrando a los madrileños «de *toa* la vida». Pensé en lo lejos que me quedaba esa coletilla y en lo mucho que les costaría a esos madrileños mantenerla, dado el flujo de emigrantes que cada día cruzaban las puertas de la ciudad.

La calle del Sacramento era un reflejo del auge y la caída de un distrito. Distintos caserones custodiaban la calle, pero más de la mitad amenazaban con derrumbarse ante el paso del tiempo. Entramos en un edificio de dos plantas sin patio que también anunciaba un ocaso temprano. Las escaleras, extraordinariamente estrechas, me obligaron a subir casi a horcajadas, con la anciana elevada sobre mi hombro como un saco, apoyando los codos sobre la baranda herrumbrosa. Si a esto le añadimos que el sol ya lucía en lo alto y que el sudor provocado por él sorteaba ya el contorno de mis cejas, al llegar al último escalón me vi obligado a soltar a la anciana sobre el rellano y casi aullar de gusto. Me enjuagué el sudor deshaciéndome de la saca y golpeé con los nudillos la pesada puerta, que para mi sorpresa no había sido cerrada, y una joven me recibió rápidamente desde un estrecho pasillo. La anciana continuaba con su agónica lucha en el suelo, así que antes de que la joven apareciese volví a alzarla en brazos.

—¡Pero, madre, qué ha pasado!

La joven se llevó las manos a la cabeza.

—Pase, caballero.

Introdujimos en el domicilio a la madre, que daba gracias a Dios entre lamentos, y ya en el salón apareció un hombre joven, probablemente el marido, que recogió a la anciana de mis brazos introduciéndola en una pequeña alcoba contigua. Desaparecieron los tres y allí me dejaron, admirando los escasos muebles de la sala, apenas cuatro sillas y una mesa, sin saber muy bien cómo retirarme de allí. La escasez de mobiliario era tal que parecía un local diáfano. El tono gris de las paredes sólo era interrumpido por una imagen de la Virgen que desde una esquina presidía la estancia.

Llegué a pensar incluso en retirarme de allí silenciosamente, pero entonces, emitiendo un agradecimiento tímido, salió de la alcoba la hija, a quien ya sí, gracias a la luz del balcón, pude reconocer. Era rubia, con una melena rizada que caía sobre sus hombros despreocupadamente, una nariz aguileña que parecía perderse entre el amplio espacio que separaba un ojo de otro. Eso sí, el mentón era fino, inabarcable, y las pestañas gruesas como las de una muñeca de porcelana francesa. Pero al centrarme en el resto de su figura, me extrañó encontrarme con un brillo singular entre sus manos, y la extrañeza se convirtió en pánico cuando al enfocar me di cuenta de que la mujer sujetaba una especie de cuchillo. Al orientar mi cuerpo hacia la salida me topé con la figura del marido, que llevaba consigo otra navaja más grande si cabe.

—Lo siento, amigo —dijo el hombre.

Y señaló con la cabeza la saca que, en ese momento, descansaba entre mis piernas. No pude evitar emocionarme cuando imaginé el futuro que le esperaba al viejo reloj de mano que mi padre me había regalado.

5

Lo que al principio era una especie de temor hacia el amasijo de casas que conformaban la villa se había ido convirtiendo poco a poco en odio visceral. Tras el episodio del robo, decidí denunciar lo ocurrido, en la oficina de inspección y vigilancia de la Guardia Civil, pero al relatar lo ocurrido, me confirmaron que había sido víctima del llamado «timo del quebrado» y que, probablemente, como más tarde comprobamos, ni la anciana había sido agredida, ni se había quebrado hueso alguno, ni los timadores vivían en el local abandonado del centro al que me llevaron. Pronto acudió a mi cabeza el recuerdo de la puerta sin cerrar, del local diáfano y cochambroso. Definitivamente, aquella ciudad no estaba hecha para mí.

Desarrollé una suerte de miedo a los espacios abiertos, lo que acabó convirtiendo la pequeña pensión en una cárcel invisible, de la que no era capaz de salir más que para cruzar la calle en dirección a la taberna del Tuerto. Esos segundos que transcurrían desde que ponía un pie fuera de la pensión hasta que me achuchaba el primer vaso de morapio en la taberna eran para mí como un infierno. La ciudad me asfixiaba, el pecho se comprimía, un mareo terrible amenazaba con arrojarme al suelo, lo que prácticamente me obligaba a recorrer los escasos metros a la carrera. Allí, en la taberna de Tuerto, dejaba que el reloj se perdiese, acudían a mí los recuerdos de una vida que se quedaba atrás, y con cierta inquietud imaginaba historias que pudieran ser noveladas, aunque todas perdían la razón de ser a la mañana siguiente mientras las cuartillas seguían en blanco.

Tres noches acabé inconsciente, preso de los encantos del vino, y tres mañanas me desperté sin saber muy bien cuál era mi papel en la narración. Más allá del peligro del que hablé antes, palpaba el miedo al fracaso, a sentir

que no era esto para lo que yo había nacido. Si uno fía toda su juventud y parte de su madurez a las letras, si se forma y se moldea pensando en un futuro ligado a los libros, y luego descubre que le falta lo más importante, es decir, el talento, ¿qué demonios puede hacer? A mí sólo se me ocurría una salida: cruzar la calle cada día en dirección a la taberna del Tuerto, resistir la ansiedad que me sobrevenía, para acabar inconsciente unas cuantas horas más tarde sin haber cruzado palabra con nadie.

Una de esas tardes, ebrio como de costumbre, vi como una figura reconocible se abría paso a través de los escasos clientes que ocupaban la taberna. Reconocí el mostacho inconfundible del maestro, que se movía al son de un discurso tajante: «Más vale que te bañes, hueles a puerco», reclamó. En ese momento echó la mano a la cartera, dispuesto a liquidar la cuenta que yo venía agrandando durante días. Le pregunté al tabernero si había sido un sueño, a lo que él contestó negando con la cabeza mientras parsimoniosamente limpiaba un vaso con el trapo. ¿Cómo demonios me había encontrado?

CAPÍTULO III

1

Justo después de haber cerrado la puerta de su casa, dejando en el interior a su extenuado visitante, Galdós pasea por Recoletos con las manos anudadas a la espalda. Echa la vista a un lado y al otro, como intentando reconocer a los vecinos de un Madrid que cada día es menos agradable, pero que cada vez es más «su» Madrid, porque reconoce las miserias y los logros de una sociedad que intenta avanzar como suyos. Al evocar su llegada a la villa, su memoria ha comenzado a carburar y se siente extrañamente melancólico. Recuerda aquella calle de las Fuentes, la primera pensión que le acogió, esperando a cada segundo la hora de volver al café Universal, donde se reunían los canarios y podía sentirse, aunque fuera por un simple seseo o por una evocación cualquiera, más isleño que cuando sus hermanas le llevaban al viejo muelle de San Telmo a esperar la llegada de los numerosos viajeros. Aquellos primeros días en Madrid no fueron fáciles. La falta de recursos y la falta de identidad marcan, y no puede dejar de pensar en ello relacionándolo con el crimen de la calle Fuencarral. De aquel primer Galdós a este que acaba de publicar *Fortunata y Jacinta*, que ha sido reclamado para formar parte del Gobierno de Sagasta y vive en la mejor zona de la ciudad, hay tanta diferencia que le cuesta pensar como pensaba entonces.

Pero al girar por la calle de Alcalá se promete a sí mismo no olvidar. Dure lo que dure el asunto del crimen, tendrá en mente lo que supone para un individuo de clase media hacer frente a los rigores de unos cuantos señoritos de buena cuna y mala digestión. A él mismo le había ocurrido después de triunfar en el mundo literario: tratar con esa letanía de nobles no era asunto que le agradara a alguien de su clase. Observa la entrada al parque del Buen Retiro y se abalanza sobre ella como necesitando el aire fresco de aquel

pequeño oasis de paz en la villa. Aunque el paralelismo entre Higinia y él es valiente: parece obvio que el Galdós que llegó a Madrid con una mano delante y otra detrás no hubiera contado con la habilidad suficiente, con el conocimiento suficiente del panorama e incluso con el arrojo y las agallas para cometer un crimen de esta magnitud. Hablamos de la élite económica del país. ¿Quién sabe cuántos blasones, apellidos, fortunas o banderas estarían dispuestos a aprovecharse de una incauta como Higinia para llevarse por delante a la viuda Varela? En su opinión, el autor material tiene, en este caso, mucha menos importancia que el intelectual. Cruza el parque camino de la Casa de Fieras. Estudiado el caso, no le cabe duda del simple papel de marioneta que cumple Higinia, la joven aragonesa a la que ahora todos odian.

Llega al apartado rincón y se sienta bajo un castaño enorme, aún meditabundo. Es consciente de que debe empezar a desentenderse del asunto del asesinato si no quiere volverse loco. Pero, por más que lo intenta, por más que centra su vista en los paseantes que, a lo lejos, vienen y van de un lado para otro, no puede dejar de sentir una especie de furia. Siempre pagan los mismos el plato roto, reflexiona para sí. Y vuelve de nuevo a regocijarse en el dichoso episodio, que desde el momento en que lo hubo convertido en un asunto de clase ya no deja de carcomerle.

Escucha un rumor de pasos a su espalda. Son pasos torpes, así que ya no le cabe duda. Se gira con lentitud y se encuentra con ella, tan hermosa como siempre. Viste un traje sugerente, entallado y luminoso, abierto por un escote casi infinito que deja entrever el corpiño blanco. La manga corta embellece sus brazos, que en ese momento se hallan ocupados levantando la falda para que sus piernas puedan moverse con libertad por el sendero arenoso. Qué coqueta es siempre doña Emilia, se dice. Benito se levanta con una sonrisa, intentando aplacar los nervios de su acompañante, que viene claramente contrariada por el ambiente campestre al que ha sido invitada. La melena clara ha sido recogida con un moño en lo alto de su testa, y su rostro apenas puede verse, pues la mujer no levanta la vista del suelo, dada la dificultad de cada paso que ha de dar. Finalmente, el hombre le ofrece su mano para que los últimos pasos sean más cómodos, pero ella la rechaza. Nunca necesitó piedad. Cuando terminan uno frente al otro, ambos se miran con dulzura.

—Pero ¿cómo he podido fiarme de ti para volver aquí? —pregunta, malhumorada—. Tú y tu manía de citarme en sitios extraños.

Vuelven a fijar su mirada en el otro. El rostro de Emilia va ablandándose

hasta que por fin estallan en una sonora carcajada. Se abrazan. A Galdós le maravillan los perfumes tan embriagadores que lleva siempre su Emilia. Y con un gesto cortés le ofrece asiento a su invitada bajo el castaño. Ella acepta gustosa, a salvo por fin del sendero. Él se ha encendido, con cuidada parsimonia, un cigarro cubano. Sonríe después de la primera calada.

—Y que una gallega lo pase mal con cuatro barros como estos... —bromea.

Ella lo examina fijamente. Bien mirado, la escena es casi bucólica. El tórrido verano de Madrid, el esplendor de los jardines acercándose al otoño, el cielo protegiéndolos de lo que ocurre al otro lado de la calle.

—Cómo va esa política, miquiño. —Ella coloca una mano en el rostro de Galdós. Él apenas reacciona con algo de desgana.

—Bien —contesta, sin más ímpetu—. Pareciera como si la Exposición Universal de Barcelona se hubiera llevado toda la tensión, y ahora viviésemos en una especie de calma chicha. Como si transcurriera el ojo del huracán o algo así. No te miento si digo que no me ilusiona demasiado el panorama. Casi me gustaban más los cuchillos volando.

—Mereció la pena esa expo —interrumpe ella, como queriendo aplacar la extraña melancolía que no abandona su amigo—. Doy gracias a Dios por haber podido presenciar un momento trascendental para nuestra historia.

—Y yo, Emilia. Y yo. Para todos aquellos que se regodean en la supuesta inferioridad de una nación que, sobra decirlo, lleva siendo zarandeada durante décadas, espero que todo esto haya resultado un bofetón.

El calor del julio madrileño no perdona a nadie. El reflejo del sol sobre el estanque obliga a los paseantes a cerrar los ojos, y bajo la frondosidad del Buen Retiro apenas se puede respirar. Galdós no ha elegido el momento y el lugar al azar. Los caminos del parque van poco a poco vaciándose, alejada ya la primera hora de la mañana, que es la que los madrileños aprovechan para dejarse ver. Pero a medida que va abalanzándose sobre ellos el mediodía, los vecinos se recogen y el tiempo se detiene hasta la llegada de la noche, cuando la ciudad vuelve a la vida. Las dos figuras que no abandonan el ambiente asfixiante de la mañana de verano siguen charlando. Ella continúa ofreciéndole carantoñas a él; él sigue ausente, como si lo que le carcomiese no fuese con ella.

—¿Entonces? Si no es tema político, ¿qué es? —quiere saber Emilia—. Es evidente que aquí pasa algo.

—Crisis creativa —confiesa antes de apoyar sus labios en el cigarro.

—¿Crisis creativa? ¿Tú? —Ella suelta una carcajada—. Pero si acabo de leer *Miau* y, lejos de notarse las cuatro semanas que tardaste en redactarla, es una obra maestra más para tu currículum.

Él se tapa el rostro con las manos. Sólo el cigarro sobresale entre sus dedos. Ella lo abraza por la espalda.

—Dime qué te pasa, querido...

El aludido deja que asomen sus dos ojos por encima del contorno de sus manos. Finalmente se incorpora.

—Es por ese crimen de la calle Fuencarral. ¿Has oído algo?

Doña Emilia emite un gesto pensativo que dura apenas un par de segundos.

—Ah, sí. El asunto del que habla todo el mundo.

A Emilia no parece interesarle el tema, pero él ve una puerta abierta.

—Ese mismo.

—¿Qué te puede agobiar de un asunto tan extravagante?

—De extravagante no tiene nada, Emilia —corrige—. Todo lo contrario. Me resulta un tema de lo más mundano. Algo que podía haber ocurrido en Fuencarral, en Galicia o en las Rusias. Es el pan de cada día.

—No te entiendo... ¿Cómo va a ser el pan de cada día que una mujer aparezca apuñalada y quemada a manos de su criada?

—Lo es. Vaya si lo es. Tú conoces mejor que yo lo que está ocurriendo en Europa. Lo que ha pasado aquí no tiene que ver, o al menos no tiene sólo que ver, con un ajuste de cuentas. Aquí hay un problema de clase de manual. Mujer de alta alcurnia es asesinada por mujer de condición humilde. Créeme, Emilia: todo lo que hasta ahora he podido averiguar relativo al caso deja indicios de que esta mujer, Higinia, no tiene argumentos ni armas suficientes para enfrentarse a la viuda Varela.

—Pues claro que es un conflicto de clase, miquiño. Mujer ricachona abusa de su posición de poder y la criada se toma cumplida venganza. No es la primera vez que pasa ni será la última.

—No voy por ahí... —Galdós dirige ahora la vista directamente contra los ojos de Emilia—. Lo que estoy diciendo es que estoy seguro de que esto es un ajuste de cuentas a mucho más alto nivel, y que van a aprovechar la posición de la criada para que cargue, nunca mejor dicho, con el muerto. Ahí está el verdadero conflicto de clase. Van a masacrar a la pobre muchacha sólo porque es el personaje más débil. Nada más.

Emilia, perpleja, tarda unos segundos en responder.

—Benito... —La conversación se vuelve más agria por momentos—. He leído la noticia y el relato de los hechos. Es más que evidente que lo que tramas no es más que un simple ramalazo paranoico de escritor...

Emilia se asusta al comprobar la violencia con la que su acompañante se levanta del asiento.

—¿Ramalazo paranoico? —Galdós se da cuenta de que ha elevado demasiado el tono de su voz; decide bajarlo, aunque la violencia de sus palabras no ha disminuido—. Claro, qué me iba a decir la noble señora de Pardo Bazán. Esto es un simple ajuste cuentas, el pobre que se ha cansado del rico y decide terminar de arruinarse la vida.

—¡Eh, eh! Tranquilo. Que yo no tengo nada que ver.

—Claro que tienes que ver. Eres tan cómplice como todos esos plumillas de periódico que se han limitado a dar una versión anestesiada de los hechos. ¡Maldita sea!

Galdós acompaña su último grito con un gesto torpe. Arroja el puro a medio fumar contra el suelo, da media vuelta y se marcha. Emilia no da crédito, y no puede dejar de emitir un suspiro hondo cuando ve alejarse la figura enclenque de su amado al otro lado del estanque.

2

El cielo se ha nublado. Galdós observa desde la ventana cómo lo que horas antes era un día caluroso y sofocante, ahora se ha tornado eléctrico y amenazante. Por el paseo de Recoletos revolotean algunos vecinos, buscando resguardarse del aguacero aún por llegar. Se siente mal por haberle mentido a Melquíades. Sus hermanas no llegarán hasta la semana siguiente, pero ha preferido que aquel joven no ocupase su casa por dos motivos: necesidad de una intimidad placentera y, quizás, un posible encuentro con doña Emilia. Pero nada ha salido bien. Probablemente Emilia no querrá verlo y no se encontrará tampoco cómodo en su intimidad. Se acerca al mueble bar, agarra con fuerza la botella de ginebra. Después rompe un huevo en una taza y lo bate bien, antes de echarlo en una vasija grande con medio vaso de agua, añadiendo la copa chica con ginebra, un poco de canela y azúcar en proporción. Lo remueve y se dirige nuevamente hacia la ventana. No suele beber, pero estas son las circunstancias.

Ha empezado a llover, algo que ya se intuía. Por supuesto, la gente ha desaparecido de la escena y la manera de jarrear asusta a Galdós, que ahoga su angustia constante en un trago largo del cóctel de ginebra que acaba de preparar. Piensa en el joven escritor vallisoletano, del que no ha vuelto a tener noticias. Le cae bien. Tiene ganas y determinación, aunque no lo muestre. El talento ya es otra cosa, habrá que verlo el día de mañana. Vuelve a beber. Le gusta ver cómo la lluvia le da otro calor a la calle. ¿Y qué hay del olor a tierra mojada en verano? Pocas cosas son capaces de hacerle viajar en el tiempo como lo hace el olor a tierra mojada. Le vuelve a colocar en el punto de mira de aquellos años, cuando al salir del colegio San Agustín en Las Palmas comenzaba a llover y los niños agitaban los brazos dando gracias al señor. Y

aquella noche no saldría la goleta de papá, aquel barco llamado *Primero de Julio*, y en casa todo serían carantoñas y abrazos. Y al salir al corral, al día siguiente, el olor a tierra mojada se incrustaría para siempre en su recuerdo, para volver en días como el que ahora transcurre. Alguien llama a la puerta, sacándolo del interior de su memoria. Acompaña su paso de un nuevo trago, esta vez más largo.

—Pero... —No puede evitar sorprenderse al ver quién llega—. Emilia... ¿Qué... qué haces aquí? ¿Te ha visto alguien? Podrían haber estado mis hermanas perfectamente...

Pero a ella, empapada hasta el tuétano, no parece afectarle el miedo de su amante.

—No me puedo creer que continúes así.

Él cierra los ojos. Y comprende.

—Perdóname, por favor.

—¿No me vas a dejar pasar? —Ella sonrío.

—Claro.

Casi no ha terminado de abrir la puerta cuando Emilia se cuele en casa. Exige una toalla, a lo que Benito responde señalando el baño. Está hermosa, piensa. Y la ve subir por el pequeño terraplén hasta el baño, donde, pudorosa, se encierra. Él se acerca hasta la puerta y, apenas a unos centímetros de distancia, reanuda la conversación de una habitación a otra.

—Discúlpame por lo de esta mañana, Emilia... —susurra—, de verdad, me sobrepasa. —Emilia contesta algo ininteligible desde el interior del baño—. Necesito que se escriba una novela sobre el asunto...

En ese momento se abre la puerta y aparece ella. El pelo cae sobre sus hombros, húmedo, sin recoger. El rostro luce ya seco, sin afeites de ninguna clase. Benito la prefiere así.

—Pero ¡qué noticia tan maravillosa! —exclama por fin.

—Lo sería si no fuera por lo que ya hemos hablado... La crisis creativa y todo eso. Pero que conste que no hablo de falta de ideas, sino de algo más peligroso. —Benito vuelve a sentarse frente a la ventana, afuera sigue lloviendo; Emilia hace lo propio en un sillón orejero—. Ya sabes que intento congeniar al máximo con mis personajes. Pero siento que este me sobrepasa. Y Melquíades, el joven del que te hablé, no sé si lleva consigo las suficientes torturas en la memoria como para encarar una novela así. —Emilia opta por el silencio como respuesta—. Me han pedido una serie de textos para *La Prensa*

de Buenos Aires —prosigue Galdós—. A José Camilo Paz le han llegado los ecos de esta noticia y quiere que le demos voz al otro lado del océano. Hasta ese punto llega el morbo... —El momento de encender un cigarro, innegociable cada vez que embocaba sus labios sobre un vaso de ginebra, ha llegado—. Voy a utilizarlo para hacer una crónica simple y que Paz sea el que me abra las puertas. Pero aquí hay una novela, Emilia. Más allá de la crónica, aquí hay sentimiento, trama, pasión, delicadeza, dolor. Hay novela, insisto.

—Pues adelante, vida. —Emilia se acerca al sillón de Benito, se sienta en el brazo y vuelve a acariciarlo. Él parece más receptivo.

—Ya me gustaría que así fuera... —Se decide por no encender el cigarro; a cambio, le devuelve la mirada a su amante.

Es Emilia quien besa primero. Afuera, la tormenta de verano golpea con fuerza los tejados de un Madrid que no es capaz de salir del carácter adormecido que ha adoptado. Tal es la fuerza con que el agua cae que el alcantarillado amenaza con colapsar. Adentro, la conversación se ha difuminado en torno a dos cuerpos que llevan tiempo esperando el momento. A menudo, el talento intelectual que ambos demuestran termina desembocando en simple atracción carnal, en esa manera prosaica que los hombres tienen de amarse. Por unas horas, las conversaciones que alimentan el monstruo de la calle Fuencarral se silencian bajo cirros, truenos y agua. Pero, lejos de morir, el crimen sigue más vivo que nunca. Y espera, tranquilo, a que los distintos testimonios terminen de echar la leña que le hace falta al fuego.

3

Al despertar, Emilia ha desaparecido. Con la cabeza ardiendo por el efecto de la ginebra, Benito se levanta y se dirige al baño. Agradece que el agua helada de la bañera alcance su cuello, el resto del cuerpo sumergido en un viejo recipiente de zinc que su hermano Ignacio había traído de América. No es hasta que termina de secarse cuando observa que alguien ha dejado una nota escrita sobre la estantería de la entrada. Se acerca, aún envuelto en la toalla. La letra le pertenece, obviamente, a Emilia.

Querido mío:

Perdona que deje Madrid a la carrera, pero me reclaman en La Coruña, ya sabes. Allí te echan de menos, aunque ni una centésima parte de lo que lo haré yo cuando cierre esa puerta.

Descansa y fuma menos.

Un beso en la mano.

Emilia P. Bazán

Benito destruye el papelajo, apenas la esquina de una cuartilla mal arrancada, y ya restablecido pone rumbo a las calles de Madrid, que no sólo no resisten el vodevil de la noche anterior, sino que ahora, fruto de la tormenta, respiran humedad y le dan una tregua al pueblo, que obviamente se ha abalanzado sobre ellas como si no hubiera mañana. Lo primero que hace al salir a la calle es dirigirse al domicilio de José Camilo Paz, que se aloja muy cerca de la residencia del propio Galdós, pero el portero del edificio le cuenta que José Camilo lleva mucho tiempo sin arrendar aquel domicilio, y que durante las cortas estancias que pasaba en España solía pernoctar en el

hotel Victoria. Hasta allí encamina sus pasos, ligeramente contrariado por el cambio de planes. Llega al hotel sin abandonar esa inquietud y esta se agranda cuando nadie allí le da rastro alguno del hombre al que busca. Algo desorientado, le deja a un botones pecoso y en apariencia poco espabilado el recado: por favor, intenten contactar con él y transmítanle que necesito que hablemos cuanto antes, deja dicho, aunque sin demasiada esperanza. A Galdós no le extraña el paradero desconocido de Camilo. Aunque ha firmado en Madrid la misiva donde indicaba que necesitaba publicar el caso del crimen de Fuencarral, ya han pasado unos días desde que la recibiese, y alguien como Paz es capaz de aparecer en la otra punta del globo en esas pocas horas. Decide, por tanto, escribir por carta a Buenos Aires, único lugar al que siempre volvía, reclamando su ayuda.

Dedica todo el día a pasear por el bajo Madrid para recabar información sobre la presunta asesina. Al cruzar la plaza Mayor en dirección sur, el ambiente de la ciudad cambia. Burros, gallinas, perros. El empedrado es un infierno cuando no directamente inexistente. Las modernas viviendas de varios pisos que se alzan al otro lado de la ciudad nada tienen que ver con estas pequeñas casas de adobe en muchos casos. Pero en las calles hay vida. Los mercaderes ofrecen su género en sus tenderetes portátiles y los vecinos apenas dan dos pasos sin charlar con alguien. Galdós se siente cómodo en ese ambiente. Ve reflejado en él ciertos trasuntos de su infancia y cree que aquellos barrios constituyen el verdadero corazón de la ciudad. Sólo echa en falta la presencia de Melquíades, del que lleva días sin saber nada. Pulsa la opinión de varios conocidos en dos o tres tabernas, y en todas se trata el tema del crimen de Fuencarral sin tapujos. Eso sí, el rigor de las conversaciones no cambia con respecto a las del otro lado de la villa. Todo son especulaciones, rumores y opiniones muy poco fundadas. Nadie conoce a Higinia, lo cual extraña profundamente a Benito. Había imaginado que un crimen de tal magnitud debía de haberse cocido en el fuego del resto de los criminales, pero nada más lejos de la realidad. Ni Higinia era una criminal reincidente ni se había rodeado de otros criminales. Tras varias horas de menudeo, recorriendo los entresijos de uno y otro confín del Madrid escondido, Galdós parece darse por vencido.

Sin saber muy bien por qué, con un gesto automatizado, Galdós se atusa el pelo y el bigote. Hubiera dado un brazo por pasar la tarde que ya avanza con Emilia, pero probablemente la ilusión se estaría difuminando a esa hora en un

tren a una altura cualquiera entre Benavente y Santiago de Compostela. Últimamente no es capaz de quitársela de la cabeza. Mientras avanza por la ancha avenida, la sombra de los imponentes edificios sofoca ligeramente el calor mientras desvía su atención hacia las numerosas cortinas de tela gruesa que tapan los balcones. Al llegar a la iglesia de San José se detiene, en concreto a la altura de la casa del cura. Desde allí cambia el rumbo con la intención de volver a las cavas para seguir sondeando a sus confidentes. Quizás esta sea una palabra poco exacta. A estas alturas de su estancia en Madrid, lo que una personalidad como la de Galdós ha ido madurando en los barrios más humildes de la villa no son necesariamente confidentes. Más bien se trata de hombres de mala fama que encuentran en el canario una especie de apoyo dentro de las élites, como el mesías que se aproxima al menesteroso sin abandonar el suelo de mármol. Esta doble cara le permite acercarse a unos y a otros, aunque una ética férrea y una honradez fuera de toda duda le hacen tomar partido siempre por el de abajo, por el que sólo tiene un brazo, el suyo, para no despeñarse. Esto había quedado reflejado hasta entonces en toda su obra. No era descabellado encontrarse a herreros, jornaleros, cesantes, frailes, pastores y toda clase de humildes trabajadores leyendo sus libros en corrillo. Uno de ellos, cualquiera de los alfabetizados, entonaba sus párrafos mientras el resto escuchaba atentamente. E incluso uno podía encontrarse a toda clase de pordioseros contando la historia de Marianela o de Gloria oralmente, dejando que una boca enlazase con otra boca a través de estas narraciones. La conexión entre la literatura galdosiana y ese individuo al que hasta entonces se le había negado la fantasía le permitían al autor canario pasearse por aquellos barrios con tranquilidad. Cuando llegaba «el escritor», que así era conocido, hombres y mujeres de todo pelaje le abrían con gusto la caja de anécdotas, intrigas, enredos y aventuras, pues sabían que con suerte alguna de ellas podría ser carne de relato popular el día de mañana. Siempre bajo el paraguas del verbo galdosiano, claro, que convierte estas historias en reivindicación y condena, en agua que aplaque la sed de protesta que a esas alturas de siglo ya parece difícil de saciar.

Al pasar frente al hotel Victoria camino de la plazuela de la Leña, escucha a su espalda cómo una voz le reclama. Se gira y se encuentra con el botones del hotel, que agita las manos con ansia. A su espalda, la fachada del establecimiento, rosácea, le recibe con un punto elegante y sofisticado. Las altísimas puertas lucen a medio cerrar entre los marcos de madera maciza, lo

que da a entender que el joven botones acaba de salir disparado del interior del edificio. Por un instante y sin tener motivo para ello, Galdós desvía su atención hacia uno de los balcones, donde una mujer rubia de aspecto centroeuropeo observa la escena con un cigarro en la mano. Lleva un batín abierto hasta casi el ombligo, y quizás por el calor que reina fuera o por el ardor que se cuece dentro parece no llevar nada bajo la seda. Al caer en la cuenta de que la mujer sigue atenta cada movimiento, Galdós le devuelve la mirada fijamente, en un duelo fugaz. Ella sonríe, pero él apenas tiene tiempo para corresponder el gesto cómplice porque el botones pecoso del hotel ya se ha colocado a un metro de él. El muchacho se muestra nervioso, algo que irrita al canario, pero lo que viene a transmitir es una de esas casualidades que de vez en cuando se producen. No habían pasado más que unos minutos desde que Galdós dejase el recado al botones cuando les llegó el telegrama: José Camilo Paz se hospedaré esa noche en el hotel, recién llegado de Lisboa, antes de marcharse a toda prisa en dirección a Estambul.

Galdós se frota las manos y alza la vista. La mujer ha abandonado el balcón, de regreso a la calidez de la habitación. Es curioso cómo los personajes que pudieron ser interesantes a menudo pasan por nuestra vida de manera fugaz, y cómo otros que son sólo lastre permanecen ahí perennes, en clara venganza del relato. Todo este párrafo lo medita durante un instante nada más, porque rápido vuelve al furor que le ha despertado la llegada de José Camilo Paz a Madrid. Se dirige con rapidez al hotel. Sabe que pronto, gracias a él, podrá verse la cara con Higinia, la supuesta asesina de la viuda Varela. Y es lo único que le preocupa ahora.

4

Todo Madrid culpa ya al hijo de Luciana del asesinato. No es un rumor, no se cuchichea ni se imagina. Es un clamor que cruza las calles de boca en boca. El nombre del muchacho al que todo el mundo crucifica es José Vázquez Varela, y parece que sus encontronazos con la víctima eran más que conocidos entre la vecindad. De hecho, la fama del joven está tan extendida por la ciudad que a Galdós no le cuesta encontrar un confidente que le dé más información. Esta le llega a través de un matón al que todo el mundo conoce como el Romano y que como Vázquez Varela también llegó a los bajos fondos con un apellido ilustre. A menudo, los delincuentes más oscuros son criados en cunas de oro.

—Un hijo de perra. Lo que se dice un verdadero hijo de perra. —Sebastián el Romano se achucha el trago de orujo y, con un golpe, exige que el vaso corto se rellene nuevamente; exigencia que satisface el tabernero—. En este negociado, se ha de ser en ocasiones mentiroso; en otras, manipulador; las más de las veces, cruel e inclemente. Pero lo que no se puede ser nunca es un traidor. Mire, don Benito, que yo me siento identificado con ese cerdo. Yo también cargo con una familia que alguna vez fue importante. Sé lo que es una buena educación, una buena hacienda y todo eso. Pero, como ocurrió con él, también yo tenía una mala cabeza, nada acorde a lo que el blasón y el futuro requerían. Y pronto terminé perdiéndolo todo.

Galdós mira a su interlocutor. Su apodo, el Romano, responde a una peculiaridad que se acentúa todavía más en un barrio como aquel: había pasado la infancia en Sicilia. Aunque siendo todavía mozo lo llevaron a Madrid y aunque hablaba un castellano perfecto fruto de una educación de clase alta, el imponente acento italiano le convertía en un personaje siempre reconocible. Lo que había sugerido el Romano ya lo conocía Galdós. La

muerte de su padre había hecho que su familia, experta en tratado de telares, le fiase el negocio a este hombre cuando apenas cumplía una quincena de años. Muy pronto el alcohol y los naipes empezaron a hacer mella primero en el seso de Sebastián y después en las cuentas de la fábrica de telares. El día que a su madre se la llevó una tuberculosis, el destino sabía que no quedaban más giros de guion. Sin la única persona allí dentro con dotes de manejo, el negocio estaba perdido. En pocos meses, al Romano le habían arrebatado la fábrica, lo que hizo que tuviera que lanzarse a una indignancia para la que no estaba preparado. Pero las deudas no se pagan solas, y el frío de las noches a la intemperie bajo el puente de los Franceses le empujó a la vida delictiva. Hoy es uno de los hombres que mejor se mueven por el mundo subterráneo de Madrid: a todo el mundo conoce y todos le conocen a él. Entre todos estos personajes también se halla el que ahora describe como «un verdadero hijo de perra»: don José Varela, hijo de la víctima del crimen en la calle Fuencarral, conocido como el Pollo Varela.

—No es un secreto, ya digo, que sé de primera mano lo que es pasar del cielo al infierno, como le pasará a él tarde o temprano —reanuda, con el chupito de orujo a punto—. Y precisamente por eso sé que en esta vida hay ciertos códigos que no se pueden pasar por alto. Códigos que no existen allí, de donde venimos tanto él como yo. Creo que nosotros, precisamente por eso, deberíamos tener más claro que nadie a qué normas me refiero y, por supuesto, no traicionarlas.

—¿Qué código ha violado el Pollo Varela? —pregunta Galdós.

—¡El de la lealtad! —grita el Romano, golpeando con el vaso en la mesa—. Ese canalla me vendió dentro de la cárcel. Le confesó al director hasta el último delito que yo había cometido. No les costó cazarme, claro. Y a mí no me costará retorcerle el pescuezo cuando lo tenga delante.

El resto de los clientes de la taberna apenas se acerca a los dos conversadores. Hay respeto en las actitudes del barrio hacia el Romano. Los vecinos son conscientes de que guarda cartas bajo la manga que no se les repartirían a personas como ellos.

—Pero le puedo jurar —en este punto, el Romano hace un gesto besándose los dedos pulgar e índice enlazados— que el día que yo tenga la oportunidad de llevarme por delante al Vareleta, ya se lo ha llevado otro antes.

Benito interviene por fin:

—¿Le ves con el arrojo suficiente como para asesinar a su madre? ¿Así, a

sangre fría?

—Rotundamente sí. Ese hombre no tiene escrúpulos. Dicen que la viuda tenía clavado en el pecho el puñal con el que acabaron con su vida. —Levanta el vaso corto reclamando otra dosis, mientras Galdós cae en la cuenta de lo fantasioso del relato, pues uno de los principales problemas a la hora de esclarecer el crimen es que no se ha encontrado arma alguna—. Y eso no es capaz de hacerlo cualquiera. Le digo más, esa mujer a la que han acusado... Es imposible. Una cosa es robar y otra hundir una hoja en la carne. Es obra de un sádico. Y ese adjetivo le va como anillo al dedo al cabrón del Vareleta. —Galdós enciende un cigarro y con un silencio prolongado le da pie a que siga —: Al Pollo Varela se le conoce relación con Lola la Billetera, otra mala furcia del barrio.

—¿De Fuencarral? —intenta puntualizar Galdós.

—No, no. De aquí, de Lavapiés. Pero llevan quedando desde hace años, que yo sepa. El Pollo Varela y la Billetera, menudo par. Hablamos del tipo de pareja en que uno azuza la maldad del otro. Aunque debo decir que la Lola nunca traicionó a nadie. Al menos, no al nivel de traición al que puede llegar su amante. Era muy conocida, por cierto, la relación que ambos tenían con la ricachona, con la madre del Vareleta... —Con el vaso ya lleno, sorbe—. Con la muerta, vamos. Se llevaban como el perro y el gato. Es evidente que la mujer no aprobaba la relación.

—Siendo de aquí, del barrio, ¿crees que podría verla?

El Romano carraspea.

—Lo dudo... Porque aquí es donde su teoría empieza a caerse.

Galdós sostiene el cigarro con los labios. Uno de los brazos lo apoya en el respaldo de la silla. El otro, en la mesa.

—Explícate.

—Me dicen que el Vareleta estaba en el calabozo de la Modelo esa noche. El cabronazo robó hace tiempo una capa en el café Mazzantini y se lo han llevado adentro.

—¿El Pollo Varela estaba en la cárcel la noche de los hechos? —repite Galdós, extrañado, a lo que el Romano asiente—. Maldita sea...

—Pero, créame, don Benito. Tengo la suerte de conocer ambos mundos. Y tengo la desgracia de conocer el asesinato. De todos los protagonistas que han cruzado o cruzarán por este relato, el Vareleta es el único en disposición de cometer la atrocidad. Por medios, por saña y por maldad.

Galdós mira profundamente, como si anduviera satisfecho con el discurso.

—Por otro lado —cambia de tercio el escritor—, parece ser que han incluido en el meollo, además, a dos hermanas: Dolores y María Ávila. Me cuentan que Dolores fue la encargada de recoger el botín, según las pesquisas policiales, y esconderlo en casa de las dos hermanas. María encubrió a Higinia y a su hermana Dolores, ejerciendo de pantalla. ¿Conoces a estas dos hermanas Ávila?

—No. Quiero decir, no cargan con la fama del Varelita y de la Billetera, por lo que no son especialmente conocidas aquí. Por lo que he podido saber, Dolores Ávila es amiga de Higinia. Muy amiga. María es algo más joven y tiene menos relación con la supuesta asesina. Déjeme decirle que no las veo muy capaces de urdir ese plan. Se trata de dos mujeres de poca monta, groseras y entregadas a la mala vida, que quizás hubieran ayudado a Higinia a perpetrar el asesinato, encubriéndola y arrojando sobre ella palabras que cubriesen el agujero moral que estaba cavando, pero que en ningún caso serían capaces de idear el plan que les llevase a ello. Me dicen que, tras los careos con el juez, todo apunta a que Dolores Ávila habrá de quedarse a la sombra un tiempo, mientras María ha sido de momento puesta en libertad, aunque será juzgada más adelante.

—¿Y de verdad existe esa relación entre la Higinia y estas muchachas?

—Claro que existe. Han llegado incluso a vivir juntas. Comparten, si se me permite la metáfora, el mismo barro en el que revolcarse. Así que no es de extrañar que el dinero y las joyas desaparecidas estén en mente no sólo de la Higinia y el Varelita, también de estas dos hermanas, que han metido la pierna hasta lo más profundo de ese fango.

Una calada honda vuelve a tranquilizar al canario. El humo ya lo expulsa un Galdós incorporado, que oculta la silla bajo la mesa y recoge su chaqueta de lino gris. Antes de marcharse, le ordena al tabernero dos cosas: una, que coloque una ración de esos pimientos encarnados que tan bien huelen en la mesa del Romano; y dos, que no cobre plato ni licor alguno, ya que todo corre a su cuenta. Con un gesto cómplice, pero sin mediar palabra, se despide de su confidente.

Ya puede notar el calor del exterior, en terrible contraste con el aire fresco que flota en el interior de la taberna, cuando el Romano reclama de nuevo la atención del escritor con gritos graves que le obligan al aludido a volver con rapidez a la mesa para que las voces se apaguen.

—Dime, ¿se te ha olvidado algo?

—Sí, que Dios me conserve esta memoria, que ya se apaga. Perdona usted, pero es necesario que le cuente que al otro lado de la ciudad, en la taberna del Tuerto, muy cerca de la plaza de Chamberí, hay un borracho que no deja de hablar de usted y, dicho sea de paso, del dichoso crimen de Fuencarral. Es usted un personaje público y su nombre anda en boca de mucha gente en muchos momentos, pero el hecho de que este hombre lo haga también del asesinato que nos ocupa, es decir, del asesinato de la viuda Varela, me pareció sospechoso.

—¿Un borracho?

—Sí, eso me han dicho. Pasa las veinticuatro horas del día con el vino en el paladar y en el seso. Poco más puedo decirle, ya que es la primera vez que oigo hablar del individuo.

Benito no puede evitar sonreír. No puede dejar solo de nuevo al joven escritor, se dice. Ahora sí se despide del Romano, pero con la cabeza puesta en Chamberí, donde debe recoger a Melquíades.

CAPÍTULO IV

1

Galdós pagó la cuenta del Zurdo con elegancia, me recogió, me llevó a la habitación, me hizo bañarme y, una vez acicalado, me obligó a poner un pie de nuevo en el mundo de los vivos. No soltó reproche alguno, ni por haber desaparecido, ni por perderme las entrevistas que luego supe que ya había mantenido, ni por maltratarme así en un tugurio de tercera. De algún modo, Galdós había congeniado conmigo. Quizás por esto había desaprovechado la oportunidad perfecta para dejarme ir sin que él tuviese culpa, y así olvidarse del compromiso adquirido con mi padre. Pero había preferido rescatarme, y nunca tendré las suficientes palabras de agradecimiento por ello.

Por otro lado, el asesinato se había convertido en la comidilla de la ciudad. Todas las vecindades se reunían en corrillos para intentar comprender qué extraño móvil podía empujar a alguien a cometer semejante atrocidad. Ya se habían empezado a filtrar los primeros datos de la investigación y, obviamente, los madrileños disparaban ya con saña las distintas teorías. La oficial, la que se había divulgado desde el ámbito del juez, dictaba que Higinia había apuñalado y quemado a Luciana, que había utilizado a Dolores Ávila para ocultar el botín y que María Ávila había sido la cómplice de ambas. Me excitaba el hecho de recordar que estábamos a punto de entrevistarnos con una de esas protagonistas, en concreto con la principal, Higinia Balaguer. También el maestro se mostraba más nervioso que en los días precedentes. La cita, que estaba concertada a eso de las cinco de la tarde, no terminaba de llegar nunca, y a fe mía que si se hubiera prolongado la espera unas horas, a Galdós le habría dado un síncope. Con el salvoconducto que suponía el nombre de José Camilo Paz, la certeza de que pronto podríamos bucear en las pupilas de la asesina que estaba en boca de todos nos había

puesto en guardia.

En cuanto a mi fobia a la ciudad, seguía achuchándome con sólo poner un pie en la acera. El pecho se oprimía, los sudores fríos recorrían mi cuerpo y no era difícil encontrarme agarrado al brazo de Galdós, que asistía con misericordia al despliegue de mi fragilidad. Lo cierto es que le debo demasiado al maestro, pues sólo con él era capaz de mostrarme la cara a estos párrafos. Sólo por él estas páginas tienen hoy sentido y por él llegarían hasta donde terminaron llegando.

A la hora convenida nos enfrentamos a la Casa Galera, el lugar donde recluían a las mujeres en Madrid, que se presentó ante mí como un armatoste de ladrillo, que más pinta tenía de convento que de cárcel y que se levantaba a pocos metros del escenario donde había tenido lugar el crimen. Con su extraordinaria capacidad para narrar, ya en la entrada, Galdós, que como digo había analizado casi cada esquina de la ciudad, me contó cómo el edificio había hecho las veces de convento durante años, hasta que a mediados de siglo había pasado a formar parte del régimen penitenciario español. Y sólo se necesitaba un vistazo para cerciorarse de que los resquicios eclesiásticos seguían allí. Prácticamente la totalidad del personal que por allí pululaba eran monjas, que conversaban y trabajaban junto a las reclusas, ahora cosiendo, ahora cocinando. El ambiente se antojaba relativamente placentero, pues en el interior se intuían varios patios cuidados con mimo, floridos y agradables, por los que paseaban las cautivas sin aparente opresión.

Galdós preguntó por un tal Isidoro y minutos más tarde el guardia apareció junto a un hombre de avanzada edad, canoso, con un bigote escaso, cromado en su parte inferior, y la cerviz encorvada como si fuese a echar el cuerpo a tierra cuanto antes. Muy pronto me di cuenta de que no era la primera vez que se veían. Se colocaron mutuamente la mano en el hombro mientras sonreían. La inclinación de Galdós por el mundo del presidio, sin duda, le hacía desenvolverse con naturalidad por un ambiente que para la mayoría de habitantes de la villa, incluyéndome a mí, resultaba sórdido, lejano.

Después de las presentaciones, algo que el maestro hizo sin transmitir el cargo del recién llegado, nos adentramos por fin en la cárcel. No había ni rastro de silencio en todo el recinto, algo que a mí me impactó mucho, pues imaginaba el penal como un pequeño oasis de calma dentro del ruidoso desierto en que se había convertido nuestra sociedad. Sin embargo, en uno de los patios, las monjas y las reclusas amasaban algo con las manos al son de

una pegadiza canción que todas entonaban con alegría. En otro de los jardines, este más grande, unas veinte mujeres se afanaban con ovillos entre manos, cosiendo y cosiendo al son esta vez de una conversación amena. El interior del edificio se componía de profundas galerías salpicadas con motivos religiosos aquí y allá. Los pasillos solían recorrer en círculo los distintos patios, que es donde parecían vivir las mujeres. De hecho, las pequeñas celdas más tenían de habitación de convento —es muy probable que un día lo fueran— que de habitáculo hermético donde cumplir condena.

Acompañados por el guardia de la entrada y por el propio Isidoro, cruzamos uno a uno todos los patios interiores hasta llegar a una última sala enorme, una suerte de sacristía donde varios cuadros de Cristo y de la Virgen parecían vigilar desde la pared. Atravesamos la enorme estancia, último ambiente dentro de una cárcel donde los distintos entornos dotaban al lugar de un aura mística, un pequeño hábitat aislado de un mundo real que casi parecía ahora más angosto que aquella agradable condena. Al final de dicha sala, un pequeño pasillo terminaba en una especie de antecámara ya más silenciosa. Allí, un guardia vigilaba sin atención la parte posterior de la habitación, desde donde se podían intuir dos celdas minúsculas apartadas del ambiente sociable que se respiraba fuera. Supuse que se trataba de pequeñas celdas de castigo, aunque ya digo que el guardia de la entrada no parecía estar vigilando a un peligroso criminal digno de tal celda, y se mantenía ajeno a todo con un periódico en la mano. Al llegar allí, Isidoro se despidió de nosotros, no sin antes darle instrucciones a dicho guardia.

—Ahora tengo que irme —dijo—, pero os dejo con Higinia, que descansa en la celda de la derecha.

Y se marchó, dejándonos con la mujer que ocupaba la mayor parte de nuestros pensamientos.

2

Era una mujer delicada. Al menos, más de lo que la apariencia del crimen pudiera sugerir. Su piel no parecía curtida por el trabajo, más aún si nos atenemos a su pasado como tabernera y mujer de servicio. Todo lo contrario, diría yo. El cutis transmitía una tersura natural, sin la artificialidad oscura que puede verse en esas mujeres que machacan su piel a base de ungüentos. También en sus manos, pequeñas y frágiles, aparentemente incapaces de hundir una hoja de puñal en el pecho de la víctima. La palidez de su carne contrastaba con la oscurísima melena que había recogido en moño alto. Estaba sentada en un escritorio de roble, ocultando lo que parecía ser una estatura media-alta. La expresión del rostro no era, ni mucho menos, agradable. Por los sinsabores del caso, quizás, pero su ceño parecía transmitir rencor y odio. El maxilar inferior se elevaba por encima del superior, ofreciéndonos un gesto rudo, en cierto modo varonil. La mirada se perdía en el infinito, con los ojos algo cerrados en parte por el ceño fruncido del que hablaba renglones atrás. Sin embargo, cuando salía de su ensimismamiento, observaba con nitidez, centrándose en su objetivo como el tirador se centra en su presa. Algo en ella transmitía relación con el bajo fondo, y del mismo modo, también estupefacción por lo ocurrido. Esta sensación de haber sido engañada, como luego supe más tarde, tampoco se le pasó por alto al maestro Galdós.

—Tranquila, Higinia —dijo el maestro—. No estamos aquí para buscarte las cosquillas. De hecho, es muy probable que seamos los únicos que no estemos buscándotelas ahora mismo... —Le dio una calada al cigarro que se había encendido segundos antes—. Si te pregunto cosas como esta, no es porque vaya a por ti, sino por todo lo contrario. Necesito entenderte para que podamos escribir qué resortes disparan este caso y, por supuesto, también para

poder ayudarte. Así que, dime: ¿cómo pudiste reconocer el cadáver de doña Luciana en el depósito si apenas lo habían sacado de la cajonera?

La mujer, que había observado fijamente a Galdós durante su discurso, volvió a desviar la vista por el pequeño ventanuco que daba al patio. El escritor, al ver que no recibiría respuesta, suspiró. Durante la siguiente calada, mantuvo el cigarro unos cuantos segundos entre sus labios.

—Higinia, ¿eres consciente de que somos tu única salida?

La mujer permaneció muda. En ese momento, Galdós extrajo un cigarro de la camisa y se lo ofreció a Higinia.

—Te lo ofrezco a pesar de que sé perfectamente que no fumas. Porque dime, Higinia, ¿sabes de dónde salieron las colillas que más tarde se encontraron en la escena del crimen? Tuyas no eran.

La mujer le observó con algo de desprecio. De pronto, el semblante de Galdós se transformó. Pareció impacientarse. Miró a un lado y a otro, como si lo que estuviera a punto de soltar fuese el germen de una nueva relación con Higinia. Entonces, sin apenas levantar la voz, con un tono casi inaudible para mí, se dirigió a la reclusa:

—Háblame de José Vázquez Varela...

Los ojos de Higinia, hasta entonces mitad entristecidos, mitad curiosos, se abrieron de par en par, como si el interlocutor hubiera tocado una tecla especial. Noté que a Galdós le satisfacía este cambio de rumbo, y así lo demostró con una calada relajante.

—Cómo conoce usted... —susurró al fin ella.

Tenía una voz ruda, quizás algo ronca por el efecto del silencio o por una naturaleza oscura. Obviamente, el tono no era nada conciliador. Se sentía atrapada. Como un animal herido al que arrinconan y que de pronto amenaza con defenderse. Sus dientes eran grandes y francamente asustaban si recordamos además la disposición de sus mandíbulas. Sin embargo, aunque parecía que habíamos tocado el resorte, ella detuvo esa especie de reproche y volvió de nuevo a su estado habitual: sentada, con los brazos cruzados, la mirada perdida en algún punto exterior.

—¿Acaso no puedo conocer al hijo de la víctima? —reanudó el maestro—. ¿Y por qué te sorprende tanto que salga su nombre? Tú eras la empleada de su madre, es lógico que haya una relación, sea cual sea.

Pero Higinia había vuelto a su hermetismo. Noté que Galdós empezaba a irritarse más de la cuenta. Yo también, he de confesarlo.

—¿Se llevaba tan mal con su madre como dicen?

Silencio. Era evidente que estábamos pinchando en hueso, que aquella joven no se iba a dejar influir por nosotros. Galdós volvió a las caladas nerviosas. Yo, en ese momento, hubiera matado por un whisky. El guardia que nos había traído hasta allí vigilaba desde la puerta ajeno a nuestra conversación. Entonces, el canario cambió el tono. Se agrió más, el suave acento isleño se perdió entre la acidez de su verbo. Se abalanzó sobre el pupitre que ocupaba Higinia.

—Mira, Higinia, te lo voy a decir claramente. —Se enjugó la frente con el antebrazo, en un gesto cansado—. Muy claramente: sé que no fuiste tú. ¿Por qué lo sé? No tengo ni idea. Digamos que se trata de una corazonada o algo así. En ocasiones, sin entender muy bien el porqué, dos personas conectan y se entienden sólo con mirarse. A mí ni siquiera me hizo falta mirarte para comprender que este episodio te había atropellado. Pero, para colmo, ahora que te veo me ratifico aún más en la idea. —Fumó con desesperación—. Sé lo que significa vivir solo y sin recursos en una ciudad como esta. Y sé también lo que supone coquetear con las clases altas en ese estado. Y, por supuesto, conozco de sobra lo que las clases altas son capaces de hacer con individuos como tú o como yo. He escrito mil veces utilizando ese argumento: pobres almas que son movidas por el ansia de esos señoritos a los que no les importa nada en este mundo más que ellos mismos. Esta es la primera vez que me encuentro con un caso así, en el que un personaje de novela pone los pies en la realidad, un personaje de carne y hueso. Higinia, tú eres el personaje con el que siempre quiso contar un novelista...

Fumó ahora con más tranquilidad. Higinia había quitado la vista del horizonte y ahora escuchaba atenta a su interlocutor. Antes de continuar, él me obsequió con una mirada cómplice. Yo le correspondí asintiendo:

—Tengo amigos, Higinia. Amigos influyentes a los que sólo les hace falta una palabra mía para abrir la puerta. La prueba es que hoy estoy aquí contigo, algo por lo que todo el mundo mataría ahí afuera. —Ví como a Galdós le temblaba la pierna, no sabía si por los nervios o por algún tic extraño—. No creas que quien te brinda ayuda es un pobre escritor canoso y triste. Piénsalo bien, porque hay mucha gente detrás de lo que ofrezco. Ahora bien, a cambio necesito que me ayudes. Necesito que me cuentes quién lo hizo. Que rodees la historia de un cruel asesinato del contexto que necesariamente exige y que no es, ni por asomo, el que las autoridades y la prensa nos quieren vender. Sé que

no es esa la verdad. Así que te ofrezco mi ayuda, llegue hasta donde llegue, a cambio de esa verdad.

Higinia, que había escuchado atentamente, se mantuvo unos minutos en silencio. Estaba seguro de que orquestaba en ese momento una respuesta a la altura del ofrecimiento que le había hecho Galdós. Rumiaba en su cabeza las palabras necesarias para tenderle la mano al escritor. Pero entonces, cuando todo parecía ponerse de cara, un rumor de pasos anestesió la conversación. El guardia se incorporó y todos los que hasta entonces protagonizábamos la escena esperamos ansiosos la llegada de lo que, a juzgar por el sonido, parecía una comitiva entrando en la sala. Y, efectivamente, así fue. Media docena de personas accedieron al pequeño habitáculo. Claramente, se trataba de un séquito a las órdenes del individuo que avanzaba en cabeza, un tipo serio y en apariencia compungido, que vestía un traje azul y que lucía un bigote tremendamente frondoso, de esos que ocultan media cara. El hombre se detuvo al vernos y muy rápido se dirigió al que avanzaba en segundo lugar.

—Enrique, ¿quiénes son estos?

El aludido parecía sorprendido. Al contrario que el jefe de la comitiva, este segundo intruso sí conocía al maestro. Con delicadeza, colocó una mano en el hombro del bigotudo y se acercó a nosotros. Ya quedaba claro que el resto del grupo eran simples acompañantes, quizás guardaespaldas. Este segundo actor era más ligero de torso, más corto de altura, y aunque la cara despejada le hacía más joven, el gris del pelo indicaba que cumplía más años que el que pasaba por su jefe. Al llegar hasta nosotros, se colocó frente a Galdós y le ofreció su mano.

—Buenas tardes, don Benito —dijo—. Soy Enrique Bello, director de la cárcel de mujeres. Me alegra mucho encontrarle aquí. Sabía de su visita, pero pensé que no se alargaría tanto. No obstante y como ya he dicho, me alegro de poder conocerle.

Galdós estrechó su mano.

—Yo también me alegro, caballero —contestó, aunque con la vista puesta en el hombre de bigote que comandaba el grupo.

—Permítame que le presente a mi acompañante —añadió el director—. Se trata de don José Millán Astray, director de la cárcel Modelo de Madrid.

El bigotudo mudó el rostro. De pronto se había tornado amable y muy rápidamente le tendió a su vez la mano al canario.

—Encantado de conocerle.

Esta vez, Galdós prefirió no contestar con palabras y sólo acompañó el apretón de manos con una mirada amenazante y un ligero asentimiento cordial. El maestro me presentó a mí, y yo estreché ambas manos con algo de respeto, sin saber muy bien a qué clase de hombres estaba saludando. Una vez se hubo formalizado la presentación, don Enrique recuperó la palabra.

—Señor Galdós, por desgracia, contamos con un horario de visitas bastante limitado, y me temo que ha llegado el turno del señor Millán Astray. Ya sabe lo rígidos que son estos regímenes penitenciarios. No obstante, le emplazo a que vuelva a visitarnos cuando desee.

El maestro, que no abandonaba el semblante serio y desconfiado, se dirigió mudamente a Higinia, que también silenciosamente pareció decirle: adelante, no te preocupes.

—Le aseguro que volveré —contestó Galdós, arrojando el cigarro al suelo.

Sin más despedidas que esa especie de amenaza velada, el canario se marchó por el pasillo sin mirar atrás. Yo, torpemente, pues la tensión y la resaca empezaban a hacer mella en mi capacidad motora, esquivé los cuerpos que taponaban la salida y perseguí la silueta escurridiza del maestro. A mi espalda, escuché cómo ese tal Millán Astray ya se dirigía a la acusada directamente. ¿Quién sería aquel hombre de aspecto sórdido? ¿Qué tenía que ver el director de la cárcel Modelo con aquel crimen?

3

Volví a la taberna del Tuerto, a pesar de que me había prometido no perder allí las horas que sin duda necesitaba vivir en el exterior. Mi ansiedad no desaparecía y hacía mella en mi ánimo. Ese día, además, al volver a la pensión después del extraño encuentro con Higinia y tras la llegada de ese tal Millán Astray, me sentía agotado. No quería ni pensar en cómo se encontraría el maestro, al que cada instante que pasaba se le agriaba un poco más el semblante. Dentro de mi pequeño cuarto en el barrio de Chamberí, la angustia que me provocaba el misterio que rodeaba a una ciudad tan hostil se mitigaba. La mañana anterior me había proporcionado un escritorio ruinoso de un taller escondido de la calle San Marcos. Dos carpinteros lijaban entre sudor y serrín una tabla que habría de destinarse a alguna mesa o mueble similar cuando, al pasar yo cerca de la sombría callejuela, vi que frente a ellos, entre los sobrantes, una mesa coja de una de las patas, desvencijada y carcomida, esperaba su turno para ser arrojada a la basura. Con educación les pedí cargar con el mueble hasta el basurero, petición que aceptaron con alivio. Sin ellos saberlo me habían proporcionado mi propio escritorio, que tuve que empujar hasta la pensión entre sudor y dolores de antebrazo. Allí pedí prestada una silla de las del comedor, y ante la falta de ellas, tuve que recurrir a una banqueta sin respaldo de las que la dueña utilizaba para tomar el fresco nocturno. Así tuve mi primer lugar de trabajo en Madrid. Seguía anhelando, con cierta voluntad de cumplir con esa necesidad, escribir de una maldita vez la primera frase de mi novela.

Pero al llegar a la pensión aquella tarde, no pude evitar sentir temblores que llegaron incluso a asustarme. Me incliné bajo la cama y de la maleta extraje el mazo de cuartillas de papel que había comprado a buen precio en Valladolid.

También recogí el cálamo de metal y el tintero que me había regalado mi padre, que a su vez había heredado de mi abuelo, que pasaba por ser un coleccionista de artilugios bastante extravagante. Me detuve en el objeto, el maravilloso cálamo de color gris, tan imperfecto, dispuesto a ser mojado en tinta. Al incorporarme, sentí que el mareo crecía y noté cómo el crucifijo, colgado de la pared sobre el cabecero, se tambaleaba frente a mí. Finalmente, pude incorporarme. Flexioné las piernas para intentar acomodarme en mi pupitre improvisado, pero al mareo había que añadir la falta de respiración, que era lo que más me asustaba. Coloqué la primera cuartilla frente a mí. Temblaba al acercarme al papel e imaginaba cómo mi muñeca se deslizaba por él. Pero me sentía incapaz. El cálamo gris continuaba ahí, silencioso. Pensé en lo decepcionado que se sentirían tanto mi padre como el maestro Galdós cuando comprendiesen que se me habían cerrado por completo las puertas de la creación literaria, y que a nada, sino a mi falta de inventiva, se debía el fracaso.

4

El pueblo seguía cuchicheando alrededor del dichoso crimen de Fuencarral, que lejos de difuminarse en el tiempo tomaba cada vez mayor relevancia en el día a día. Todo el mundo hablaba de lo que había adelantado Galdós a través del chivatizo del Romano: el tal José Vázquez Varela era el principal sospechoso, y ahora corrían de boca en boca los numerosos episodios de agresión y abuso que el joven había protagonizado junto a su madre. Al parecer, era frecuente ver a doña Luciana con la cara hinchada por los golpes de su hijo, con cortes y heridas de todo tipo. Se contaba, incluso, que el joven llegó a disparar contra ella un par de años atrás, errando el tiro, para suerte de la viuda. Estas y otras historias corrían por barras de bar como las del Tuerto, que ya se había aficionado a su vez al serial e intentaba sonsacarme en cuanto me achuchaba un sorbo de vino.

La noche siguiente al encuentro con Higinia ya se había cerrado sobre los tejados de Madrid cuando me despedí del Tuerto y cogí por fin el camino de la pensión, de la que apenas me separaban unos metros. Me detuve en plena calle a mirar la luna, que reinaba plena en lo alto. Era el momento más hermoso del ciclo y no podía dejar de pensar en las noches de verano allá en los montes, cuando vagaba por la era para poder contemplar desde la soledad del campo la plenitud de la bóveda. El silencio allí, perdido en la inmensidad de la meseta, era muy diferente al que ahora percibía en la ciudad. Aquel era un silencio pacífico, natural. Nada que ver con el silencio activo de un Madrid que amenazaba a cada segundo con despertar, y que volvía a provocarme un desasosiego terrible. Echaba de menos aquella calma inquebrantable de mi tierra. Echaba de menos saber que la tranquilidad dependía exclusivamente de mí, de las decisiones que tomase.

Aceleré al recordar que al día siguiente se cumplía uno de los grandes deseos de Galdós: por fin podríamos visitar en la cárcel a José Vázquez Varela.

5

La cárcel Modelo de Madrid era tan imponente que, al verla, después de un largo paseo por la calle de la Princesa, me hizo sobrecogerme como nunca antes. El edificio, gigantesco y robusto, se levantaba en una loma desde la que se podía admirar la cercana sierra en todo su esplendor. Las montañas, desnudas en esa época del año, se alzaban como un muro a lo lejos, y me hacían pensar en que más allá seguirían estando ya mi Duero, mis pequeñas tachuelas en forma de monte, mis noches templadas aun en verano. Pero, volviendo al edificio, uno no podía dejar de temblar al ver semejante monstruo. Te recibía con una torre central, alta y estrecha, que terminaba en el infinito con un tejado picudo, con dos torres de vigilancia a los lados, simétricas, que en su conjunto dotaban al edificio de una elegancia coronada con un reloj enorme en el centro. A ambos lados, la mole de ladrillo se veía salpicada de infinitos balcones, la mayoría de ellos abiertos a esa hora de la tarde en la que el sol abrasa. Quizás lo que más me impresionó fuese que, desde el interior, llegaban hasta nosotros las voces de los presos, una especie de rumor constante que convertía al conjunto de convictos en una masa uniforme. Yo, que venía de un mundo donde la soledad era parte fundamental del individuo, no podía creer que semejante cantidad de personas pudiera agolparse en un mismo recinto.

Entramos por el arco principal y nos recibieron tres guardias. Galdós se acercó con uno de ellos hasta la garita, donde examinaron un papel que, supongo, contendría un listado con las visitas autorizadas. La entrada tenía una vidriera en la parte superior que arrojaba una luz cegadora sobre los que allí estábamos. Seguía impresionándome lo hermoso que era el edificio, a pesar de la oscura utilidad que tenía. Las columnas de hierro oscuro albergaban

pequeños pasillos por los que ya se iban distribuyendo las celdas. El maestro se acercó a mí de nuevo acompañado por el guardia y me susurró: «Vamos». Los pasillos de la cárcel eran todavía más aterradores que la visión que uno se construye desde el exterior. Celdas diminutas, algunas con un ventanal desahogando a los presos, pequeños sacos de paja sirviendo de improvisado colchón. En la penumbra, uno podía distinguir de vez en cuando la forma de algún recluso, que, tirado sobre los sacos, esperaba el momento de salir al exterior, quizás cuando el julio madrileño amainase.

Si comparamos la vida que se podía masticar en la Modelo con las costumbres que habíamos palpado en la cárcel de mujeres, la diferencia era abismal. Lo que en la Galera eran mujeres cosiendo a la sombra de varias religiosas en actitud condescendiente, en la Modelo eran hombres apagados, tristes, presos de un ambiente sórdido y amenazador. La luz de los patios de la Galera se tornaba en sombra y humedad bajo el techo de la Modelo. Ni siquiera el rumor de presos que se percibía fuera podía escucharse dentro, como quien entra en un gigantesco vientre de ballena donde se pierde la percepción del mundo. Los guardias que franqueaban nuestro paso lo hacían a una velocidad de vértigo, y para seguirlos prácticamente tenía que correr silenciosamente. En un momento dado, el maestro frenó ligeramente su ritmo hasta colocarse en paralelo a mí.

—Cuando nos encontremos frente a Vázquez Varela, tenemos que intentar ser corteses, por mucho que nuestro impulso sea retorcerle el pescuezo —dijo.

—Entiendo... —asentí.

—Hay que resultar incluso adulator. Tenemos que ganarnos su favor, aunque sepamos que anda detrás del asunto. Sólo así nos resultará útil. De hecho, si el tipo se coloca en contra de nosotros, es muy probable que nos entorpezca el paso. Tiene que confiar en nosotros. Ya sabes que está aquí encerrado por robar una capa, no por asesinato. Nunca olvides esto, por mucho que se complique el asunto.

Comprendía perfectamente lo que Galdós quería decir, pero, para nuestra desgracia, muy pronto entendimos que nuestro plan había nacido ya con todo en contra. El grupo de guardias se detuvo frente a un portón de roble. Uno de ellos abrió y nos indicó con la mano abierta que podíamos pasar. Por el hueco del portón salía una gran cantidad de luz, que al entrar supimos que provenía de un ventanal con rejas que daba a la sierra, dentro de un salón muy diferente al resto de las habitaciones, alto y ancho, con varias estanterías cargadas de

libros y un escritorio al fondo donde ya nos encontramos con la primera sorpresa: José Vázquez Varela no estaba solo, lo acompañaba un viejo conocido, el mismísimo José Millán Astray.

Centré mi atención en el hijo de la víctima, el famoso niño Varela, el crápula del que todo el mundo hablaba fuera. Era rubio, con la tez algo oscurecida quizás por el efecto del sol. Los labios eran carnosos y se mantenían en una especie de mueca victoriosa, una sonrisa chulesca. Un ligero bigotillo a la francesa acompañaba con escrupulosa simetría el movimiento de la boca. No se levantó ni siquiera a saludarnos, aunque no iba vestido ni mucho menos como ha de ir vestido un preso. Los pantalones, tremendamente ajustados, se arrugaban al plegarse una pierna sobre la otra, en una postura que indicaba que aquel que tomaba asiento sabía perfectamente cómo dar fe de su arrogancia. La camisa, blanca impoluta y arremangada hasta el antebrazo, tampoco era parte del vestuario habitual allí adentro. Sin duda, aquel no era un preso más.

—Cierre —ordenó Millán Astray. Nos quedamos allí los cuatro, sin guardias. Obviamente, no tenían miedo de nosotros—. Adelante, siéntense —pidió de nuevo el director, apuntando con la mano hacia las dos sillas que quedaban libres.

Antes de obedecer, el maestro tomó la palabra.

—Señor Millán Astray, su presencia aquí resulta sorprendente, más aún cuando apenas veinticuatro horas antes nos hemos visto en el otro punto caliente del caso: la cárcel donde han encerrado a Higinia.

El hombre sonrió.

—Soy el encargado de dirigir el régimen penitenciario en Madrid... —Extrajo una botella de vino y cuatro copas de uno de los cajones—. No sé qué tiene de extraño que visite las cárceles de la ciudad.

Con una simple mirada, Galdós me obligó a sentarme. Y así lo hice. Mientras, el director llenó los cuatro vasos con un vino riojano de excelente cosecha.

—En cualquier caso, el pacto consistía en charlar con el señor Varela a solas...

—¿Hay algún inconveniente en que esté yo presente? Entenderán que el caso se está enturbiando, que ya está en boca de todos y que tengo que velar por la seguridad de los reclusos del penal.

Galdós lo observaba con fijeza. Si se hubiera podido fulminar a un

individuo con la mirada, el maestro lo habría conseguido aquella tarde.

—¿De verdad teme por la seguridad de este caballero? ¿Nos considera peligrosos?

Millán Astray sonrió.

—No, hombre, no... Claro que no son ustedes peligrosos, a pesar de que es usted muchísimo más alto de lo que imaginaba. Lo que es peligroso es el contexto. Por eso, a partir de ahora tendremos que cuidarlo un poco más.

—No te preocupes, José —interrumpió el joven Varela, dirigiéndose a Millán Astray—, puedes dejarme a solas con los caballeros, ya te he dicho que yo solo me basto...

—Y yo he dicho que te calles. —El director de la cárcel levantó la voz, asustando al interpelado—. Disculpen, caballeros. El recluso es joven y vehemente, pero, como ya he dicho, tengo que velar por la integridad de la institución, y esto incluye que cualquier entrevista que se le efectúe al señor don José Vázquez Varela habrá de contar con la vigilancia de algún empleado de la prisión. Insisto, no es una cuestión personal, es simple precaución frente a todo aquel que visite la cárcel.

—Ahora que comenta esto, señor Millán Astray —esta vez tomó la palabra el maestro Galdós—, aprovecho para decirle que sí parece vehemente. De hecho, en la calle se dice que su protegido cuenta con suficiente vehemencia como para matar con ella a su madre.

Vázquez Varela y Millán Astray se miraron en señal de confusión.

—¡Pero cómo osas decir eso, hijo de perra! —gritó el joven.

El director sujetó al muchacho, que se detuvo no sin antes golpear con el puño la mesa de madera junto a la que estaba sentado. Millán Astray templó los ánimos con la mano abierta en señal de calma. Después, le lanzó una mirada interrogadora al maestro.

—Tenga cuidado con las insinuaciones que hace, señor Galdós... Hasta ahora hemos sido amigos y no sabe cómo me desagradaría tener que dejar de serlo.

Galdós, que no perdía la calma, ni se inmutó al responder.

—Sólo reproduzco lo que dicen las calles... Ya sabe que me nutro de ellas.

—No crea todo lo que dice la calle —contestó el director—. La calle es necia, inculta... No caiga en sus redes. El señor Vázquez Varela está encerrado en la Modelo para cumplir con la pena que supone robar una capa en un país civilizado como este. Nada más. No se le ocurriría cometer un

delito así, y menos contra su madre.

—Creo que deberíamos denunciar a este tipo —interrumpió ahora el Pollo Varela—. No podemos permitir que nos denigre así.

Millán Astray volvió a pedir calma, aunque esta vez acompañó el gesto anterior con una mirada que fulminaba a su protegido.

—Vuelvan a disculparle, insisto en que es un joven vehemente. A pesar de todo, me gustaría intentar reconducir la entrevista, pues no soy yo el sujeto que despierta interés aquí, ni soy yo parte del caso que nos ocupa.

Galdós dejó que pasaran los segundos sin dar respuesta a la provocación velada del director de la cárcel Modelo. No le retiraba la vista de encima, repitiendo el pulso al que se había retado horas antes. Millán Astray no se achantaba y aguantaba la mirada con suficiencia. Sólo el Pollo Varela parecía a punto de perder los papeles. El maestro recogió la chaquetilla que había dejado colgada en el perchero de la entrada y, enrollándola en el antebrazo, se colocó frente al director. Apenas le había dedicado unos segundos al acusado, pasando de puntillas sobre los comentarios fuera de tono que había efectuado el joven. Sentenció:

—En ese caso, y dada la falta de privacidad a la que nos somete, nos vemos obligados a rechazar la entrevista. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

—En este punto, Galdós le ofreció la mano al director.

—De eso no me cabe duda —confirmó Millán Astray, devolviendo el saludo.

Nos despedimos unos y otros, con la frialdad de quien acaba de protagonizar una escena desagradable, incómoda. La mano del Pollo Varela me pareció excesivamente sudorosa, lo cual me extrañó, dada la aparente elegancia que desprendía el joven millonario, al menos en comparación al resto de los reclusos. Minutos más tarde, salimos al exterior de la cárcel notando un alivio extraño, como quien recupera el oxígeno después de pasar varios segundos bajo el agua. Al llegar a Rosales, Galdós se despidió de mí.

—Estamos en un punto muerto —dijo, antes de suspirar, más por hastío que por otra cosa—. Mañana podremos entrevistarnos con Dolores Ávila, una de las supuestas cómplices de Higinia. La otra, María Ávila, su hermana, ha sido puesta en libertad porque el juez no ve indicios de delito. Dolores es una de las últimas oportunidades de ganar un amigo en este caso, así que duerme bien, descansa y mañana nos vemos en la cárcel de mujeres. Ya conoces el camino.

Y sin más se marchó. Algo quedaba claro después de aquella entrevista

fallida con el hijo de la víctima: obviamente, alguien más aparte de Higinia tenía papel en esta obra, que empezaba a enredarse tal y como había adelantado el maestro. Decidí acercarme a casa andando, intentando descifrar qué papel ejercíamos cada uno en dicho enredo.

6

La siguiente entrevista que Galdós y yo tuvimos que acometer para esclarecer el crimen no era menos estimulante que las ya mantenidas con Higinia y el Varelita. Nos obligaron a comparecer ante Dolores junto a un guardia que nos escoltase, para nuestra sorpresa, y tras la negativa del maestro, el director de la cárcel de mujeres reiteró su deseo de protegernos. Eran días de mucho nerviosismo, y si bien todo el pueblo se comportaba de manera estrambótica al hablar del crimen, lo cierto es que Galdós seguía manteniendo la cabeza fría y los pies en el suelo. Por eso volvió a negarse a recibir escolta durante la entrevista, así que, considerando el director que una tercera negativa sería excesiva, accedió a que visitáramos la celda de aislamiento en la que se hallaba la presunta cómplice.

—Dejaremos un guardia detrás de la puerta y sólo tendrán que gritar para que acuda en su auxilio.

La cárcel de mujeres seguía pareciéndome un lugar idílico si se compara con lo que el hombre de a pie entiende por presidio. Ese aire de convento clerical, esa paz silenciosa que se respiraba... Sin duda, muy diferente de otros penales en los que la vida se antojaba un drama. De hecho, lo que el director había llamado celda de aislamiento, es decir, el habitáculo apartado donde se encerraba a las convictas con mala conducta, no era más que un ancho espacio salpicado con un taburete y unos sacos de paja donde poder descansar. Una ventana diminuta con rejas comunicaba la sala con el exterior. Ni mucho menos parecía aquel un castigo como el que se deduce al escuchar el término «celda de aislamiento».

—Esperaré fuera, no duden en avisarme si la mujer se rebela —se ofreció el guardia que nos había acompañado.

Galdós asintió y, con un leve gesto con el cuello, el guardia nos indicó que podíamos entrar. Ya digo que lo primero que llamaba la atención era la amplitud de la sala. Lo segundo, la luz, bastante presente a pesar de tratarse de una reclusión ejemplar. Y lo tercero, ahora sí, la mujer que, sentada en suelo, justo bajo la ventana, fijaba su mirada en nosotros, con el ceño fruncido, los dientes rechinando y los puños apretados sobre las rodillas. Se veía muy desmejorada, con el pelo completamente alborotado y unas ojeras terribles sobre cada pómulo. La caída hasta el mentón era brusca, fruto quizás de una mala alimentación. Imagine el lector un rostro que transmita el mayor enfado conocido: ese era el rostro de Dolores.

—Puede cerrar la puerta —ordenó Galdós.

Obedeció el guardia, y con el leve sonido que la puerta emitió al chocar contra el marco, vimos que Dolores se levantaba del suelo y comenzaba a caminar en círculos por la estancia. Lo hacía con lentitud, sin dirigirnos ahora la mirada, perdida esta en algún lugar del piso. Desconcertados, Galdós y yo esperamos pacientemente a que la mujer terminase con su ritual de paso lento que se extendió durante varios minutos, hasta que por fin se colocó aproximadamente a medio metro de nosotros y, con un movimiento rápido, estiró el brazo hasta conseguir enlazar con su mano derecha el cuello del maestro, que sólo pudo reaccionar cuando ya le era imposible zafarse del ataque. El canario comenzó a emitir sonidos guturales, como si se estuviese ahogando.

—¡Ayudadme, hijos de puta! ¡Ayudadme! —gritaba Dolores.

Galdós, que seguía intentando apartar a la agresora con sus brazos, me suplicó con la mirada que reaccionase, pero yo me había bloqueado de tal forma que ni siquiera fui capaz de pronunciar palabra. La mujer tenía una fuerza impropia de su frágil figura, y hubiera ahogado al maestro de no haber salido yo del trance segundos más tarde. Me abalancé contra la puerta, golpeándola con el puño como un poseso. El guardia me arrolló y, extrayendo de su cinturón una porra de grandes dimensiones, comenzó a golpear a Dolores hasta que esta soltó a su presa y cayó al suelo con estrépito.

—¡Hijos de puta! —seguía gritando mientras, a gatas, escapaba de los porrazos del vigilante.

Entonces, la mano de Galdós se posó sobre el hombro del guardia mientras con la otra se acariciaba el cuello en señal de alivio. Con dulzura, se dirigió a él:

—Déjela... Tranquilo, déjela.

El guardia, que sujetaba la porra en alto con la intención de volver a cargar contra Dolores, se detuvo.

—Dolores... —dijo ahora Galdós, con el mismo tono suavizado—, venimos a eso que pides, a ayudarte. Así que tranquila, por favor...

La mujer no había podido levantarse siquiera del suelo, hecha un ovillo, y ahora alzaba ligeramente la vista entre uno de sus brazos, observando con miedo la figura de Galdós.

—Señor —interrumpió el guardia—, esta mujer es peligrosa. No confíe en ella.

—Tendré que pedirle de nuevo que abandone la sala, caballero. —Galdós parecía controlar ahora la situación—. Le doy las gracias por su inestimable aparición, pero nos gustaría permanecer a solas.

Resignado, el guardia salió nuevamente de la sala.

—Tranquila, Dolores... Te repito que sólo venimos a ayudarte...

La mujer se incorporó medianamente, aunque seguía sentada en el suelo.

—La prueba es que —interrumpí yo ahora—, después de tu ataque, seguimos aquí, esperándote, en lugar de darte una paliza, como hace el resto. ¿Y sabes por qué? Porque somos conscientes de que lo haces en defensa propia. De que te sientes acorralada y, en una situación así, no es fácil reaccionar con calma.

El maestro me miró como si hubiera encontrado las palabras que a él le habían faltado. Ella, sin embargo, lo hizo con algo de condescendencia.

—Lo que dice Melquíades es cierto —reanudó Galdós—. Estuvimos días atrás, precisamente, charlando con Higinia y...

—Higinia, maldita perra —cortó esta vez Dolores.

La agresividad con la que se refería a su supuesta socia nos llamó la atención.

—Pensaba que erais amigas —contestó Galdós.

—Lo éramos. Usted lo ha dicho bien. Porque esto yo no se lo perdono.

Galdós y yo nos miramos. Estábamos derribando la barrera que Dolores había impuesto.

—¿Qué es lo que no le perdonas? —pregunté yo.

De pronto, Dolores se levantó y volvió a abalanzarse sobre nosotros, aunque esta vez para agarrar los cuellos de mi camisa. Era tan rápida que no pude esquivarla, pero ahora no buscaba dañar, sino acaparar nuestra atención

con un gesto brusco. Comenzó a zarandearme sin soltar la camisa, y como una bestia desesperada gritaba sin que le importara quién pudiera escucharla.

—¡Yo se lo dije! ¡Tienen que creerme!

En esta ocasión, yo sí pude desembarazarme de ella, no sin trabajo. Sólo entonces, Galdós se atrevió a preguntar:

—¿Qué le dijiste, Dolores?

La mujer se había vuelto a sentar en el suelo y había comenzado a llorar desconsoladamente, ocultando con sus manos el rostro. El maestro se sentó a su lado y con dulzura intentó abrazarla. Ella lo miró con asombro, pues llevaba tanto tiempo sin recibir una muestra de afecto que aquel ligero abrazo le resultó casi fábula.

—Dinos, Dolores —insistió Galdós—. ¿Qué es eso que le dijiste a Higinia?

Dolores pareció pensarse dos veces el paso que estaba a punto de dar, y finalmente, entre sollozos, dio rienda suelta a su memoria.

—La Higinia vino a casa hace unas semanas, algo que suele hacer a menudo, pero esta vez lucía una extraña sonrisa. Recuerdo que María, mi hermana, tenía que ir al sastre, porque le cogían un vestido para no sé qué verbena, y nos dejó a solas. Entonces me lo dijo, que tenía un plan para abandonar la miseria. —Sorbió los mocos antes de continuar—. Si la memoria no me falla, que ya les digo yo que no, le pregunté que quién coño era ella para idear planes, que se dedicara a sus labores de limpieza y callase. Pero ella, con su desparpajo habitual, me soltó que no era la cabeza pensante en el asunto y que lo mejor sería que, como ella, al menos escuchase la propuesta.

Galdós y yo nos miramos con asombro.

—¿En qué consistía ese plan? —pregunté.

—Parece ser que querían robar en la casa de una marquesita o algo así. Yo le dije que no éramos ladronas y que no contase conmigo. Entonces ella justificó el delito con dos argumentos que todavía hoy retumban en mi cabeza: por un lado, me confirmó que ella conocía a la señorona, y que era un demonio que merecía ese robo y mucho más; por otro, ante mi asombro, me dijo que nosotras no seríamos las ladronas, que los ladrones eran ellos, los que habían ideado la cosa. Que nosotras sólo seríamos meras mensajeras, encargadas de transportar el botín de un lugar a otro, y que seríamos tan bien recompensadas por ello que no tendríamos que volver a pasar hambre.

Esta vez, Galdós y yo ni siquiera nos miramos. El estupor inicial que

transmitimos con la mirada, ahora podía masticarse.

—¿Y quiénes eran esas cabezas pensantes? —preguntó Galdós.

—No quiso decirme nombres. —Volvió a sorber los mocos, aunque la respiración ya parecía más acompasada—. Pero sí me dijo que era gente poderosa de la cárcel. La Higinia tenía la sensación de que los hombres con los que se codeaba alrededor de la Modelo, cuando trabajaba con el cojo en la cantina, eran los hombres más poderosos del mundo. Hablaba habitualmente de ellos, los citaba... Creo que se acercó demasiado a esa gentuza.

—¿Y a qué hombres citaba? ¿O qué historias contaba? —quise saber.

—No puedo acordarme. Hace ya unos cuantos meses que la Higinia abandonó esa cantina, poco antes de la muerte del cojo. Y si le soy sincera, las historias me importaban muy poco. Ella hablaba y hablaba, momento que yo aprovechaba para pensar en mis cosas. Quién me iba a decir a mí que mi libertad podría depender de esos hijos de puta.

Observé que Galdós se decepcionaba con el relato de Dolores, como si hubiera estado a punto de coger al caco que se escapa sin poder evitarlo.

—¿Y el día de autos? ¿No supo usted nada de Higinia? —pregunté.

—Absolutamente nada. Yo me negué a participar en ese juego, pues hasta en tres ocasiones me lo ofreció, y las tres ocasiones recibió un «no» por respuesta. Ese día, yo andaba tranquilamente con mis tareas cuando apareció la policía en mi casa exigiéndome cuentas. Imagínese la cara de mi hermana María cuando nos prendieron, ella ni siquiera sabía que la Higinia y esos tipos tenían algo entre manos. Desde ese momento hasta ahora mismo, mi vida se ha convertido en un infierno. Sé que no he frecuentado las mejores compañías y que mis hábitos de vida no son los más sanos. Pero hice lo que pude con las cartas que me repartió el Señor, y sin duda entre todo eso que hice no hay delitos, ni mucho menos asesinatos. Y créanme, señores, que la Higinia, al menos la Higinia que yo conocí, tampoco era una mujer dispuesta a cometer esas atrocidades. Y aunque lo hubiera estado, creo que hay en ella una naturaleza noble que tampoco le hubiera permitido cometerlas. Es evidente que la Higinia y yo somos marionetas, y que nos van a quemar en cuanto se les presente la oportunidad. —Al anunciarnos su funesta predicción, volvió a sollozar y una lágrima enorme recorrió su mejilla—. Ahora, les digo una cosa. No les culpo a ellos. Están en otro mundo, juegan a otra cosa. Pero a la Higinia... A la Higinia, les juro que no la perdonaré jamás. —Le dirigió ahora la mirada al pequeño ventanal—. Maldita perra. No te lo puedo perdonar.

Las gentes de Madrid me resultaron agradables en su desarraigo. Excepto en muy contadas ocasiones, el madrileño no presumía jamás de su pueblo. Tampoco tenía reparos a la hora de glosar los encantos del resto de tierras, y no se enfadaba cuando alguien ponía en tela de juicio el encanto de la suya propia. Esto les permitía no juzgar con la ceguera del que no ve más que el rosal en jardín propio, y les hacía sentirse a la vez parte de un todo, cosa que no ocurría en otros lugares de España. La falta de orgullo regionalista en Madrid era sin duda una agradable noticia para quienes, como el maestro Galdós y yo, veníamos de fuera a buscar asilo en la ciudad. El eclecticismo y el mestizaje han de basarse en un principio muy similar a este: sentir que la tierra tiene unas características que nada tienen que censurar y mucho tienen que acoger. Es decir, el vecino que tiende a no etiquetar su tierra, para bien o para mal, tiende también a no etiquetar a sus habitantes. Y bajo esa premisa se cincelaba el Madrid de entonces.

Me autoimpuse la obligación de salir ahí afuera, de luchar contra el miedo que me provocaban aquellos callejones ajenos, y poco a poco iba haciendo de la rutina virtud al perderme por Madrid durante el día, cuando todos se refugiaban en casa, y a veces incluso durante la noche. Mis caminos predilectos eran tres: o bien me escapaba hacia la zona universitaria, por los alrededores del hospital San Carlos en Atocha, donde se congregaban los estudiantes de medicina; o bien hacia la calle San Bernardo, colándome por los arrabales del centro, de infausto recuerdo; o bien escapando hacia la zona nueva del ensanche, al límite del domicilio donde se alojaba Galdós. También empecé a sentirme atraído por la vida comercial de la ciudad, y mi ansiedad se apagaba al mezclarme con aquellos que acudían al mercado ambulante de la

Corredera Baja de San Pablo, donde una mezcla de olores que yo no había ni siquiera imaginado se esparcía por el ambiente, lo que unido al grito de los tenderos, que exponían su género por encima de los puestos de madera, dotaban a la escena de una cercanía extraña, dada la cantidad de gente que allí se agolpaba. Al final, en la plazuela de San Ildefonso, uno se topaba con un mercado techado, que al particular que escribe estas líneas le resultaba un prodigio de la arquitectura, y que dentro albergaba a no menos compradores y transeúntes que las calles anexas. Para mí, que venía de un lugar donde prácticamente no existía el mercadeo y donde quien escapaba del autoabastecimiento para mercadear lo hacía individualmente, aquella atmósfera de vecinos en comunión con los productos de su tierra —y de otras no poco lejanas, pues en uno de los tenderetes podía encontrarse cerdo salado gallego, y en otro vino dulce jerezano, por ejemplo— me resultaba inmejorable.

También me impresionaba sobremanera el ambiente universitario que se respiraba en torno al caserón de la calle de San Bernardo. Yo había conocido el clima universitario de Salamanca, ciudad muy próxima a mi patria chica, pero el entorno estudiantil madrileño contaba con un tono más festivo y menos docto, más innovador y menos académico. El edificio, una especie de palacete que un día fue ocupado por los jesuitas antes de pasar a formar parte de la Universidad Central, tenía un tono cobrizo que resaltaba sobre el tono ocre de los edificios adyacentes, con numerosos balcones desde los que llegaban las voces del alumnado, en un rumor alegre y esperanzador para nuestro anquilosado país. Fuese cual fuese nuestro futuro, probablemente estaría encerrado a esa hora entre los muros de la universidad.

8

¿Conocen ese instante en el que uno siente que sus problemas se esfuman?

La vi una de esas mañanas en que me perdía por la ciudad, apoyada en la fuente de la Cruz Verde, bebiendo agua en posición nada femenina. Quedé prendado al instante, como quien despierta de pronto de una pesadilla. Las temperaturas estaban a punto de hacer estallar Madrid por los aires, tal era el calor que estábamos soportando. Sin embargo, allí estaba ella, aguantando con su camisa y su chaqueta universitarias, vestida en parte como un hombre, intentando soportar los calores horribles que amenazaban con achicharrarnos. No sé los minutos que estuve contemplando aquella escena, recreándome en su melena larga, ligeramente cobriza, rizada hasta perderse en algún lugar bajo la espalda. Su cuerpo menudo, muy sugerente bajo el traje ajustado, se movía armoniosamente, como si lo hiciese al compás del ruido de alumnos que nunca abandonaba las calles. Los ojos eran claros, a juego con el tono pelirrojo de su pelo, y también con la tez pálida de su rostro, en inmejorables proporciones junto a nariz y boca. Especialmente reseñable era esta última, carnosa y húmeda, que se aplanaba al llevar a cabo movimientos simples como hablar o incluso, me di cuenta más tarde, reflexionar. Los dos colmillos asomaban ligerísimamente cuando adoptaba su boca una posición risueña, y juro que aquellas dos pequeñas señales sobre la comisura del labio inferior me hacían perder la cabeza.

¿Puede enamorarse uno a primera vista? Supongo que aquí la variable tiempo tiene dos caras: una, la que tiene que ver con el momento exacto en que ves a la persona por primera vez; y esa segunda cara, que tiene que ver con cómo se proyecta esa persona en el futuro. Hay muchos amores a primera vista que dejaron de serlo con el paso de esa variable tiempo, del mismo modo que

hay algunos que no lo fueron *a priori*, pero que terminaron confirmándose después. A falta de saber qué ocurriría con esa segunda cara, lo cierto es que el momento exacto en que vi a Laura por primera vez fue, quizás, el momento más emocionante de mi vida. Ella, con ese escorzo extraño para beber, se mostraba más real que nunca frente a mí. Terminé de confirmarlo cuando segundos más tarde se desmayó, por culpa quizás del calor extremo que nos azotaba. Como un loco me abalancé sobre su cuerpo, viéndome como el salvador que no era, e intentando reanimarla con la ayuda del agua de la fuente de la Cruz Verde. Se arremolinó el gentío en torno a nosotros, algo que me agobió todavía más.

—Gracias... —me dijo, y se detuvo como esperando a que confesara mi nombre.

—Melquíades Quirón, para servirla —me apresuré yo a decir.

Sonrió, aún aturdida.

—Gracias, Melquíades. Mi nombre es Laura Ortuño —dijo, suspirando por el agotamiento.

Y así supe que me había enamorado. Minutos más tarde, con los vecinos ya de vuelta a sus menesteres, me contó que estudiaba latín en la Universidad Central. Yo le conté que era un escritor sin escritos, pero que me hallaba inmerso en un proyecto del que probablemente no saldría vivo, que es como se sale de las buenas novelas. Ella sonrió, y entonces yo confirmé lo que al principio del párrafo ya sabía: que era la mujer de mis sueños. Se marchó ya completamente restablecida, pero intuí que, a pesar de la fugacidad, volveríamos a vernos.

La ciudad y su espacio, por cierto, habían dejado de angustiarme.

CAPÍTULO V

1

Galdós sube las escaleras del hotel Victoria con parsimonia. Es la segunda vez que acude allí tras el primer encuentro el día que el botones del local les puso en contacto. Aunque ya conocía el hotel de días pasados, pues no habían sido pocas las veces en que doña Emilia lo había citado en alguna de sus habitaciones, aún le siguen enamorando los motivos románticos que encuentra en toda la decoración. Pasados de moda, sí, pero esto le parece una paradoja maravillosa. ¿Qué mejor para el arte romántico que envejecer en forma de ruina? Algo de esto hay en los ornamentos del hotel Victoria, y la fascinación de Benito por una época del pensamiento español cada día más denostada le hace detenerse de vez en cuando en un escalón, en la entradilla o en el rellano, a contemplar los sillones dignos de la corte de Fernando VII, o a examinar los cuadros que bien podrían asemejarse a una escena goyesca cualquiera, o a maravillarse con un tapiz que parecería recién sacado de un poema esproncediano. De alguna manera, introducirse en aquel hotel era retroceder en el tiempo medio siglo, algo que artísticamente él había hecho durante muchos años, principalmente en su primera época como escritor.

Al llegar a la habitación convenida, roza con los nudillos el portón de roble y una voz al otro lado le da paso. Al abrir, se encuentra con un hombre pulcramente vestido, a pesar de que la madrugada aún no ha despegado y los madrileños están todavía por despertar. Es José Camilo Paz, quien sonríe bajo el frondosísimo mostacho al encontrarse con su viejo amigo. Galdós se percata de que ha perdido bastante espesura, sin embargo, en la zona capilar. Sonríe también, pues necesita ese encuentro más que nunca y llega en el momento justo. Se abrazan, se palmotean e incluso se mantienen en silencio unos segundos, como examinando lo que el paso del tiempo ha hecho con sus

estados físicos. Sin duda, es en Paz donde este se ha cebado con algo más de fuerza. Por un momento, cruza por la mente de Galdós la idea de que aquellos dos jóvenes que se habían conocido años atrás se han convertido ahora en dos hombres maduros dispuestos a aprovecharse, precisamente, del paso del tiempo. Pero esta reflexión peregrina se esfuma en cuanto Paz abre el camino de la política.

—¿Cómo están esos liberales de Sagasta? —cuestiona José Camilo—. Ten en cuenta que no utilizo la segunda persona. Te dejo fuera porque sé que tú siempre has ido e irás por libre.

Galdós esboza una media sonrisa.

—Libre no es el adjetivo. Diría que me siento más personalista que nunca. Me fijo en los individuos y no tanto en las masas. ¿Conoces a don Miguel de Unamuno? —Paz niega—. Es un joven muy vehemente que se ha ganado una meritoria fama en las tertulias de café madrileñas. Defiende esa tesis: la creencia de una ética individualizada.

—Ese joven no sabe lo que dice. Hoy está más en boga que nunca la visión colectiva de la sociedad. Te invito a que vengas a París este invierno, cuando este sol del demonio se esconda. Podré presentarte allí a los artistas que vivieron la Comuna y otras reivindicaciones. Verás como la libertad individual no existe si no se proyecta sobre el resto.

—Fíjate que así pensaba yo hace unos años. Pero no tenemos quien represente en este país los valores que, por otro lado, tan bien aparecen representados en tu querida Francia. Que, por cierto, ¿cómo va la embajada en París?

—Viento en popa. —A Galdós le encanta la mezcla de acento argentino y expresiones españolas que despliega siempre Paz—. Si te parece que este país vuestro acoge a demasiados argentinos, tendrías que ver el país vecino... Pero ¿dónde se meten?

—Bueno, París es el centro del mundo. Es lógico.

—No te diré que no. Ni siquiera el hándicap del idioma es un problema... Ya digo, el aluvión de argentinos en París es incontrolable. Manejo tantos temas dentro de mi mente que apenas tengo tiempo para dirigir *La Prensa*. Por cierto, tengo que felicitarte por el artículo sobre el asesinato. Es una maravilla y va a mantener a media Argentina pegada al papel.

—De eso precisamente quería hablarte... —interrumpe Galdós—. El caso se complica cada día más y voy a necesitar tu mano para algunos temas.

José Camilo se peina frente a un espejo de mano que el hotel ha dejado en la mesilla. Benito se muere por fumar, pero prefiere no hacerlo.

—¿Daré para más de una crónica? —quiere saber el director.

—Sólo Dios sabe para cuánto va a dar este asunto —contesta el escritor.

Paz sonríe.

—¿De qué temas hablamos?

—Necesito hablar con Higinia de manera regular.

En ese momento, alguien llama a la puerta. El «adelante» que Paz utiliza como respuesta da paso a un ruido chirriante. Una vez se abre la puerta, una sonrisa de oreja a oreja en la cara del botones les indica a los dos amigos que la madrugada se ha ido y que la mañana ya está aquí.

—¿Deseará el señor desayunar?

—Café, por favor. Con eso basta. —Paz se dirige con la mirada ahora a Galdós, que asiente—. Que sean dos cafés.

El botones se marcha y la conversación continúa.

—Es muy difícil eso que pides.

—Y no sólo con ella, también necesito hablar a solas con el hijo de la víctima. Ese tal José Vázquez Varela.

—¿No te dio ya permiso el subteniente Baranda? Creía que incluso ya habías ido —preguntó el sorprendido director.

—Fui y pude ver al joven. Pero sólo ante la presencia del director de la cárcel. Un tal Millán Astray.

—¿Quieres decir que no te dejaron con el preso a solas?

—Así es.

Paz abrió por fin la cortina y el sol de julio apareció por fin en la habitación.

—¿La explicación?

—Según ese director, es peligroso, dada la rumorología que se ha expandido por Madrid, dejar solo al joven.

—¿Qué más da la rumorología? La propia Higinia ha acusado a un hombre desconocido. Lo cuentas en la crónica.

—Sí, pero esa coartada no pinta bien. Nadie vio al hombre que, según la acusada, estuvo horas dentro de la casa con la víctima antes de matarla. Es precisamente, ya que lo dices, el propósito de la crónica y el motor de mi sospecha: Higinia esconde con mentiras a personajes de más alcurnia.

Paz dirige la mirada al techo unos segundos hasta que reacciona.

—Si el director no quiere que lo veas, será difícil verlo. No te engaño.

En ese momento, los mismos nudillos vuelven a golpear la puerta. El mismo «adelante» y la misma sonrisa dan paso al botones, que trae consigo esta vez una bandeja enorme sobre la cual descansan una pequeña jarra de porcelana, dos tazas, el periódico, un puro y dos fósforos. Con toda la tranquilidad del mundo, deja todo sobre el escritorio, sirve café en las dos tazas y se retira.

—Digo que será difícil porque ahora mismo poca gente tiene tanto poder sobre el régimen penitenciario como aquellos que merodean alrededor de la Modelo.

Paz recoge su taza y sorbe con delicadeza. Se sienta en el escritorio, ofreciendo la silla libre para que su acompañante pueda ocuparla. Galdós accede.

—Si no podemos hablar con él, todo se complica. Habrá que moldear desde la imaginación una personalidad que parece difícil de imaginar.

Galdós recoge la taza que le ha ofrecido Paz.

—No lo dudo, pero insisto en que el escollo es difícil de salvar. —El director de *La Prensa* de Buenos Aires recoge el periódico y se dispone a leerlo. Se ajusta las gafas antes de hojearlo. Se trata de *El País*—. Hay que ver lo enormes que son las páginas en España. Vaya sábanas.

Benito sorbe el café, que es magnífico. Ambos se han perdido en la reflexión sobre la necesidad de enfrentarse al joven Varela. Algún camino tendría que haber para llegar hasta él. Entonces, inesperadamente, Paz se atraganta con el café, tosiendo descarnadamente. Galdós se incorpora y comienza a golpear la espalda del director con la palma de la mano. No es hasta que Paz se recupera del atragantamiento cuando señala el periódico, que se ha caído al suelo con el trajín del mal trago. La portada se ha desplegado y el titular puede apreciarse ahora en todo su esplendor. Galdós no da crédito a lo que puede leer y a punto está de atragantarse también. En dicha portada, más grande de lo habitual, reza el siguiente texto:

Nuevo giro en el caso del crimen de Fuencarral: Higinia Balaguer acusa ahora al hijo de la víctima de ser el verdadero asesino.

Los dos amigos se miran rápidamente. Paz, ahora sí, esboza una mueca de triunfo.

—Querido, te prometo que podrás entrevistarte con esta Higinia. No sé

cómo, pero podrás.

2

La madrugada, acompañante habitual en los últimos encuentros que Galdós ha llevado a cabo, vuelve a refrescar sus párpados al salir por el portal de su casa, que a esa hora apenas es testigo de cómo un par de transeúntes cruzan la ciudad, a diferencia de los cientos que harán lo propio horas más tarde. Benito prefiere escabullirse entre los edificios cercanos a la calle de Alcalá antes que coger la calle misma, y aprovechando recovecos y senderos va cruzando el ensanche de la ciudad, alejándose del centro y dejando los jardines del Retiro a su derecha, hasta llegar a la fuente del Berro. Desde la pequeña loma, gira hasta alcanzar la nueva plaza de toros de la carretera de Aragón y bajo uno de sus arcos se esconde, refugiándose en la sombra de un sol amenazante que está a punto de hacer acto de presencia. Allí piensa en cómo se ha transformado la ciudad en apenas unos años, en una expansión frenética de la que ya no podrán escapar. Cree que algo se gana con aquella difusión, pero también algo se pierde. Por un momento se recrea en aquel primer Madrid de su juventud, ese que había añorado en Canarias, cuando su familia, en concreto su padre, que había participado en ellas, le hablaba de las batallas francesas y de las luchas fratricidas que fustigaron la primera mitad del XIX. Aquel que se había encontrado al llegar a la ciudad, esas hileras descontroladas de pequeñas casas sobre la loma, en una disposición muy diferente a la que ahora se visualiza a lo lejos en el nuevo ensanche madrileño, esas avenidas anchas y lujosas, nada que ver con aquel austero pueblo que lo recibió décadas atrás.

Es en ese momento, con Galdós en trance, cuando un carruaje entra por el camino de Aragón silenciosamente, sin exhibir todo el poderío de los caballos, que trotan con parsimonia. La nube de polvo que levantan alerta al escritor, que dirige la vista al coche. Se preocupa al comprender que los ojos

cada día le responden con menos nitidez, pero la masa borrosa se acerca implacable, y el sonido de los cascos de los animales contra el camino ya llega hasta sus oídos con fuerza. Por un instante, Galdós duda. Mira a un lado y a otro. Sólo la mole que forma la plaza de toros es testigo de la escena. La plaza, por cierto, le fascina. Con sus ventanales mudéjares, sus coloridos adornos salpicando las paredes, sus anchas puertas de diseño morisco. Pero el carruaje ya ha llegado hasta casi la posición que ocupa y Galdós sí distingue ahora incluso las riendas del cochero. No es un coche abierto, por lo que el calor es muy probable que pudiera terminar achicharrando a los que ocupan el carro.

El carruaje va frenando al acercarse a él. Se detiene apenas a medio metro de su posición, y los caballos relinchan quizás por el efecto de las riendas. Bruscamente, la puerta del carro se abre. Allí está ella. Hermosísima, piensa, como siempre.

—¿No piensas subir? —pregunta Emilia, esbozando una sonrisa burlona.

El canario le devuelve la mueca e inmediatamente después sube al carro. Sin pensarlo, besa a la gallega en algún lugar entre la comisura y el carrillo. Ella se enternece, pero no reacciona más que ordenándole al cochero que reinicie la marcha.

—Estoy en el coche de la señora de Pardo Bazán —bromea Galdós—, he llegado más lejos de lo que llegará ningún escritor... —Guiña un ojo, en señal cómplice.

Ella se ríe a carcajadas.

—Quería parecer tu Emma Bovary —susurra Emilia.

Ahora es Galdós el que se carcajea.

—Mira que nos hemos visto en sitios extraños, pero este se lleva la palma.

Un bache hace trastabillar a los dos conversadores.

—Me alegra mucho —reanuda Galdós— que hayas vuelto tan pronto a Madrid.

—Y no puede ser por mejor causa...

—¿Me vas a decir ya a qué se debe esta vuelta tan veloz?

Ella se siente a gusto manteniendo la tensión.

—Supongo que habrás oído hablar de la Exposición Universal de París que se celebra el año que viene.

—Cómo no estar al tanto. Aunque dudo que mejoren la de este año en Barcelona.

—Intención de mejorarla tienen —contrarresta Emilia—. Ya sabes que se celebra el aniversario de la célebre toma de la Bastilla, y que no van a desaprovechar la oportunidad de mostrarle al mundo los valores republicanos que para ellos tanto significan. Y, por otro lado, por allí van a aparecer desde Eiffel hasta Debussy, desde mi querido Zola hasta Monet. Los americanos vienen con Thomas Edison y Nikola Tesla a la cabeza. Los británicos, con Stroudley... Va a ser un espectáculo sin igual.

—Dicen que Eiffel está preparando una sorpresa extraordinaria.

—Hablan de una torre de trescientos metros, sí... Sea lo que sea, lleva dos años preparándolo. Será extraordinario, como dices.

—¿Y qué tiene que ver la ilustre señora de Pardo Bazán con el evento? —pregunta él, burlón.

—Me han pedido la crónica del evento, Idamor Moreno en formato libro y *La Nación* para la prensa. Por otro lado, los del ministerio quieren que forme parte del comité de organización para la delegación española. Ya sabes cómo son estos cromañones del Gobierno. No piensan en una mujer para organizar nada aunque les pongan una pistola en la cabeza. Pero conocen mi francofilia y así lo aprovechan.

—No creo que Moret sea un cromañón —contradice Galdós.

—Lo es. El señor ministro lo es. Un cromañón como todos. Sé que me vas a decir que abolió la esclavitud en Puerto Rico y todo eso. Me importa un carajo. O él y toda su corte aceptan que la mujer ha despertado o se lo llevará la corriente, como de hecho ya está ocurriendo en Europa.

—Dicen que le queda poco en el ministerio.

—Pues quizás por eso tiene prisa en cerrar el asunto de la Exposición Universal.

Un nuevo bache sobresalta a la pareja.

—Bueno, y tú qué. ¿Más tranquilo con el asunto del asesinato? —quiere saber Emilia.

—Todo lo contrario. Cada día peor.

—Pero..., miquiño...

—Es una pesadilla que sigue carcomiéndome. ¿Qué puedo hacer?

Se hace el silencio.

—Leí tu crónica de los hechos en la prensa —continúa Emilia—. La vi madura y sensata. Nada que ver con el arrebató al que me tuve que enfrentar días atrás.

—Porque siento que hay una novela enorme en ese arrebató. No sé quién la escribirá, puede que no sea yo. Pero, como te digo, tengo el presentimiento de que hay algo que se puede hacer con todo esto que arde y que a mí y a tantos nos está carcomiendo. Y no quiero perder mis balas en la prensa, francamente. En ella daré contada prosa de lo ocurrido, pero sin más. Lo que siento, que es infinitamente más grande, lo dejo para que sean los libros quienes lo recojan.

—¿Te lo llevarás a la ficción?

—Ya digo que puede ser otro el que lo haga, porque yo me siento demasiado cerca como para coger la perspectiva que exige una novela. Este es, quizás, uno de los motivos por los que más hundido me siento. No soy capaz de trasladar lo ocurrido a personajes imaginarios. Es como... Es como si me sintiese en deuda con Higinia, como si necesitase comprenderla, plasmarla tal y como es, sin pasar por el filtro de mi propia imaginación. Pero no lo consigo. Necesito comprender por qué hizo lo que hizo esa mujer.

—Bueno, ahora ha denunciado la culpabilidad de ese joven, el hijo de la víctima. Tenías razón ahí.

—No sé qué pretende ella con este giro. Si es cierto, ¿por qué no lo confesó antes? Por otro lado, tuvimos la oportunidad de charlar con José Vázquez Varela. Y es un ser repugnante. Altivo. Chulo. Sólo hace falta echar un vistazo a su mirada para saber que es un sinvergüenza y que anduvo detrás del asunto. Pero ¿qué puede llevar a un hijo a matar a su madre a sangre fría? ¿Qué clase de monstruo lo maquina así?

—Tienes tiempo para indagar en ellos... ¿Por qué siempre quieres llegar al final de una novela tan rápido?

—No tengo prisa, Emilia. Pero siento que cada paso que doy me conduce a un lugar oscuro del que me costará salir.

En ese momento, Galdós se asoma por la ventanilla. Afuera los jardines del Retiro lucen a lo lejos. Se están adentrando en la ciudad, lejos quedan los desérticos parajes del ensanche, y ya llega hasta ellos el rumor del pueblo. Emilia cierra la cortinilla con un gesto brusco.

—Cariño, olvídote de eso por un momento. Realmente me apetece ser Emma Bovary por un instante.

Y un beso apasionado se alarga mientras el carruaje se termina de perder por las callejuelas madrileñas, acentuándose aún más el bamboleo de su caja.

3

Las inmediaciones del Ateneo hierven ante el acontecimiento que se avecina. La inauguración de la revista científica que la entidad se ha decidido a lanzar congrega a muchas personalidades de todas las artes posibles. A Galdós siempre le ofrecía paz aquella especie de reducto en la villa. Le resultaba algo parecido a un templo intelectual, donde cada cierto tiempo se reunían los socios para decidir qué rumbo debían tomar sus fieles. A pesar de que el emplazamiento no era más que una casa burguesa muy vulgar, que se había convertido en nave a base de derribar tabiques, creando en la medida de lo posible un área suficiente para que los numerosos congregados pudieran ocupar un solo espacio. No era más que una iglesia pobre, donde años antes habían vivido unos señores que se habían enriquecido a costa del comercio en Tánger, y a los que siempre les había importado un carajo eso de la filosofía, la literatura o la historia. A pesar de esta vulgaridad y de esta falta de proeza en su historia, el edificio daba pie a la reflexión y al estudio, y quizás sólo por eso ya se había convertido en uno de los lugares de retiro del canario.

Esa noche se ha acompañado de dos amigos ilustres: la propia doña Emilia Pardo Bazán y don José María de Pereda. El cántabro, que se ha dejado crecer la perilla más de lo habitual, ha permitido que la conversación gire hacia las nuevas vertientes de la novela, más centrada en el naturalismo y no tanto en un realismo soez y falto de detalles que lo encumbren. Emilia asiente fascinada a cada palabra que suelta Pereda, pero Galdós ha dejado que su mente se pierda por los tejados de un Madrid que parece aprovechar ese día para armar bullicio en las calles. Entraron por el amplio portal, que más parecía de posada de la Cava que de templo litúrgico. A mano derecha, una escalera no menos simple conduce al piso primero y, a través de un pequeño portón con

cortinas, al propio Ateneo.

—Y a ese punto nos lleva la novela, ¿no cree usted, don Benito? —reclama Pereda.

Galdós le reta con la mirada antes de contestar.

—No creo que sea la novela la que tenga que llevarte a ningún punto, sino que has de ser tú el que la lleve a ella donde desees. Dejad ya de hablar de franceses y rusos innovadores y buscad un camino propio.

Pereda y Emilia estallan en carcajadas.

—Ya está el animal gruñendo —ríe la condesa—. Veo que hoy no te has levantado con buen pie.

Tras saludar al portero, entran en el ancho espacio donde se celebra la reunión. Allí, medio centenar de mesas se esparcen por uno y otro lado. Galdós le echa un vistazo a la biblioteca y al salón de lectura, que permanecen apagados y vacíos ante el sarao que se ha montado en la sala principal. Lo cierto es que la última sede, recientemente inaugurada, es mucho más espectacular que la anterior. Los tres amigos avanzan y las miradas ya se centran en ellos. Son parte de la atracción en una fiesta que, como cada año, se empeña en reunir a lo más granado de la intelectualidad española. La prensa del día descansa sobre unas repisas a la entrada. Nadie hace uso de ella, y Galdós no puede dejar de acordarse de aquel hombre que día a día acude al Ateneo para hojear *The Times* durante tres horas. El canario sabe que es un lujo contar con la prensa internacional tan a mano, y a punto está de mandar al carajo al resto de los invitados y sumergirse en ella para saber qué acontece lejos de las fronteras nacionales. Pero, por desgracia, esto no es posible, y muy pronto se ve inmerso en una rueda de presentaciones y discursos banales sobre este y aquel tema artístico del momento. Sólo cuando por fin los invitados toman asiento en las mesas, Galdós parece relajarse mínimamente.

Junto a él, tanto Emilia como Pereda se han acomodado rápidamente y ya forman parte del corrillo departiendo sobre asuntos políticos y religiosos. Al otro lado de la mesa, separados por unos centímetros, se sientan algunos conocidos como José Yxart o Palacio Valdés, y algunos no tan conocidos, quizás escultores o pintores, quién sabe. La comida es de primera clase. El afrancesamiento ha llegado incluso a las cocinas de la institución, y se sirve de primero un consomé templado y de segundo unos pichones a la *crapaudine*. Se ha prometido no discutir con Pereda, pues se hallan en las antípodas ideológicas y no quiere poner en juego una amistad tan arraigada por asuntos

tan absurdos como aquellos, pero lo que escucha en la mesa no le está gustando nada. La cosa empeora cuando uno de los desconocidos se dirige a la condesa de manera indirecta.

—Es increíble cómo se le permite a la mujer de hoy acceder a espacios que no son nada recomendables para ella. El otro día escuché que en Nueva Zelanda ya les permiten entrar en el sufragio. ¿Pero estamos locos? Menos mal que en Europa todavía tenemos cabeza. Ningún país puede entrar en esa espiral romántica.

La prudencia no puede contener la ira de Emilia.

—Europa no lo sé, don Ramón —responde con marcadísimo desprecio—, pero el que seguro que no tiene cabeza es usted.

Los integrantes de la mesa se ríen por lo bajo. Especialmente Pereda, quien conoce perfectamente estos arrebatos de doña Emilia. El aludido, de nombre Ramón Colomer, de profesión arquitecto, no llega a reírse, pero tampoco se toma la afrenta con la ira que Emilia pretendía despertar en él.

—Le ruego me disculpe, señorita. No había caído en que su presencia convertía el comentario en inadecuado.

—Lo que lo convierte en inadecuado es el mundo en el que vive, caballero. ¿O acaso cree usted que cuenta con más armas intelectuales que yo para poder ejercer la democracia?

—No es eso —replica el arquitecto—, pero le diré, doña Emilia, que usted no está dentro de la media intelectual que su género muestra.

—El que seguro que no alcanza una media intelectual medianamente aceptable es usted, don Ramón.

Las risas esta vez suben de tono.

—Señorita, le ruego que no me difame en público.

—El que me está difamando es usted. A mí y a gran parte de la población de este país, que no merece, efectivamente, compartir sufragio con un analfabeto como usted. ¿Ha oído usted hablar de Clara Zetkin? Sólo hace falta darse una vuelta por París, donde está exiliada por enfrentarse a cromañones como usted, para entender que Europa tiene cabeza y que no se pliega ante las ideas de otro siglo. No se vaya a Nueva Zelanda, lo tiene aquí cerca.

—Querida Emilia —interviene Pereda—, tiene que dejar de frecuentar esas compañías medio francesas. Van a hacerle perder el seso.

—No como a usted, al que estas amistades del Pleistoceno ayudan a elevarlo... —replica con sorna.

Galdós desliza una mano por debajo de la mesa hasta colocarla sobre la pierna de su amante, en un claro gesto cómplice que viene a decirle: tienes razón, pero déjalo estar. Ella lo mira con ternura.

—Dejemos este tema —termina sentenciando Emilia—. Sólo le recomendaba alguna lectura al caballero arquitecto, ya que se ve que el negro sobre blanco no es lo suyo.

El tal Ramón Colomer se incorpora con agresividad para contestar, pero una mano salvadora lo devuelve a la silla.

—Haya paz, señores —dice alguien.

Y la cena continúa por derroteros más que previsibles. Política y más política sobrevolando un país que parecía instalado últimamente en una gris sordina, muy favorable para los intereses de quienes pretendían que ningún privilegio cambiase. El postre se ha españolizado de pronto: un hojaldre relleno de crema y cubierto de ponche pone fin al copioso menú. Pero a la reunión todavía le queda una sorpresa. Se habían encendido ya los primeros cigarrillos sobre la mesa cuando Meléndez Palacio se dirige a Galdós:

—Admirado Pérez Galdós, me comentaba en los preliminares el señor Pereda que anda usted detrás del asunto del crimen de Fuencarral, y que le tiene a usted atrapado todo lo que rodea al tema.

—Así es, señor Meléndez Palacio —reconoce Galdós, ya con la tranquilidad tabaquera asumiendo las riendas de la conversación—. Es como estar leyendo a Dickens, pero con personajes de carne y hueso. Los giros de guion son absolutamente imprevisibles.

—¿Los giros de guion? —interviene Pereda—. De giros de guion, nada. Lo que hay es una panda de sacamantecas que se han aprovechado de esta pobre señora para robarle tres alhajas. Y, por supuesto, un pueblo dispuesto a disfrazar estas canalladas con esa ridícula lucha de clases tan de moda.

—Bueno, es que el conflicto de clase es evidente —replica Galdós, elevando por primera vez el tono—. Primero, porque si no hubiera habido clases, Higinia no habría necesitado robar a nadie, si es que el robo es de verdad el móvil del asesinato. Y segundo, porque es muy evidente que a Higinia alguien la ha colocado allí para cometer el acto, si es que lo ha cometido ella. —Hubo un murmullo desaprobatorio en la mesa—. Llevaba una semana al servicio de la señora y no pudo entrar allí sin ayuda. Además, la idea de apuñalar y quemar a la víctima no se le ocurre a una joven menuda por sí misma.

—Es usted tan falaz como siempre —contesta Pereda con sorna. La mesa ríe. Galdós se estremece: ha llegado el encontronazo con su amigo que ya esperaba, pero decide tomárselo con gracia y entrar en su juego—. Nadie podría idear una intriga que tuviese que ver con una triste lucha entre pobres y ricos sobre un tema tan primario y natural como este: criado mata a amo por comer caliente. Nadie excepto usted.

—Don José María —interrumpe Galdós—, por qué no deja usted los juicios para el ambiente campestre y para las novelas rurales, que es donde usted se siente bien. —Vuelve a estallar en carcajadas la mesa—. El mundo está cambiando —continúa Galdós ante el silencio del cántabro—, y lo que antes se tomaba como natural y primario ahora se empieza a discutir. Ningún criado se arruina la vida matando a su amo por el simple capricho de comer caliente. Siempre hay algo más. Le citarí­a alguna lectura europea, como hizo Emilia antes, pero sé que usted seguirí­a leyendo únicamente a nuestro, por otra parte, queridí­simo amigo Menéndez Pelayo.

Esta vez es Pereda quien se ríe.

—Y luego se queja porque nadie le deja entrar en la Academia... —sentencia el cántabro.

Todos ríen, incluido Galdós. Está acostumbrado a que sobrevuelen este tipo de puñaladas entre compañeros e incluso amigos. Al llegar a Madrid y comenzar a frecuentar los ambientes literarios, no había terminado de comprender por qué aquellos juntaletras se empeñaban en humillarse y en quedar por encima del contrario, pero con el tiempo se había habituado y ahora incluso disfrutaba con aquellos duelos dialécticos. La cena transcurre sin más sobresaltos, aunque Galdós tiene cada vez más claro que Higinia tendrá que luchar contra el orden establecido y eso le agobia. Apenas prueba bocado del hojaldre y sólo fuma y fuma, como si no le quedase otra salida para escapar del tedio, que ha vuelto a instalarse en la mesa para no desaparecer.

4

El aguaducho parecía resistir con fiereza los envites a los que el aire de la sierra le tenía condenado. Una pequeña estructura con cuatro pilares que se erguían hasta levantar un pequeño techo y apenas a un metro la barra, sujeta con cuatro barriles dispuestos de forma simétrica. Frente al aguaducho, la monstruosa cárcel Modelo se mantiene erguida, como vigilando el paso a la montaña. Galdós observa un cambio en la mirada de Melquíades, que ahora pasea con más brío, tiene más ganas de conocer casi cualquier cosa que se le escape y a veces es él, incluso, quien tira del maestro para que la idea llegue por fin al papel. El canario supone que su pupilo, con toda probabilidad, ha encontrado su sitio en la gran ciudad y que es ese el motor principal de su cambio. Han bajado toda la calle de la Princesa a un ritmo lento, y sólo por el renovado ímpetu que muestra el muchacho han terminado de llegar, pues Galdós se encuentra cada día más cansado y casi al borde de la derrota. Frente a la cantina, Melquíades se mantiene atento.

—Este lugar debe de ser una montaña de emociones —sugiere el vallisoletano—. En esta cantina se darán cita todos: desde el hombre al que le quedan segundos de vida libre, hasta el familiar que llora la ausencia de un ser querido; desde aquel que recupera por fin la libertad, hasta aquel que tiene dudas sobre su condición futura. Este lugar es una novela en sí mismo, don Benito.

Galdós sonrío.

—Lo es. Yo mismo he pasado varias mañanas aquí, esperando la salida o la llegada de algún reo. El hecho de que se trate de lo más parecido a una taberna aquí, cerca de la cárcel, le otorga el papel tragicómico que siempre tuvo cualquier escenario español, desde tiempos de *La Celestina*.

—Es difícil que un país sepa pasar de la tragedia a la comedia con la elegancia que lo hace esta España nuestra.

Ahora Galdós estalla en carcajadas. Le gusta el punto de vista teórico con el que el joven afronta la tarea que se le viene encima, lo cual no hace más que confirmar la buena disposición para cumplir los objetivos. Pero la novela es más. Sólo se narra lo vivido. Por mucha ficción que se plasme sobre el papel, esta habrá de pasar por el filtro necesario de algún sentimiento propio, de alguna vivencia propia. Para escribir novela hacen falta heridas en la memoria, cicatrices en el segundero.

—Deja de teorizar y acerquémonos al puesto —exige Galdós.

Los dos compañeros se aproximan hasta la barra y les sorprende, así de primeras, el agradable ambiente que impera. Todo es limpio y fresco, dista mucho del aire que se respira en las inmediaciones de la cárcel, como un oasis. Dada la hora tan temprana en que se produce el encuentro, la cantina se muestra vacía. Sólo se puede ver al dueño, que limpia los platos con un paño mugriento.

—¿Don Segismundo Abad?

—Para servirle. —El hombre se acerca a los dos clientes—. ¿Qué desean tomar?

—¿Tiene usted café molido?

—Sí, señor.

—Que sean dos tazas.

El tabernero se adentra en el aguaducho para preparar el café. Los dos recién llegados no entienden cómo el hombre no se ha percatado de que Galdós lo ha llamado por su nombre. Quizás, se dice Melquíades, su nombre fuese conocido en el barrio. El aroma a café da alas al joven, que se dirige a Segismundo.

—Hablaba yo hace unos minutos con el maestro sobre el carrusel de sentimientos que debe usted ver por aquí. Un bar frente a la cárcel... Es hasta poético.

—Aquí sólo damos de beber. No tiene nada más. No hay misterios ni romanticismos.

El hombre parece molesto. Galdós detiene a su compañero con la mano, justo cuando se dispone a contestar. Decide encauzar la situación.

—En realidad —continúa el canario, ya con la taza de café entre las manos —, nosotros habíamos venido para charlar con usted sobre Higinia Balaguer y

sobre su tío, Evaristo Abad. Nos consta que trabajó a sus órdenes mucho tiempo.

Segismundo Abad, que había reanudado la limpieza de platos, se detiene de pronto. Mira a un lado y a otro.

—¿Quiénes son ustedes?

—No se preocupe. No somos autoridades. Nada de policía ni guardia. Lo único que buscamos es información.

El tabernero suelta el plato y pasea con lentitud hasta una especie de carro aparcado a una decena de metros del local. Al rato, sale de allí una mujer oronda, que parece hacerse con las riendas del local.

—Acompañenme —susurra el hombre.

Cruza el pequeño habitáculo, traspasa la cortina que separa el interior del lugar desde el que esperan Melquíades y Galdós y, con un gesto callado, les pide que le acompañen a la parte trasera del aguaducho. Les reciben unas sillas dispuestas en corro, y desde allí la perspectiva de la cárcel es aún más tétrica, pues se visualizan los patios traseros, las salidas de emergencia, las vallas que casi se pierden en el cielo. Las tripas de la Modelo, en suma. Se sientan, no sin que antes Abad se sirva un vino que, dadas las intempestivas horas de la mañana, sólo podría sentar como un tiro en el estómago.

—Llevaba tiempo esperando este momento —comienza el tabernero—. No entiendo cómo ningún periodista me ha preguntado antes nada.

Galdós y Melquíades se miran asombrados.

—No somos periodistas, don Segismundo —confiesa Melquíades.

—En realidad, yo sí lo soy —corrige Galdós, deteniendo a su compañero e intuyendo que aquello podría lanzar al confesor—. Escribo en el diario *La Prensa*, y hemos sabido que Higinia trabajó aquí durante varios años. Por este motivo y no por otro estamos aquí.

Segismundo Abad los mira extrañado ante el criterio dispar.

—Sea como sea, ya digo, creo que lo que haya pasado se fraguó aquí, en los entresijos de la cárcel. —El tabernero señala con el vaso la parte trasera de la Modelo.

—¿Cree usted que Higinia es la verdadera asesina? —pregunta Melquíades, sin paños calientes.

—Mire, yo sólo puedo decirle que la cría era una gran persona. Sincera, agradable, buena gente... De hecho, durante los años que estuvo aquí no se le conoció delito alguno, jamás faltó un céntimo, jamás perdió mi tío una

cuchara. Que en su vida fuera de aquí jamás me pareció desordenada o peligrosa. Y que siempre intentó ganarse el pan con el sudor de su frente.

—¿Diría entonces usted que sería incapaz de cometer el crimen que se le imputa?

—Si me preguntan hace unos meses, le diría rotundamente que es imposible. Me hubiera gustado que mi tío siguiese vivo para que viese las barbaridades que se están diciendo de ella. Ahora bien, una vez abandonó la cantina para marcharse fuera, yo ahí ya no puedo saber qué pasó con estos cabrones.

Evaristo señala una vez más la Modelo con el vaso, aunque ni siquiera le dirige la mirada, como el que evita enfrentarse a la realidad.

—¿Quiere decir que hay más gente implicada en el asunto? —Melquíades lleva la voz cantante en el interrogatorio.

—Hombre, no hay que ser una lumbrera para saberlo. Ella misma ha trabajado aquí varias veces, y por la cantina pasa gente muy importante.

—¿El Pollo Varela, por ejemplo?

—Buf —resopló el hombre—, menuda pieza. Que el Vareleta está metido en el ajo lo sabe todo el mundo. Pero si en alguna ocasión ya había amenazado con llevarse a su madre por delante...

—Pero, estando encarcelado, ¿cómo va a meterse en el ajo?

Segismundo rio artificialmente en este punto.

—¿Encarcelado? No me hagan reír. —Mira a un lado y a otro—. La gente sabe que en esta cárcel hay reclusos que gozan de..., digamos, favores.

Los dos interrogadores se miran a la cara estupefactos.

—¿Quiere decir que el Vareleta pudo salir de la cárcel aquella noche?

—Por supuesto. Lo hace a menudo.

Galdós se apresura a sacar una pequeña nota del bolsillo. En ella apunta varias cosas, entre ellas, la bomba que acaba de soltar el cantinero.

—¿Ha presenciado usted alguna salida pactada con algún recluso?

—Pues claro. Aquí se toman la primera. —Ríe ahora con gusto.

—Pero... ¿y qué hay de Millán Astray?

—Ese es el primero que se la toma.

Los dos entrevistadores no pueden creer lo que están escuchando.

—Disculpe, caballero. —Galdós toma ahora la iniciativa, por primera vez—. Si no le estoy entendiendo mal, ¿nos está diciendo que los presos abandonan esta cárcel cuando les place con el conocimiento del director del penal, el señor Millán Astray?

—Eso mismo le estoy diciendo.

Los dos clientes vuelven a mirarse fijamente. Es más evidente que nunca la implicación de más actores en el asesinato.

—¿Sabe si José Vázquez Varela, el Vareleta, salió de la cárcel aquella noche de julio en que su madre fue asesinada? —Es de nuevo Melquíades quien asume la pregunta.

—No tengo constancia porque no estuvo aquí. Pero, como ya dije al empezar la conversación, si me preguntan, no sólo veo incapaz a Higinia de llevar a cabo semejante atrocidad, sino que me apostaría una arroba de vino a que el Vareleta salió de la cárcel esa noche para involucrarse en el asunto.

Como si diera por cerrado el asunto, Galdós pliega su nota y la introduce en el bolsillo con suavidad. Antes de marcharse, Melquíades formula una última cuestión:

—Sólo contéstenos a esta pregunta final: ¿es cierto que mantuvo su tío, don Evaristo Abad, que Dios lo tenga en su gloria, un romance con la acusada, doña Higinia Balaguer?

Segismundo muda el rostro. No le gusta la pregunta, y su incomodidad anima a los dos escritores a marcharse.

—No sé qué puede aportar ese dato a lo que estamos diciendo —responde con rabia el sobrino y ahora regente de la taberna.

—Hombre, no es mal lugar este para establecer conexiones entre Higinia y Millán Astray. Si el director conocía a su tío, y este amaba a Higinia, no sería descabellado pensar que, gracias a ello, Millán Astray pudo acceder a la intimidad de la muchacha, captar sus debilidades, ya sabe.

El joven baja la vista hacia la copa de vino. Finalmente la levanta, sentenciado.

—Espero que mi tío me perdone allá donde esté, pero sí, mi tío y la Higinia anduvieron juntos unos años. Pero, créame, ellos eran buena gente. Sólo los peces gordos de ahí adentro podrían haber corrompido a esa muchacha. Se lo jura este que les habla.

5

Don Benito Pérez Galdós se adentra en el entramado de la Universidad Central intentando no dejarse ver demasiado, y elige para ello los momentos en los que la calle se encuentra menos concurrida. Intenta evitar así el contacto con los estudiantes, que suelen detenerse a charlar con él cuando lo reconocen entre el tumulto. Esta vez el personaje que le aguarda merece toda la atención, y ya marcha con pequeño retraso por los rigores de una ciudad masificada. Por suerte, uno de los laterales corre junto a una calle muy estrecha, que el canario cruza con la certeza de que, dada la estrechez de la vía, sólo con toparse con uno de los alumnos será reconocido. Pero merece la pena correr ese riesgo a costa de ganarle unos minutos al reloj. Únicamente al girar por la esquina trasera y cruzar la puerta secundaria de la facultad de metafísica, Galdós se siente a salvo. Allí, esperando, está ella.

—Cada día eres más impuntual —susurra ella, como si a esa hora ya no estuviera vacío el edificio.

—Perdona, Emilia —se excusa él—, pero necesito que se acabe rápido este mes de julio que me está torturando.

Pardo Bazán y Galdós se besan con ternura en la mejilla antes de adentrarse por el pasillo. Las paredes se muestran vacías frente a ellos, una blancura sólo interrumpida por las puertas a los numerosos despachos que se esconden al otro lado. Desemboca el largo pasadizo en una puerta mucho más grande. De uno de los marcos cuelga un cartel: «Nicolás Salmerón, catedrático de metafísica». Ambos se miran. Emilia esboza una media sonrisa cómplice: ánimo, parece decir mientras gira el cuello en dirección a la puerta. Es Galdós quien golpea la madera con sus nudillos.

—Adelante —ordena alguien en el interior.

El canario y la gallega obedecen, y unos segundos después observan con detenimiento la figura de don Nicolás Salmerón, el todopoderoso ser que un día dirigió la república, el sueño que terminó tornándose pesadilla por esa mezcla de egos y desorganización tan española. Al incorporarse y ver las figuras de sus dos amigos, Salmerón abandona su rictus solemne para inmediatamente después dejar que sus cejas enarcadas y sus brazos abiertos reciban con cordialidad a sus invitados. Tras la rueda de besos y abrazos, el catedrático pide por favor a sus invitados que tomen asiento. Desde que volvió del exilio, Salmerón ha perdido algo de pelo, pero sigue vistiendo elegantemente a pesar del calor del verano madrileño. Sus cejas, pobladísimas, han vuelto a su estado natural, protegiendo unos ojos saltones sobre las cuencas, oscuros e imponentes. La frente despejada se arruga cuando Nicolás habla, y entonces toman fuerza los pequeños rizos bajo la sien, que ya empalman con una barba escrupulosamente recortada.

—Amigos, qué gusto volver a verles...

Emilia toma la iniciativa en la réplica.

—El gusto es nuestro, don Nicolás. Desde que volvió a España, se ha recluido entre estos muros universitarios y no hay quien lo saque. Pero ya sabe lo que dicen por ahí: si Quijano no va a los molinos, los gigantes van al Quijote.

Los acompañantes ríen ante la ocurrencia de Emilia.

—Usted siempre tan ingeniosa... Dígame, ¿cómo van las cosas por su norte? Espero que vayan mejor que en mi sur, donde la sequía arrasa este verano.

—Algo he oído. Espero que la nueva reserva de agua sirva para algo. En cuanto a mi Galicia, qué le voy a contar. Madrid apenas me deja refugiarme allí, de tanto que me reclama. Pero sigue igual: escondida y trágica.

—¿Sus hijos? ¿Todos bien?

—Estupendamente. Jaime no ha cumplido la decena y ya quiere ser militar, con el único deseo de recrear las enormes tragedias bélicas que lee en los libros. María parece que madura un carácter más tranquilo, digamos que interpreta de manera más mansa los libros que encuentra por el pazo. A la que no controlo es a Carmencita. No sé adónde puede llegar esa pequeñaja.

—Doy fe de lo que Carmencita es capaz de hacer con un bigote bien agarrado —interrumpe Galdós.

El catedrático no para de reír.

—¿Y usted? Le supongo tan solitario como siempre.

—Así es, don Nicolás. Yo y mis novelas. Poca cosa más. —Emilia aprovecha este punto para rozar con su mano la pernera de su pantalón. Él corresponde con una caricia cómplice sobre el dorso de la mano.

Salmerón le había dado luz a sus ya de por sí saltones ojos dada la conversación, pero muy pronto comenzaron a apagarse de nuevo a medida que el discurso iba girando hacia el asunto del asesinato. Antes, Salmerón y Galdós intercambian algunas impresiones sobre política, ámbito en el que comparten ideología y partido, y acaban dicho intercambio proclamando una común desilusión por el rumbo del país y por las últimas decisiones tomadas por Sagasta. Es entonces cuando la charla desemboca en el asunto de Fuencarral y Galdós, que parece llevar memorizado el discurso, arranca.

—Don Nicolás, siendo usted hombre de férrea conciencia, amigo de quien no nació con las cartas idóneas, atento con los que menos atención reciben, supuse que el caso del que venimos a hablar doña Emilia y servidor podría interesarle. Siendo usted, además, experto en leyes, ese interés que yo barrunto podría convertirse en inestimable ayuda, lo cual para nosotros sería poco menos que un lujo. Supongo, doy por hecho diría, que ha oído hablar del famoso crimen de Fuencarral.

—Habría escuchado hablar de él aun estando sordo...

—Y supongo que estará enterado de las últimas noticias —se interpuso Emilia.

—Corríjame si me equivoco. Pero parece ser que la acusada apunta ahora hacia el hijo de la víctima.

—No se equivoca, así es... Parece que el hijo fue quien realmente mató a la señora Varela —confirma Galdós.

—¿Y cree usted ese testimonio? —le cuestiona Salmerón.

—Aquí es donde creo que yo puedo aportarle novedades. Hace unos días, un joven de Valladolid llegó a la ciudad para acompañarme en uno de mis tránsitos hacia la consecución de la novela, y para alimentar a su vez el hambre que el chico demuestra por firmar su primer trabajo literario. Tengo muy buena relación con su padre, quien me acogió cerca de Salamanca para recrear la batalla de Arapiles que aparece en los *Episodios*. Me pidió el favor de tutelar a su hijo y accedí. Me pareció una buena idea que tanto él como yo buscásemos en este crimen las musas que necesita todo novelista. Pocas horas antes de que el muchacho pusiese un pie en Madrid, llegó a mis oídos la huella

del crimen de Fuencarral y, como digo, me pareció un tema jugoso para que el joven se iniciase. Así que Melquíades, que así se llama él, y yo quisimos diseccionar esa huella, con el único fin de convertir en literatura lo que hasta ahora sólo era tragedia.

—Es usted pertinaz en la búsqueda, así que no me cabe duda de que habrá conocido hasta los lunares en la espalda de los actores —interrumpe Salmerón, quizás queriendo desdramatizar.

—Ahora la que da fe soy yo —apunta Emilia—. Cada vez que da un paso en la investigación, se ve obligado a contármelo, y yo me veo obligada a pensar: ¿hasta dónde es capaz de llegar este Benito mío por una de sus novelas?

Ríen todos, pero Galdós sabe que poca o ninguna gracia tiene el asunto.

—Como me conocéis perfectamente, obviaré los prolegómenos e iré al grano. En la calle era *vox populi* que el hijo, Varelita, estaba metido en el asunto. Ella no quiso contarnos nada al respecto, que es la mejor manera de confirmarlo.

—Se supone que ella está en régimen de aislamiento. ¿Cómo habéis podido acceder a sus respuestas?

—Gracias a nuestro común amigo Paz...

—Ah, el viejo Camilo... Otro guerrero. Perdona la interrupción. Continúe.

—Decía que ella apenas quiso hablar con nosotros, lo cual confirmaba que no incriminaba al Varelita por miedo. Cuando nos reunimos con el propio Varela, tanto Melquíades como yo llegamos a la conclusión de que el joven era tan sinvergüenza como se decía por las calles, y que la sorpresa sería que no estuviese también en el meollo.

—¿Así que a usted le parece culpable?

—Creo que, efectivamente, anda detrás de la autoría. No sé si pasa por ser el autor material, pero que anda detrás de la autoría intelectual, de eso estoy seguro. Por si fuera poco, ya se conocen varios altercados entre la madre y él, por lo que el móvil económico y hereditario estaría más que cubierto.

—Le entiendo. Pero supongo que sabe que con lo que usted tiene no basta para inculpar a alguien.

—Lo sé. Pero aún no le he contado la novedad. En la entrevista con Higinia y en la entrevista con José Vázquez Varela se da una constante.

—¿Cuál?

—Don José Millán Astray, director de la cárcel Modelo. En ambas entrevistas aparece, y eso que se desarrollan ambas en penales diferentes; la

de Higinia, para más inri, fuera de su cárcel. ¿Qué pintaba él allí?

Salmerón se acomoda en la butaca. Galdós no se atreve a fumar, pues sabe que el viejo presidente de la república lo tiene prohibido, pero algo le dice que su cara exige un cigarro ante la intriga.

—No hace falta que diga nada, don Nicolás. Ya contesto yo. Hace unas horas, Melquíades y yo nos hemos reunido con el sobrino de Evaristo Abad, el cojo dueño de la cantina que uno se encuentra al salir de la cárcel, antiguo amante de Higinia.

—¿Y bien?

—Fácil. Aparte de poner por las nubes a la que un día fue amante de su tío y darle cierto énfasis a su honestidad, nos reveló un secreto importante: Millán Astray deja salir a los presos a su libre disposición, entre ellos, a menudo, al famoso Varelita.

Salmerón deja caer la libreta donde había tomado algún que otro apunte. Los ojos parecen querer salir de sus órbitas.

—¿Está usted seguro de lo que dice? Este sí sería un delito grave.

Galdós se palpa el bolsillo con la mano que no acaricia ya Emilia. Siente el tabaco junto a su cadera.

—Estoy seguro. Y por eso estoy aquí.

Salmerón no da crédito a lo que escucha. Recoge su cuaderno, lo cierra y con paso dubitativo se acerca a la ventana, desde donde se detiene a mirar el horizonte. Pasan unos minutos hasta que por fin reacciona.

—¿Y qué hay de esas dos mujeres que también fueron investigadas?

—Parecen fantasmas en el proceso. Pinta mal su negocio. Sobre todo el de Dolores. Cuentan que apenas habla con nadie en su celda de la cárcel de mujeres. Y que piensa, y piensa bien, que el silencio corre a su favor.

—¿Y su hermana María?

—Libre. Desaparecida del mapa. Dicen que se ha ido al sur, a El Puerto de Santa María, donde conserva un viejo amante.

Salmerón amaga con abrir el cuaderno, quizás tentado de tomar alguna nota. Pero finalmente lo cierra y con tono resuelto clausura la escena.

—Querido Galdós, cuente conmigo y con mi equipo para defender a esa muchacha.

6

Minutos después de que Galdós y Emilia abandonen el despacho de Salmerón, una pequeña brisa de viento recorre las tórridas calles madrileñas, y el rostro del escritor canario lo agradece con una sonrisa reconfortante. Han conseguido meter al mismísimo Nicolás Salmerón, abogado de reconocido prestigio, nombre que a todo el mundo impone respeto, en una causa que, *a priori*, era muy desfavorable para Higinia por su condición humilde, pero que se iba decantando mínimamente hacia su lado. La narración ha ido poco a poco colocando esa arma que es la justicia en manos de los que nunca tuvieron acceso a ella, a la vez que iba arrebatándole su exclusividad a los cuatro apellidos de rancio abolengo habituales. Emilia y él optan por aprovechar el atardecer y deciden para ello que la mejor opción es cruzar Madrid paseando, ya sin la presencia de los numerosos estudiantes que minutos atrás poblaban las aulas.

Galdós observa a Emilia. Guarda siempre esa naturalidad en su gesto y en su discurso, una naturalidad impropia de su clase. Sin ir más lejos, hoy ha dejado atrás sus habituales pomposidades y ha vestido una larga túnica clara, más propia de un asistido en el hospicio de San Fernando que de una ricachona de La Coruña. Se ha recogido el pelo en un moño casi, se diría, improvisado. Compara la imagen de aquella mujer imponente con la que días atrás mostraba en la fiesta del Ateneo. Aquel vestido de seda, con el corpiño adecuando sus extraordinarias curvas, coronadas estas con el escote en transparencias, aquella falda de vuelo infinito... Nada de aquel atuendo tenía que ver con el rápido atavío que ahora luce. Pero Galdós piensa que lo más interesante es cómo sigue siendo ella en cualquier circunstancia. El aura que transmite no depende de un afeitte, de un colorete, de una media de cristal.

Emilia es Emilia siempre, sin apariencias ni disfraces. Quizás por eso la siente tan cerca, tan real. Nunca antes le había ocurrido con otra mujer, nunca antes había sentido la desnudez del otro sexo tan nítidamente. Y no se trata de una desnudez carnal, se dice, sino de otro tipo de exhibición más espiritual, más íntima si cabe.

Apenas hablan durante el trayecto de vuelta. El amparo de la noche les permite no tener que cobijarse de miradas ajenas, y sólo se centran en el otro como si la calle se hubiera empeñado en ofrecerles la intimidad que necesitan. Galdós piensa en el momento tan especial que vive su relación. Primero pasaron por ser fieles admiradores de la obra del otro; después, amigos de los que ofrecen más que una conversación banal. Pero en los últimos meses, más allá de las relaciones puramente íntimas, la afinidad entre ambos se ha disparado. Galdós se pregunta si fue conveniente para ambos que poco tiempo atrás comenzaran a hacer del sexo y del deseo dos constantes más que añadir a su vida en común. Ella, mujer casada, demuestra cada día que no necesita a nadie a su lado, y que haber abandonado a su marido responde más a la necesidad de arrojar lastre que a una condena conyugal. Por eso, el hecho de que Galdós ahora sienta por ella una admiración que no sabe hasta dónde puede llegar le preocupa, porque cree que Emilia no debe caer dos veces en la misma piedra. Pero, cada vez que esto ocurre, cada vez que Galdós siente que puede volver a atraer a Emilia hasta esa esclavitud de pareja, abre los ojos y comprueba que la señora de Pardo Bazán es demasiado inteligente como para volver a tropezar, y que también es demasiado libre como para que él, un simple escritorzuelo canario, decida por ella.

Así que suele ser en ese momento, al sentir que el peso de la libertad de Emilia cae sobre él, cuando se abandona a los numerosos placeres que ella le ofrece: las conversaciones brillantes, los chascarrillos ingeniosos, los planes cómplices, las sábanas revueltas. En todo esto piensa Benito al volver del despacho de Salmerón, y en todo esto sigue pensando cuando llegan a la zona de San Bernardo. Los dos se han perdido en las distintas reflexiones sobre el acompañante y el final del trayecto se les ha echado encima.

—Gracias por escoltarme, Emilia —inicia Galdós cuando ya les separa menos de un metro del portal—. Ya sabes que esto es muy importante para mí.

—Lo sé. Pero tendrás justicia, miquiño. Así que no desfallezcas.

Emilia le acaricia el mentón con el brazo derecho, pero lo retira inmediatamente. Galdós sonrío. El juego furtivo del amor le sigue atrayendo.

—Justicia... La justicia depende de quién la necesita. No existe una justicia ecuánime, porque cualquier juicio de valor interno, incluso el más ajeno, tiene un punto de subjetividad insalvable.

Emilia se aleja mínimamente.

—Tu subjetividad es sensata, Benito. Todo el que te conoce lo sabe.

Galdós esboza una media sonrisa melancólica.

—Puede que tengas razón, Emilia. —Con un gesto adolescente, mueve con el pie la tierra de la calle—. Pero me pregunto cómo terminará todo esto...

—Acabe como acabe, no dejes que te devore.

El canario vuelve a acercarse y con ternura le besa la mejilla.

—Mañana nos vemos.

Enfila el camino a casa, pero cuando ya le separan unos cuantos pasos del portal, escucha la voz de Emilia, que le reclama a lo lejos.

—Señor escritor. —Galdós se gira y ve como medio cuerpo de Emilia todavía puede verse, ocultado el otro medio por el muro del portal—. Esta noche duerme sola esta escritora y será una pena... —Y en ese momento termina de desaparecer engullida por el edificio madrileño.

Galdós se detiene a reflexionar. Sigue dándole vueltas al discurso anterior, a la conveniencia de involucrarse más en una relación que para él lleva meses siendo perfecta. Pero unos segundos más tarde, deshace por fin el entuerto en su mente y con lentitud se adentra en el portal unos pasos por detrás de Emilia. Al subir las escaleras, la luz del candil de la casa que Emilia ahora le abre lo atrae como a un poseso. Es lo último que recuerda antes de perder por enésima vez la cabeza a su lado.

CAPÍTULO VI

1

La habitación contaba con una pequeña despensa, así que decidí volver a las calles, ya más envalentonado, para abastecerme con productos que pudieran paliar el hambre al que nos condenaba la escasa comida que la dueña de la pensión ofrecía. Tendrían que ser productos difícilmente perecederos, cerdo en salazón, quizás, o pan de centeno. Como me había empapado del encanto de los mercados madrileños, consideré pasar la mañana perdida entre bazares y lonjas, actividad que tanto me relajaba.

Sin embargo, ese día todo era diferente. El silencio, la temperatura, el aroma. Todo era distinto. Por una de las calles cercanas a la pensión, en concreto por la Corredera Alta de San Pablo, apareció un grupo de hombres que huían despavoridos y que, tras permanecer juntos durante unos metros, terminaron dispersándose por aquí y por allá. Lo comprendí pronto: una columna de humo se elevaba por encima de los edificios. El olor a pólvora antecedió a la lógica detonación. Y gritos. Y más gritos. Y rumor de carreras y de trifulcas. La curiosidad me obligó a penetrar por las calles que habrían de llevarme hasta la plaza del Dos de Mayo, epicentro del disturbio. A medida que me iba acercando a la zona, el olor a pólvora se iba acrecentando. En uno de los caminos que morían en la plaza, encontré unos soportales que ofrecían una visión inmejorable de la escena. Dos hombres observaban con la misma curiosidad el devenir de los hechos.

Un grupo de mujeres había formado una especie de cadena humana. Y resistían los disparos al aire con los que la Guardia Civil y el ejército pretendían ahuyentar a las manifestantes.

—Ebanistas...

Me giré y vi que era uno de los hombres el que se dirigía a mí.

—Son mujeres ebanistas en huelga... ¿Pero en qué piensan? Son mujeres, tendrían que conformarse con ser admitidas en la fábrica.

—¿De qué demonios habla? —pregunté.

—Me lo ha contado uno de los guardias. Estas mujeres trabajan en la fábrica de maderas de Chamartín de la Rosa. Resulta que se les contrata, y no seré yo el que diga que no tienen mejor mano con la madera fina que cualquier varón. Pero de ahí a pretender cobrar como un hombre...

Observaba la cadena formada por aquellas valientes y no podía dejar de pensar en lo mucho que estaban cambiando los tiempos.

—Y parece que, reivindicando un trato igualitario, llevan días en huelga, siendo ignoradas lógicamente por el patrón. Hasta que esta mañana, cansadas, destruyeron la fábrica, los muebles, e incluso llegaron a saquear la caja del negocio. Y ahora han llegado hasta aquí, corazón del pueblo madrileño, para continuar con sus reivindicaciones. El guardia ha asegurado que habrá sangre y no tengo ninguna razón para dudar de ello.

Justo acababa la frase el hombre con ese pronombre cuando el sonido de los disparos retumbó contra la pared del soportal, los caballos relincharon, y la brutal carga empezó a llevarse por delante a todas las mujeres que minutos antes gritaban en favor de sus derechos.

Pero entonces volví a verla. Laura formaba en el extremo de una de las cadenas y gritaba desgarradamente exigiendo justicia para aquel gremio, cuando por uno de los empujones acabó con sus huesos en el suelo. Sin dudar un instante, me lancé a por ella, aprovechando que, por suerte, su posición era bastante cercana al soportal.

—¡Eh, oiga! ¿Qué hace? Pero ¿se ha vuelto loco?

Los gritos del hombre bajo el soportal desaparecieron bajo el jadeo que me acompañaba al cruzar la plaza. Llegué hasta ella, y esta vez no yacía inconsciente, aunque sí aturdida por la carga, que entre gritos y golpes seguía hiriendo a las manifestantes.

—Pero..., Laura... ¿Ha perdido la cabeza? —le grité cuando ya la sujetaba entre mis brazos.

Ella abrió los ojos enormemente al comprobar quién había acudido en su auxilio.

—Us... Usted...

Pero no dejé que pronunciase una palabra más. Alcé su cuerpo y corrí al refugio del soportal primero, y a la soledad de las calles aledañas después.

Ella intentaba zafarse, pero yo no se lo permitía, sujetando con fuerza aquellas extremidades descontroladas.

—¡Suélteme! ¡La lucha sigue! ¡Suélteme!

Pero entonces levantó la vista y Laura comprobó que la improvisada manifestación era ahora un yermo páramo salpicado con algún cuerpo tendido, y que ya no quedaba rastro de reivindicación alguna, así que se rindió a mí y se dejó llevar a una de las calles paralelas bajo la mirada atenta de los dos hombres que seguían sin abandonar el soportal. Alejados ya, pude por fin soltarla. Vestía las mismas ropas que la primera vez, aquellos pantalones y aquella camisa nada femeninos. De pronto, comenzó a llorar.

—No hay derecho... —sollozaba—, no hay derecho... —Y yo asistía anonadado—. No hay derecho a que, por el mero hecho de haber nacido mujer, su trabajo no sea recompensado. Esto se tiene que acabar... Y fíjate cómo se conciencia el Gobierno: cargando sin importar quién caiga. —Secó sus lágrimas, hasta que por fin habló con algo de firmeza—: Es la segunda vez que nos vemos y es la segunda vez que usted me ve desmayada, desasistida. Le pido perdón por mi falta de, digamos, formalidad.

—No se preocupe. Llegué pocas semanas atrás a Madrid y esto me sigue pareciendo una escena de cuento.

Laura sonrió por primera vez.

—Me temo que no está la sociedad para muchos cuentos. ¿De dónde viene usted?

—Valladolid.

—Hermosa tierra. Espero que por allí las cosas anden mejor.

—Ya me gustaría. Pero déjeme que se lo explique en otro momento, ahora tiene que recuperarse.

—Eso significa que tendremos que volver a vernos —confirmó con una sonrisa.

Yo no podía saber que aquel sería el primero de los muchos encuentros que tendría con la hermosa Laura.

2

Me di cuenta de que amaba a Laura el día que entrevistamos a Higinia por segunda vez. Lo que habían sido nervios e incluso temores durante el primer encuentro, ahora se habían convertido en una extraña determinación que yo, francamente, no conocía hasta ese momento. ¿El motivo? Fácil: me sentía vivo. La ansiedad, la angustia y el miedo, por supuesto, se habían esfumado. Hasta que vi a Laura en la fuente de la Cruz Verde días atrás, mi vida era prácticamente un simulacro, y yo no era más que un hombre detrás del telón que de vez en cuando me daba paso dentro de esta función que nos ha tocado representar. Sin embargo, ahora contaba con la iniciativa de quien siente que algo le mueve, de quien toma las riendas de su propia representación. Las veces que Laura y yo nos habíamos visto en las escasas horas que separaban nuestro primer encuentro de la llegada a la cárcel de mujeres donde Higinia seguía encerrada se habían teñido de risas, de complicidad, de conexión. A sus conocimientos avanzados en lengua latina añadía, como es obvio, un no menos amplio saber en literatura clásica. Así nos encontrábamos ella y yo discutiendo de pronto sobre la conveniencia de que Lope, su autor favorito, rompiera las reglas clásicas del teatro o sobre si la metáfora de Quevedo era superior a la de Horacio.

Por otro lado, me fascinaba la lucha que Laura mantenía contra el sistema. Un sistema que le impedía acceder a los mismos estudios universitarios a los que accedía el hombre, un sistema que la torturaba reprimiendo su inmenso afán por aprender, por formarse y por demostrar que su capacidad cultural estaba, como mínimo, a la altura de la de cualquier varón. No podía matricularse de manera pública, y sólo gracias a una cantidad de dinero nada desdeñable pudo acceder a estos estudios en la Universidad Central de manera

privada, costeados, claro, por la fortuna y el prestigio paternos.

Tenían prohibida la libre circulación por el recinto y sólo era legal su tránsito por él si iba acompañada de un profesor. Por supuesto, le impedían tomar asiento junto al resto de sus compañeros varones. Todas estas prohibiciones se las saltaba Laura cada dos por tres, lo que implicaba que, a pesar de volar infinitamente más alto que el resto de los alumnos, su expediente se viera salpicado por los constantes actos de insumisión. Pero a ella esa especie de prestigio académico le importaba un carajo, y prefería atender a las clases a menudo interesantes que se impartían allí antes que rendir pleitesía a un aparato que seguiría sin ayudarla cuando saliera de la universidad.

Pero volviendo al día que regresamos a la cárcel para entrevistar a Higinia por segunda vez, como digo, frente a la celda todo había cambiado. Primero, mi mentalidad, alimentada su fuerza por la idea de verme aquella noche nuevamente con Laura. Segundo, el contexto. Ya todo el mundo era consciente de que el Varelita estaba metido en el ajo, y eso había alimentado el carácter reivindicativo del pueblo madrileño, que empezaba a clamar justicia por la pobre Higinia. Si a esto le añadíamos que una personalidad tan arrolladora como la de Salmerón se había involucrado en el asunto, los ánimos de la calle se habían encendido todavía más. Y también, por supuesto, había cambiado un tercer factor: la actitud de Higinia. Al vernos entrar en la celda a la que la habían trasladado, mucho más amplia que la primera, pero a la vez más solitaria y aislada, nos mostró una sonrisa de oreja a oreja, sabiendo primero que el régimen de aislamiento al que había sido sometida le permitía hablar con muy poca gente y, segundo, que éramos el único clavo ardiendo al que podía agarrarse si quería salvar la vida.

La diferencia entre la primera Higinia, aquella silenciosa y hermética mujer que nos recibió días atrás, y esta segunda, sonriente y amistosa, era tan evidente que no me dejó más remedio que entermecerme. Nada más vernos, detrás de la sonrisa echó a correr hacia nosotros con la aparente intención de abrazarnos, y sólo el guardia fue capaz de detener lo que parecía una muestra de gratitud extraordinaria. El guardia la cogió de un brazo y la trasladó hasta una habitación contigua, una especie de sala de invitados con dos estanterías y una mesa con cuatro sillas. En las baldas podían verse unos cuantos libros, entre los que pude reconocer una comedia de Moratín: *La mojigata*. El guardia se hizo a un lado y por fin nos pudimos acercar a ella. Aunque nos

separaba una mesa y no escapábamos a la vigilancia del guardia, Higinia alcanzó nuestras manos y con sincero gesto se dirigió a nosotros:

—Gracias, déjenme repetirlo una y mil veces: gracias. No sé dónde estaría ahora sin ustedes...

Galdós se adelantó.

—No nos dé las gracias... Esto es lo mínimo que podemos hacer por alguien que ha sido procesado injustamente. O que, al menos, si no ha sido injustamente, sí carga con la culpa de otros que no sólo deberían estar encerrados, sino que además deberían estarlo en celdas más oscuras y tristes que la suya.

—Hay que ver qué bien habla usted siempre —reconoció Higinia—, con ese acento tan extraño. Es usted encantador. Pero sepa que no me hubiera atrevido a denunciar a ese niño sin su ayuda, sin haberme abierto los ojos durante aquel encuentro.

—Me encanta lo que dice, Higinia —me interpuse—, pero necesitamos que colabore de nuevo con nosotros si quiere salir con vida de este asunto. Supongo que ya sabe lo que estamos moviendo fuera.

La joven se giró con rapidez.

—Usted, además de hablar con elegancia, es apuesto. Ojalá me hubiera pillado esta conversación fuera.

Noté cómo Galdós se reía por lo bajo.

—Deje de dorarnos la píldora y conteste —impuse.

—Claro que sé lo que están moviendo ahí afuera. —En ese momento, Higinia bajó la voz hasta que su discurso se hizo casi imperceptible—. Me lo cuenta Romero. —Señaló con el mentón a un segundo guardia, que acababa de llegar—. Y si no me lo cuenta él, lo hacen las hermanas ahí afuera. Pero sé que están moviendo cielo y tierra para sacarme de aquí. Que la prensa se ha puesto de mi lado. Y no saben cómo se lo agradezco. Por cierto, señor Galdós. Ha de saber que cuenta con muchos admiradores en este recinto.

El maestro sonrió, pero yo continué llevando la iniciativa.

—Quería darle las gracias por haber tenido el arrojo de inculpar a don José Vázquez Varela, el hijo de doña Luciana. —Al escuchar el nombre de la víctima, Higinia centró la vista en algún punto del suelo. No contestó a mi confesión—. Supongo que le han contado —continué— que don José Millán Astray, director de la Modelo, ha saltado a la palestra. —Higinia levantó la vista. Podía leerse el pavor en sus ojos—. ¿Tiene algo que decir sobre él? —

Higinia mudó su gesto. Había vuelto, aparentemente, el mismo personaje mudo e introvertido que creíamos haber dejado atrás—. Higinia, si quiere que la ayudemos, necesitamos su colaboración. —En este punto, suavicé el tono—. Sin la verdad, será imposible... Hemos charlado con el sobrino del señor Abad, seguro que recuerda su nombre...

—¡El cojo! —Se le iluminó el rostro al escuchar su nombre, aunque instantes más tarde se tapó la boca con ambas manos, como el que sabe que ha cometido una imprudencia.

—Supongo que lo recuerda con cariño..., pero no hemos venido aquí a ponernos melancólicos. El sobrino nos contó que conocían perfectamente a Millán Astray. Curioso, resulta que todos los protagonistas de esta comedia están unidos por un hilo invisible. Rápido, Higinia, debe contarnos más sobre el tal Millán Astray. ¿Lo conoce, tal y como afirma el familiar del cojo? ¿Coincidieron ambos en la taberna? —Higinia bajó la vista, resignada. Empecé a ponerme nervioso—. Vamos a ver. ¿De qué tiene usted miedo? La calle ya le ha puesto en tela de juicio. Ya lo hemos filtrado y todo el mundo ahí afuera piensa que Millán Astray tomó parte en esto. Sólo hace falta una palabra suya para que el peso de la ley caiga sobre él y sus compinches.

Silencio.

—Señorita Balaguer... —Esta vez fue Galdós, con una voz mucho más pausada que la mía, el que se hizo con la conversación—. Supongo que las hermanas ya le habrán informado de que hemos conseguido la mejor defensa posible para usted. Ni más ni menos que uno de los abogados de Nicolás Salmerón estará representando a la acusación popular... ¿Sabe lo que eso significa? —Higinia negó con gesto párvulo, como encogiendo la cabeza entre los hombros—. Significa que este juicio ya se ha descontrolado. A la gran parte de la sociedad que está harta de los trapicheos del poder, reflejados en el Varelita y en Millán Astray, ahora hay que sumarles a todos aquellos devotos de Salmerón que también se unirán a su causa. Tiene a medio país con usted, Higinia.

La mujer volvió a quedarse completamente muda, volviendo a ver quizás los fantasmas de aquella primera vez. El maestro y yo nos miramos con desesperación, como buscando en el otro una solución que no llegaba. Y más aún nos desesperamos cuando el guardia dictó el final de la visita.

—Higinia —retomé—, el tiempo corre y cada vez le queda menos. Debería reconsiderar su postura y soltar de una vez toda la verdad.

Pero la acusada ya había tapado su cara con ambas manos, presa de una angustia que podía masticarse.

Cuando unas horas más tarde me hallaba en casa esperando la hora en que pudiese encontrarme con Laura, seguía dándole vueltas al asunto. Observé las cuartillas, que seguían en blanco. Ni siquiera la ilusión de un nuevo romance era capaz de emborronarlas. ¿Qué miedo tan grande podía hacer que Higinia mantuviera el silencio aun estando en juego su propia vida? Unos días después, supe que ese miedo no era, ni mucho menos, infundado, pues como por arte de magia apareció el segundo cadáver de esta historia, después del de doña Luciana. Y el asunto era, efectivamente, como para helarse de miedo.

3

Cuando Laura y yo nos encontrábamos, daba igual el momento, daba igual el clima, las prisas o el cansancio, aprovechábamos para andar sin rumbo por la ciudad, hablando y hablando sobre pasiones comunes. Recuerdo que, en cierta ocasión, tras más de cinco horas de caminata, Laura cayó rendida sobre la pradera del Retiro. Allí durmió durante media hora, lapso de tiempo que yo aproveché para contemplar su belleza, que me parecía infinita. Respiraba con la misma dulzura con la que efectuaba todos sus movimientos, y yo observaba su pecho al moverse con una cadencia lenta y pensaba en la posibilidad de vivir en él para siempre. Había cruzado los brazos sobre su vientre y, en un momento dado, sobresaltada quizás por un mal sueño, levantó las palmas de las manos, en una imagen como de *Ofelia* de Millais. La melena le caía por los hombros armoniosamente y se adaptaba al contorno de su figura de una manera perfecta, como si todos los rasgos de su cuerpo hubieran visto la luz para mantenerse unidos, complementándose unos con otros en sorprendente concordia. Las pestañas eran tan largas que al moverlas modificaba toda la perspectiva que de ella se tenía, y uno tenía la sensación de que con esa mirada alteraba la escena, tal era la atracción que desprendía. Ahora la veía así, quieta, fatigada, y comparaba su imagen con la de la otra Laura, siempre entusiasta, atenta, vivaz, y no podía dejar de pensar en lo mucho que me gustaría enamorarme de cada una de sus caras: de la rendida, de la luchadora, de la fuerte o de la débil. Me daba igual, siempre que me quedase un rincón de su personalidad por explorar, yo sentía que me sobraban motivos para ser feliz.

Supongo que uno descubre lo enamorado que está cuando contempla el sueño de esa persona y no es capaz de apartar la mirada.

4

Laura me llevó a conocer el ambiente festivo de Madrid, intentando evaluar, quiero creer, si yo sería capaz de incrustarme en sus costumbres o no. Se trataba, como digo, de una fiesta que ellos llamaban verbena de la Paloma, y que recogía tal nombre de la festividad que el 15 de agosto solía celebrarse en todo el país. Ahora bien, lo que allí vi aquel día no hubiera podido imaginarlo ni en el más estrambótico de mis sueños. Todos los madrileños que se daban cita alrededor de la calle de Toledo lo hacían luciendo estrafalarios vestidos. Ellas, con mantones de color chillón rematados con figuras y motivos de lo más fantásticos, largas faldas ceñidas a la cadera, un pañuelo atado al cuello cubriendo la cabeza y, coronando el atuendo, un clavel sobre la frente. Ellos, con pantalones y chaleco grises, todo ajustado sobre una camisa blanca, una gorra a cuadros y el clavel, claro, en la solapa. Por allí menudeaba el baile en todas sus formas. Lo mismo *agarrao*, como así lo pronunciaban, que suelto, que en grupo. Unos se dirigían a otros con gran insolencia, con gran desparpajo. Al preguntar a Laura por la chulería con la que se desenvolvían, la respuesta fue críptica:

—Pues espera a que lleguen los chisperos.

Más tarde supe que así llamaban a los vecinos de las zonas humildes del norte, donde abundaba la herrería. Al parecer, las distintas zonas tenían su propio apodo. Así, los del barrio de Maravillas eran llamados chulapos y chulapas, o los del barrio de Lavapiés eran tratados como manolos y manolas.

—Y a los aldeanos incautos —confesó Laura— los llamamos «isidros».

Y a la confesión acompañó un golpe en la espalda, un gesto cómplice que nos hizo reír durante varios minutos. Los organillos seguían tocando alegres melodías y unos y otros comían dulces de colores, y bebían vino en la bota, y

reían y seguían riendo. Especialmente llamativo me resultó el baile que efectuaban casi inmóviles sobre una baldosa, al que llamaban chotis, y que efectuaban con una rigidez y una seriedad impropias del resto de las escenas que pude vivir dentro de la verbena.

Cuando la noche ya se había espesado lo suficiente, Laura decidió que había llegado el momento de marcharse. Me ofrecí a acompañarla y así conocí por primera vez su barrio, que en aquel primer momento me resultó desconocido, pero al que ya habría tiempo de volver. Era el que llamaban barrio de las Letras.

—A ti, como escritor —me dijo Laura cuando a punto estábamos de llegar a su casa—, ¿no te parece fascinante este pequeño trozo de tierra? —Miré a mi alrededor sin saber muy bien qué decir—. Quiero decir que... —reanudó— es muy probable que nunca se haya dado semejante concentración de talento, de ingenio y de arte como el que se dio aquí en el XVII. Cervantes, Quevedo, Góngora, Lope, Calderón...

—Tienes razón —certifiqué—, pisar estas calles tiene algo de mágico.

—Circulan tantas historias... ¿Conoces esa que cuenta cómo Quevedo llegó a ser el casero de Góngora?

—No tenía ni idea... —confesé con asombrada inquietud.

—Y para colmo lo terminó desahuciando, el muy canalla.

—Cuéntame eso, por favor.

—Góngora había venido a vivir al barrio de las Huertas, conocido así por la abundancia que de las mismas había en la zona, y decidió alquilar una casa que, escrito por él: «En tamaño es dedal y en el precio es plata». —Se detuvo un momento para acariciar los muros de uno de los edificios, como el que acaricia un tesoro—. La casa le pertenecía a un noble amigo de Quevedo, así que este último no tuvo reparos a la hora de adquirirla, con el único fin de poder echar a Góngora el día que este se retrasara en los pagos. No tardó en ocurrir esto y, efectivamente, Quevedo pudo darse la satisfacción de enviar a un Góngora ya desmemoriado y enfermo a morir a su Córdoba natal.

—Qué crueldad —apunté.

—La historia ha sido cruel con el genio andaluz. Pero estoy segura de que pronto alguna generación elevará su figura como debe.

No podía dejar de contemplar esos ojos que pestañeaban con sorprendente frecuencia cuando ella misma era consciente de que despertaba en mí el mayor interés posible.

—Pero me he reservado mi leyenda del barrio favorita para el instante final. —Se detuvo y miró el portal con fijación.

—¿Es tu casa? —dedujo.

—Sí, hemos llegado —confirmó sonriendo.

—Sabes que no te dejaré ir hasta que me cuentes esa leyenda.

Ahora rio, divirtiéndose más aún.

—¿Conoces la historia de amor entre mi Lope de Vega y Marta Nevares?

Me sobresalté ligeramente.

—Sólo que es la Amarilis de sus versos.

—Exacto —confirmó Laura—. Y es el amor más trágico y sacrílego de todos cuantos tuvo Lope. Aunque quizás también el más puro. —Cerró con sigilo el portal que había dejado entreabierto y volvió a la calle, acercándose más a mí—. Pues la historia tiene que ver con ellos. Lope vivía a pocas cuadras de aquí, en la calle Francos. Y resulta que Marta Nevares, quien había estudiado en Alcalá de Henares a pesar de lo difícil que era tal actividad en la época, contaba con una habilidad especial para la poesía y los versos.

No pude evitar sonreír al ver el paralelismo que trazaba entre Marta Nevares y ella misma.

—Cuentan que un día la joven decidió dar una fiesta con sus amigos estudiantes aquí, en la misma calle Francos, en la que habrían de recitarse versos y canciones de todo tipo. Fue así como Lope se topó con ella, y quedó prendado hasta tal punto que quiso entrar en la dichosa fiesta. Al ver aparecer al Fénix de los Ingenios, obviamente, todos los presentes asistieron boquiabiertos al milagro: don Lope había compuesto un soneto en pocos minutos. Lo leyó y así alcanzó, claro, la cima más alta de toda la fiesta.

De pronto, se acercó a mí hasta que pudo continuar su historia a pocos centímetros de mi rostro.

—Al marcharse don Lope, Marta Nevares lo acompañó a la puerta. Y allí el poeta se aproximó a muy poca distancia de su amada e intentó robarle un beso. —Allí tenía a Laura, la mujer por la que era capaz de matar, sus labios a un palmo de los míos, hablándome de besos y estrofas. Dudé si era el momento perfecto para besarla, pero entonces ella se apartó de un salto y volvió a colocarse bajo el portón del edificio—. Pero el amor entre ambos fue trágico. Él ya había sido ordenado sacerdote y ella estaba casada. Aun así, mantuvieron vivo su amor clandestinamente durante dieciséis años. Hasta que ella murió, ciega y enferma, dejando a Lope sumido en la última amargura de

su vida.

Me acarició la mano y desapareció entre la penumbra del portal.

—Nos vemos pronto —dijo una voz entre sombras.

Y yo recordé aquel verso que precisamente Lope le había dedicado a Nevares: «Para vivir me basta deseáros».

5

Días más tarde, Laura me llevó a conocer la pradera de San Isidro, y es que tras haberle contado cómo una especie de fobia me había hecho odiar Madrid y recluirme en mi pequeño hábitat, ella decidió que este paseo por una de las zonas más confortables podría ayudar a lanzarme en brazos de una ciudad que, como ocurre con todos los escenarios, va amándose a medida que uno va amando lo que se mueve entre sus calles. Salimos pronto de la misma fuente de la Cruz Verde en la que nos conocimos y bajando por la pendiente pronunciada de la calle Segovia, fuimos poco a poco entrando en el calor de una conversación que cada día era más acogedora. Ella había recogido su pelo en un tocado rápido, pero que dejaba los rasgos juveniles de su rostro a la vista de cualquiera que se detuviera a admirarlos. Sus formas se habían potenciado con el corsé casi descubierto que desembocaba en un miriñaque que, dada la temperatura que alcanzábamos, se me antojó excesivo, pues las enaguas de lino parecían tan frondosas como terriblemente calurosas. El parasol y el sombrero ponían fin a un atuendo de lo más elegante. Parecía otra persona, diferente a aquella rebelde huelguista y luchadora universitaria. Su elegancia quedaba muy lejos de mi traje ajado, mi corbatín de seda que en Valladolid había reservado para eventos religiosos, pero que en Madrid me exigiría más de un sarao improvisado, e incluso el sombrero de copa que el señor Galdós me había prestado al enterarse de mi romántico plan. Pronto llegamos a la ribera del Manzanares, que comenzamos a recorrer cuando la mañana aún no había aparecido. Cruzamos el río bajo el palacio de Oriente, dejando a un lado la cuesta de la Vega, que nos resguardaba de un ligero viento que se había levantado a primera hora. Cuando minutos más tarde atravesábamos el puente que Laura llamó de la Toledana, pude divisar a lo

lejos una ermita sobre una loma, una ermita de lo más hermosa, blanca, radiante, con un penacho oscuro que se levantaba al cielo y desde el cual el santo, a juzgar por lo que contaba Laura, podía contemplar toda la ciudad. Una vez hubimos subido el camino de la ermita, allí, ya muy lejos de Madrid, nos recreamos en la imagen de la villa que aparecía en todo su esplendor, como efectivamente cuentan los lugareños que lo hace San Isidro.

Nunca un lugar me resultó tan hermoso como aquel. No podía creer cómo lo que antes me amenazaba y me atemorizaba ahora fuese capaz de provocarme placer. La pradera, seca a mi espalda, relajante en sus numerosos caminos que se perdían en el horizonte, nos daba cobijo frente a una ciudad que, vista desde allí, se mostraba incomparable. Con la única separación que suponía el Manzanares, desde la distancia, Madrid era más que nunca una especie de salto hacia el deseo. Sabía que todo, empezando por la novela que seguía sin ser capaz de escribir y terminando por Laura, cuya respiración notaba ahora sentada junto a mí, todo me esperaba en Madrid. En ese instante, quizás entendiendo ella que yo estaba siendo testigo del cambio que se producía dentro de mi cabeza, colocó una mano en mi muslo, de una manera tierna, de manera suave. Yo correspondí clavando la vista en sus dos ojos enormes, y ella a su vez cerró la complicidad con una media sonrisa que le encendió los carrillos.

Nos besamos cuando el sol terminaba de aparecer sobre los tejados madrileños, y fíjese el lector que recuerdo perfectamente aquel instante como un salto al frente, en el que dejaba atrás todos los miedos que un día tuve y en el que de pronto tomaba consciencia de que lo que se expandía delante de mí, fuese lo que fuese, era sugerente, misterioso, inseguro, necesario y estimulante, y que a partir del minuto próximo, cuando ambos abriésemos los ojos después de un beso infinito, ya sería imposible acceder al Melquíades que fui una vez.

Paseamos entre la apacible tranquilidad de la pradera, sólo rota en ocasiones por la llegada puntual de algún que otro carruaje, peregrinos de la ciudad y de localidades cercanas como Carabanchel, que acudían a las barbas del santo para dar buena cuenta del fervor religioso primero y del pellejo de vino después. Los madrileños utilizaban aquel paraje no sólo, insisto, como un simple retiro espiritual, sino que además aprovechaban la quietud del lugar para esparcir el ocio que no les proporcionaba la ciudad. Por allí paseamos con tranquilidad, nos besamos tantas veces como descuidos hubo, nos enamoramos a cada paso y confirmamos que sobre la malla intelectual que uno

teja sobre el otro se cimentaba gran parte de la relación que estaba naciendo.

De vuelta en Madrid, bajando de nuevo hacia el puente de la Toledana, las conversaciones seguían manteniendo ese nivel de ingeniosidad que nos había enamorado. Creo que su formación en lengua latina casaba muy bien con mi formación en leyes, y que la común pasión por la lectura nos permitía congeniar en esa magia que es la palabra, y que es donde deben congeniar todas las relaciones si quieren llegar a buen puerto. Ambos compartíamos extracto social, una posición muy acomodada de nuestras familias, inquietudes profesionales, opciones de futuro... Al cruzar el río, comprendí que aquella mujer era sin duda la media naranja que tanto había buscado, y que sólo ella podía encajar perfectamente en mi desordenada vida, como la pieza que le da sentido al rompecabezas. Cuando Laura me hablaba de lo mucho que su padre había trabajado para formar parte del grupo de ingenieros que idearía el tranvía eléctrico de Madrid, yo pensaba en las horas que mi padre había dedicado a lo largo de su vida para hacer de la zona de los Torozos una de las vías de comercio más apetecibles de Castilla, vías que prácticamente no podían cruzarse sin su consentimiento.

Ya en la ciudad, nos perdimos por un barrio de lo más variopinto y al que nunca había accedido antes. Las calles estaban llenas de comerciantes y, a su vez, de infinitos compradores que se perdían en el horizonte en dirección al centro. Se masticaba un olor áspero que me transportó a algún lugar de mi niñez, y que Laura achacó a la proximidad del gremio de curtidores, que a esa hora amasarían sus pieles para poder venderlas más tarde en aquel mercado gigante. Llamaba a dicho mercado el Rastro, según testimonio de Laura, precisamente por el rastro de sangre que las reses dejaban al ser arrastradas por los curtidores hasta el cercano matadero. Pero, además, podían visitarse otros comercios con productos tan dispares como libros, ropa, alhajas, zapatos, muebles, chatarra... Nunca hubiera imaginado que tal cantidad de enseres pudiera reunirse en apenas unas pocas manzanas, y que aquella agrupación de gremios pudiera convertirse con la llegada de la mañana en uno de los corazones de la ciudad.

Laura y yo paseamos por los distintos bazares, seleccionando futuras compras más que efectuándolas, y charlando sobre el progreso que suponía contar con una clase media capaz de acceder a este tipo de comercio, y a su vez un gremio comerciante capaz de sobrevivir por medio de su propio producto. Comparado con épocas pretéritas, el escenario enriquecía al

vendedor y al comprador por igual, en una relación de simbiosis que sólo mejoraba el contexto. Eso sí, la cosa cambiaba cuando uno fijaba la vista en los trabajadores, que bajo el sol achicharrante claveteaban zapatos aquí o zurcían medias allá.

Precisamente, al llegar a uno de los numerosos sastres que por allí pululaban, Laura anduvo regateando un vestido de color rosa palo más por entretenimiento que por interés, sin saber que por culpa de mi espera allí, junto al gremio de sastres, nuestro futuro se metía en un problema. Durante los segundos que anduve allí parado me fijé en cómo una de las costureras, más o menos de la edad de Laura, sudaba al remendar una falda bajo el cielo inclemente del verano madrileño. Así continué, absorto, mientras ella llevaba a cabo su labor, hasta que, alertada quizás por un sexto sentido, alzó la vista y se encontró con mis ojos apuntándola directamente. Lejos de irritarse, me dedicó una sonrisa que, vista en contraste con el sufrimiento del taller, me pareció balsámica. Era rubia, de tez morena quizás por el efecto del sol durante las labores, dos pómulos sonrosados hinchados de manera natural y un mentón fino y sugerente que, al moverse al compás de la sonrisa, dibujó la silueta de un rostro casi perfecto. Aquella zurcidora era, de lejos, la mujer más hermosa que yo había contemplado.

Cuando hubo acabado el regateo entre Laura y el comerciante, le pedí que nos marcháramos. Definitivamente supe lo que ya apuntaba renglones atrás: no volvería a ser el mismo Melquíades después de aquella mañana.

6

Dejamos Zaragoza a nuestra espalda cuando la noche terminaba de esfumarse tras los campos aragoneses. El coche de caballos amenazaba con masacrarnos la espalda, quizás por lo poco uniforme que era el camino que corría junto al Ebro en dirección a la villa de Tudela. Lo cierto es que me confortaba viajar en esas condiciones, más aún dada mi última experiencia con el ferrocarril allá en la meseta. El río se presentaba junto a nosotros extraordinariamente caudaloso, a pesar de las alturas del año en las que nos encontrábamos. Bajaba con una rapidez que yo nunca había imaginado posible ante semejante caudal, nada que ver con los cauces que recordaba en la lejana Castilla. Ni siquiera los añorados Duero y Pisuerga corrían con la fuerza que sí lo hacía este prodigio de la naturaleza, que a su paso por Zaragoza, además, se unía al prodigio del hombre junto a la basílica del Pilar. Pero con todo aquel espectáculo ya detrás de nosotros, lo que ahora se presentaba frente al coche de caballos era una extensa llanura, salpicada a menudo de acuíferos, pero que en apariencia daba cobijo a pequeños villorrios muy similares a los de mi patria chica, con la que, como se ha podido comprobar ya, encontraba numerosos paralelismos. El habla era significativamente distinta, y quizás también la vestimenta, más colorida y menos abrigada. Pero, como digo, los recuerdos de mi hogar llegaban hasta mí arañando. De hecho, en una de las postas, nos topamos con un labriego que se refrescaba con un mosto junto a la barra del bar, y me sorprendió comprobar que utilizaba una azada exactamente igual que la que había utilizado mi abuelo cientos y cientos de leguas al oeste. Tenía aquella azada una forma muy peculiar, con dos cuernos en un extremo y la pala en forma de corazón. Mi abuelo, cuyo gusto por el coleccionismo de extraños cachivaches ya he explicado aquí, se la había comprado a un viejo

pastor extremeño, y nadie había visto nunca una parecida en toda la comarca. De algún modo, algo común había en aquel apero de labranza que unía Extremadura con Valladolid y ahora con aquel pequeño pueblo aragonés. Algo transversal cruzaba aquellas tierras, simbolizado en las figuras de estos hombres que se partían la espalda para tener los campos segados a esas alturas del verano. Ese sudor unía más que cualquier bandera, y comprendí que el país se mantendría unido en su esencia, porque aquella cultura, la del esfuerzo sobre los campos de cebada, de trigo, de vino; sobre las huertas y los arrozales; los acantilados y las minas, era reconocible desde Gerona hasta Huelva, desde La Coruña hasta Murcia. Aquellos hombres eran la verdadera patria.

—Veremos qué declara ese compañero de celda que asegura haber escuchado a José Vázquez Varela conversar sobre el asunto con Millán Astray, ahí pueden aclararse muchas cosas —soltó Galdós, como exponiendo el lejano camino que seguía su pensamiento.

Mi mentalidad con respecto al caso también había cambiado. Ahora veía el futuro enmarañado bajo los hilos de marioneta que aquellos canallas de Madrid manejaban a sus anchas. Empezaba a despertarse dentro de mí una sed de venganza, como si hubiera ya algo que vengar, como si necesitara pagar con los desgraciados que le habían arruinado la vida a Higinia todo el miedo que la ciudad me había hecho pasar, todas las ingenuidades que ellos habían aprovechado. Ahora sentía que un nuevo Melquíades había despertado, mucho más práctico y más valiente, mucho más cruel y más comprometido.

Pero más allá de eso, volviendo a la narración, el maestro tenía razón. Unas horas antes de que saliéramos de Madrid, la noticia había corrido como la pólvora. Uno de los presos cercanos a Vareleta, que respondía al nombre de Basilio Morianes y que ocupaba la celda 181 de la cuarta galería, había solicitado un careo con el juez para aclarar que él mismo había visto como el joven se reunía con Millán Astray para planear el asalto. Sin duda, esto suponía un giro en la instrucción, que parecía inclinarse en favor de Higinia. Yo asentí a los pensamientos que Galdós soltaba sin control por la boca mecánicamente, como un hombre que ha dejado que sus fantasías conspirativas sustituyan la realidad. No le culpo, este era un juego que ya practicaba media España, pues eran pocos los que no habían aportado su dosis de fantasía propia a los pocos hechos probados que tenía el caso.

Uno de los villorrios que salpicaban el delta era ese al que llamaban

Ainzón, y que parecía ser el lugar que había visto nacer y crecer a Higinia. Llegamos a él después de cruzar Borja, una villa de cuya historia, según afirmaba Galdós, pronto podríamos empaparnos. Ainzón levantaba apenas unas cuantas casas sobre la loma. Parecía lugar húmedo por el influjo del omnipresente río Ebro, y la mayor parte de la tierra estaba ocupada por viñedos y algún cultivo de cereal. Al igual que había sugerido con la historia de Borja, Galdós prometió que pronto nos empaparíamos del vino de la zona, excelente garnacha, según se decía. Al fondo, la loma sobre la que se levantaba el pueblo terminaba de escarparse, formando pequeñas cumbres a las que sería muy osado llamar montañas, pero que sí destacaban sobre la planicie anterior. Lo que sí se mostraba ya imponente era el Moncayo, lejano, como punto y final a un horizonte irregular y hermoso. Galdós conocía la tierra al milímetro, no en vano había titulado uno de sus célebres *Episodios* así: Zaragoza. Eso me hizo recordar el momento en que lo conocí allá en Castilla, cuando mi padre lo acogió a la hora de escribir su *Episodio Nacional*. Benito Pérez Galdós era un sabio que había cultivado su sabiduría pisando los campos de media España.

Por la noche, ya alojados en una posada oscura a las afueras del pueblo, cenamos un guiso de patatas extraordinario, condimentado de una manera que no se conocía allá en Castilla, con enormes cantidades de pimentón y ajo, y que nos ayudó a sobrellevar el viento ligero que se había levantado a la caída del sol, y que indicaba claramente que el verano estaba a punto de apagarse. A primera hora de la mañana, el maestro y yo ya estábamos tocando la puerta de la casa de los Balaguer, allí donde nos había indicado el posadero que se había criado la pequeña Higinia. Nadie en el pueblo había comentado nada respecto al crimen del que Higinia era principal sospechosa, no sabíamos si por desconocimiento o por cautela. Así que no estábamos muy seguros de cómo tratar con la familia de Higinia, si desde el supuesto conocimiento mutuo o desde la ignorancia. Finalmente decidimos que lo mejor sería tantear el terreno y, en caso de que la familia no supiese nada, transmitirle la infeliz noticia.

Galdós golpeó suavemente con los nudillos la puerta de madera. Decir que la casa de los Balaguer era una ruina, un verdadero amasijo de maderas y adobe completamente improvisado, un lugar indigno para la crianza de los hijos, sería poner por las nubes el lugar donde Higinia había crecido. Una de las ventanas se había derrumbado, dejando medio techo al aire libre. La otra

ventana que desde allí se veía estaba cubierta con una suerte de alambre a modo de reja, pero se me antojó muy optimista que alguien quisiera entrar a aquella casa con ánimo de robar. Sin duda, los que la habitaban eran algo más que gente humilde, si se me permite el eufemismo. Ni siquiera en la Castilla profunda en la que yo me había criado se veían chabolas con semejante apariencia. Lo peor de todo es que aquella casa no era excepción, y que casi toda la cuadra estaba compuesta por viviendas semiderruidas de apariencia similar. Dos veces llamó Galdós y dos veces recibimos el silencio por respuesta.

—Parece que no hay nadie —dijo.

Pero era temprano, difícil que no hubiera nadie.

—Llame una tercera vez, la última —dije.

Pero no había terminado la sugerencia cuando vi como los ojos del escritor se abrían de par en par, y del callejón que probablemente llevase al corral apareció una sombra que colocó el cañón de una escopeta sobre la nuca de este que les habla. Galdós levantó los brazos en señal de paz y yo bastante tuve con no desfallecer del susto. La firmeza con la que el cañón rozaba mi piel indicaba que el arma no estaba sujeta por un principiante y que, fuese quien fuese el asaltante, estaba muy decidido a llevar a cabo su plan. No había un atisbo de duda en el pulso de la escopeta sobre mi cuello.

—Salgan de aquí.

Galdós estaba completamente petrificado. Supuse que pocas veces se había visto en una tesitura igual. Y qué puedo decir de mí, que todavía tiemblo al escribir estas líneas. Nunca imaginé que perseguir la novela que ni Galdós ni yo éramos capaces de escribir fuese tan peligroso. Fue el maestro quien alzó la voz temblorosa, en un tartamudeo casi inaudible:

—Tranquilícese, por favor... Venimos en son de paz.

Al escuchar el acento de Galdós, el hombre inclinó con fuerza la escopeta sobre mí, como si fuese a disparar inmediatamente. Pero yo tomé ese gesto como un signo de indecisión, por lo que me revolví como una presa que no tiene nada que perder. Sin embargo, el hombre, que a pesar de la edad gozaba de una agilidad extraordinaria, respondió al intento de golpear su rostro con un culatazo en la sien.

—¡No, por favor! —gritó Galdós.

Desde el suelo, con el ojo bañado en sangre por la herida, pude ver como el tipo seguía apuntándome con la escopeta.

—¿Qué demonios buscan...? —dijo al fin.

Su voz era tremendamente grave. Quizás la más grave que yo haya escuchado nunca. Aunque llegaba ronca, tal vez por el peso de los años. Galdós pareció tranquilizarse.

—Sólo queremos hablar sobre Higinia... Charlar con su familia, que nos cuenten cómo es su naturaleza, si es capaz de...

En ese momento, el tipo volvió a encañonar con fuerza.

—De acuerdo, de acuerdo... —suplicó Galdós.

El tipo comenzó a contar, deteniéndose en el dos antes de darle paso al tres y, con él, a la detonación final. No le dimos oportunidad de descubrir si iba de farol o no, porque con ese dos pronunciado grave y hondo ya supimos que nada podríamos sacar de allí. Galdós me ayudó a levantarme, mientras yo, con la palma de la mano, intentaba detener la hemorragia. Un minuto más tarde, ambos habíamos doblado ya tres esquinas, y no fue hasta esa tercera cuando perdimos de vista el cañón del arma con la que el hombre nos había ahuyentado.

Era evidente que no éramos bien recibidos allí.

7

Tres veces intentamos arrojar en la casa de los Balaguer algo de luz sobre la figura de Higinia, una por cada día que pasamos alojados allí, en aquel pequeño pueblo que se acercaba a la linde entre aragoneses, riojanos, navarros y sorianos. Y las tres veces fuimos rechazados por la familia. Dos de ellas, a través del desesperante recurso del silencio. La última, con un sonoro perdigonazo que no buscaba alcanzarnos y sí ahuyentarnos, algo que consiguieron, pues, tras la consiguiente carrera, Galdós exigió volver a Madrid con la primera luz del día siguiente. Había cubierto la herida con una gasa, lo que me confería un aspecto bastante cómico, la verdad. La curación a cargo del señor Zapater, doctor que, por fortuna para mí, había sorteado el contrato por el cual sólo tenía que pasar consulta los lunes, fue viento en popa.

Los lugareños hablaban de Higinia en términos de cierto cariño, como si el hecho de haberse mudado a la capital ya la convirtiese en una especie de heroína de la que tocaba hablar como una hija caída en batalla. Don Sebastián, el herrero del pueblo, que, por cierto, se había encargado de poner a punto el herraje que habría de llevarnos de vuelta a Madrid, se jactaba de haberla criado entre la lumbre y el golpeteo de la herrería, y confirmaba lo que allá en Madrid nos había dicho el sobrino de su amante: Higinia era una persona tranquila, agradable y tendente al bien. Esto mismo nos dijeron don Romualdo y doña Amparo, los dos ancianetes que regentaban la panadería del pueblo, que recordaban a la supuesta asesina como una chica feliz y alegre, que jugaba con su hijo Fernando, de la misma edad, sin que nunca tuvieran percance alguno.

—Vaya usted a preguntar a Fernando, que está dentro, con el hornazo.

Pero no hizo falta. Todo el mundo, insisto, veía en Higinia a una persona

incapaz de matar a una mosca. Si bien es cierto que el pueblo seguía sin referirse al asunto del asesinato, era evidente que tenían noticias del suceso, pues nadie preguntaba a qué se debían nuestros interrogatorios y, además, algunos pronunciaban frases como: «Es imposible que haga daño a alguien», o «No creo que pueda ni robar un céntimo», sin que viniese demasiado a cuento. Al herrero y a los panaderos se había unido el zurcidor, dos labriegos, uno de ellos antiguo vecino, la tabernera y tres personas de su edad que aún no habían escapado del pueblo: la maestra, un arriero y el aguador.

Al amanecer del cuarto día, andaba yo cargando el equipaje cuando Galdós se ofreció para comprar unas botellas del excelente vino de la zona que ya habíamos degustado y que sería de buen previsor imaginar que necesitaríamos degustarlo también en Madrid. Por supuesto, le obligué a dejar que fuese yo el que comprase las botellas. Así que allí se quedó él esperando, dentro del carro, junto al conductor, que seguía inmerso en las labores de avituallamiento necesarias para llegar a la primera posta.

Enfilé el camino de la bodega, a la que con paso firme llegué minutos más tarde. El bodeguero, un anciano bonachón con la voz tomada por la cazalla, me invitó a que fuese yo mismo el que eligiese la botella conveniente. Así que descendí por el pasillo de la cueva, a cuyos lados se abrían diminutos habitáculos de apenas un metro cuadrado. De vez en cuando ojeaba alguno de los habitáculos, acariciaba las botellas empolvadas y me dejaba envolver por aquel aroma húmedo. A menudo mi pensamiento se desviaba hacia la figura de la joven Laura, a quien echaba de menos cada segundo. Es sorprendente cómo se agudiza el amor sin la presencia de lo amado, por la incontestable acción de la ilusión y la inventiva. Entonces, quizás por el efecto de la melancolía, no me percaté de que la puerta de uno de esos espacios claustrofóbicos se cerraba y que alguien echaba el cerrojo al otro lado.

Sólo el golpe del metal contra la madera me sacó de mi letargo. Intenté abrir primero con gestos bruscos y después con golpes histéricos. La oscuridad era total y el espacio, tan estrecho que me golpeaba contra los muros. Entré en pánico. Sería totalmente imposible ser escuchado allí adentro, y morir emparedado entre los muros de una bodega no era precisamente la muerte soñada. La angustia crecía cuando llegó hasta mí el susurro de una voz femenina al otro lado de la puerta.

—Tranquilo, podrá salir de aquí.

En ese momento me tranquilicé. Algo en aquella voz me hizo confiar.

—Soy Agustina, la prima de Higinia. Trabajo aquí, ayudando al señor Ponciano. Quiero que sepa que yo también me juego el empleo haciendo esto.

Yo no podía verla, pero intenté imaginar su figura pegado a la madera de la puerta.

—Ábrame, Agustina. Nosotros sólo queremos ayudar a su...

Pero no dejó ni siquiera que acabara la frase y alzó la voz al otro lado.

—¡Sólo hablo yo! —gritó—. Escúcheme. Mi prima es inocente —bajó el tono—. De eso estoy segura. Pero también es verdad que allí en Madrid se estaba rodeando de gente de mal vivir. Ella misma me lo dijo. Por favor, no pueden dejar que por culpa de esa panda de malnacidos ella salga mal parada de todo esto. La Higinia es buena, tiene un gran corazón. —Aquí se detuvo unos segundos para coger aire—. Tienen que evitarlo. El tío Mariano está desesperado por lo que pueda pasar, de ahí su reacción. Pero es que nos sentimos impotentes. Tienen que hacer algo, se lo suplico. —Yo asentía con la cabeza, movimiento que ella, claro, no podía percibir—. Y déjeme decirle también —su acento era extraño, nunca había escuchado un tono parecido, quizás por el influjo navarro de la zona— que hace unos meses la visité en Madrid. La vi cambiada, asustada. Y me habló de un tipo, al que llamaba don José. Parece ser que iba a entrar a servir en su hacienda y que era conocido por sus malas formas con los empleados. Yo supe que había algo más en aquella confesión, quizás ya planeaban algo raro y pretendían que ella llevase a cabo el plan. No lo sé. Pero sí le puedo decir que ese tal don José anda detrás del tema. Seguro.

Yo permanecí callado. La angustia del cuchitril comenzaba a agarrármeme al pecho, y lo cierto es que escuchaba aquella voz casi sin deglutir lo que se me transmitía. Sólo cuando entendí, minutos más tarde, que aquella voz seguía sin pronunciar palabra, comprobé que la muchacha había abierto el cerrojo con sigilo y se había esfumado. Huí de allí no sin antes hacerme con una caja de cabernet, y cuando minutos más tarde Galdós y yo tomábamos el camino de vuelta a Madrid, referido ya el episodio que acababa de acontecer en la bodega, el maestro barajó la posibilidad de incluir a los protagonistas de la niñez y de la juventud de Higinia dentro de los testigos del juicio que pronto se llevaría a cabo. Sin duda, era tal la unanimidad de las opiniones que nadie podría pensar que la imputada fuese culpable de un acto tan atroz como este, que incluía robo y asesinato, quemando y apuñalando a la víctima con una sangre fría propia de quien se ha preparado a conciencia para un crimen de tal

magnitud.

Por otro lado, la confirmación por parte de la sobrina de que don José Millán Astray anduvo persiguiendo los pasos de Higinia antes del asesinato, lo que probablemente confirmaba a su vez que todo respondía a un plan orquestado por este y el Pollo Varela para arrebatarse la herencia a la víctima sin mancharse un solo dedo. Luego estaba ese careo entre Basilio Morianes y el juez, que debía de haberse producido y que, probablemente, habría arrojado luz al asunto.

El viaje hasta Ainzón, podría decirse, había resultado un fracaso, al menos si atendemos a las fantasiosas expectativas que nos habíamos marcado. Era tan evidente que el crimen respondía a un asunto de clase que la calle, siempre en favor del desvalido, es decir, de Higinia, ya planteaba movilizaciones para que el ministro de Justicia detuviese el sainete. Nadie en su sano juicio podía posicionarse en favor de una clase política, pues no era otra cosa que político el cargo que detentaba Millán Astray, que ya había demostrado con todo tipo de pruebas el nivel de degradación y de podredumbre que alcanzaba.

Este país nuestro, poco tiempo atrás feudal y absolutista como la mayoría de las naciones vecinas, echaba en falta la sangre que sí se había derramado durante este siglo XIX que ya acababa. No debemos olvidar que las revoluciones que habían surgido en los países vecinos, simbolizadas en la mítica Francia de fines del XVIII, lo habían hecho al calor del auge que la clase que no tenía que ver con la monarquía, el clero y la aristocracia, llámenlo tercer estado o de cualquier otra forma, había tenido en el continente. El hecho de que surgiera una nueva casta, que aglutinaba en ella todos los valores que no representaban los privilegiados de siempre, supuso un cambio de rumbo en las políticas de toda Europa. También en España, claro, pues los Borbones no habían podido mitigar la potencia de este nuevo grupo, tan poderoso o más que cualquier otro. Pero la diferencia entre este país nuestro y el vecino francés es que aquí no hubo una verdadera limpieza tras la revolución, y ese nuevo poder que se avecinaba se vio mezclado con los vicios de aquellos poderes que ya existían, y la mezcla terminó resultando casi peor de lo que resultaba en su forma inicial. La casta de reyes y nobles sin luces desembocó en una nueva clase política igual de oscura, incapaz de renunciar a los privilegios que desde tiempos feudales le habían pertenecido. El masacrado es siempre, claro, el pueblo. Se simbolice este en la forma de Higinia Balaguer o en la de cualquier otro infeliz que se cruce en su camino.

Mientras atravesábamos los páramos agrestes cercanos a Medinaceli, el recuerdo de Laura y de lo mucho que necesitaba su presencia se iba corporeizando. Muy pronto podría abrazarla como una ausencia de tantos días merece. Cuando por fin enfilábamos la llanura que desde Guadalajara desembocaba en el camino de Madrid por Alcalá de Henares, supe que pronto podría respirarla, observarla, quererla.

Llegamos a la ciudad cuando el día se apagaba, lo cual me obligaba a renunciar unas horas más a su presencia. Sin embargo, otra sorpresa nada agradable nos estaba reservada al poner un pie allí. Y digo esto casi literalmente, pues apenas nos habíamos asomado por la ventanilla hacia la vivienda de Galdós cuando vimos que doña Emilia Pardo Bazán, inseparable amiga del canario, se lanzaba contra nosotros para ofrecernos la novedad. Eso sí, antes de recibir la noticia, no pude evitar centrar mi atención durante unos segundos en ella. No la conocía personalmente, pero había escuchado por boca de Galdós tantas historias de las que ella era protagonista, me había familiarizado tanto con sus textos siempre maravillosos, que prácticamente podría haber pasado por un familiar o por una vieja amiga. Alguien ligado a mí en otro tiempo, de algún modo. Y luego estaba su presencia, que destacaba como si todo a su alrededor girase en torno a ella. Pude disfrutar de su compañía varias veces después y siempre sentí lo mismo al toparme con su figura: el aura de escritora ingeniosa y culta copaba toda la escena, inabarcable. Pero aquella noche, como ya decía, la noticia que vino a traernos no era nada agradable. Parecía imposible, pero había ocurrido: Basilio Morianes había muerto antes de tener el careo convenido con el juez. Era el segundo cadáver que cruzaba por la historia. El asunto iba en serio.

8

La mirada del señor Ortuño se había paralizado en algún lugar de mi rostro. Mantenía aquel torso hercúleo rígido frente a mí, ocupando el extremo de la enorme mesa familiar que ahora ocupábamos. El salón no era especialmente lujoso, aunque sí denotaba una cierta gloria pasada. La chimenea recibía a los invitados, que al entrar ya pisaban una alfombra que a modo de pasillo rodeaba la enorme mesa. Todas las paredes del cuadrilátero estaban forradas con libros aquí y allá, enormes estanterías desordenadas. El señor Ortuño me había saludado con una efusividad francamente sospechosa, como un anciano que pretende adecuarse a las costumbres de una adolescente. Me llegó incluso a abrazar tras haberse presentado, con una sonrisa enorme ocupando todo el espacio que no ocupaban las distintas palabras de cariño que así, casi sin conocerme, ya me estaba dedicando. Era obvio que Laura le había hablado de mí y que él había digerido todas esas conversaciones a conciencia, pues sabía prácticamente todo de mi vida. Me sorprendió que la relación del padre con su hija fuese, digamos, tan abierta.

Su madre era una mujer mucho más rígida. Me saludó con cortesía, sin rastro de sonrisas como la que su marido se empeñaba en exhibir. Iba vestida de manera elegantísima, con un vestido pardo de vuelo bajo que me pareció excesivo para un evento como aquel. Sin embargo, la extraordinaria amabilidad del señor Ortuño, con sus gestos orquestados, y la elegancia fuera de sitio que desprendía su esposa ya me hacían sospechar que la familia no se tomaba aquella comida como una comida más.

Así que, tras degustar un asado de cordero que la cocinera había servido en su punto, y tras dar buena cuenta del vino de Ainzón que yo les había regalado en señal de gratitud, Laura y su madre se retiraron de la mesa por unos

instantes; y allí nos quedamos el señor Ortuño y yo, él con el torso gigante erguido y con la mirada clavada en algún punto de mi rostro, yo asustado ante lo que parecía una inminente recomendación en el mejor de los casos, e incluso una amenaza en el peor de los mismos. Finalmente, relajó algo el gesto, abrazó la copa de vino con los cinco dedos y, levantándose de la butaca, se acercó hasta la ventana, a través de la cual dejó que su mirada se perdiese. Desde esa posición, habló por fin.

—¿Te ha contado Laura cómo conocí a mi mujer?

Acaricié la copa.

—No, señor Ortuño.

No apartó la vista del exterior al contestar.

—Mi familia había llegado a Madrid con la corte de José Bonaparte. Sobra decir que, una vez se hubo restaurado la monarquía borbónica, los tiempos de Fernando no serían los más agradables para unos franceses como mis abuelos, y años después tampoco para unos afrancesados acomodados como lo eran mis padres. Rápidamente, la riqueza se vino abajo. Y qué decir del prestigio... Un apellido que había compartido corte con el mismísimo Napoleón se veía abocado ahora al anonimato y al desprecio. Por suerte, cuando toda esa fanfarria, cuando todos esos títulos y todas esas riquezas desaparecieron, a mis padres sólo les quedó una cosa para ofrecerme: la maravillosa instrucción cultural que desde los tiempos de la estancia en el país francés mi apellido consideraba imprescindible. —Yo asentí apasionado. Él retiró la mirada del ventanal y me la devolvió a mí—. Ahora puedo decir con toda la dignidad del mundo que mis padres no me legaron demasiada riqueza material, pero sí una biblioteca que ya la quisieran para sí los grandes nobles de esta ciudad. —Volvió a perder la vista por el balcón—. Cuando conocí a Elena —prosiguió—, rápidamente comprendí que estábamos hechos el uno para el otro. Su familia era exactamente el núcleo antagónico. De corte tradicional, seguían manteniendo su nicho semifeudal en la montaña alavesa. Habían enviado a su hija a Madrid junto a su hermano: él, a estudiar; ella, a obedecer. Eran niños, pero aquella salida de su tierra para recalar en el caserón de su tía en Atocha les marcó para siempre. Sobre todo porque ella, su tía, era bibliotecaria en la ciudad, y tanto Elena como su hermano vivieron una infancia rodeada de libros. Ahí se traza el primer paralelismo entre su vida y la mía. —Se detuvo un instante. Se sentía a gusto evocando—. Elena supo que sus padres la habían enviado a Madrid por culpa del recrudecimiento

de la primera guerra carlista cuando llegó la segunda. Para ese año de 1846, Elena ya tenía dieciséis años y llevaba ocho en Madrid. Y no se enteró, por cierto, de cualquier forma. Una carta llegó a casa de su tía: su padre, alistado en el ejército de Cabrera, había muerto por el impacto de un proyectil perdido. Ella, humillada por la ignorancia, sin saber que su padre había sido un redomado carlista, corrió a su casa de la montaña alavesa. Llegó a tiempo de ver morir a su madre de pena dos años más tarde. —Abandonó por fin la ventana y se sentó en su extremo de la mesa—. Así volvió a Madrid —continuó—. No lo hizo su hermano, que permaneció en Vitoria esperando a que llegase la tercera guerra. El odio nunca fue un buen aliado. Ella y yo lo sabemos. A ambos el odio nos arrebató la familia. A su hermano, en cambio, sólo le quedaba odio. Y en esa tercera guerra carlista perdió la vida en el sitio de Bilbao. Para entonces, Elena ya estaba curada de espanto. Se había refugiado en sus libros y ya nada quería saber del norte. Cuatro años antes, por cierto, Elena y yo nos habíamos conocido en una librería de este mismo barrio, y rápidamente ambos supimos que habíamos escapado del ruido que a punto estuvo de matarnos gracias a la cultura. Alrededor de una librería nos conocimos y alrededor de ella —señaló con la cabeza las enormes estanterías que forraban el salón— dejamos que creciese nuestra relación. —Recogió la copa y bebió con agresividad—. Por eso me caes bien, Melquíades —dijo al soltar el recipiente—. Mi hija y tú venís de mundos completamente distintos. Ella, de este Madrid cada día más abierto y adelantado; tú, de ese mundo rural siempre motor de este país. Pero habláis el idioma de la cultura, que siempre es el mejor código para que dos personas queden unidas para siempre. —Levantó la copa buscando un brindis. Yo hice lo propio—. Por vosotros.

Y el golpe de ambos cristales cerró la escena.

9

—El juez ha dejado claro, con el informe forense en la mano, que nadie asesinó a Basilio Morianes, y que la muerte se debió a una afección pulmonar de la que venía quejándose años atrás. Murió literalmente ahogado por sus propios vómitos de sangre.

El de Basilio Morianes era el segundo cadáver que entraba en juego tras el de Luciana, y a pesar de que había aparecido envuelto en una especie de reja, lo cual permite que de nuevo sean extrañas circunstancias las que lo rodeen, lo cierto es que, para desgracia de cualquier novela, el misterio se había desentrañado pronto. Así se lo explicaba yo a Laura, centrándome en el desenlace de la muerte de este Basilio que tendría que haber declarado contra el Vareleta, cuando me fijé en que ella estaba dejando que la vista se perdiera en algún punto en el horizonte. Paseábamos por el barrio cercano a su casa. Tras mi secuencia de opiniones, ella volvió en sí y pareció engancharse de nuevo al tema. Llevaba unos días sin salir de casa, pues su padre, el señor Ortuño, lejos de reprender su actitud durante la huelga de ebanistas, le había apoyado primero y recomendado desaparecer un tiempo del panorama después.

—Pero dicen que su cuerpo estaba cubierto con un alambre, como con signos de violencia —replicó ella.

—Sí. El médico forense que acudió al lugar de los hechos ni se atrevió a llevar a cabo el análisis. Pero el informe definitivo confirma que ese alambre fue colocado ahí por el carcelero de guardia, para no airear el cadáver. O esta gente tiene mucha suerte o tiene mucho poder...

Laura elevó ligeramente el tono, visiblemente cansada con el asunto.

—¿Ni siquiera vas a olvidarte del tema el día que te presento a mis padres?

Ese asunto del crimen sólo te trae penurias. A la herida de tu cabeza me remito.

—Perdona, cariño, es que ha sido tan impactante... Tenemos que luchar contra estos sinvergüenzas, no puedo quitármelos de la cabeza —reflexioné sobre lo adecuado del momento y concluí que era ella quien tenía razón—. Pero sí, la verdad es que ya necesitaba conocer a tu familia. ¿Crees que le he caído bien a tu padre?

—Claro que lo creo. Ese vino que has traído ha ayudado mucho —confirmó ella mientras con rapidez guiñaba un ojo.

—Lo trajimos de Ainzón. —Recordé la escena de la bodega con la prima de Higinia—. Prometo que cuando vuelva a casa traeré el vino de mi tierra, que es todavía mejor. —Me sobrevino ahora el recuerdo de mi padre recogiendo la uva cuando yo apenas levantaba un metro del suelo—. Por cierto, ya sabes que mis padres ya están deseando conocerte. A ver si para Navidades podemos escaparnos...

Ella sonrió y me besó sin abandonar el gesto.

—Nada me gustaría más —añadió.

—Ayer mismo recibí su carta. Dice mi padre que tiene planeado que me haga con parte de su hacienda a mediados del año que viene, con el fin de la siega, que lleve yo el control con todas esas tontunas —entrecomillé este último término con los dedos índice y corazón de ambas manos— sobre leyes absurdas que aprendí en la universidad. Y que ya entonces me dedique a mis libros, mis escritos o lo que más me guste.

—¿Le has hablado de mí?

—Por supuesto. Le he dicho que acabas románicas en un año y que después vas a opositar a alguna cátedra, pues por mucho que a la mujer le sea imposible, creo que lo conseguirás. Primero, no podía creerse que una mujer pudiese acceder a los estudios universitarios, pero una vez le expliqué cómo ahora se permitía, lo cierto es que se alegró mucho. No cabe en sí de contento por ver como su hijo se junta con una chica de más categoría que la suya.

—¡Anda ya! —Me golpeó ligeramente con la palma de la mano en el antebrazo, en una carantoña cómplice—. Si tu padre tiene media Castilla arrendada... No seas tan humilde.

—En la misma carta me cuenta que se ha hecho con tierras en la zona de Ávila, en Arévalo. Yo no sé adónde va a llegar este hombre con tanta avaricia.

Laura se echó a reír a carcajada limpia.

—¿Seguro que le cuadra una chica de letras en un peculio tan abundante? — preguntó con risas.

—¿Y seguro que al apellido ilustre de tu padre le cabe el de un humilde agricultor castellano?

Nos detuvimos, ambos riendo con más fuerza aún. Paseamos todavía aproximadamente una media hora más antes de que Laura tuviese que volver a casa. Ya que a la tarde todavía le quedaba mucho espacio, me decidí a pasear por Madrid sin rumbo definido, que es como se pasea cuando uno está enamorado. Porque era amor y no otra cosa lo que sentía por aquella mujer. Con esa belleza sutil, elegante, nada empalagosa, basada en detalles en los que me recreaba conscientemente. Con esa inteligencia debidamente construida, esa cultura sin límites. Con esa familia tan afin a la mía, en un tiempo en el que el conflicto de apellido estaba tan a la orden del día.

Bajé por el paseo de las Acacias, que debía su nombre al florido ambiente que en otro tiempo le rodeaba, pero que ahora se veía envuelto por el humo de las decenas de fábricas que allí se afincaban. Sólo hacía falta un vistazo para comprender que el barrio no era el más pudiente de todo Madrid, y casi sin mirar crucé por las tabernas de madera, casi prefabricadas, que daban cobijo, supuse, a los obreros que allí trabajaban. Fijé la vista en una de esas chozas, detrás de la cual se elevaba una tremenda columna de humo que parecía oler a gas. Me agobiaba la sordidez que se mascaba. Rápidamente busqué la salida de aquel barrio desconocido, intentando encontrar algún lugar familiar que me orientase hacia la casa del maestro. Fue así como, de pronto, me encontré con el carrusel de mercaderes que, esta vez sí, despertaron en mi memoria el calor de lo conocido. Era el Rastro, el mítico mercado del que todo Madrid hablaba y del que ya había disfrutado junto a Laura. Supe entonces que debía dirigirme al noroeste y que así encontraría los barrios céntricos, la Cava Baja y la plaza de la Cebada, más familiares para mí.

Entonces volví a toparme con ella. La costurera rubia a la que había visto sonreír aquella mañana al volver de la pradera. Remendaba esta vez una especie de corsé, pero no pude más que centrarme en su boca. Húmeda, muy húmeda. Alrededor, la misma tez morena que entonces me había hipnotizado, los mismos labios carnosos manejando la escena. Entonces, alguien se dirigió a ella:

—¡Manuela!

Con los ojos clavados en ella, dejé que su nombre rebotase en mi memoria:

Manuela, Manuela. Esta vez ni siquiera se fijó en mí. Pero tendría que haberla visto el lector. Nunca una belleza resultó tan insultante. Tan apetecible. Tan próxima. Tan digna de una novela.

10

Hay momentos en la vida de una relación que van afianzando lo que uno termina sintiendo. Sí, es cierto que necesita un contínuum, un hilo que una todos los hechos que la conforman, pero no lo es menos que son estos pequeños momentos los que terminan de apuntalarla, los que la convierten, digamos, en algo especial. Uno de esos momentos lo viví el primer día que acompañé a Laura a la universidad. Tenía curiosidad por entender qué extraña voluntad la había llevado hasta los muros de una institución como la Universidad Central, que ninguneaba a la mujer sin reparos.

—En un primer momento, a mi padre no le agradó nada la idea de arrancar en la universidad —me confesó ella durante el trayecto—. Él sabía que el camino que tendríamos que recorrer para que yo llegase hasta ella sería duro, y además yo seguía empeñada en estudiar la cultura clásica, lo cual a él le parecía un desperdicio. «Si vamos a meternos en este lío, que al menos sea productivo», me decía.

Laura iba vestida de una manera aberrante. Pantalones, chaleco y otras prendas reservadas al hombre. Obviamente, lo hacía para no despertar más curiosidades entre los distintos alumnos que aquellas a las que le condenase la casualidad.

—Recuerdo que esta era mi principal pelea con él —continuó explicándome—. Yo le argumentaba que no entraba en la universidad por el futuro, como lo hace siempre el hombre, sino que lo hacía por el presente. Por desgracia, le decía, esto será tomado como un desafío a la sociedad y toda esa patochada. Pero quizás algún día mis hijos... —En este punto me observó, como queriendo decir sin atreverse: nuestros hijos—... Quizás algún día se rían de esto que nosotros llamamos valentía. Quizás ellos vean a una mujer

plenamente integrada en el sistema de méritos.

—No me extraña que tu padre opusiera una cierta resistencia. Al fin y al cabo, es cierto que para ti la universidad no abre demasiadas puertas. Será visto más como un capricho que como una necesidad.

—Si algún memo cree que la posición de la mujer, hoy en día, está para caprichos, entonces es que no conoce la posición de la mujer. Ya digo que no me importa nada las puertas que me abra esto, sé que por nuestra simple condición ya las tendremos todas cerradas. Yo vengo aquí cada mañana por algo mucho más importante que una puerta laboral: vengo por dignidad. —Nos íbamos aproximando poco a poco a las calles aledañas. Recuerdo que Laura llevaba consigo una especie de diccionario latino entre las manos. En esa postura a la vez rebelde e intelectual, se me hacía más intrigante—. Así que mi padre, que siempre fue un buenazo —continuó ella—, accedió a hablar con el gobernador para conseguirme una plaza aquí. Nos costó no poco dinero y esfuerzo, pero estoy segura de que valdrá la pena.

Penetramos por los pasillos, y las miradas del resto de los alumnos se afilaban a medida que iban persiguiendo el caminar de Laura, que continuaba con su conversación ajena a la expectación que despertaba, quizás por costumbre, quizás por rebeldía. Pero entonces ocurrió ese hecho que logró despertar en mí la ternura y la admiración que, como ya dije, afianzó aún más mi relación con Laura. Cruzábamos uno de los portones que habría de desembocar en el aula cuando una voz no demasiado lejana se alzó sobre el resto de las voces que permanecían silenciosamente apagadas.

—¡Vaya, ahí va la mujercita! ¡Y viene con compañía, ya sabíamos que no podría defenderse sola!

Y los pasillos estallaron en una especie de carcajada general, como una explosión terrible. Laura detuvo, ahora sí, su caminar y agachó la mirada presa de la burla del resto de los alumnos. Yo me detuve, y no pude por menos que apiadarme de aquella pobre mujer cuyo único mal había sido querer buscar en los libros y en la docencia el saber que se le negaba. Pero no había terminado de sentir esa piedad cuando de pronto levantó la vista y, con una mirada feroz, buscó entre el gentío al emisor de aquellas burlas. Los que antes reían ahora dieron un paso atrás, buscando también al joven que había increpado a Laura y que resultó tratarse de un fornido muchacho de metro noventa. Este, al ver la reacción de ella, detuvo también su carcajada, e incluso tradujo su sorpresa a través del rictus cuando Laura echó a andar hacia él.

Fueron apenas dos decenas de pasos, pero debo reconocer que a mí me resultaron eternos. Con los puños apretados, Laura iba acelerando su cadencia y el joven, pasada ya la sorpresa, volvió a emitir una sonrisa burlona, desafiante, que por supuesto no amedrentó a Laura. Ella se colocó a su altura y él, desde su elevada estatura, abrió los brazos como diciendo: ¿qué buscas?

El bofetón cayó sobre la sala como un trueno. El sonido, tan estridente que alguno de los presentes tuvo que sobresaltarse, llegó a mis oídos justo cuando yo me llevaba las manos a la cabeza. Laura había agredido al que probablemente pasaba por ser el tipo más robusto de la clase y, lejos de acobardarse, mantuvo unos segundos la mirada mientras el joven se llevaba la mano a la mejilla, que ya lucía colorada tras el golpe.

—Como ves, sí puedo defenderme sola.

Y, sin más, ante el asombro general, dio media vuelta para volver hasta el lugar que yo seguía ocupando. El tipo seguía petrificado, con ambas manos sobre su mejilla. Laura deshizo las dos decenas de pasos que había dado y, al llegar hasta mí, me besó dulcemente en los labios.

—Nos vemos después de clase.

Y el silencio se deshizo por fin mientras todos los que habíamos presenciado la escena tomábamos consciencia de lo especial que era la mujer que acababa de desaparecer al fondo del aula.

11

Mi padre estaba encantado con las noticias que yo le iba deslizando sobre mi relación con Laura. Precisamente por eso, cada día se mostraba más solícito conmigo, tanto que hasta había decidido enviarme dinero para mejorar en parte las condiciones de vida que en un primer momento había descuidado. Eligió para tal causa un procedimiento de lo más seguro. Mi padre tenía un contacto en el Banco de España: Mauricio Quincoces, un paisano de los Torozos que siempre destacó en sus habilidades contables y que, tras un periplo corto en el norte, a sueldo del Banco Industrial Gijonés, se trasladó a Madrid para engrosar las filas del Banco de España gracias a su relación con don José Echegaray, el genial dramaturgo a quien yo tanto admiraba, que por ser ministro de Hacienda en otro tiempo guardaba aún notable influencia dentro de la institución. Así que Mauricio Quincoces, a quien mi padre fiaba gran parte de la seguridad de su hacienda en la lejana Valladolid, era el encargado de proporcionarme el dinero, y yo apenas preguntaba, pues necesitaba liquidez urgentemente, y cómo se arreglasen entre ellos para que esa liquidez llegase me importaba poco.

Así que quedé con Mauricio en un café del centro para recibir el dinero, y por haber llegado yo varios minutos antes de la hora convenida, me hice con un ejemplar de *El Comercio*, que como siempre dedicaba una de las páginas casi completa al caso del crimen de Fuencarral. En el titular podía leerse: «Millán Astray, un alto funcionario en horas bajas». Más allá del nefasto juego de palabras, me llamaba la atención cómo la calle iba poco a poco posicionándose en contra del director, del mismo modo que ya se había puesto manifiestamente en contra de Vázquez Varela. En ese momento llegó Quincoces. Dejé el periódico sobre la mesa y acto seguido nos saludamos

efusivamente, pues yo conocía a don Mauricio de lejanas tardes veraniegas en la finca de mi padre, al calor de un buen vino y una buena conversación, y a esa añoranza le unía ahora la necesidad que representaba para mí su llegada.

—Cada día te pareces más a tu padre —me dijo.

—Eso me dicen a menudo. Pero fíjese, don Mauricio, que si bien hace unos años le hubiera dicho que el parecido no existía, cada mañana que pasa me veo más representado en su manera de bostezar frente al espejo.

Don Mauricio carcajeó.

—Supongo que es una buena manera de decir que te parecerás a él aunque no quieras.

—Eso me temo —dije yo sonriendo.

—Espero que tengas el mismo ojo con los negocios que tiene él... —deseó Mauricio, sin abandonar el tono festivo.

Aquel hombre me ofrecía mucha confianza. Había crecido en el campo, había visto las miserias de la España rural, y aunque ahora se sentaba en una de las poltronas de la capital, no olvidaba su origen humilde ni las penurias que se vivían sobre aquellos campos. De hecho, en más de una ocasión había confesado que su sueño era retirarse en uno de los pueblos por los que el Banco de España iba abriendo sucursales, lejos de la ambición y los focos de Madrid. Aprovechó el capote que le había brindado la conversación sobre los negocios familiares para contarme el plan que habían trazado entre ambos. Básicamente consistía en abrir una cuenta a mi nombre, de la cual podría yo sacar dinero cuando lo deseara, siempre bajo la supervisión de mi padre, verdadero titular del depósito. Para hacer uso de ese dinero, sólo tendría que ponerme en contacto con Mauricio.

Solventado el asunto del dinero paterno, la conversación se desvió por derroteros mucho más interesantes. Recuerdo que le pregunté por los designios literarios de su amigo Echegaray, con quien seguía manteniendo el trato que ya tenía años atrás. El dramaturgo era uno de los autores más prolíficos del panorama nacional, y llamaba la atención que no se supiese nada de él en cartelera desde aquel lejano título: *Piensa mal... ¿y acertarás?*, de 1884.

—El maestro se está tomando su tiempo —confesó Quincoces—. Ni física, ni matemáticas, ni teatro. Eso sí, ya te adelanto que prepara un drama en tres actos que no dejará indiferente a nadie y que tiene un título de lo más premonitorio: *Manantial que no se agota*.

—Me alegra mucho saberlo —dije—. Me encantaría conocerlo.

—¡Claro! Es un personaje único. Aunque ya me contó tu padre que andas a vueltas con uno que no le va a la zaga: don Benito Pérez Galdós.

—Así es.

—Podríamos vernos un día los cuatro. Al fin y al cabo, de lo poco bueno que tiene esta colmena es que uno se topa cada día con la abeja reina.

Tras conversar durante un largo rato sobre otros asuntos de la actualidad y después de ofrecerme Mauricio algunos consejos para un aldeano recién llegado a Madrid, llegó el momento de dar por finalizado nuestro encuentro. Pero entonces ocurrió algo que le dio sentido a la escena. Al visualizar Quincoces el periódico que yo había colocado sobre la mesa, y al centrarse en el titular sobre Millán Astray que por casualidad yo había dejado a la vista, renovó el tema de la conversación.

—¡Hombre, mi amigo Millán!

Me sobresalté. No podía creerlo.

—Ahí lo tienes... ocupando portadas —reanudó—. Menudo golfo está hecho.

—¿De verdad lo conoce? —exclamé.

—No estrechamente, pero sí he coincidido con él cada semana en el hipódromo. Ambos éramos fieles a las carreras de los domingos. De hecho, tengo una anécdota curiosa con él.

Me agarré a la silla para que los nervios no me hiciesen temblar.

—Espero no parecer demasiado físgón, pero podría contar esa anécdota...

—Claro, aunque hasta ahora no había tenido la oportunidad. Resulta que el tipo solía juntarse en el hipódromo con Eugenio Montero Ríos, supongo que lo conoces. —Negué con la cabeza—. Eugenio Montero Ríos es uno de los hombres más poderosos del país. Fue ministro en varias ocasiones y con distintos gobiernos, destacando su papel como titular de Justicia. Ahora es presidente del Tribunal Supremo, nada más y nada menos. El caso es que allí charlaban sobre los tejemanejes del sistema judicial y penitenciario. Me encontré con ellos en algún vino y la verdad es que nunca me gustó la manera en que se jactaban de su poder.

—¿Y siguen jactándose a pesar de lo ocurrido?

—Ahí quiero llegar. En cierta ocasión, mientras esperaba yo pacientemente a que uno de esos vejestorios de traje ceñido y pajarita de seda saliese del baño, conversaban en la tribuna Millán Astray y Montero Ríos sobre el crimen. Parecía el primero bastante irritado por el asunto. Cabreado, no

paraba de soltar pestes contra la prensa, a la que culpaba de todos sus males. Recuerdo, incluso, que llegó a decir: «Me llevo por delante a esa ramera de Higinia y a toda su corte de defensores antes de que sigan enfangando mi nombre».

No podía creer lo que Quincoces estaba contando.

—¿Y cómo reaccionaba Montero Ríos? —quise saber.

—Pues lo cierto es que apenas podía verlo, puesto que me hallaba yo de espaldas y salía de mi radio de visión, pero no paraba de pedirle calma y, por el tono y las formas, creo que le ofrecía una especie de salvoconducto para lo que estuviese por llegar. —No podía articular palabra. Aquel hombre, que nada tenía de especial dentro de la trama, estaba desenmarañándola casi sin querer—. Desde que el escándalo salpicó al bueno de Millán Astray —continuó—, no se ha dejado ver por allí. Lo extraño es que tampoco se deja ver Eugenio, a pesar de que con él no parece ir la vaina. —Quincoces recogió el periódico y lo desplegó. Al fijar su mirada en el titular, negó con la cabeza resignadamente—. Pero aquí no se acaba la cosa —prosiguió el banquero—. Hace unos días, estaba yo en la tribuna degustando uno de los deliciosos canapés que sirven allí cuando de pronto fui testigo de una escena que a punto estuvo de hacer que me atragantase con el salmón. Allí estaban... los dos: Eugenio Montero Ríos y José Millán Astray. Pero, hay que creérselo, ¡ambos conversaban en la tribuna de los sastres! Sí, en la tribuna del pueblo llano. Allí, ocultos entre el gentío, veían las carreras como antes lo hacían desde la tribuna de los privilegiados. Después, Eugenio subió a la tribuna y Millán Astray permaneció allí, atento a la carrera.

—¿Y no sería la falta de entradas lo que les obligase a tomar sitio en la tribuna de los sastres? —pregunté, tambaleante.

—De eso nada, amigo. En la tribuna no hay entradas, sino derechos. —Sonrió ante el acertado aforismo—. Además, repiten ese mismo ritual cada semana. Allí se ven, allí conversan y de allí se largan. No es casualidad.

Ardía en deseos de encontrarme con Galdós para dar buena cuenta de la confesión que me hacía Mauricio.

—¿Y qué cree que les motiva a elegir tan incómodo lugar para reunirse?

Quincoces soltó el periódico, extrajo el reloj del bolsillo y, asustado, se levantó con afán de marcharse. Para un hombre tan atareado, estos minutos de conversación eran un lujo.

—Fácil —respondió antes de marcharse—. Les motiva la intimidad que les

proporciona ese lugar tan abarrotado, donde nadie, salvo un banquero solitario, puede reconocerlos. Allí pueden seguir con sus tejemanejes sin que nadie los moleste. —Recogió su chaqueta y encaró el camino hacia Alcalá—. Ah, y por supuesto, les mueve el vicio, que lleva meses incrustándolos en esos asientos. Tienen tanta pasión por ese juego que me apuesto contigo cien duros a que mañana domingo vuelven a dejarse caer por allí.

Mientras me estrechaba la mano, me vi obligado a preguntárselo:

—¿Entonces piensa que Montero Ríos tiene algo que ver con el crimen?

—No me cabe la menor duda.

12

Debidamente informado Galdós, en un primer momento dudamos si acudir o no al día siguiente al hipódromo para seguirle la pista a las huellas que había descubierto Mauricio Quincoces. Al relatar mi conversación con el banquero, el escritor se quedó clavado, con el rostro pétreo y la mirada perdida. Galdós me repitió línea por línea el currículum de Montero Ríos, tal y como lo había hecho ya Mauricio, aunque incidía en que lo realmente importante era que en estos momentos ocupaba la presidencia del Tribunal Supremo, por lo que su papel como protector de Millán Astray en el proceso era clave. ¿Merecía la pena continuar con una causa que sólo podría traernos problemas? Según confesión propia, Galdós no había sido capaz de escribir una sola línea sobre el asunto, más allá de los párrafos cumplidores con *La Prensa* de Buenos Aires. Yo, por mucho que esta novela me sobrevolase, tampoco contaba con una sola letra que llevarme a la boca. Así que, ¿qué ganábamos con todo esto? Supongo que se trataba sobre todo de una especie de justicia propia, de sentido interior del deber. Nada más. Así que decidimos acudir al hipódromo a dejar que el destino jugase sus cartas.

Con la llegada del nuevo día, Galdós continuaba glosando las virtudes del tal Eugenio Montero Ríos: que si fue ministro de Fomento no sé cuándo, que si había escrito un ensayo de notable magnitud para no sé quién. Incluso me confesó que había mantenido una distendida charla con Montero Ríos años atrás dentro de su carruaje, cuando el entonces ministro se ofreció a llevarle al teatro una noche de verano. Según Galdós, la escena había sido de lo más pintoresca. Montero Ríos lo había recogido en la Carrera de San Jerónimo y, tras glosar sus encantos como novelista, le había invitado a subir al coche. El carruaje, por cierto, era el más feo de todo Madrid, pintado de color oro, con

motivos barrocos, y su cochero era un escuálido personaje con pinta de cadáver. La mezcla completa parecía propia de un sainete grotesco, pero allí que montó Galdós, y los escasos minutos de trayecto que separan San Jerónimo del teatro Real los pasó el canario escuchando los gustos dramáticos de Montero Ríos, un enamorado, por cierto, de Moratín y de Zorrilla. Con este último, para colmo, le unía una amistad duradera.

—¿Zorrilla? —preguntó Galdós—. ¿Ese viejo aprovechado?

—Hay que tener amigos hasta en el infierno —contestó Montero Ríos, antes de que el canario se apease del coche.

Así que ese domingo recorrimos la distancia que separaba el domicilio del maestro en Recoletos hasta el hipódromo, una construcción reciente que se había levantado en las afueras de la ciudad, aunque podía completarse el trayecto en línea recta, caminando por la ampliación del paseo desde donde habíamos iniciado la marcha. Lo que originalmente había supuesto un eje basado en los paseos del Prado y de Recoletos ahora era una vía enorme que casi enlazaba con el pueblo de Fuencarral. Al oeste había quedado la vieja villa de Madrid, el poblachón del que siempre hablaba Galdós, y al este se iba ensanchando la ciudad cosmopolita en la que se iba poco a poco convirtiendo. Era esta la zona que iban eligiendo los ricachones para alejarse del pueblo llano, motivo por el cual fuimos atravesando numerosos palacetes hasta llegar al hipódromo, otro de los recintos pensados para dar cobijo a la clase alta de la época. Todos los madrileños conocían la vía como paseo de la Castellana, modificando el nombre que había tenido durante la primera mitad del siglo: paseo de las Delicias de la Princesa. Este cambio tenía que ver con un antiguo arroyo que alimentaba la fuente Castellana, así llamada por todos, y que había dado nombre a lo que antes era el camino y ahora era un paseo. Era ancho y cómodo, con una ligera pendiente que no resultaba difícil de vencer.

Al llegar al hipódromo, comprobamos que los alrededores eran un hervidero de carros que buscaban aparcamiento en el irregular trazado que más tarde conectaba con el camino de Hortaleza. Sin duda, el lugar había sido construido para alojar en él a gran parte de la burguesía de la ciudad, para servir de conexión entre los distintos intereses que movían el país. Ya en esos mismos alrededores, hombres con trajes oscuros y sombreros de copa se saludaban exageradamente, demostrándose el afecto que probablemente no se tenían. Las mujeres, con sus largos y coloridos vestidos, con sus tocados perfectamente dispuestos, sujetaban las sombrillas con elegancia mientras

conversaban entre ellas.

A pesar de su condición elitista, el edificio no era demasiado ostentoso. Se podría decir, incluso, que resultaba más bien humilde. Dos tribunas escasas daban cobijo a los asistentes más selectos, que se ocultaban bajo el tejado de hierro fundido, adornado con motivos orientales, a ambos lados de la tribuna regia. Después se abría la explanada, que aglutinaba a las clases menos aristocráticas, para terminar agolpándose en la valla final. Más allá, los carriles por donde más tarde correrían los purasangres eran observados con la quietud y el nerviosismo propios del momento. Para mí, lo más bonito dentro de una vista mediocre era la aparición al fondo, sobre la loma, del palacio de las Artes y la Industria, con su cúpula de grandes proporciones erigiéndose poderosa.

—Este lugar es un disparate —se quejó Galdós—. Espero que los liberales podamos hacer algo para darle un uso más lógico a este mazacote para aristócratas.

Me fascinaba ver cómo Galdós seguía refiriéndose a los de su naturaleza con la vieja definición, liberal, que tantos problemas terminaría trayéndoles no sólo a los que enarbolaron esa bandera, también a los que bajo ese paraguas acabaron perdiendo la única oportunidad que el país tuvo de engancharse a la cola de la vanguardia europea. Como bien había sugerido Quincoces, que los dos socios hubieran elegido la tribuna de los sastres no era casualidad. Allí se juntaba la mayoría de público y era el sitio exacto donde confluían los dos elementos que marcaban el crimen: la clase baja en la que se incluía Higinia; y la clase burguesa donde campaban los Varela y Millán Astray. Ya asentados en la tribuna, nos colocamos en una posición desde la cual no fuésemos visibles, esperando la llegada de los dos amigos. Una anciana se desgañitaba para ofrecer aguardiente, vino, torreznos, rosquillas y otros manjares. De vez en cuando, uno de los asistentes levantaba la mano y la vieja ofrecía su sonrisa desdentada antes de colocar la ristra de rosquillas en manos ajenas.

Empezaron las carreras de manera puntual. A mí aquello me parecía un espectáculo maravilloso, con los jinetes cabalgando a lomos de los equinos con una elegancia que no hubiera imaginado en mi lejano refugio de la Castilla profunda. La exhibición, según Galdós, era la prueba de cómo había cambiado el Madrid humilde y rural que él había conocido al llegar, convirtiéndose ahora en este cosmopolita y avanzado tablero de juego para burgueses. «A mí me interesa el otro Madrid —decía el maestro—, el que puede verse al otro

lado de la Castellana». Luego pensaba yo en las comilonas que de vez en cuando se metía entre pecho y espalda acompañado de los dinosaurios del Ateneo, pero no dije nada por no meterme en más líos. El día avanzaba y la pareja de amigos no parecía llegar. A fe mía que odié a Mauricio Quincoces por haber despertado en mí una esperanza vana. Mientras, caballos y jinetes continuaban con su espectáculo, y progresivamente el maestro y yo fuimos olvidándonos más de la grada y centrándonos en las carreras.

Pero entonces, en una especie de descuido, los vi. En uno de los rincones, escondidos, Millán Astray conversaba con un hombre canoso, que escuchaba atentamente el discurso del primero. El director de la Modelo, oculto bajo una boina calada y fumando un puro de considerables dimensiones, realizaba aspavientos mientras continuaba con su perorata, aunque no dudaba en permanecer silenciosamente quieto cuando daba comienzo a la carrera. Rápidamente avisé al maestro, que se hallaba como ido, con la mirada fija en la tierra. Señalé el punto escondido donde conversaban nuestras presas y Galdós no pudo reprimir una mueca de asombro.

—Déjeme que me acerque, maestro, y ajuste cuentas con él —dije—. Se van a acabar las tonterías.

Pero Galdós me detuvo colocando la mano en el pecho.

—Ya te he dicho mil veces que para una novela es mucho más importante observar que perder la cabeza con narraciones absurdas —me respondió.

Puede que tuviera razón, pero lo cierto es que sentía una quemazón que no era capaz de sofocar, y el hecho de tener delante la prueba casi tangible de cómo los poderosos amasaban el futuro me abrasaba todavía más. Los dos amigos desprendían mucha complicidad, pues sólo entre dos socios puede darse una conversación tan vehemente como la que aparentemente ambos tenían. En un momento dado, con el espectáculo ecuestre ya finalizado, pero antes de la entrega de premios y la espantada general, los dos amigos se despidieron y cogieron caminos contrarios para huir del recinto. Supongo que sería entonces cuando Galdós debió de girarse para decirme algo, y que fue así como el canario se percató de que yo había abandonado la tribuna minutos antes.

13

El cochero escuálido se había recostado contra una de las puertas, levantando las piernas sobre el mullido sillón, y dormitaba con un ojo abierto esperando a que la marabunta de público indicase el final de las carreras. El coche dorado de Montero Ríos, tan hortera como había señalado Galdós, había sido estacionado a cierta distancia del hipódromo, con lo que el descuidado cochero se aseguraba así una cierta tregua en caso de que el único ojo abierto terminara por cerrarse. Dejó la puerta ligeramente abierta para que las altas temperaturas que ya se respiraban a esas alturas del año no lo importunasen, y con tranquilidad se abandonó al descanso.

Lo que quizás el cochero no sabía es que la sordina y el silencio acabarían efectivamente por rendirle al sueño, ni tampoco que por la abertura por la que había pretendido que se colase el aire podría penetrar una mano que terminase de abrir, con todo el sigilo del mundo, la portezuela del vehículo. Semejante cúmulo de negligencias tenían que jugarle una mala pasada al descuidado cochero, pero no lo supo hasta que el frío del cuchillo que me había agenciado en casa recorrió su gáznate, y con el contraste de temperaturas terminó abriendo los dos ojos. Se encontró con mi cuerpo a su lado, instantes que aproveché para rodear con mi brazo el pescuezo del hombre, apretando ahora con más fuerza el arma contra su cuello. Pensé en lo mucho que había aprendido con escenas como las del timo en Madrid o la de la encerrona en Ainzón, aunque siendo entonces yo el sorprendido, y tampoco pude evitar comparar al Melquíades que había llegado a la ciudad, temeroso y asustadizo, con el que ahora se jugaba el tipo en el aparcamiento del hipódromo con un pañuelo tapándole media cara.

—No hay di-di-dinero —dijo él.

Me sorprendió el tartamudeo del cochero, pero lo cierto es que la suma de sus debilidades junto a esa especie de inseguridad en el habla me imprimió el arrojo que necesitaba.

—Dame un solo indicio, una sola prueba de hasta qué punto Montero Ríos está involucrado en el asesinato de Luciana Borcino y saldrás indemne de esta.

Aproveché la amenaza para hundir más el cuchillo en su carne. El tipo soltó un ligero gruñido.

—No-no-no sssé de qué me ha-habla.

Ejercí más presión con el brazo que sujetaba su costado, como queriendo dejarle claro que yo tenía el control de la situación.

—El crimen de Fuencarral. No te hagas el loco.

El tipo abrió los ojos. Algo había recordado.

—Ahh... El cri-crimen. El famoso crimen.

Apreté aún más la hoja.

—Todo el mundo sabe que Millán Astray ha estado metido en el ajo. Incluso el juez lo sabe, pues le ha imputado y la cosa no pinta bien. Te digo esto porque con este caso van a rodar cabezas que no habrían rodado en condiciones normales. Y si tu jefe cae, juro que haré todo lo que esté en mi mano para que seas arrestado por cómplice.

—Le ju-ju-juuro que no sé de qué me habla.

Esta vez sí hundí el acero en su carne, y la falta de costumbre hizo que no controlase bien el arrebató, lo que provocó que un pequeño hilo de sangre recorriese su cuello.

—¡De acuerdo! Ha-ha-hablaré.

—Adelante —ordené.

El cochero sollozaba ahora. Estaba muerto de miedo.

—No-no-no sé qué papel tuvo el jefe en el a-asunto. Pero sí sssé que el día que ocurrió... —En ese momento decidió callarse, pero con un nuevo golpe de cuchillo terminó de lanzarse—. El-el-el día que ocurrió yo mismo condu-duje al señor Millán Astray hasta el ministerio. Y lle-llevaba a las dos mujeres consigo.

—¿A Dolores y a María Ávila?

—Sí. Las dos herma-manas.

—¿Y qué hicieron en el Ministerio de Justicia?

—No-no-no lo sé.

Hundí por última vez la hoja.

—¡Le juro que no lo sé!

Noté cómo un chorro caliente recorría la pernera derecha del cadavérico personaje. El hecho de que, presa del miedo, el tipo se hubiera meado en los pantalones hizo que lo soltara. El hombre se acarició el cuello todavía entre sollozos.

—Te prometo —reanudé— que si descubro que ha habido más encuentros en tu presencia, o si descubro que me ocultas información que pueda servirnos, volveré y no seré tan piadoso.

Supuse que el pobre cochero se cuidaría mucho de confesar lo ocurrido, pues al fin y al cabo el muchacho había abierto una grieta en la coraza de Montero Ríos, y ahora éramos nosotros los que podíamos decidir si hundir el barco o dejarlo flotar a la deriva. De hecho, cuando por fin pude contarle lo ocurrido al maestro Galdós, este no pudo evitar esbozar una mueca de asombro, motivada esta por el papel que Montero Ríos había tenido en el crimen, pero también por el cambio que apreciaba en mi talante. Que el relato que se cuenta en estas páginas había moldeado a un nuevo Melquíades era ya algo tan evidente que todo lo que ocurriese cuando la historia se apagase era ya, definitivamente, una incógnita.

14

El cielo se había nublado y la tormenta lejana amenazaba el espectáculo ecuestre en el hipódromo. Galdós y yo nos escabullimos rápidamente por el extremo sur de la Castellana, alejándonos ligeramente del aparcamiento donde a esa hora debería de seguir tiritando el cochero de Montero Ríos, y apresurándonos para llegar a la primera hilera de casas donde el viejo Madrid nos protegería de una posible reacción del presidente del Supremo. Yo seguía, entre jadeos, contándole a Galdós los detalles de mi descubrimiento. Es difícil explicar la emoción que yo sentía en ese momento. Para mí, haberme enfrentado así, con ese arrojo, a una situación que cada vez se me antojaba más rabiosamente injusta, suponía dejar atrás muchos miedos, muchas inseguridades. Y así se lo hacía saber a Galdós, que escuchaba con seriedad sin bajar el ritmo del trote ni un ápice.

Fue al entrar en Madrid por la antigua fábrica de tapices cuando el maestro aminoró el paso, y ya en San Mateo se detuvo, extenuado por la caminata. Un trueno sonó lejano. Galdós seguía sin pronunciar palabra, lo cual empezaba ya a inquietarme. Finalmente, habló:

—Vamos a ver... —Cerró los ojos y se llevó los dedos índice y pulgar al entrecejo, a modo de pinza—. ¿Tú estás loco? —Tuve que colocar bien ambos pies sobre la calzada para no caerme. ¿Pero qué demonios le pasaba al maestro?—. Tiene que ser eso, tienes que estar completamente loco. ¿Pero cómo se te ocurre amenazar con un cuchillo al cochero del presidente del Tribunal Supremo? ¿Es que no tienes cabeza?

Mis pupilas se encendieron, y sólo un respeto reverencial hacia el maestro me impidió contestar con el mismo tono grosero que él había empleado.

—¿Tú eres consciente de a lo que nos enfrentamos? Si ese cochero habla...,

estamos muertos.

—El cochero no hablará —terminé respondiendo—. Y si habla, es imposible que sepa quién soy.

Empezó a lloviznar. Galdós seguía efectuando el gesto de la pinza sobre el entrecejo. Estaba visiblemente cansado, agotado por un caso que se eternizaba en su cerebro. No nos importó mojarnos.

—¿Y si te ha visto alguien? ¿Y si te hubiera pillado él mismo? Creo que no eres consciente de con quién estás jugando.

Esta vez me revolví.

—Claro que lo sé. Y precisamente por eso, no pienso dejar que se salgan con la suya.

—¿Pero tú quién te crees? ¿El maldito Ambrosio Spínola? —Galdós estaba fuera de sí—. Que eres un don nadie, y que si te pasas de listo, te comerán... ¿Es que no lo entiendes?

Empezó a diluviar sobre las calles madrileñas, pero los dos estábamos decepcionándonos hasta tal punto que continuar bajo aquel aguacero nos parecía el menor de los males. Galdós emitió un gesto de desgana y se despidió con el mismo tono arisco que había mantenido durante toda la reprimenda.

—Ahora lárgate a casa y descansa. Has de saber que no filtraré a la prensa el escándalo de Montero Ríos. No estamos preparados para ese huracán.

Y se marchó caminando despacio bajo el manto de agua que azotaba Madrid. Sin embargo, al escuchar que Galdós no se atrevería a denunciar a Montero Ríos, mi corazón se aceleró peligrosamente y de pronto me vi gritando por encima de truenos y lluvias.

—¡A usted lo que le pasa es que es uno de ellos! —Galdós se giró y me miró con furia entre la cortina de agua—. ¡Sí, uno de ellos! ¡Y teme perder sus privilegios por un paso mal dado! —El canario seguía de pie, detenido a una decena de pasos de mí, y yo continuaba gritando—: ¡Pero sabe qué: esto no se trata de una lucha entre privilegiados, sino de una lucha entre canallas y hombres dignos! —Galdós negó con la cabeza y de nuevo reanudó su marcha—. ¡Eso, eso! ¡Lárguese! ¡Cobarde!

Pero la atronadora tormenta ya no permitía escuchar nada más allá del cuello de la camisa.

15

La disputa con Galdós me había sumido en una terrible congoja. Era el único sostén que me mantenía sujeto a las intrigas del caso, y perder su apoyo era lo mismo que perder el tren de su resolución. Recuerdo que dos días más tarde tuvimos noticias de María Ávila por la prensa, y me deprimió mucho no poder compartir con él la novedad. Nuestros caminos se iban separando poco a poco, y la trifulca tras salir del hipódromo sólo era la guinda del pastel que habíamos ido elaborando.

Por otro lado, apenas habíamos sabido nada de María Ávila durante todos aquellos meses. Con ella había pasado lo contrario que con su hermana: parecía una mujer escueta, y dado que, según nos había contado Dolores, ella no había estado en casa los días en que Higinia y el resto trazaron los planes, probablemente le hubiera resultado muy difícil al presidente de la sala poder condenarla ni siquiera como cómplice. Sin embargo, en una decisión difícil de comprender, el juez ya había confirmado que le haría declarar en el juicio como imputada, según testimonio del trencilla, más para poder esclarecer el caso que por ver en ella indicios de delito. Los bajos fondos apenas sabían nada de la joven María y hubo quien la dio por escondida, quien la dio por fugada e incluso quien la dio por muerta.

A Galdós no le interesaban ni María Ávila, ni Vázquez Varela, ni siquiera Millán Astray. Toda su fuerza la utilizaba para acercarse a las personalidades de Higinia y de Dolores, que le parecían las dos claves de la historia. Siempre me animaba a que, si el libro que estaba por escribir por fin llegaba, ellas fuesen las dos protagonistas. Para el canario, Higinia era una mujer atormentada a la que el hambre y el hastío empujaron a la mala compañía. Azuzada por sus poderosas camaradas, se metió en un lío para solucionar el

futuro, y como al destino no hay que tentarlo porque ya es de sobra conocida su caprichosa tendencia, ese lío acabó mal. Quizás una mala pisada, un mal cálculo, un mal sonido. Cualquier giro puede estropear un plan perfecto. Ahora bien, cuando ese destino puso sus antojos sobre la mesa, Higinia ya no tenía argumentos para combatirlo. El simple hurto inicial podría haberse convertido en un asesinato. Y de Dolores..., qué decir de Dolores. Probablemente se vería seducida por las promesas de Higinia, y con algo de reservas metió ligeramente el pie en el barreño, sin saber que el agua estaba plagada de caimanes. La misma Dolores que creyó solucionar su vida sin involucrarse demasiado veía ahora como otros la involucraban a ella, y de su rabia y de su miedo salían ahora las palabras más duras de este relato.

Por mi parte, seguía enquistada la posibilidad de plasmar la novela de una santa vez. Las ideas se esfumaban, y aunque paulatinamente me iba adaptando a la ciudad, lo cierto es que con una plácida postura frente al escritorio no bastaba para que las musas volaran bajo. Intentaba fantasear con tramas enrevesadas, intentaba idear nuevos futuros. Me imaginaba cómo sería un final sin castigo para Higinia y Dolores, o cómo sería un inicio sin muerte. Pero me resultaba imposible evadirme de la realidad y acudir a la ficción. Me resultaba difícil escapar del verdadero Galdós o de la verdadera Higinia. Necesitaba verlos como personajes de una trama y no como los seres de carne y hueso que mantenían conversaciones o que me estrechaban la mano.

Recuerdo que algunas semanas más tarde llegaron hasta mí las primeras noticias sobre María Ávila. Galdós me entregó un ejemplar de *El Comercio*, quien, quizás poniendo mucho dinero sobre la mesa, había conseguido entrevistarla. El artículo era bastante escueto, más corto que algunas noticias sobre otros personajes secundarios como la Billetera o el perro. Tan escaso era el interés que despertaba la pequeña de las hermanas Ávila.

ENTREVISTA CRIMEN DE LA CALLE FUENCARRAL

Nos encontramos con María en un café toledano, aunque ella prefiere que no desvelemos en cuál. Está asustada, y no es para menos. En el lejano Madrid nadie habla de otra cosa que del condenado crimen, y ella sabe que no precisamente con argumentos objetivos.

—¿Le ha cambiado la vida?

—Totalmente. Nunca creí que algo que no tenía nada que ver conmigo fuese a cambiármela así.

—¿Cómo se ha tomado su imputación?

—Mal. El propio juez confirmó que no había pruebas. No comprendo que se me impute.

—¿Sigue usted afirmando que no supo nada de lo que se tejía aquella madrugada en el piso de la calle Fuencarral?

—Lo afirmo rotundamente.

—¿Cree que su hermana Dolores Ávila será declarada inocente?

—Mi hermana es inocente y creo en la justicia.

—¿Y de Higinia? ¿También cree en su inocencia?

—No la conozco más que por su relación con mi hermana, así que no me atrevo a contestar nada.

Y así, con un pequeño esquinazo en la página de sucesos, María se limpiaba de culpa, limpiaba a la vez a su hermana Dolores y sorteaba los callejones periodísticos de manera escueta y contundente. Acababa de doblar yo el periódico cuando alguien golpeó con suavidad la puerta de mi apartamento. Abrí y no pude evitar sorprenderme cuando encontré a un chiquillo de apenas diez años frente a mí. Llevaba las ropas tiznadas de hollín, pero sonreía incluso al pronunciar el mensaje por el que había sido enviado hasta mi casa.

—Mañana, el señor Galdós quiere verle junto al burdel de la Arrozales, en Delicias. A las once.

Y desapareció, dejando pintada en mi cara una sonrisa de satisfacción que ya no esperaba.

16

Las luces que nos llevaban hasta el burdel de la Arrozales resultaban, más que atractivas, sugerentes. Como si de pronto uno fuese a cruzar un umbral desconocido, como si se tratara de un rastro inequívoco hacia un mundo de lujuria y perversión imperceptible desde la realidad. Cada día me sentía más familiarizado con Madrid y esto incluía, naturalmente, hacerlo también con sus miserias, con sus penumbras, con su juego subterráneo. Las escaleras, oscuras y terriblemente empinadas, conducían a un pasillo angosto, adornado con burdas figuras grecorromanas, esculpidas con poco rigor y, desde luego, con poco gusto. Las paredes, rojizas, se iban estrechando como una garganta que te engulle, hasta desembocar en una especie de atril, desde el que un hombre vestido con las mejores galas decidía qué clientes eran aptos para penetrar en su propio universo.

Galdós apenas cruzaba palabra conmigo, y supuse que la pelea que habíamos mantenido días atrás había abierto una herida difícil de cerrar. Sobra decir que, con sólo ver la desgarrada figura del maestro, el hombre que vigilaba desabrochó el cordel que impedía simbólicamente el paso hacia la siguiente habitación con una sonrisa tan blanca como falsa. Cruzamos el primer escollo y un nuevo hábitat nos dio cobijo. Esta vez, la decoración la componían una decena de pinturas inspiradas también en escenas mitológicas, aunque esta vez concebidas con algo más de técnica que las tristes esculturas que adornaban el primer salón. Allí nos hicieron esperar la llegada de la famosa Arrozales, que resultó ser una anciana grotescamente maquillada a la que todo el mundo allí, incluido el maestro, parecía rendir una especie de culto.

—¿Va a filtrar la implicación de Montero Ríos a la prensa? —pregunté por

fin.

—Aún no lo sé —contestó abruptamente.

Vislumbré una grieta en el temor del maestro, por lo que decidí cambiar de tema.

—¿A qué se debe este nombre tan llamativo? —quise saber.

—Es una tradición muy madrileña —contestó Galdós—. Dada la infinita mezcla que da sentido a la ciudad, tienden a incluir en los moteles algún rasgo de la tierra natal de sus habitantes. En el caso de la Arrozales, claro, se trata de una valenciana, de Gandía, tierra de ilustres papados y gobernantes de toda condición. La Arrozales debió heredar ese carácter de mando y fundó este burdel cuando Madrid casi ni existía. Las lenguas dicen que todo el que se arrima a ella acaba caliente como un grano de arroz al fuego, así que te recomiendo que cuides tus instintos primarios, tanto si decides reprimirlos como si te decantas por darles rienda suelta, porque dicen que la Arrozales, como el plato que lleva siempre consigo, es tremendamente adictiva.

Y confieso que al principio pensé que poca o ninguna adicción podía generar esa anciana, que enseñaba entre la raja de la falda unas medias de cristal poco adecuadas para unas piernas tan marcadas por el tiempo. Pero rápidamente me percaté de lo equivocado que estaba, pues con un verbo descarado y una belleza que, bien mirada, resultaba atemporal, generaba en los clientes una atracción extraña, como la que provoca todo lo prohibido. Era un rostro que había coqueteado toda su vida con la belleza carnal, y probablemente se había contagiado de ese reflejo. Cada mueca, cada gesto, estaba perfectamente destinado a provocar en nosotros un gusto por el deseo que, francamente, allí dentro podía masticarse.

Nos colocó con rapidez en una de las mesas principales del bar que regentaba. Por allí pululaban las mujeres y los hombres, mientras en el escenario se esperaba a la siguiente intérprete para cantar algún cuplé de los que luego, más tarde, se hacía eco el pueblo en el mundo real. El tono rojizo de la entrada se mantenía en aquella suerte de café nocturno, aunque se prescindía de cualquier adorno que pudiese distraer a los clientes de lo que realmente se buscaba allí.

Pero la sorpresa mayúscula llegó cuando la primera cupletista, una joven más bien delgada, que cantaba con la misma sensualidad con la que observaba a los miembros del público y que dejaba que el lunar que tenía sobre la comisura del labio se deslizase al compás de la música, entonó una letra cuyo

mensaje muy rápidamente reconocimos tanto Galdós como yo.

*Que dicen que en Fuencarral
han volado los puñales,
no es la Higinia con sus manos,
estas son más señoriales.*

Galdós y yo nos buscamos con la mirada, comprobando que la perplejidad era mutua.

*Otra vez nos han colado
al pequeño por culpable
mientras el grande se ríe:
¡qué pueblo tan miserable!
Otra vez te han engañado.
Te creíste al girifalte
Varela o Millán Astray,
¡qué más da! ¡Todos iguales!*

En ese momento, interrumpiendo la actuación, un hombre se interpuso entre Galdós y yo. Con aparatosidad, colocó una mano sobre el hombro del maestro, que a su contacto se levantó con rapidez para abrazar al recién llegado. Después de lanzar preguntas alrededor de varios nombres y lugares desconocidos para mí, fuimos presentados. El tipo respondía al nombre de Joaquín, aunque él me indicó que lo llamase Cadalso, no supe si por apellido o por alguna relación con la cárcel. Venía del barrio de Embajadores y le cruzaba una cicatriz por el labio, de extremo superior a inferior, que si bien ya resultaba desagradable en estático, al moverse por efecto del habla despertaba en mí una arcada muy profunda. Tenía tatuado una especie de escarabajo, lo cual indicaba que esa relación con la cárcel era ya más que probable. Más tarde, con cierta pasión por este tipo de mundo, Galdós me reveló que el personaje se había tatuado esa figura por la capacidad que este insecto demuestra para sobrevivir a todo tipo de vicisitudes, rozando la inmortalidad, pues el hombre había descubierto que el escarabajo simbolizaba esta cualidad en según qué culturas.

—No se figura usted —deslizó Cadalso, dirigiéndose a Galdós— la

cantidad de coplas y canturreos que nos está dejando esta historia del asesinato. Todo hijo de vecino opina, ricos, pobres, lo que sea. Da igual si con gracia o sin ella. Da igual si con risas o con lágrimas. En todas partes se declaran *higinistas* o *varelistas*. Es otra manera que ha encontrado la sociedad para dividirse, me temo.

Galdós no pudo evitar reírse ante la crítica.

—Bueno, en este caso, con las cartas sobre la mesa, está claro que declararse a favor de uno u otro revela bastante de la personalidad de cada quien —contestó el maestro.

—No lo dude usted ni un instante. Fíjese, hasta en los espectáculos de variedades hay hueco para el único tema de conversación de la calle.

Los tres dirigimos la mirada hacia la cupletista, que seguía con el *show* ante la mirada atenta de los muchos hombres que allí se daban cita.

*El asesino nunca es señor,
obispo, noble, rey o hidalgo,
sino ramera, sirviente,
mendigo, mozo o criado.*

—Tendrían que ver la cantidad de coplas y romances que ruedan por las calles, tendrían que verlo. Todos a favor de la Higinia, claro.

El canario lo miró con cierta ternura.

—Vamos, Cadalso, aquí hemos venido a lo que hemos venido. Apura, que se nos hace tarde.

El tipo sonrió, y el hecho de que aceptase ser llamado por su apellido e incluso el tono paternofilial ya hablaba del respeto que el bajo fondo tenía por el canario.

—Está bien, está bien. —De pronto, sin papeles de por medio, Cadalso recitó una cantinela como si soltase una pelota digna del insecto que llevaba tatuado—: Por lo visto, ese don Millán Astray tiene muchos enemigos, lo cual parece que le va a traer problemas. No hay cebo que aguante la noche entera con el anzuelo merodeando, señores míos. No sé si saben de dónde viene todo este compadreo que el señorito tiene con los mandamases, y de dónde viene ese control sobre las jaulas de la ciudad.

—No. A eso hemos venido, a enterarnos —se impacientó Galdós.

—Está protegido por Montero Ríos y, sobre todo, por Segismundo Moret.

—Vi como Galdós volvía a estremecerse, los nombres le imponían—. Es sobrino, además, de Aureliano Linares Rivas, otro pez gordo. Así que se puede decir que es lógico que el muchacho ascienda.

—En este país no hay nada como un buen apellido para llegar lejos —susurró Galdós.

*Ay, pobre infeliz la Higinia,
creyose a esos dos morlacos,
y quien juega con pitones
se levanta amoratado.*

—Eso es cierto, don Benito. Pero no lo es menos que, precisamente por tener que enfrentarse a tanto toro, su trasero, si me permiten el palabro, corre peligro. Todo el mundo ahí afuera —hizo un gesto con el cuello—, todo el mundo ahí en la calle cree que fueron el Millán y el Pollo los que montaron la juega, a las coplas me remito. Y sus enemigos van a aprovechar para clavarle el pitón. Han cometido errores, sabe usted, se han dejado ver fuera de la trena... No hace falta que le diga lo que le quiero, señor Galdós, pero me juego esa chaqueta que lleva usted a que estos chorizos serán condenados. Tienen que serlo.

Galdós hizo ademán de abrocharse la chaqueta antes de volver a la conversación.

—Venga, sigue contando y déjate de apuestas.

—La clave en todo esto son los periodicuchos. Claramente le han declarado la guerra a los señoritos. Sólo hay que ver el mamoneo que se tienen con ese tal Montero Ríos. *El Liberal*, *El País* y *El Resumen* van con la navaja a por ese mismo Montero Ríos y a por el amiguito, el Millán Astray. Parece ser que el primero ha tenido influencia en algunos delitos de imprenta que se han declarado contra periodistas de estos papeluchos, y ahora estos se la van a devolver con ganas.

Galdós me miró satisfecho.

*Pobre Higinia, pobre Higinia,
la corriente te ha arrastrado,
deja que los señoritos
te paseen por su palacio.*

Y con ese párrafo terminó el cuplé, dando paso a una nueva intérprete, que comenzó a cantar una especie de zarzuela sobre las verbenas de octubre.

—Precisamente —prosiguió Cadalso—, Montero Ríos ha cavado su tumba al encerrar a esos periodistas en la Modelo, ya que son precisamente ellos los que filtran las noticias que diariamente aparecen en los papel... en los periódicos.

—Es inevitable caer en la cuenta del bien que le hace la prensa a la nueva sociedad que empieza a despertar —reflexionó ahora el escritor canario—. Probablemente sea la mayor conquista que estos últimos años se ha llevado a cabo en nuestro país. —El tal Julián, que a pesar de su condición de chivato de bajo fondo no tenía nada de tonto, asintió con la cabeza—. Aunque la prensa no me da menos miedo que el resto de los poderes —continuó Galdós—, pues ahora que con la libertad de imprenta han ganado parte del dominio, no queda lejos el momento en que sientan que ese dominio puede ampliarse, con esa naturaleza de cabrón que tiene el ser humano. Y a partir de ahí sólo serán más abejas reinas en el mismo panal, con lo que eso supone para las abejas obreras.

—Pues me temo que ya han catado la miel —apunté yo.

—Eso es lo que me preocupa —confirmó Galdós—. Que este caso suponga la intrusión de una nueva justicia paralela.

—Lo que tengo claro, señores míos —apostilló Cadalso—, es que Montero Ríos va a ser el primero en caer. Y si me permiten un juicio, va a caer con justicia, puesto que no es trigo limpio. Pero no caerá para salvar a la Higinia, sino para vengar las afrentas que la prensa recibió por parte del presidente del Supremo. Aquí la pobre Higinia importa poco, ya digo. Es sólo una marioneta en manos de todos estos señorones.

Lo que Cadalso no sabía era que nosotros teníamos una información sobre Montero Ríos que podría asestarle el golpe de gracia y, aunque, en un primer momento, Galdós había dudado si filtrarla o no, lo cierto es que cada vez parecía más decidido a esclarecer el asunto. Al menos eso reflejaba el brillo de sus ojos.

Minutos más tarde salimos del burdel. La Arrozales nos perdonó la cuenta y los tres nos despedimos en la puerta, eligiendo cada uno la dirección que más nos convenía. Entonces, esperé a que la figura de Galdós fuese engullida por una de las bocacalles para, contando hasta tres, salir corriendo en dirección a

la avenida elegida por el soplón. Por suerte, pude ver una sombra que ya se escurría en el horizonte, y puesto que transcurrían altas horas de la noche y nadie sino él podía escucharlo, grité con todas mis fuerzas:

—¡Cadalso! ¡Cadalso!

El tipo se giró a lo lejos con miedo y a punto estuvo incluso de salir corriendo. Levanté las manos en señal de paz y Cadalso pareció calmarse y atender a mis súplicas. Recorrí la distancia que me separaba de él con el corazón en un puño. Acaricié las monedas que llevaba escondidas en el chaquetón, estremeciéndome con el tacto. Cuando por fin lo tuve delante, fue él quien preguntó:

—¿Qué se le ofrece, señor mío?

—Necesito información sobre una chica de tu barrio. Y estoy dispuesto a pagar por ella. —La sonrisa de Cadalso iluminó la noche—. Apunta este nombre: Manuela.

Cada día que pasaba, el talante de Laura iba calando en mí con más profundidad. Aquella mañana yo había pasado a recogerla bien temprano, como solía ser habitual, creyendo que tendría reservado para mí alguno de esos planes a medio camino entre el ocio y el descubrimiento de la ciudad. Si me hubieran preguntado meses atrás, habría explicado con todo detalle hasta qué punto aborrecía las verbenas y los saraos de distinto tipo. Pero pisar la pradera de San Isidro o la verbena del barrio en compañía de Laura lo convertía en especial. El malestar en según qué ambientes se mitiga en manos de una buena compañía.

Pero aquella mañana Laura no tenía preparado para mí un plan de ese tipo. Cogidos de la mano, cruzamos el centro de la ciudad desde su barrio, bajamos por la calle de Toledo y al pasar por la puerta homónima, dimos con un paseo que llamaban de los Ocho Hilos, por contar con ocho hileras de árboles en su origen. Ahora parecía una vía ancha y larga, cuyo final a la altura del Manzanares era a la vez el final de una ciudad que a esas horas ya despertaba. Todo el trayecto lo acompañamos de una agradable charla sobre el destino de Sagasta, ahora que el riojano había legalizado los sindicatos y al mismo partido socialista. Ambos creíamos que se ponían los cimientos de una nueva política alejada del gris turnismo de entonces. Fue así como, casi sin darnos cuenta, enfilamos los Ocho Hilos. Recorrimos aproximadamente la mitad del paseo, siempre agarrados de la mano, hasta que por fin Laura se detuvo frente a una puerta. Golpeó con el llamador la madera algo carcomida y, para mi sorpresa, soltó también mi mano. Al hacerlo, la miré con extrañeza, y ella correspondió con una sonrisa enigmática: buscaba sorprenderme con lo que sea que fuésemos a hacer allí. El rostro de una joven asomó al otro lado de la

puerta.

—¡Laura! —gritó—. ¡Rápido, pasa!

Y ambos nos colamos en aquella especie de garaje. Todo estaba oscuro, pero en la penumbra podían intuirse unas máquinas que reposaban silenciosas a escasos centímetros de distancia. Al fondo de la enorme y diáfana habitación, una pequeña luz se filtraba por la entrepuerta. Debía de tratarse de una suerte de habitáculo dentro de la nave. Me detuve y observé una de aquellas máquinas. Como sospechaba, se trataba de una imprenta. Los incontables engranajes terminaban desembocando en una especie de rueda enorme. Sobre las cuatro patas de madera y la maquinaria, las planchas dispuestas a ser utilizadas. De pronto, alguien me gritó a lo lejos. Era Laura, que ya reclamaba mi presencia en el pequeño habitáculo. Recorrí la estancia sorteando las máquinas hasta que llegué a la puerta que arrojaba aquella luz tenue sobre el garaje. Era, efectivamente, un pequeño despacho. Laura me abrió y dentro esperaban dos mujeres. Una, la que nos había abierto la puerta. La otra pasaba por ser la cabecilla de lo que fuese que se estaba montando ahí adentro. Tenía frente a sí un enorme mazo de cuartillas, muchas de ellas garabateadas. Era muy probable que hubiese cumplido ya los cincuenta, en contraste con la juventud de Laura y de la segunda desconocida. Fue la propia Laura quien rompió el hielo.

—Melquíades, te presento a María Molino. Es la dueña de este garaje y de las máquinas que acabas de ver. Pero, sobre todo, es algo más importante: la editora de una revista que tiene como fin revolucionar el panorama social madrileño.

La mujer se levantó de su escritorio y me ofreció la mano con desdén. Yo la estreché desconfiado.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

Se sentó María Molino y, tras acercarnos la segunda mujer sendas sillas, Laura y yo hicimos lo propio. La joven, sin haber sido presentada, salió de la escena.

—No sabes lo que me alegra que te involucres de una manera tan activa en el proyecto —arrancó por fin María—. Necesitamos plumas como la tuya.

Miré a Laura con sorpresa. No tenía ni idea de su faceta escritora.

—Bueno —contestó ella con una sonrisa que intentaba acentuar mi sorpresa—, lo cierto es que de escritora tengo poco. Pero la causa merece todos los

hombros que sean necesarios.

—Y tu hombro no es un hombro cualquiera —se apresuró a apuntar María—. Eres la única de las que probablemente aparezcamos en el primer número que ha pisado la universidad. Ya sólo eso le da otro tono a la publicación.

—Disculpen... —interrumpí—, ¿y qué temática tendrá la revista? ¿Literatura? ¿Historia?

—Feminismo —cortó María.

—¿Feminismo? —No daba crédito ante semejante respuesta.

—Así es, cariño —confirmó Laura.

Me quedé mudo completamente. Jamás hubiera esperado que Laura quisiera dedicar su tiempo a la escritura, y menos aún en una revista como aquella.

—¿Conoce usted *La Ilustración de la Mujer*? —quiso saber María. Negué con silencio—. Es una revista que se ha estado editando estos años en Barcelona, cuya temática estaba centrada en los derechos de la mujer, y en cómo cada una de nosotras ha de luchar por sacarlos a flote.

—Exacto, cariño. Tendrías que haber visto qué revista. Josefa Pujol, Concha Gimeno de Flaquer... Heroínas sacando adelante una revista para heroínas.

En cierto modo, aquella actitud me pareció exactamente eso: heroica. Pues en Madrid, obviamente, una revista con semejante talante no estaría bien vista.

—En Barcelona —reanudó María—, estas obras están a la orden del día. Thérèse Coudray levantó a su vez *La Mujer*, otra revista clave. Y en Madrid los intentos ya han aparecido, sobre todo con *Instrucción para la Mujer*, dirigida por César de Eguílaz. Pero desde aquí creemos que no es conveniente que una revista así sea dirigida por un hombre.

—Y así apareció María Molino. Que será la directora de esta nueva revista —puntualizó Laura.

—Y no sólo yo. También otros muchos que han puesto su granito de arena para que dentro de un mes arranquemos con el primer número. Entre ellos, claro, el señor Ortuño, el padre de Laura, que no dudó en invertir parte de sus recursos para que esas máquinas que usted observaba hace unos minutos estén ahí, a nuestra disposición. —Supuse que el señor Ortuño contaba con más recursos de los que hacía creer—. Fue gracias a él también —continuó María— como descubrí que Laura había entrado en la universidad, y no podía dejar pasar la oportunidad de reclutarla para la causa. Le ha costado decidirse, pero aquí la tenemos hoy. Lanzándose, por fin.

—Y, en parte —se acercó y me besó en el rostro—, esta decisión es gracias a ti. La necesidad de levantarme contra la injusticia que sufre la mujer ya la tenía, pero tú me has reconciliado con mis propios párrafos, cariño.

Y observé a María Molino, que sonreía con efusividad. Yo le devolví la sonrisa. Definitivamente, el talante rebelde de Laura iba calando cada vez más en mí. Y, por lo visto, también el mío en ella.

18

Volví a ver a Cadalso apenas un par de días más tarde. Había concertado con él una cita en la taberna del Tuerto, lugar que ya sentía como algo mío, no en vano bajo su techo pasé yo mis primeras noches en Madrid, agobiado y alcohólico, aplastado por el peso de una ciudad que se me antojaba inhabitable. Ahora era esa taberna la que veía a un nuevo Melquíades, pues me sentía renovado, dueño del argumento de mi propia novela, a pesar de que seguía sin escribir una sola palabra digna de publicarse.

Cadalso no me trataba con la deferencia que utilizaba con Galdós, obviamente. De hecho, exigió el pago de las tres pesetas antes de penetrar en las tripas oscuras de la taberna, y sólo cuando las tuvo en la mano accedió a sentarse conmigo, a solas. La única presencia allí, aparte del Tuerto, era una pareja de ancianos que dejaban pasar los últimos coletazos de su vida amarrados a los naipes, como el náufrago que se aferra a la única tabla que se salvó de la tormenta. No les culpo. Se intuía una paz en sus rostros propia de quien ya dejó todo atado en su vida y sólo le queda clavetear su historia contra el inevitable ataúd del tiempo. Así que nos sentamos en el extremo izquierdo de la taberna, y yo notaba que mi acompañante no se hallaba a gusto frente a mí, intuyendo quizás una oscura pretensión en la información que estaba a punto de compartir. Así que, sin más preámbulos, soltó de carrerilla todos los datos que traía consigo.

—Le reconozco que no me ha costado encontrar a la costurera que busca usted, aunque también reconozco que la descripción que me dio, tan detallada, y el hecho de que supiera su nombre de pila me ayudó mucho. Al final, terminamos siendo los cuatro gatos de siempre los que salimos a la calle.

Asentí más por satisfacción que por orgullo.

—La costurera rubia, como ya sabe usted, se llama Manuela, aunque todo el mundo la conoce en el barrio como Nela. No es lo que se dice una chica tranquila. Creció en condiciones nada buenas para una niña y eso le marcaría irremediablemente para toda la vida.

—Entra en detalles —exigí.

—Eso le costará otra peseta y el pago de este negocio —dijo señalando los vinos que acababa de servir el Tuerto.

Exageré una expresión de fastidio que no sentía antes de extraer una peseta del bolsillo y ofrecérsela al chivato. Eso sí, un segundo antes de que este se hiciese con ella, la aparté por un momento amenazándole con el dedo índice.

—Todos los detalles...

Él asintió mientras recogía el botín.

—Nadie tuvo nunca noticias de su padre. Probablemente, ni siquiera ella las tenga. De su madre sí hay una cierta memoria, aunque ya lejana. Se dejó ver muchos años por el burdel de Casilda, conocido en el barrio como el lupanar del Río. Era, según cuentan, la casa de putas más sórdida de la ciudad. La humedad del Manzanares se siente sobre esas habitaciones casi como si se estuviera bañando uno en él, mire usted, que no es el mejor sitio para el trabajo del amor. Su madre era hermosa, cualidad que heredó su hija, pero su mala cabeza le procuró algún que otro episodio duro con usureros de la calle de Leganitos, quienes la tuvieron siempre con la punta del bardeo rozando la espalda. Sólo esta relación con el alcohol y los vicios hicieron que la madre de Manuela no se trasladara a los burdeles de las Cavas Altas, mucho más acordes a su extraordinaria belleza.

El rumor de una probable victoria a los naipes llegó desde el extremo contrario de la taberna.

—Continúa —exigí tras la interrupción.

—Todos estos datos los sabemos porque fue la propia Casilda, la dueña de la casa de putas, todavía hoy viva, quien se hizo cargo de Nela cuando un tabardillo se llevó a su madre para el otro barrio. Prometió sacarla del mundo tan asqueroso en que vivía, y desde el primer momento se dejó los cuernos para que no heredase los vicios de su progenitora. Así que, en cuanto tuvo edad para sostener una aguja, aprovechaba las horas de sol para colocar a Nela junto a la ventana, y después de coser y coser y coser, le consiguió un trabajo como costurera junto al Sebastián, un humilde sastre de los que flotan como almas en pena por el Rastro.

—Cómo pudo resistir esa madama el negocio de la carne ante semejante belleza...

—Por dos motivos: primero, porque sabía que si la metía en la cueva, sería complicado que no entrara en la rueda de vicios que se llevó por delante a su madre; y segundo, más importante, porque la quería como a su propia hija.

Las voces de los ancianos parecían subir de tono. La clásica riña por naipes, pensé.

—¿Y dices que sigue viva esa señora?

—Así es, aunque Nela, pese a su juventud, se independizó hace un par de años, y ahora se ha alojado en una pensión de mala muerte que podrá visitar usted en la parte baja de la calle Mesón de Paredes.

—Interesante...

—Más interesante aún si le cuento a usted los rumores que circulan. Parece ser que la sangre es la sangre, ya sabe, y que la muchacha está cogiendo el camino que se presuponía, el que un día tuvo que soltar su madre por culpa de la parca. Se la ha visto como dama de compañía del brazo de algún señorito de buena mesa, ya me entiende usted, quizás porque con una noche de sarao se lleva para la pensión el salario de un mes en la costura. La Casilda, que es más lista que una rata, se ha enterado y le ha retirado la palabra.

Con los ancianos nuevamente inmersos en la partida, el silencio volvió a apoderarse de la escena durante unos segundos, los que tardé en preguntar si esto era todo.

—Lo es. Pero déjeme decirle, aunque sólo sea por el cariño que le tengo al señor Galdós, que la de Nela no es buena falda para arrimarse. Hay algo..., cómo diría yo..., algo oscuro que persigue a esa muchacha. Olvídela, olvide sus piernas y sus gemidos, que poco o nada tienen para ofrecerle más allá de unos minutos de traqueteo, sin más. No se fíe.

—Eso seré yo quien lo decida —sentencié.

Pagué, como habíamos pactado, los vinos que habían caído durante la conversación y dejé allí a Cadalso, que todavía daba cuenta de parte de su tinto avinagrado. Los ancianos habían vuelto a alzar el tono, signo inequívoco de que la partida se acercaba a su fin. Afuera hacía mucho más calor del que ya de por sí azotaba antes de haber entrado a la taberna.

CAPÍTULO VII

1

Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós conversan tranquilamente ahora que la ciudad parece recogerse, tras un día que, por distintos motivos, ha resultado agotador para ambos. La habitación del hotel de El Escorial en el que se han alojado es tan elegante que, al abrir el balcón y encontrarse con el monasterio, puede no mejorar el ambiente de sofisticación que se respira dentro. El hotel Miranda es una referencia para cualquiera que quiera visitar la regia población, y por eso Emilia se decide por este alojamiento. Al otro lado del monasterio, tan vetusto e imponente como siempre, se puede admirar la alargada sierra central, que salpica con miles de coníferas nevadas por la entrada del invierno un lienzo inigualable. Un lugar como aquel, cuyos caminos eligieron tantos artistas para meditar, sirve hoy como improvisado telón de fondo para la pareja. Es ella quien observa el horizonte desde dicho balcón y es Galdós quien conversa desde la cama. A pesar de la nieve y el viento, la temperatura dentro es templada.

—Te echaba de menos, querido —dice ella.

—Más aún lo hice yo —replica el canario mientras enciende un cigarro.

—Te tengo dicho que no fumes tanto.

—Ay, Emilia, que llevo en España apenas unas horas... Déjame disfrutar de los placeres mundanos que me ofrece el hogar —contesta sonriendo.

—Entonces, ¿el viaje fue bien?

Galdós se incorpora y se acerca a la ventana, apenas a un metro del balcón, y allí puede oler perfectamente el perfume francés que envuelve a Emilia. Se desabrocha un botón de la camisa, el más cercano al cuello, con una sola mano. Con la otra, arroja la ceniza por la ventana y no le pierde el rastro hasta que se desvanece entre el blanco de la nieve.

—Magnífico. Si uno quiere toparse de bruces con el arte, ha de viajar a Italia necesariamente. No sin motivo se desmayó allí nuestro común amigo Stendhal. Han sido meses duros, lejos de casa, no lo niego. Todos los viajes son duros, por mucho que esa máquina locomotora los acorte. Más aún si en el periplo interviene Pepe Alcalá Galiano, que ya sabes que está hecho un jovenzuelo, ya no le agunto las interminables caminatas a las que me somete. Pero ahora que ese sufrimiento, digamos, terrenal ha terminado y ya no hay cansancio ni nostalgia por el hogar lejano, queda lo trascendente, el recuerdo, la enseñanza y la cultura. Un viaje apasionante.

—Con la llegada del estío, me gustaría que visitáramos juntos Alemania, en mi último viaje descubrí rincones secretos que estoy segura de que te fascinarían.

Cansado de mantener la ventana abierta, Galdós improvisa un cenicero con una de las tarjetas de recibimiento que ofrece el hotel. Después vuelve a cruzar la estancia y se tumba sobre la cama antes de contestar.

—Eso, por supuesto, querida. Cómo hubieran cambiado las noches en Italia de haber transcurrido a tu lado.

Ella abandona el balcón y se sienta a los pies de la cama sobre la que se ha tumbado el escritor canario. Con actitud juguetona, se deja caer sobre el colchón, para posteriormente sujetarse la cabeza con una mano mientras admira a su amante.

—¿Y tú por aquí? ¿Todo bien? —reanuda Galdós, como si su última confesión le ruborizase.

—Bien, sí —contesta Emilia—. Pocas novedades. Ya tengo dos manuscritos a punto. Y sigo dándole vueltas a la exposición de París, para la que tengo en mente varios proyectos. También le he echado un ojo a un domicilio, en la calle de Serrano. Me quiero instalar en Madrid con más armas y bagajes. Creo que esa zona me conviene. Estaremos cerca, ilustre escritor... —En este punto, le acaricia la pierna, como respuesta a la carantoña que le dedicó Galdós poco antes.

—Tú y tus formas de vida siempre aristocráticas —bromea él.

—Ay, no empieces con tu discurso clasista de siempre —replica ella.

Fuera ha empezado a nevar copiosamente. Han tenido suerte de poder acceder al pueblo dadas las alturas de diciembre que transitan, pero más suerte tendrán si logran salir de allí con el temporal que se avecina.

—Hablando de clasismo —prosigue Galdós—, he seguido el proceso

contra Higinia desde la distancia. Ayer mismo estuve charlando con Melquíades, ya sabes, el joven que me acompaña en este caso. Me dice que ya hay fecha para el juicio, lo cual me alegra mucho. Ahora bien, lo que ya no me alegra tanto es saber qué gente anda detrás del tema. Ya te conté que hasta el mismísimo Eugenio Montero Ríos apoya a Millán Astray y, por ende, al Vareleta. Incluso Pepe Alcalá Galiano, en su condición de aristócrata, me recomienda no meter demasiado los pies en este barro. Pero tengo la necesidad de hacerlo.

—¿Sabes que la calle está volcada con el caso, no? Los periódicos se encargan de reflotarlo de vez en cuando, como si el proceso fuese una novela y ellos, los directores de estas firmas, los encargados de ofrecer cada capítulo.

—Sí, lo sé. Parece que incluso se montan manifestaciones en apoyo a Higinia...

—Así es. Sin duda, y volviendo al inicio de la conversación, esa lucha de clases que siempre cuentas que se da cita en este caso está más viva que nunca.

Galdós pierde más tiempo del habitual en dibujar varios aros con el humo que expulsa el cigarro.

—Ese juicio tiene que dictar sentencia contra Millán Astray, Vareleta y toda esta panda de mafiosos. No dejaré que sus tejemanejes queden en balde.

Emilia se tumba ahora a su lado.

—No me cabe duda de que lo conseguirás. Tú y ese joven del que tanto hablas.

—Ahora que vuelves a citarlo —responde Galdós—, me preocupa Melquíades. Se ha enamorado, lo cual supone que por fin ve en Madrid el núcleo que necesita. Ese amor ha despertado el carácter que lleva dentro y le noto beligerante. Veo que toda la prudencia que hemos guardado hasta ahora se va perdiendo poco a poco.

Emilia se recuesta.

—Bueno, si el chico quiere ser escritor, necesitará carácter y supervivencia. Por lo que cuentas, ambas necesidades han despertado en su interior. Le vendrá bien a la hora de enfrentarse al papel.

—A menudo, las necesidades del escritor y del ser humano se enfrentan. —Galdós se queda pensativo ante la suerte de aforismo que ha soltado—. Temo que se crea más listo de lo que es. Y que nos lleve con ese torrente de insolencia a todos por delante.

—Insolencia y carácter... Ese chico será un genio de las letras —bromea Emilia. Galdós no corresponde a la broma. Ella lo abraza y ambos permanecen en silencio, quizás reflexionando sobre la tormenta que se avecina con el próximo juicio. Es Emilia quien lo rompe—: Por cierto, como ya te dije por carta, me gustaría presentarte a un amigo. Se llama Lázaro, y goza de buen hacer y de una cierta originalidad escribiendo. Sé que te resultará interesante.

Galdós mira a su amante, extrañado.

—Claro... Cuando quieras.

—No pongas esa cara. Me acuerdo de él ahora porque, si no has olvidado la carta, Lázaro ha decidido abrir una revista. Terrible temeridad, estarás pensando. Así es. Incluso él lo piensa. Pero ahí está, lanzando una nueva cabecera y, lo que es más loco aún, poniéndome a mí en la dirección.

—Definitivamente estás loca si, como leo en tu mirada, piensas aceptarlo.

—Es probable que lo esté. Pero necesito arrastrarte a ti en esa locura. Seguro que puedes convencer a más gente para que participe. Quizás a don Marcelino o a otro escritor consagrado con el que te batas el cobre. Incluso algún escritor novel, ese chico con el que tanto andas.

—¿Melquíades? —Emilia asiente—. Demasiado pronto.

—¿Vais a seguir enfrascados en esos quehaceres criminales del pueblo toda la vida?

—De hecho, lo seguiremos estando mientras sean del pueblo.

—Vamos a ver, pero el chico... ¿avanza?

—Hay algo en ese joven que me hace encariñarme con él. No sé si es su torpe desembarco en la ciudad lo que me hace sentir ese afecto, de verdad no lo sé. O acaso me vea reflejado en él por cómo la realidad de la sangre se ha colocado ante sus ojos con sólo poner un pie en Madrid, algo que ya me ocurrió a mí cuando en aquellos lejanos años sesenta se perpetró la famosa noche de San Daniel. Aún recuerdo el aroma de la muerte de aquellos estudiantes, como seguro este muchacho se llevará para siempre consigo el olor del cadáver de la viuda de Varela.

—¿Tiene talento literario?

—Creo que sí. Ya lo intuía en las cartas, pero ahora me reafirman sus charlas sobre las cuantiosas tierras que su padre ostenta allá en Castilla. Es un joven que goza de buena posición, su familia tiene dinero y cree que es mejor que su hijo se forme intelectualmente que condenarlo a una vida únicamente dedicada a la agricultura y la ganadería. Por eso le han proporcionado lecturas

de nivel, y se nota en las maneras que muestra para relatar esos paseos por la pícara Salamanca o la fría Valladolid. Maneja la lengua, es elegante en sus formas orales y escritas. Ahora sólo le falta material. Es decir, experiencia. Le falta vivir, en suma. Sólo entonces podrá escribir la obra que persigue. Y lo cierto es que, como te decía antes, ha despertado. Para desgracia de su futuro vital y para regocijo de su prosa.

—Siempre le abres un ojo a la vida y otro a la literatura. Los sobrepones en el plano.

—No concibo el arte de otra forma.

Ella analiza el rostro de su amante con admiración.

—Pues deja algo de esa concepción en la revista...

Él suspira.

—Pero, Emilia..., ¿tendrás tiempo de coordinar esto?

—Por iniciativas culturales así, lo saco de donde sea. De hecho, mi primer cometido es conseguir que el ilustre Pérez Galdós, escritor magnánimo, acepte llevar un texto en el primer número. —En este momento, ella lo abraza con más fuerza.

Él responde al abrazo acercándose a pocos centímetros de su rostro.

—Pues claro que acepta, Emilia.

Y se funden en un beso largo bajo la nieve que, con fuerza, arroja el invierno madrileño sobre los tejados de El Escorial.

2

Sentado en uno de los bancos del paseo de los Melancólicos, muy cercano a Las Vistillas, Galdós admira la vista del Campo del Moro en todo su esplendor hasta perderse en la inmensidad verde de la Casa de Campo. Duda sobre la conveniencia de filtrar a la prensa la protección que Eugenio Montero Ríos le proporciona a Millán Astray, para que así la opinión pública despliegue la misma presión sobre el poder judicial que la que ejercerá toda la casta de leguleyos a las órdenes de estos mandamases. Sabe que, si se decide a dar el paso, la jugada será muy mal vista por los que manejan los hilos de otra historia, la que condena a este país a un juego constante de seducción con la corrupción y el mal gobierno. A medida que uno escarba en los entresijos de un Estado cada vez más aquejado por la podredumbre, principalmente desde que la primera mitad del siglo diluyese la España que fue, más se va dando cuenta de lo infinita que es la red de nombres e intereses que lo tejen; y si un director de cárceles es cómplice de un antiguo ministro, seguramente este lo sea de un antiguo presidente del Gobierno, y a su vez este de un burgués acaudalado, y este de un obispo de influencia, y este de un aristócrata de tronío, y así hasta el infinito. Por tanto, a Galdós se le antoja necesario que ellos, los del pueblo que sufre y llora estos párrafos, tengan más cartas boca arriba, sobre todo si con esta jugada se descubre a uno de los hombres más influyentes de las últimas décadas. Montero Ríos tenía que caer.

Sin embargo, ¿merecía la pena arriesgar la carrera por un caso así, sabiendo que la tendencia no cambiaría? Las dudas asolan al canario, que con una mano en la frente y otra sujetando el cigarro a punto de consumirse le ofrece su vista a una puesta de sol espectacular. Hay pocas cosas más hermosas que el sol de invierno, piensa justo en el momento en que se ajusta el

sobretudo a la altura del cuello para mitigar el ligero dolor de garganta que ha empezado a aparecer la última semana. A menudo, en situaciones como esta, siente afecto por el alma de Higinia, que a esas alturas del año posiblemente estaría sufriendo los rigores del frío en la húmeda cárcel Modelo.

En ese momento, invade la soledad del canario un joven de porte menudo, algo rudo en sus andares, que cruza frente a él para sentarse en el extremo derecho del banco, que cuenta con más espacio libre. Acompaña a Galdós en la contemplación del anochecer, momento que aprovecha el canario para analizar su figura. Es, como ya se ha dicho, pequeño de estatura. La barba oculta su boca con extraordinaria frondosidad para la juventud que exhibe el chico, del mismo modo que también sorprende la frente, que ya clarea aunque el joven no supera, ni de lejos, la veintena. Su nariz es ancha; su mirada, agresiva. Y algo le dice a Galdós que no se trata del hombre más simpático de la urbe, algo que para su desgracia no tarda en descubrir. Una voz más aguda que grave pone fin a los minutos de quietud. El joven apenas gesticula.

—No todos los días uno tiene la posibilidad de charlar con un literato ilustre en esta situación —carraspea—. Hay que darle las gracias a esta maravillosa puesta de sol.

Galdós sonrío tibiamente.

—Si es usted un joven escritor, como intuyo, créame que podemos vernos más a menudo en situaciones similares. Si así lo desea.

El joven no sonrío, aunque algo en su mirada se traduce por ligera complicidad.

—No soy escritor, de hecho, trabajo en una panadería. Y para más inri quiero estudiar para médico. —El hombre ofrece su mano—. Me llamo Pío Baroja y Nessi. No hace falta que usted se presente.

Galdós estrecha su mano.

—¿Lector entonces?

—Así es. Aún recuerdo el bien que me hizo su célebre *Desheredada* allá en mi pubertad navarra.

—¿Es usted navarro? Algo intuía en su acento.

—En realidad, nací en San Sebastián. Ya ve que soy joven de mucha mezcla.

—Eso que usted se lleva —responde Galdós—, la mezcla enriquece.

—Lo hace. Aunque a la hora de leer y de escribir, si me apura, prefiero centrarme en un lugar físico. No me gustan las obras que transcurren aquí y

allá, a tontas y a locas. Para mí el escenario de la novela es el principal activo, por encima de la trama y de los personajes —confiesa el joven—, y ha de ser único y reconocible.

—¿Pero no decía usted que no escribía? —cuestiona Galdós, obviando el debate naturalista planteado por Baroja.

—Es que utilizar ese verbo es muy ambicioso si se trata de charlar con usted, pero digamos que sí empuño la pluma de vez en cuando.

Galdós vuelve a dirigirle la vista al sol, ya casi oculto.

—Utilice carboncillo. La pluma es muy cansada.

A Galdós no se le ve cómodo. Su pensamiento está aún con Montero Ríos, y no le apetece inmiscuirse en las inquietudes literarias de un joven que sueña con la alta escritura.

—Permítame —continúa Baroja— que vuelva al asunto del escenario novelesco. Me gustaría decirle a usted, que le ha dedicado tantos párrafos a Madrid, que esa manera de tratar al personaje de baja ralea... Creo que debería darles un aire, como podría decirlo, un aire más romántico. Elevarles, si me permite la expresión.

Galdós lo mira ahora por encima del hombro, con expresión altiva. Hace el amago de contestar, pero finalmente replica de manera vulgar.

—Insisto, coja el lápiz y emborrone una cuartilla. Seguro que lo hará mejor.

—Le prometo que el día que me atreva será el primero en saberlo. Y sería un honor que uno de los más grandes de las letras castellanas sea el primero en leer un párrafo de este que habla.

A Galdós le resulta simpática la manera en que el joven reparte palo y zanahoria indistintamente, pero con el sol ya oculto, decide que ha llegado la hora de acabar con la conversación. Se levanta y esta vez es él quien ofrece su mano.

—Ha sido un placer, don Pío Baroja y Nessi. Estoy seguro de que esos párrafos serán muy dignos.

El vasco estrecha su mano.

—Gracias, señor Galdós.

El canario busca el camino de los Yeseros para dirigirse a la plaza de la Cebada, pero cuando ya se ha alejado una decena de pasos, escucha la voz de Baroja, que reclama su atención por última vez:

—¡Señor Galdós! —El aludido se gira—. Déjeme decirle que es admirable lo que está haciendo por esa joven, Higinia o como se llame. Todo Madrid

sabe que anda usted detrás de su defensa y le tienen por un héroe. Puede que a eso me refiriese antes cuando hablaba de convertir en héroes a estas pobres gentes. Así que siga luchando, no desista.

Galdós sonríe.

—Gracias, amigo.

Echa un último vistazo al horizonte de la Casa de Campo, pero ya no cae la luz sobre las copas de las encinas.

3

Galdós observa con detenimiento el desarrollo de la manifestación que un grupo de simpatizantes de Higinia ha montado frente al palacio de Justicia. El escritor, cuyo domicilio casi puede verse desde el lugar que ocupa el gentío, no deja de impresionarse ante escenas como aquella. Si bien es cierto que desde que desembarcó en Madrid ha podido ver de todo, desde trifulcas relacionadas con la república hasta disturbios por monarquías extranjeras, pasando por revueltas estudiantiles o levantamientos militares, cada vez que un impulso popular se apodera de las calles siente que los ciudadanos están vivos. Pero es que además, piensa, estos movimientos se producen en escenarios bellísimos, y no lo es menos este palacio que aloja a los hombres que rigen los designios judiciales del país. Algo que sólo puede ocurrir en Madrid.

El canario le había filtrado a Gabriel Moya, subdirector de *El Liberal*, la noticia sobre la reunión que habían mantenido Millán Astray y Montero Ríos el día de autos, el turbio episodio que le había sonsacado Melquíades al cochero, y el pueblo había desatado sus iras contra el ministro de Justicia. Una semana más tarde, todas y cada una de las cabeceras nacionales se hacían eco del escándalo: Millán Astray y el actual presidente del Supremo, reunidos unas horas después del asesinato en el momento de la detención de dos de las sospechosas. Sorprendentemente, Montero Ríos, lejos de intentar aplacar los ánimos, había convocado una rueda de prensa en la que se declaraba inocente y amenazaba con llevarse por delante al primero que lo acusase. Las cosas se torcieron cuando Millán Astray, en declaraciones a la prensa, soltó la bomba definitiva: «Ahora todo el mundo sabe que, si se me toca un pelo, bajará el presidente del Supremo de su silla». La prepotencia de ambos personajes

terminó de encender al pueblo, que ahora ya tenía una cabeza de gigante, la de Montero Ríos, para ser cercenada con saña.

Construido sobre un antiguo monasterio, el edificio que un día perteneció a la orden de San Francisco de Sales todavía desprende el rastro del antiguo complejo que incluía templo, dependencias reales, huertos, jardines, etc. La fachada monumental deja que dos pequeñas torres sustenten un frontón amplio, salpicado con innumerables pilastras. Varias decenas de pequeños balcones dejan el rastro de la vida interior, que no es menos impresionante que su cara externa. Galdós, que lo ha visitado en alguna ocasión por puro interés artístico, recuerda con nitidez el gran patrimonio exhibido. Con sus suelos de mármol, sus motivos grecorromanos, sus columnas jónicas y capiteles dorados, sus frescos alegóricos, sus patios reales, sus primorosas pinturas barrocas, sus fuentes neoclásicas, el palacio es uno de los edificios madrileños que más cultura alberga en su interior.

Sobre ese maravilloso tapiz se desarrollan los acontecimientos. La escena deja tres grupos claramente diferenciados. Por un lado, los asaltantes, que se cuentan por un centenar y que agreden con piedras al ente judicial representado simbólicamente por el ostentoso edificio. Gritos de «¡Higinia, libertad!», exclamados con cierta unanimidad, se ven salpicados por insultos y amenazas pronunciados de forma individual. Galdós sospecha que no todos los que forman parte del tumulto pelean por la figura de Higinia, pues reconoce a uno de ellos en la figura de un antiguo vecino al que siempre conoció por su apellido, Villaamil, que trabajó en la Administración pública de Hacienda durante años y que tuvo que mudarse meses atrás por haber quedado cesante. Como siempre, cuando el pueblo se levanta, distintos resortes lo mueven. En un segundo grupo podrían incluirse los funcionarios que, de manera ausente, representan a una clase hacia la que los atacantes ya sólo sienten odio. Y, por último, se da cita el tercer grupo, los espectadores entre los que se encuentra Galdós, que asisten expectantes a la revuelta, deseosos del morbo que todo ser humano experimenta al presenciar un hecho de este tipo.

Paradójicamente, la figura de Villaamil, que nada tiene que ver con Higinia, representa perfectamente lo que el crimen de Fuencarral supone para la sociedad madrileña. Hombre de raíz humilde, sale a flote gracias a una cierta cultura adquirida a base de esfuerzo y lecturas. Consigue la plaza en la Administración, le dedica gran parte de su existencia, pero acaba cesante

cuando ya nada de lo que ha hecho importa. Pierde su tren de vida, le arrebatan los sueños. Ve como los que se colocan en la cima del ente público siempre son los mismos, con los mismos apellidos, las mismas formas, los mismos derechos. Mientras, él tiene que cambiar de piso porque le acucian las deudas. Cuando se descubre que una joven ha sido engañada por los mismos que le engañaron a él, mastica cada día las noticias de la prensa, erigida abanderada de la justicia popular, hasta que tiene la oportunidad de, aunque sea de manera simbólica, convertirse en defensor de la justicia propia.

Junto al escritor canario, Melquíades también asiste al motín. Él sí que lo analiza todo con la precisión de quien se siente abrumado por un acontecimiento que creía imposible minutos antes. También ha caído en la cuenta de que el episodio es más simbólico que efectivo, eso no se le escapa a ninguno de los allí presentes. Aunque en la reflexión también se cuele lo que el simbolismo supuso a lo largo de la historia. Por supuesto, en su momento se valoraron como simbólicos el primer grito contra un húsar aquel 2 de mayo en que el pueblo de Madrid dijo basta, la primera mirada contra la fortaleza de la Bastilla en París cuando Francia despertó, el primer norteamericano que arrojó el té británico por las bordas del *Dartmouth*, del *Beaver* y del *Eleanour* el día que los colonos empezaron a resistir. Las grandes revoluciones han de sustentarse sobre actos primariamente simbólicos, concreta Melquíades. Y aunque este acto nunca llegue ni a una centésima parte de la altura que alcanzaron estos hechos, lo cierto es que los mueve el mismo motor: el hartazgo. Cuando no se tiene nada que perder, es fácil perder la paciencia.

Galdós extrae otro cigarro del bolsillo interior de la chaqueta, y se dispone a prensarlo contra su muñeca cuando escucha un rumor de pasos que aceleran a su lado. Es Melquíades, que corre a toda prisa mostrándole al mundo un rostro desencajado, una inercia casi destructiva. Cuando se mezcla con el resto de los manifestantes, Galdós le pierde la pista entre tanto cuerpo. Sí llega a ver que en el fulgor se agacha a por una piedra, pero el cuerpo de una mujer oronda le tapa cuando se dispone a arrojarla. Le preocupa la tendencia del joven aprendiz de escritor. Ha pasado de mostrar un talante temeroso y prudente a moverse por arrebatos, a necesitar embriagarse con la adrenalina del peligro. Vuelve a preguntarse si esta reacción es conveniente. Por un lado, se esperaba. Se trata de un chico joven que ha vivido agazapado durante años y que, tras un primer contacto frío y áspero con el mundo cosmopolita, ahora

siente que el escenario y los hechos le pertenecen. Galdós nota que de algún modo ya ha cogido las riendas de lo que tarde o temprano podría terminar siendo una novela, pues es él y no el resto quien ahora marca el paso. En apenas unos meses ha conocido el amor y la muerte, los dos grandes motores novelísticos, lo cual ya es condición suficiente para confiar en que el caudal narrativo que sin duda esconde acabe fluyendo. Ahora, mientras observa cómo Melquíades intenta rebelarse a pedrada limpia contra la injusticia social que todo joven rechaza, mientras observa cómo se deja llevar por el huracán que lo zarandea incesantemente, Galdós piensa: ¿hará falta que el huracán se apague para que aparezca la novela? La respuesta es monosílaba: sí. Y no tiene pinta de que pueda apagarse fácilmente.

4

El domicilio de Miguel Moya, subdirector del periódico *El Liberal*, impone al más ostentoso. Joven, liquidó con rapidez su carrera de derecho y accedió muy pronto a su puesto dentro del periódico *La Democracia*, que se había fijado en la notable habilidad que desprendía para redactar lo irredactable. El hecho de que su prosa hubiera destacado en Madrid tan temprano había hecho que los mandamases de las distintas rotativas se fijaran en él. Eligió para crecer *La América*, e incluso aceptó un cargo tan extraordinario para alguien de su edad como era el de director del diario *El Comercio Español* cuando aún se alejaba de los veinte, pero apenas se acercaba a los treinta. Finalmente, terminó fundando *El Liberal* junto a varios socios de considerable peculio, y ahora estaba a punto de liderar la dirección del periódico en solitario por aplastante superioridad intelectual sobre el resto de consejeros. Pero su casa impone no tanto por los lujos económicos que en ella pudieran hallarse como por la cantidad de recortes, fotos, cuadros y libros relacionados con el periodismo que salpican las paredes. Galdós lo conocía desde que años atrás coincidieran a menudo en las tertulias de café, y ya había visitado aquella casa en el barrio de Olavide por haberse alargado alguna de ellas más de lo debido. Ambos habían destacado al fin por su refinada redacción, lo que inevitablemente terminó uniéndolos hasta tal punto que Moya había sido el elegido por Galdós para recibir el chivatazo sobre Montero Ríos. La mesa larga de roble apenas acepta algún inquilino más. Alrededor de ella, los directores de *El Comercial*, de *El País*, de *La Correspondencia de España*, de *El Día*, de *La Justicia*, de *El Constitucional*, de *El Atlántico* y, por supuesto, de *El Liberal*, más los directores de otras tantas revistas, y más la presencia de algunos de los principales articulistas —en cuya nómina podríamos incluir a Galdós— del

momento forman un concilio que antes del caso del crimen de Fuencarral hubiera pasado por impensable, pero que ahora se antoja necesario.

—Bueno, señores —inaugura Miguel Moya—, creo que ha llegado la hora. Antes de nada, permitan que les agradezca su presencia aquí hoy. Es un día clave, sobra decirlo, y bien es cierto que hallarles aquí se antojaba necesario. Porque como todos ustedes saben ya, mi periódico ha publicado la reunión que el día de autos mantuvieron el señor Montero Ríos, presidente del Supremo, y el señor Millán Astray, director de la cárcel Modelo.

El humo de tabaco ha convertido la estancia en una nube gris a través de la cual resulta imposible reconocer a alguien más allá de un metro, pero la voz imponente de Moya llega con nitidez hasta los oídos de los asistentes. Entre ellos, a los de Galdós, que empieza a sentirse ligeramente fuera de lugar.

—Por desgracia —continúa Moya—, todos aquí hemos sufrido la represión del Gobierno, todos hemos visto cómo nos encarcelaban a algún periodista por ofrecer información que no les interesaba ver publicada, violando los efectos de la libertad de imprenta, y todos sabemos que este caso del crimen de Fuencarral es, gracias al amparo del pueblo, una oportunidad única para tomarnos cumplida revancha. —Tose varias veces, quizás por el efecto del humo. Un botones se afana en traer un vaso de agua—. Pero, volviendo al papel que Montero Ríos tiene en el asunto, si bien es cierto que contamos con varios testigos que afirman haber visto cómo Millán Astray y Montero Ríos se reunían aquella tarde, entre ellos a las dos hermanas Ávila, que fueron detenidas y conducidas allí como gorrinos en el matadero, no lo es menos que con esto quizás no valga para lanzar sobre el presidente del tribunal toda la justicia que merece.

En ese instante, Moya se levanta y se coloca junto a una pequeña pizarra portátil que el botones ha colocado en el poco espacio libre que queda en la sala. En ella escribe el nombre de los ocho periódicos presentes.

—He estado revisando las informaciones que con el rigor habitual han ido publicando ustedes en la prensa, y no me cabe duda de que si resucitamos estos viejos fantasmas, Montero Ríos no tendrá otra salida que dimitir. —Con parsimonia, dibuja un círculo sobre uno de los periódicos: *La Justicia*—. Por ejemplo, mi amigo Nicolás Acebes, en su diario ya contaron hace tiempo cómo Montero Ríos había dedicado parte de su influencia para colocar a uno de sus yernos en el palacete de Justicia.

—Así es —confirma el director—, pero el caso se cerró sin que hubiera

víctimas judiciales.

—Otro escándalo más del sistema. Resucitemos la noticia. Los españoles no necesitan veracidad, necesitan carne. Y en el estado en el que se encuentran ahora mismo, hasta un triste hueso les vale.

El director Acebes apunta algo en una cuartilla. Observa el papel como quien está devorando una presa. Sólo le falta relamerse cuando, con algo de nerviosismo, levanta el pulgar derecho en señal de aprobación.

—Lo haremos. En su día la noticia tuvo mucho tirón y creo que ahora puede multiplicar ese tirón por mil.

—Estoy de acuerdo —zanja Moya. Es entonces, con el humo casi impidiendo su gesto, cuando rodea un segundo nombre: *El País*—. Don Antonio Catena —nombra en alto Moya para atraer la atención del director de *El País*—, sé que el señor Acebes y usted mantienen una relación muy estrecha. ¿Podría apoyar esta noticia?

—La recuerdo perfectamente —interrumpe Catena—, y recuerdo también las miles de carpetas que guardamos relativas al caso. Cuento con esa presión también desde nuestro lado.

Moya asiente con satisfacción. En ese momento, y por un azar del destino, Galdós se fija en uno de los recortes de prensa que Moya tiene colgados en el despacho, y en el titular puede leerse: «Sí a la unión entre monarquía y democracia». No es capaz de distinguir la fecha de publicación, pero no puede ser lejana.

—Don Miguel. —El que se levanta ahora es Camilo Hurtado, marqués de Riscal y fundador y director del periódico *El Día*, que reclama así la atención de Moya—. Le pido que señale también mi periódico, porque nosotros tenemos una información que habla de la turbia relación que mantienen Montero Ríos y Millán Astray, y que tiene que ver con el voto que Astray obtuvo del señor Montero Ríos cuando este era ministro, y que le valió para entrar en la cárcel de Valencia. No puedo desvelar más.

Moya traza un círculo sobre *El Día*, pero su labor ha pasado a ser la de un mero apuntador, pues la mesa ya ha montado un coloquio sobre quién tiene tal información o tal otra. Las revistas afirman tener a punto a sus columnistas más mordaces para echarse a la yugular del presidente del Supremo, y los redactores ofrecen ideas sobre la mejor manera de machacarlo. Don Miguel Moya ya tiene lo que quiere: un grupo de periodistas hambrientos con la potestad suficiente para ejercer su oficio sin ambages. Con ello basta para

poder darle su merecido a un hombre al que llevaban décadas persiguiendo.

Horas más tarde, con todas las cabeceras ya rodeadas con el correspondiente círculo, Galdós sale de la calle de Nicasio Gallego en dirección a Recoletos, siente una especie de malestar en el estómago, como una náusea constante. Es ya tan evidente que la reunión que acaba de presenciar es tan trascendente para el futuro como un Consejo de Ministros, un pleno en el Parlamento o una mesa de jueces y fiscales que no puede más que llevarse la mano al bajo vientre para vomitar. El poder en España cada día tiene más buitres revoloteando alrededor del cadáver.

5

El palacio en el que se han alojado, un hotel con casino que alguna vez sirvió como refugio para emperatrices, nobles y reyes, espera la llegada de la tormenta, que se avecina desde el norte con velocidad. Es una construcción coqueta, que resiste frente al mar de Biarritz el paso de los años sin perder elegancia, con centenares de balcones a los que ahora se asoman acaudalados de uno y otro confín europeo. En uno de sus patios, techado pero con ventanales desde los que contemplar toda la bahía, un circuito de baños termales es ofrecido a precios prohibitivos como un oasis para la calma y relajación del cuerpo. Una pareja ha reservado la estancia durante una hora, y disfruta ahora del baño de agua caliente bajo la amenaza del ciclón sin que les preocupe. Viajar por Europa les enamora a ambos, y no pierden la oportunidad de hacerlo por separado en cuanto se dan las condiciones necesarias. Sin embargo, es la primera vez que viajan juntos al extranjero, y un camarero les ha recibido en francés, lengua sin secretos para ella, ofreciéndoles los placeres relajantes del lugar. Emilia sabe que a su amante le fascina la historia e intenta llevárselo a ese terreno. El padre de Galdós había luchado en la guerra de la Independencia, precisamente, contra los franceses y el canario había crecido al calor de esas historias, asimilando que de toda acción con eco en la historia hay un reflejo en el presente.

—Miquiño, estamos pisando tierra de emperadores —susurra ella, tras varios minutos de silencio.

—Ya sabía yo que no me traerías a un lugar vacío.

Ella levanta la comisura del labio con picardía.

—Napoleón III, aquel emperador romántico, y su mujer, Eugenia de Montijo, pasaban aquí largas temporadas relajándose.

—Demasiado beligerante... y demasiado decadente —puntualiza Galdós.

—¿Qué es el romanticismo sino pura decadencia?

Galdós sumerge su cabeza en el agua y, al sacarla, peina con sus manos el cabello que se le amontona en la cara.

—Pues tienes razón —admite el canario—, quizás sea uno de los últimos románticos.

Ahora es Emilia quien imita el zambullido de su amante, aunque a ella le resulta más cómodo el gesto por llevar el cabello recogido en lo alto.

—Y qué me dices de la emperatriz... —comenta ella—. Ay... Eugenia... Qué mujer tan elegante y distinguida. Qué porte tan majestuoso. Es una pena que perdiese a su familia y que, por tanto, tuviera que perderse ella. Ver morir a tu marido, a tus hijos... ha de ser escalofriante. —Afuera ha empezado a llover, lo cual hace que la actividad resulte aún más relajante—. De hecho —continúa Emilia—, y a pesar de que anda, como digo, bastante perdida, dicen que es aquí, en Biarritz, donde sigue siendo ella, la insigne emperatriz que un día fue.

El sonido de la lluvia golpeando el cristal acompaña a los amantes.

—Me pregunto qué pensaría el primer Bonaparte si viese el ocaso de esta dinastía...

Ambos fantasearon unos minutos con esta posibilidad, hasta que Emilia aprovecha la referencia a Napoleón para llevarse la conversación al terreno donde siempre terminaba: el literario.

—Dime una cosa, miquiño, ¿por qué esa primera serie de los *Episodios*, la que tiene que ver con la invasión napoleónica, es mucho más heroica que la segunda?

—Me lo preguntan a menudo y siempre dejo dos respuestas. Desde el punto de vista histórico, porque aquello que ocurrió en nuestra España fue una heroicidad. Campesinos batiéndose con el ejército más potente del mundo por el honor de sus mujeres, una constitución parida en parte por las necesidades del pueblo, resistencias que desafiaron a las leyes del hambre y de la sed... De algún modo, la España de entonces tenía algo en el horizonte por lo que luchar. Y desde el punto de vista personal, porque escribí aquellas novelas en un momento en el que creía que España tenía salvación. Se apagaba la República y se intuía una Restauración que podría salvarnos. Digamos que sentía el mismo ardor que los personajes que resistían a Napoleón en mis novelas. —Un trueno se intuye a través del cristal. Unos segundos más tarde,

el ruido llega a sus oídos. La tormenta aún está lejos—. Más tarde nos desencantamos, tanto los personajes con Fernando el absolutista como yo con esta Restauración abyecta. Y se notará más tarde en las novelas, claro.

—Luego hay relación entre la realidad y la ficción.

—¡Claro que la hay! De hecho, si tuviera que escribir ahora una tercera serie, y te confieso que a menudo pienso en hacerlo, desde luego sería la más pesimista que pudiera ocurrírsete.

Ella sonrío.

—¿Eres pesimista ahora?

—Claro que lo soy, querida. Estos golfos, los que pisan 1889, son los mismos de entonces, los que se paseaban por la corte fernandina masacrando al pueblo. Al final, este país está condenado a sufrir a esa casta formada por hombres de poder. Y me temo que da igual si estos son elegidos por el pueblo democráticamente, si se imponen por las armas o si se turnan cada cierto tiempo. Están incrustados ahí, en nuestro horizonte, y nunca llegamos a tiempo para alcanzarlos. Y mira que hemos tenido oportunidades de llegar..., acabamos de citar dos: la guerra de la Independencia y la Restauración. Pero nada, ahí siguen.

—¿De verdad crees que este contexto que vivimos ahora es comparable al de Fernando VII?

—Probablemente peor. Los políticos se han constituido en casta, dividiéndose, hipócritas, en dos bandos igualmente dinásticos e igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y destejer la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No hacen nada fecundo, no crean una nación, no remedian la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas, no suavizan el malestar de las clases proletarias. Fomentan la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y acaban por poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil y hasta la independencia nacional en manos de lo que llaman Santa Madre Iglesia.[1]

—Estamos condenados.

—Vaya si lo estamos. Fíjate, querida, en esa pobre Higinia. ¿Acaso ella es consciente de si dirigen el timón conservadores o liberales? ¿Acaso a ella le importa un carajo si el país está en manos de rey, reina, regente o valido? ¿Piensas que cree en la dictadura o en la democracia? ¿En la república o en la monarquía? A ella sólo le importa una cosa: vive en un estado de miseria

inaguantable y la desesperación puede llegar a cualquier parte por ofrecerle pan al estómago. Esto lo saben esos mismos, los que sí tienen respuestas para las preguntas anteriores, y vaya si lo aprovechan. Si el plan para sacar ese provecho falla, eso parece claro, sólo pagan los de abajo. En este caso, Higinia.

Emilia besa la mejilla de su amante con ternura.

—Hemos venido a relajarnos... —Y acaricia su pierna bajo el agua.

Afuera, la distancia temporal entre la luz y el sonido avisa de que la tormenta ha llegado.

6

Montero Ríos no puede aguantar la presión y, como había pronosticado Cadalso, dimite ante la cascada de críticas que no tiene pinta de remitir. Dolores Ávila confirmó que había visitado el ministerio el día que fue arrestada, que subió junto a Millán Astray al famoso carruaje dorado y que vio como este último se reunía con el presidente del Supremo sin que ella fuese testigo de la conversación. Durante semanas corre el rumor de manera intensa: don Eugenio, ministro de Gracia durante el Sexenio y ministro de Fomento durante la Restauración, actual presidente del Supremo, ilustrísima personalidad, será imputado junto a Millán Astray y el resto de los compinches, acusado de cómplice de asesinato. Este episodio no puede empañar la magnánima carrera política de Montero Ríos, que, ante la imposibilidad de manejar las riendas de un caso que se le ha ido de las manos, decide dimitir un lunes a primera hora. La calle lo celebra, y en concreto Galdós y Melquíades sienten que, pase lo que pase, al menos esta lucha ya se ha cobrado una víctima política.

—Si la caída de este señor —llega a decirle Melquíades a Galdós mientras sostiene una copa de cava catalán en su nuevo apartamento— sirve para que alguien se lo piense antes de cometer una nueva fechoría, bienvenida sea.

La saña con la que la prensa se ha ocupado de Montero Ríos no tiene precedentes. Como ya había contado Cadalso, algunas cabeceras no le perdonan al presidente del Supremo que hubiese encarcelado a algunos periodistas ahora que la libertad de imprenta se ha instalado en el país, y después de que Galdós le hubiese filtrado a su amigo Moya la noticia de la reunión entre Montero Ríos y Millán Astray, estas cabeceras sienten que han mordido carne por fin y se han tomado cumplida revancha. Por primera vez en

toda la historia de la política española, se demuestra que la prensa, dirigida a veces por personajes que nada tenían de nobles ni de aristócratas, es capaz de tumbar a uno de los hombres más poderosos del país.

Los últimos años de un siglo XIX que se apaga han hecho girar el signo del poder en España.

7

Esta vez han decidido verse alrededor del apartado lago del Retiro, lejos del ambiente universitario que últimamente rodea siempre a don Nicolás Salmerón. Mientras, en silencio, ambos pasean con la privilegiada presencia del palacio de Cristal, inaugurado meses atrás, custodiándolos, Galdós no deja de pensar en el hecho de que aquel prodigio que entre la naturaleza y el hombre habían creado era cada vez un lugar menos apropiado para eso, para el retiro y la reflexión. El crecimiento de la ciudad, imparable ya, empezaba a incrustar el parque en el corazón de la misma. Es Salmerón quien rompe el silencio.

—Te he hecho llamar porque tengo dos noticias para ti, querido. Una buena y una mala.

—Empiece por la mala —sugiere Galdós—. Que quede, al menos, un buen regusto después de todo.

En un punto cualquiera, Salmerón se detiene para fijar la vista en algún lugar del lago.

—La acción popular va a pedir la pena de muerte para Higinia —relata don Nicolás, con voz firme—. La consideran culpable, creen que sus movimientos fueron claros, y que va a ser difícil que se sepa hasta qué punto Varelita influyó en ella a la hora de cometer el asesinato. Quién sabe. Pudiera ser que Higinia no levantase una mano en contra de Luciana Borcino sin el respaldo de semejante órgano de canallas, como pudiera ser que la asesinara a traición sin que nadie la azuzase. Eso no se sabrá nunca y las opiniones que tú o yo tengamos, seguramente más cercanas a la primera hipótesis, no son más que eso, opiniones.

Galdós asiente.

—¿Y no le parece excesiva la condena?

—Me lo parece, ciertamente. —En este punto, Salmerón suspira—. Ya me conoces, amigo... Estoy en contra de la maldita pena de muerte e incluso, cuando fui presidente del Gobierno, esto me trajo innumerables problemas. Se lo he hecho saber a los letrados, pero parece que en este punto la ley es clara.

Ahora es Galdós quien reanuda la marcha. Salmerón le persigue.

—¿Y cuál es la buena, don Nicolás?

—La buena es que también van a pedir la pena de muerte para ese joven, José Vázquez Varela. —Galdós se detiene, sorprendido—. Así es. Además de los indicios de culpabilidad que ya se conocen, como el hecho de que esa noche estuviese fuera de la cárcel o que la autopsia revelase que sólo alguien de complexión hercúlea pudiera haber propinado las heridas con el machete, y de que detrás de su defensa se halle un órgano de tal envergadura como el que comanda el mismísimo tribunal del Supremo, la acción popular ha recabado testimonios, cartas y otras pruebas que demuestran que el famoso Vareleta anduvo detrás del crimen.

—Dicen que no es bueno alegrarse del mal ajeno —interrumpe Galdós—, pero es que esta noticia es maravillosa para la reputación judicial de este país.

—Lo es. Y creo que la estrategia es buena. Veremos.

Al fondo, el graznido de un pato rompe el silencio en el que han vuelto a penetrar los dos amigos.

—¿Y qué hay de ese José Millán Astray? —quiere saber Galdós.

—La acción popular lo considera cómplice y pedirá para él doce años de cárcel, una multa de ciento veinticinco pesetas y la inhabilitación vitalicia para desempeñar un cargo público —suelta de carrerilla Salmerón.

—Parece un buen escarmiento.

—Lo sería. Estoy seguro de que muchos se lo pensarían antes de violar así las leyes de las que viven. ¿Qué es eso de que un futuro procesado como él tenga un careo con Higinia sin orden expresa del juez? ¿Qué es eso de que registre la casa de Dolores y de María Ávila por su propia voluntad? ¿Qué es eso de dar permiso a los convictos también sin orden judicial o legislativa? Ese tipo es peligroso porque siente que el sistema es su cortijo. Y a los tipos peligrosos hay que, mínimo, asustarlos.

Vuelve el silencio a la conversación. Llevan tanto tiempo paseando por la ribera del lago que ya ven el palacio casi en el otro extremo.

—¿Y para Dolores y María Ávila?

—Para Dolores Ávila se pedirán doce años, también por cómplice. Como ves, todo hombre noble tiene su par en el extracto humilde, también en la cárcel. Para María solicitarán la absolución.

Galdós hace un gesto cómplice. Salmerón acepta el cigarro que le ofrece el canario, que enciende ambos con el mismo fósforo.

—Me parecen penas proporcionales y justas —sentencia Galdós—. Espero que el tribunal sea justo.

—Insisto en que la acción popular está extraordinariamente coordinada. No es fácil en un caso como este, donde, por cierto, se personarán también como acusación popular hombres impuestos por los directores de prensa más poderosos. Algunos, como los de *La Correspondencia de España* o *El Liberal*, van a machete a por Vázquez Varela y Millán Astray. Y hay que tener en cuenta que este tribunal cuenta con el apoyo de Silvela o de Cánovas, que ya se han pronunciado en favor de la defensa. Aunque, insisto, la clave aquí está en la prensa.

—Ay, la prensa.

—Es que este caso ha cambiado las reglas del juego. Un periodista tenaz con el altavoz suficiente tiene hoy el mismo peso, si no más, que el político más reputado. Y lo van a demostrar en el juicio.

—Veremos si no acaban cayendo en las redes que el poder teje sobre las élites del país, para dejarse picar más tarde por la araña de la corrupción y el delito. Yo ya no me fío de nadie —sentencia Galdós.

Acercándose al extremo del parque que comunica con la puerta de Alcalá, los dos amigos se sienten con fuerzas para encarar el cercano juicio.

—Por mi parte, por cierto, envío al grupo de acción popular a Antonio María Ballesteros, mi pasante, un hombre de extraordinaria valía. Va como letrado, así que tendrá peso en lo que ocurra. Seamos optimistas.

Cuando se despiden a la altura de la calle de Alcalá, ambos lo hacen con la efusividad de quien está a punto de terminar un largo camino, pero también de quien es cauteloso con el final del mismo. Ve cómo se aleja el gran Nicolás Salmerón allí donde el antiguo camino al Henares se empieza a difuminar. Cuánto habría ganado este país si les hubiera dado más voz a maestros como él, piensa con algo de melancolía. Galdós saca otro de los cigarros, el segundo, y lo golpea con suavidad contra la muñeca para poder prensarlo. Lo enciende con violencia antes de coger el sendero de Recoletos.

—Estoy fumando demasiado. Ya me lo dice Emilia... —musita para dentro

antes de llevarse el cigarro a la boca.

8

De nuevo, las escaleras del hotel Victoria. De nuevo, esa decoración romántica y exagerada que tanto fascina a Galdós. De nuevo, la pintura y la escultura. El mismo pasillo. La misma habitación. Con un gesto suave, acaricia la puerta con los nudillos. A la primera llamada, nadie responde. A la segunda, sí. Es de nuevo don Camilo, la misma sonrisa, la misma sensación de opulencia.

—Pasa, querido.

El tiempo parece detenerse en aquella habitación. Todo parece intacto a pesar de que han transcurrido muchos meses desde que se encontraran allí por última vez. Saltaba a la vista que José Camilo Paz pedía que nada se modificase, pero lo extraordinario no era que lo pidiese, sino que el hotel lo lograra. Le había vuelto a citar por la mañana, pero esta vez la pequeña cafetera de porcelana ya lucía sobre la bandeja de plata. Camilo sirvió dos tazas y le acercó una de ellas a su amigo.

—Bueno, se acerca el juicio, por fin.

—Así es...

Galdós sorbe. Don José Camilo observa el periódico de reojo. No hay ninguna noticia sobre el crimen de Fuencarral en portada.

—Llevarás muchos meses esperando este momento.

—Cada día que pasa necesito con más fuerza que llegue. Esta espera es eterna.

Ahora es el director de *La Prensa* el que sorbe.

—Me han dicho que mis amigos de la prensa española se han puesto de acuerdo para atacar a ese carcelero y a la carcunda que lleva detrás.

—En efecto —confiesa un Galdós apático—. Lo que en un primer momento

parecía un crimen apasionante, por el que merecería la pena correr el riesgo de buscar al asesino o de penetrar en los personajes, ha terminado convirtiéndose en una cacería, sin más. Los dos bandos pugnan por ver quién atesora más poder, y la asesina, si es que realmente la asesina es esa pobre muchacha, ya es lo de menos. —Vuelve a sorber, el café es extraordinario—. Es sorprendente que a nadie le importe ya quién es el asesino. Sólo importa quién pagará los platos rotos, pero no los platos rotos del asesinato, sino de la vida fuera de él. Muchos de los que caerán con este juicio no lo harán por su papel en la historia de Fuencarral, sino por su mala política.

Camilo recoge una magdalena diminuta de la bandeja, pero decide no comer en presencia de su amigo.

—Todo acaba siendo política.

—Todo. Maldito país.

Finalmente, Paz engulle la magdalena con rapidez.

—¿Y tú cómo lo afrontas? Te veo desganado...

Galdós giró la cabeza en señal de aprobación.

—Francamente, esta guerra a gran escala no me apetece vivirla. No me apetece aparecer en el centro de un fuego cruzado. No sé si es cobardía, si son los años... Me gustaba el caso cuando afectaba a la gente cotidiana. Pero esto ya es otra cosa.

—Bueno, tú ya has hecho tu trabajo. Termínalo, escribe la última crónica para mi periódico y aquí paz y después gloria. No metas los pies en ese barro más de lo que los has metido ya. Eres un hombre respetable, no dejes que el poder enfangue tu prestigio.

—Te entiendo, Camilo. Pero esa muchacha, esa Higinia...

—Hay muchas Higinias y habrá más. Pero Galdós sólo hay uno. Insisto, si sigues persiguiendo a esos hombres tan poderosos, acabarán por aplastarte. Escribe esa última crónica para *La Prensa* de Buenos Aires y huye un tiempo de aquí.

Galdós mira la taza, ya vacía, con fijación. Tras varios segundos, levanta la vista del recipiente.

—Eso es lo que haré, don Camilo.

9

Durante los primeros meses de 1889, se lleva a cabo una de las guerras más cruentas que habrían de vivirse dentro de la Real Academia Española de la Lengua. Se falla la entrada en la academia del hombre que habría de ocupar la vacante que había dejado Marcelino Aragón Azlor, duque de Villahermosa, fallecido meses antes. Aquellas semanas vieron todo tipo de duelos e insultos entre los muros de la docta casa, pues unos se inclinaban por la entrada de Galdós y otros creían que tendría que ser Commelerán el que accediese al sillón. El resultado final de la votación fue favorable a Francisco Commelerán por catorce votos frente a diez para Benito Pérez Galdós. Tras una década de rumores, la academia volvía a rechazar al ilustre escritor, lo cual ya empezaba a resultar casi humillante. Don Benito no sabe qué ha podido fallar esta vez, pues hasta el apoyo de Cánovas ha recibido. Pero lo cierto es que el día que recibe la carta de Menéndez Pelayo anunciándole que la «votación secreta» terminaría con una victoria de Commelerán, el canario termina destrozando la carta con sus propias manos y deseando con todas sus fuerzas el mal para aquella panda de cromañones que se empeñaba en vejar su más que notable éxito literario. Semanas más tarde, Galdós habría de recordar este episodio cargado de frustración y dolor.

CAPÍTULO VIII

1

No nos costó demasiado que el señor Ortuño, padre de Laura, nos diera permiso para que visitáramos juntos mi tierra natal. Los dos progenitores se cruzaron una correspondencia muy correcta —Laura me mostró la carta que habían recibido con el sello de mi padre, algo que él nunca hubiera permitido— y, con el consentimiento de ambos, compramos sendos billetes de tren —sí, de nuevo ese horrible trasto— para realizar el trayecto en fechas ya cercanas a la Navidad. De aquella carta, por cierto, recuerdo un párrafo como si lo estuviese leyendo ahora:

Mi hijo es un joven disperso y atolondrado, pero tiene capacidades. Estudió leyes en Salamanca con brillantes comentarios docentes, y si bien es cierto que terminará tomando el control de la hacienda que poseo, no lo es menos que estos años de juventud habrá de vivirlos como la juventud requiere. Por eso no me preocupan ni la dispersión ni el atolondramiento de los que le hablaba, estoy seguro de que Madrid acabará por asentarle. Y no estoy menos seguro de que, al lado de su hija, de cuyas referencias no puedo por menos que enorgullecerme, despertará con más rapidez y nos mostrará esas habilidades que siempre deja intuir.

Era la primera vez que veía cómo mi padre hablaba moderadamente bien de su hijo, lo cual me marcó lo suficiente como para recordar aún el párrafo. El señor Ortuño se refería a mí con mucha menos solemnidad que mi padre, me palmeaba la espalda, me aconsejaba, charlaba conmigo sobre literatura y libros. Qué diferencia de caracteres entre mi progenitor y el que pronto habría de ser mi suegro, francamente.

Volví a la estación del Norte, aquella que me vio llegar meses atrás, aquella que me hizo empezar a odiar una ciudad que me repudiaba, aquella mole sin apenas decoración que marcaba la oscuridad de aquellas primeras semanas en Madrid. Quién me iba a decir a mí que regresaría a ella completamente enamorado, ilusionado con el proceso no sólo literario, sino también personal, que veía reflejado en el crimen de Fuencarral, reconciliado con la ciudad, en suma. Para más dicha, el tren invernal era mucho más soportable que el asadero en que se convertía en verano, y el viaje no puedo decir que fuese agradable, pues los asientos seguían sin ser todo lo cómodos que eran, por ejemplo, los del carruaje que nos transportó a Galdós y a mí hasta Ainzón, pero sí notaba que ese clima frío y seco de la meseta junto a la compañía de Laura me reconfortaba.

—Siento mucha emoción —confesó Laura cuando apenas habíamos dejado atrás las últimas casas de Madrid—. Es la primera vez que me alejo tanto de Madrid, y lo cierto es que me provoca una mezcla de inquietud y miedo que resulta apasionante.

—¿Miedo? —respondí yo—. Miedo ha de provocarte lo que dejamos atrás. Esas calles que no sabes si son más peligrosas cuando lucen atestadas o vacías, esas colmenas de edificios donde se agolpa la gente, las luces por todas partes, los transeúntes caminando como alma que lleva el diablo... Créeme, mi amor, que el remanso de paz y de tranquilidad te puede provocar de todo menos miedo.

—No creas. A veces el silencio y la oscuridad son las opciones más peligrosas. Azuzan la imaginación —susurró ella, riendo.

Yo la miré a los ojos, que brillaban más que nunca.

—¿Y dónde se está mejor que en una realidad imaginada? —jugueteeé yo—. Me resultaba más creativo un minuto en la soledad de mi tierra que medio año en Madrid.

—¿Ahora le vas a echar la culpa de tu falta de creatividad a Madrid?

Reí.

—Alguien tiene que pagar el pato.

—Bueno... —divagó ella—. También es verdad que para crear necesitas haber vivido. Y hay más vivencia en un solo minuto con los pies en Madrid que en toda tu vida anterior en Castilla.

Me retraje ante la gran verdad que acababa de soltar Laura. Ella notó que mi angustia se hacía visible y rápidamente se abalanzó sobre mí,

acurrucándose sobre uno de mis costados. Con una mano rodeó mi torso y fue acariciándome con una ternura que, francamente, yo no había conocido nunca.

—Eres un gran escritor, cariño... Algún día te reirás de esta crisis creativa.

Recuerdo bien el sonido mecánico de las tripas del armatoste, que se acrecentaba a medida que íbamos atravesando la sierra. Recuerdo la montaña salpicada aquí y allá con pequeñas motas de agua, el descenso por la ladera por donde caminaban las serranas del Marqués de Santillana. Más allá, la sucesión de campos superpuestos sobre la planicie eterna a la que cantaron tantos poetas, y mi mirada perdiéndose por el horizonte de aquella meseta que yo juzgaba hermosa en contra de los cánones generales. Había algo en la soledad de aquellos campos nunca recorridos con lo que me identificaba. Me hacía gracia cómo Laura se exaltaba cuando dicha soledad se veía interrumpida por un pequeño enjambre de casas, nunca más de medio centenar, que en extraña comunión habían decidido sobrevivir utilizando para ello los escasos recursos de aquella tierra.

—¿Cómo pueden vivir aquí, en esta tierra vacía? ¿Alguien habita esas casas tan tristes? —quiso saber ella.

—Pues claro. Las habitan gente poco diversa. Cuando digo poco diversa quiero referirme a un modelo muy estándar de aldeano: persona huraña, reservada, dueña de sus miedos y de sus costumbres, encerrada en esas alturas de páramo a las que nadie accede. —Ella me miraba como el que examina a un extraño espécimen—. Y no les culpo. Yo mismo habría elegido esa vida para mí si hubiera tenido la más mínima oportunidad de elegir.

En este punto mentí, pues me hallaba en un momento de mi vida que exigía volver a Madrid. Pero sí es cierto que otear aquella quietud en contraste con la locura sistemática de la ciudad era poco menos que un ejercicio de locura individual. Cuando, de pronto, una pequeña hilera de olmos se estiraba al otro lado del cristal, uno quería creer que la vida crecía en aquel terreno yermo. Pero al minuto volvía la llanura desértica, arruinada además por el invierno. Recuerdo también un pequeño pinar que se abrió ante nosotros, y no pude por menos que recordar la figura del niño que fui, engullida por todos los temores que sobrevolaban aquel paraje inimitable.

Llegamos al pueblo de noche, con el frío desgazando nuestros carrillos al bajar del tren. En la estación de Valladolid nos esperaba mi padre, a los pies de un tipo de carruaje mucho más robusto que el que solía verse en Madrid. Al verme, me abrazó con tibieza. Después, me separó con ambos brazos apenas

medio metro y me examinó con solemnidad.

—Te veo cambiado, hijo. Y eso me gusta.

Me apartó con delicadeza y con rapidez centró su mirada en Laura, que esperaba pétrea junto a mí. Con ella sí dejó un par de metros de distancia, pero de la misma forma examinó con todo detalle su figura, con el ceño completamente fruncido, la boca cerrada, severa. Ya pensaba que respondería con algún mal gesto cuando de pronto iluminó la escena con una sonrisa que, puedo jurarlo, yo nunca le había visto lucir. Abrió los brazos y con algo de pomposidad se abalanzó sobre ella.

—Ven a mis brazos, hija.

Y Laura y yo correspondimos con sendas sonrisas, a la altura del exagerado gesto de mi padre.

2

Afuera, la nieve cubría los campos con casi medio metro de espesor. Creo que la imagen no podía transmitirme una paz interior mayor: la oscuridad al otro lado de la ventana, la luna llena iluminando el manto blanco que había transformado por completo la escena, la chimenea calentando todo el interior con una fuerza exagerada; mi padre, Laura y yo alrededor de ella, dejándonos cautivar por el contraste entre el acogedor ambiente del interior y el agresivo invierno al otro lado de los muros. Tras dos días de estancia en Valladolid, dos días que mi padre utilizó para presentar a toda la familia, para mostrarle a Laura sus tierras más preciadas —especialmente su predilecta: «el Huerto»; varias leguas de hortaliza y legumbre de primera calidad—, para dejar que probase sus distintos productos —desde el aceite hasta el vino, pasando por el pan o la ternera—, y para intentar enganchar, en suma, a una joven cosmopolita a la que todo aquello le parecía Júpiter. Pero aquella noche, junto a la chimenea, con la nieve arreciando fuera, los dos mundos hallaron un punto de encuentro.

—Cuéntame, Melquíades, ¿qué tal todo con don Benito? —quiso saber mi padre—. Es un ser fascinante.

—Lo es. Pero digamos que no atravesamos nuestro mejor momento —deslicé.

—¿Y eso?

—Bueno... Él tiene su vida y no lo culpo. Pasa semanas fuera de Madrid. Y el fervor mutuo del que le había ido informando puntualmente a usted, padre, se ha ido apagando con el paso de las semanas.

—No desaproveches la oportunidad de aprender del más grande —ordenó mi padre con algo de pena.

—No la desaprovecho. Pero los hechos se han dado así. En un primer momento noté cómo él se interesaba por el crimen de Fuencarral: le bastaron dos minutos para intuir lo que probablemente a mí me lleve varios meses comprender.

—El crimen, el crimen... ¿Quieres dejar ya el dichoso crimen y escribir lo que él te sugiera?

—Es que la novela, padre, no se escribe por gusto, sino por necesidad. Y esa necesidad, me temo, ya no la padece don Benito.

Mi padre se echó la mano a la cara en señal de hastío. Segundos después, se dirigió a Laura:

—¿Y tú, Laura, conoces al maestro Galdós?

—Sin ánimo de parecer descortés: ni lo conozco ni creo que sea un maestro —confesó con sinceridad ella—. Yo prefiero, si me dan a elegir, al poeta Alejandro Sawa.

—¿Quién demonios es ese Sawa? —quiso saber mi padre.

—Un canalla. Un bohemio con mucha luz. Un verdadero maestro —apostilló Laura.

Mi padre se levantó renegando para atizar el fuego de la chimenea. Movié los rescoldos y las brasas centellearon.

—Los jóvenes de hoy ya no respetáis ni siquiera a las leyendas... En fin, esperemos que mañana arrecie el temporal. Os veo quedándoos aquí hasta la primavera.

Ambos reímos.

—Si me mantenéis a base de manjares como la costilla asada de esta mañana, por mí no hay problema —bromeó Laura.

Y las risas se apagaron con la caída de los primeros copos de nieve al otro lado del adobe caliente de mi casa.

3

El viejo comedor de la casa familiar de Laura en la madrileña calle del Lobo impresionaba cuando sólo éramos ella y yo los que ocupábamos la mesa. Por asuntos de salud, al señor Ortuño, su padre, le habían recomendado pasar largas temporadas en la costa de Murcia. Al parecer, varios sarpullidos le atacaban al año desde que cumplió el medio siglo, y aunque el médico le había trasladado la falta de gravedad que tenía el asunto, él creía que sólo era un síntoma de algo interior mucho más gordo. «Da igual si hablamos de amor o de salud —me dijo en cierta ocasión el que pronto sería mi suegro—, la piel nunca miente». Así que allí se iba cada dos por tres a embadurnarse con barros y otros tratamientos de probada eficacia. Aprovechábamos esas temporadas Laura y yo para jugar a la vida de casados, y donde la cocinera había de dejar un solo plato le exigíamos un par, y donde el criado tenía que servir sólo una taza de té ahora servía dos.

Nuestra relación se había instalado en una quietud y en una tranquilidad que, dadas las alturas de nuestras vidas, con la juventud y el vigor brotando en el pecho, francamente no venían mal. Ella me quería, me admiraba y vislumbraba un futuro cómodo a mi lado. Yo conjugaba los verbos de la misma forma con ella, aunque por motivos distintos. Es decir, yo la amaba a ella tanto como ella a mí, del mismo modo que me acomodaba tanto con ella como ella conmigo. Pero, insisto, por motivos diferentes. A ella le gustaba, por ejemplo, mi inquietud constante, mi manera de no dar nada por sentado. A mí, en cambio, me gustaban sus pies en el suelo, su aparente estatismo. Es decir, no disfrutábamos de un amor recíproco, sino complementario, que es el mejor de los amores.

Como ya he dejado escrito alguna vez, nuestras conversaciones eran, sin

duda, lo más valioso de la relación. Cambiaban a menudo de signo, pero siempre guardaban una notable altura respecto de las demás charlas que solía mantener con el resto de personas que me rodeaban. Eso convertía nuestra relación en especial. Últimamente, por cierto, y dado el interés que estaban mostrando sus amigos universitarios ante la inminente llegada del juicio, Laura me preguntaba a menudo por el caso del crimen de Fuencarral. Lo que antes era una tenue disposición, ahora era un afán tremendo por conocer los detalles. Y, como me ocurría con Galdós, las conversaciones sobre el crimen siempre terminaban en el mismo punto: censurando ambos el privilegio al que la casta política estaba condenada dentro de nuestras fronteras. Yo, no podía evitarlo, veía con cierta hipocresía estos comentarios, incluso pronunciándolos yo. Al fin y al cabo, las pláticas se llevaban a cabo en un lujoso salón plagado de muebles de caoba, vasijas de oro, cubiertos de plata, etc. Eso, por más que me empeñase, no era capaz de olvidarlo.

Yo había comenzado a radicalizarme, lo cual, para una investigación, era cosa harto peligrosa, pero para la novela que no llegaba era poco menos que una bendición. Me repugnaban no sólo Millán Astray y José Vázquez Varela, también Montero Ríos, Salmerón, los directores de todos y cada uno de los periódicos madrileños, y si me apuran, en ocasiones, diría que también Galdós. El maestro, de cuya notabilísima habilidad para narrar no cabía duda, empezaba a sembrar en mí certidumbres de otro tipo. ¿Por qué no apostaba definitivamente por la inocencia de Higinia? ¿Por qué no plantaba cara al poder establecido? Él tenía armas infinitamente más potentes que las de casi cualquier mortal para emprender esta cruzada. Podría incendiar Madrid con sólo un artículo en cualquiera de los papeles que por aquí pululan. Podría detonar España entera si publicara una novela tan certera como hiriente. Pero disfrutaba así, con su acomodada vista de pájaro desde Recoletos, sus charlas aristocráticas de Ateneo, sus tertulias acaudaladas en los cafés del centro. No le dolían prendas en tirar de toda clase de chivatos, ladrones, malandrines y estafadores de los suburbios madrileños, pero a la hora de defenderlos adoptaba una posición ambigua frente a las injusticias. No aguantaba esa doble moral, esa manera de estar con el pobre y sin él, esa manera de no enfrentarse a un presidente de la república que apenas había durado unos meses, de no patear los traseros de sus hipócritas compañeros de profesión, de no arremeter contra una prensa que jugaba a tocar el poder ahora que podía.

Porque esto último era quizás la gran novedad con respecto a los crímenes

anteriores. Como ya han dejado caer varios personajes a lo largo de la novela, el papel de la prensa, cada vez más predominante no sólo en el desarrollo del caso, sino también en los juicios que los ciudadanos se construían sobre el mismo, era la evidencia que centraba gran parte de las disputas entre Laura y yo. Para ella, la aparición de este nuevo poder aportaba libertad y voz para un sector de la sociedad que nunca lo tuvo. Para mí, era una herida mortal para la democracia el hecho de que la justicia no cayese en manos de los que conocen sus vericuetos, es decir, de los jueces, sino de una turba que ahora contaba con altavoz para proclamar sus condenas, no siempre basadas en un principio igualitario. Lo que sí parecía seguro, y a falta de pocos días para el juicio quedaba completamente claro, es que nada sería igual un segundo después de que se dictara sentencia contra Higinia Balaguer, José Vázquez Varela, José Millán Astray, Dolores Ávila y María Ávila.

Seguíamos sin hablar de la boda, a pesar de que, obviamente, nos sobrevolaba el compromiso. Laura seguía sin pronunciar palabra al respecto, aunque en su mirada se podía ver reflejada la ansiedad por tratar el tema. De vez en cuando, yo deslizaba una opinión en la que, ciertamente, no creía, pero que me permitía ganar tiempo. Le hacía creer a ella que era demasiado pronto para acudir al enlace, a fin de cuentas, no se cumplía ni siquiera un año desde que nos conocimos en la fuente de la Cruz Verde. Pero lo cierto es que mi prórroga no tenía nada que ver con eso, y que quizás estaba relacionada con el hecho de no verme preparado. ¿Falta de preparación? *A priori* resultaba absurdo pensarlo. Nos queríamos, como ya he repetido varias veces en los últimos párrafos; teníamos el músculo financiero suficiente como para afrontar la vida en común; y todas las partes que pudieran suponer un problema habían mostrado, de manera clara, su predisposición.

¿Entonces? ¿Qué me impedía afrontarlo? ¿Qué me impedía agarrarme al brazo de Laura y afrontar el futuro?

La intuición siempre se adelanta a los hechos que estaban a punto de acontecer.

4

Recuerdo que todo era muy difuso aquellos días. Laura anduvo un poco perdida, ultimando los detalles de su nueva tarea como articulista. Por fin había salido a la calle el primer número de la revista en la que ella y el resto de las mujeres habían invertido tanto tiempo y esfuerzo. Con algunos meses de retraso, pero con la ilusión y las ganas intactas, lanzaron ese ejemplar como el que da a luz al hijo más deseado del mundo. Lo celebraron por todo lo alto con una fiesta en la propia nave de los Ocho Hilos, aunque no dejaron que nadie se acercara, regodeándose ellas en un éxito que les pertenecía en exclusiva y por el que seguirían peleando a muerte.

También guardo en mi memoria el momento en que ese primer número llegó a mis manos. Busqué el texto firmado por Laura y encontré una reflexión de dos páginas sobre las diferencias entre la educación del hombre y de la mujer. Hasta que no penetramos en aquel garaje, nunca me había imaginado que Laura pudiese escribir a esa edad con algo de sentido. Pero como si hubiera recibido una bofetada de realidad, tras la confesión en aquel cuartucho junto a la imprenta, tras revelarme que colocaría un artículo en aquel primer número, como por arte de magia llegó a mí la certeza de que Laura escribiría ese texto con la maestría impropia de una joven que no ha cumplido ni los veinte.

Y, por último, recuerdo el comienzo de dicho texto, que flota como un naufrago a la deriva en el mar de mi memoria. Decía así:

Querido lector, no hace falta sumergirse en un artículo como este para percibir que las diferencias entre la educación del hombre y de la mujer son tan profundas que tardaremos décadas —sino siglos— en conseguir que desaparezcan o, al menos, que se mitiguen y puedan partir así ambos sexos en igualdad de condiciones a la hora de formarse académicamente. La principal diferencia radica en el punto desde el que ambos

parten. Uno, el del hombre, busca prepararlo para la más alta de las metas posibles. Se cree en su aptitud, se busca potenciarla, y será el destino el encargado de dictar si se alcanza dicha meta o no. Sin embargo, el otro punto de partida, desde el que la mujer inicia su camino, es diametralmente opuesto: se pretende hacer creer que se llegará más lejos cuanto más ineptitud se muestre. He aquí que hasta que no cambiemos este prejuicio no podremos continuar con el resto del artículo, pues esta actitud encierra a las mujeres en una cárcel de la que no hay llaves para escapar. Para la sociedad de hoy, el objetivo vital de una mujer no es la dignidad ni la felicidad propias, sino las ajenas, las del esposo e hijos, y si no hay hijos ni esposo, las del padre o del hermano. E incluso cuando estos faltaren, las de la entidad abstracta género masculino.

5

Aquel día Laura y yo habíamos salido a pasear por el viejo Madrid, en dirección al teatro de las Maravillas, donde acudiríamos a la representación de *La verdad desnuda*, de Carlos Arniches. Curiosamente, el teatro quedaba muy cerca del número 109 de la calle Fuencarral, así que por primera vez me enfrenté al domicilio de Luciana, a la escena del crimen más famoso de la historia de la ciudad. Por fuera, el edificio parecía intacto, ajeno a los rumores que sobre sus inquilinos se cernían, como si allí nada hubiera pasado. Me detuve en el portal, y a punto estuve de subir las escaleras por puro morbo buscando el lugar exacto en el que los vecinos encontraron el cuerpo herido de la viuda Varela, pero decidí que no hubiera sido inteligente que alguien como yo fuese visto en un lugar como aquel: se estaban buscando cabezas de turco y podrían caer de cualquier parte. Antes de perder el edificio de vista, me mantuve unos segundos examinándolo: es sorprendente cómo a menudo los hechos más extraordinarios se desarrollan sobre tapices completamente cotidianos.

La obra de Arniches me pareció una delicia y no pude dejar de encontrar paralelismos con el caso de la calle Fuencarral. En ella, Arniches cuenta cómo la Verdad ha sido expulsada del planeta por don Infundio, «juez de rectas intenciones»; don Chanchullo, «fiscal que condena», y don Compadrazgo, «el que hace las defensas». En su lugar, varios mercachifles enarbolan la nueva bandera de la verdad, pero de ella, de la real, no queda ni rastro. Finalmente, la Verdad se rebela contra su expulsión y, acompañada de la Buena Fe, vuelve a la tierra, pero durante su paseo por los cafés y los domicilios se da cuenta de que ya nadie recuerda las bases que ella había impuesto, y que sería muy difícil volver a la vida real ante semejante panorama. Me imaginaba a los

jueces y fiscales que, gracias a las filtraciones del sumario que estaban llegando hasta los periódicos, cada día estaban más en el punto de mira de las iras del pueblo. Me imaginaba a los mercachifles enarbolando la falsa bandera de la verdad, algunos con el rostro o los brazos de Millán Astray o Vázquez Varela. La Restauración nos ofrecía esa cara traidora de la paz y la estabilidad. Y digo traidora porque, dentro de un siglo plagado de conflictos bélicos, aquellos últimos años del XIX apenas dejaron guerras ni muertes, pero bajo esa aparente paz el país se pudría y colocaba los cimientos de una casta política corrupta que serían ya difíciles de derribar.

Salimos del teatro ya de noche. Lo cierto es que no había excesiva diferencia entre aquella sala y las que yo había conocido en Valladolid. Creyendo yo que en la capital me enfrentaría a las grandes escenas que un día magnificaron Calderón o Tirso, a esas moles teatrales dignas de París o de Roma, lo cierto es que encontrarme con una sala tan recogida me devolvía al calor de mi tierra y al gusto por el verdadero teatro, sin artificios ni alharacas. Pero decía que salíamos del teatro ya de noche cuando, recorridos ya una decena de metros por Fuencarral, una voz nos llamó.

—¡Señoritos! ¡Disculpen, señoritos!

Laura y yo nos giramos, y reconocimos la voz que nos reclamaba desde el interior de un coche en la figura de doña Emilia Pardo Bazán. El vehículo se detuvo y de él bajó la extraordinaria mujer, vestida elegantísimamente. Había tenido la oportunidad de charlar un par de veces con Emilia desde aquella primera en el portal de Galdós, a la vuelta de Ainzón, pero siempre lo había hecho en compañía del canario. El hecho de hallarme allí con la sola compañía de Laura, sin ese nexo que era Galdós entre ambos, me sobrecogía. A pesar de que habíamos congeniado, a pesar de que la gran novelista siempre se dirigía a mí con bromas y afecto, su presencia seguía intimidándome. Mientras su imponente y gruesa figura se deslizaba por la calle, Laura me agarró del antebrazo y con toda la admiración del mundo me susurró.

—Es doña Emilia Pardo Bazán, Melquíades. La maravillosa Emilia.

Ella se acercó hasta nosotros. Una decena de pasos por detrás, una suerte de mayordomo la esperaba. Me saludó primero a mí, pues ya nos conocíamos de algún episodio anterior, pero después buscó con gusto los ojos de Laura.

—Cómo me gusta verle aquí—dijo examinando a mi acompañante de arriba abajo.

Rápidamente caí en la cuenta.

—Encantado de verla, doña Emilia—coloqué una mano en el regazo de Laura—. Permita que le presente a Laura Ortuño.

Emilia sonrió.

—Vaya, es usted hermosa—La muchacha se ruborizó hasta enrojecer su rostro—. No deje que la colmen de adulaciones —reanudó Emilia—. Los hombres son pérfidos —dijo sonriendo—, y hacen de la lengua y del verbo monumento a la perfidia.

—Doña Emilia —interrumpí, con sorna—, sabe bien que mi amor por usted y por su prosa es sincero, no me acuse sin pruebas.

Ambas rieron.

—Igual de sincero que el amor del resto de los hombres —apareció Laura —, sincero hasta que se cruza cualquier otro párrafo al que adular.

Ahora rieron sólo ellas.

—Señorita, va usted por buen camino —apuntó Pardo Bazán.

Gracias a la complicidad de Emilia, Laura soltó mi brazo dejando en él las marcas de las uñas.

—Gracias, doña Emilia. Pero ha de saber que no les dejo abusar de la adulación. Espero que lo sigan haciendo a mis espaldas. —Ambas rieron, dejándome en mí reflejada una cierta incomodidad, como si no me necesitaran.

Se apagaron las risas, y Emilia, ante la complicidad que se había despertado, no lo dudó.

—Oigan, no me digan que tienen plan para esta tarde, porque no les voy a permitir que lo cumplan.

Laura sonrió

—No lo tenemos, doña Emilia.

E inmediatamente después ella miró al cochero, que se apresuró a dejar la puerta abierta. Con cortesía nos ofreció subir al coche, y lo hizo sin apenas mirarme, pues había centrado casi toda su atención en Laura.

—Vengan conmigo a uno de los cafés del centro. Pero nada de cafés literarios. En ellos sólo hay vejestorios con la necesidad de exhibir su hombría y su ridículo orgullo a golpe de declamación. Visitaremos algún lugar interesante.

Me miró Laura y, sin dejar que me pronunciase, le ofreció su respuesta a Emilia.

—Por supuesto. Será un placer.

Y minutos más tarde ya bajábamos los tres por Fuencarral en dirección a la

calle de la Montera. Después, el cochero desvió a los caballos por la calle Mayor.

—Doña Emilia —intervine—, ya me ha comentado el maestro que tiene usted una novela en mente.

—Ay, ese canario chismoso. —Miró por la ventanilla—. Sí, hay algo a punto de lo que estoy muy orgullosa. Una novela sobre la mujer, que ya era hora.

—Bueno, este siglo nos ha ofrecido mucha novela dedicada a la mujer. Fíjese en la novela de Clarín, esa *Regenta*. O en Flaubert y su *Bovary*.

—¿Y qué tipo de mujer es esa? —cuestionó la condesa—. Una mujer instruida, pero bobalicona. Una mujer que recibe su castigo por traicionar lo que la tradición dice que no se puede traicionar. Para *Insolación*... —En este punto se llevó la mano a la boca—. Creo que no debía haber desvelado el título de la novela. Pero en fin, da igual. Les decía que para *Insolación* me he propuesto que la mujer no acabe la novela castigada, como ocurre con *Bovary* o con *Karénina*, sino que la historia tenga final feliz, aunque la protagonista haya traicionado los principios de discreción varoniles. ¿Es que acaso una mujer no puede ser indiscreta?

Ambos asistíamos obnubilados al discurso de aquella mujer.

—No entiendo por qué dice usted, doña Emilia, que la discreción es cosa varonil. Más parece un juego entre damas.

Pardo Bazán sonrió.

—Eso lo dice usted, que tiene algo ahí, colgando en la entrepierna. Pero la realidad es que la discreción y el recato son realidades impuestas por el hombre. ¿Acaso cree que a una mujer libre, con el instinto y las ganas de vivir a punto, le apetece ser discreta y recatada? A una mujer le interesa vivir, disfrutar, sentir. Y que no le juzguen por ello, como sí juzgaron, por cierto, a esas heroínas de tres al cuarto que nos pintaron los novelistas tradicionales.

Laura observaba la conversación con la boca abierta. Recordé la escena en la plaza del Dos de Mayo, cuando vi a Laura encadenada a un grupo de mujeres ebanistas en pos de sus derechos. No sé cómo, pero me acuerdo que pensé: ella también hubiera formado parte de la cadena. Tras descender hasta casi el cruce con Bailén, el coche se detuvo junto a una de las callejuelas que desde allí descendían hacia el Campo del Moro. La conversación que mantuvimos durante el trayecto seguía siendo extraordinariamente interesante, aunque como ya digo las dos mujeres parecían apartarme a mí de su charla, y

al contrario que en los ambientes literarios de Madrid, allí no se necesitaba la opinión de un hombre para nada.

—Me gusta mucho Arniches como dramaturgo. Creo que sabe darle el toque cómico que necesita toda tragedia. Hereda bien ese punto de los maestros del Siglo de Oro —deslizó Emilia.

—Estoy de acuerdo. En eso le aguanta la mirada a Lope, para mí el maestro de la comedia en castellano. Qué capacidad para convertir en fecundo un género que todavía hoy parece poco valorado —contestó Laura.

—Recuerde su *Arte nuevo de hacer comedia*, un tratado que cambió la historia de la literatura. Qué mente tan preclara la de don Lope —reafirmó Emilia.

—No en vano es el Fénix de los Ingenios —completó Laura— y mi autor de cabecera —sonrió.

Bajamos del coche y Emilia, sin séquito que le importunase, nos guio a través de las callejuelas hasta que llegamos a un pequeño pasadizo. Recorrido este, al doblar una bocacalle nos topamos con un edificio medio en ruinas, en cuyo sótano se advertían varias luces de colores. A través de la ventana, uno podía ver cómo las figuras desfiguradas por el cristal aplaudían. Sin duda, lo estaban pasando bien ahí adentro.

—Acompañenme. Van a entender lo que es divertirse. A esto lo llaman aquí «café cantante», y les aseguro que después de esta experiencia abandonarán las tertulias de hombretones.

Penetramos por un pequeño portal, pútrido y maloliente, donde un hombre manejaba una navaja a modo de cuchillo, pelando una mandarina con un cierto tono siniestro. Al ver a Emilia, el tipo escondió la navaja y la mandarina con torpeza y se dirigió a ella.

—Doña Emilia... Qué alegría verla.

—Pues no sabes lo que me alegro yo, querido López.

—¿La mesa de siempre?

La condesa asintió y el hombre nos acompañó a la sala que desde el exterior parecía plagada de luces de colores, algo que confirmé al entrar en ella. El ambiente era tan cálido que resultaba difícil no sentirse acogido. A las luces, la decoración unía una sucesión de guirnaldas algo disparatadas, unos geranios colgados aquí y allá a lo largo y ancho de la estancia, cortinas amarillas colgadas sin ventanas que cubrir, varias sillas y mesas verdes, todas ocupadas por un público entregado, y unos cuantos motivos taurinos que

dibujaban un cuadro costumbrista de lo más fiel. Al fondo, un pequeño escenario se levantaba sobre pequeños pies de madera. Era este un escenario compuesto por tablas y sobre él un bailar se movía con pasos sutiles que iba acompañando de un taconeo extraordinario. A su lado, un hombre de tez oscura tañía las cuerdas de una guitarra con arpegios maravillosos, y la fusión entre el baile y la música era, sencillamente, perfecta.

—Ya les dije que les gustaría —musitó Emilia.

Fue ella quien pidió la cena sin consultarnos, un pescado diminuto desconocido en Castilla, rebozado con harina y especiado con abundantes hierbas. La comida resultó un manjar, y mientras el resto del espectáculo seguía mejorando por momentos, lo cual convertía aquel plan en uno de los más divertidos de los que había disfrutado hasta entonces en Madrid. En uno de los descansos para el bailar, pude escuchar la conversación que Laura y Emilia seguían manteniendo.

—Me está costando mucho adaptarme a la vida universitaria —confesó Laura—. Ya sabe usted que hasta hace no mucho tiempo cualquier acceso en el ámbito universitario era una utopía para la mujer. Sin embargo, gracias a la influencia de mi padre, yo he sido aceptada en la escuela, lo cual es una pena por todo lo que tiene de clasista, pero francamente creo que es un pequeño paso para la mujer dentro del mundo académico. Ahora bien, los hombres me lo hacen pagar. Me cuestionan en todo momento, me preguntan qué pinta una mujer en clase, y por mucho que yo contesto con argumentos no sólo dialécticos, sino también intelectuales, rápidamente aluden a mi condición social y económica. Sólo le pido a la vida que me deje ver a la mujer libre por los pasillos de la universidad.

—Doy fe —me interpuse—. No hay día en que Laura no tenga que sacar ese carácter para hacerse valer en el ambiente académico. Ha de ser difícil convivir con unos sujetos que te obliguen a hacer el esfuerzo constante de visibilizarte.

—Es la cruz que lleva consigo la mujer, amigo —cuestionó Pardo Bazán—. Pero la entiendo, querida. Yo misma deseo con todas mis fuerzas acceder a alguna cátedra universitaria, pero a la mujer se nos niega ese acceso. ¿Por qué he de renunciar yo a ese puesto si estoy infinitamente más preparada que los hombretones que cada año ocupan su asiento allí? Le prometo, querida Laura, que algún día accederé a esa dichosa cátedra literaria, que usted conseguirá licenciarse con honores y que ese día brindaremos con vino a la salud de esta

panda de reaccionarios.

Levantó en ese momento la copa del magnífico vino dulce que nos habían servido y los tres brindamos, aunque yo sabía perfectamente que era un convidado de piedra allí. El espectáculo terminó y el público salió del local entre sonrisas y abrazos. Creo que nunca había visto un ambiente tan distendido, ni siquiera durante las interminables fiestas del vino que se celebraban en Madrid.

Doña Emilia Pardo Bazán se ofreció a llevarnos a casa y nosotros obedecimos, dadas las altas horas de la noche en que nos hallábamos. Laura y Emilia continuaron charlando con una complicidad extrema durante el trayecto, y yo comprendí que estaba delante de dos mujeres casi gemelas, con un talento y una cultura dignos de ser alabados. De complicidades entre mujeres tan doctas habría de salir el movimiento que colocase a la mujer en el lugar que merece, pues eran ellas las que con una sola palabra dejaban en evidencia a cualquiera que alardeara de la superioridad del varón. El coche de Emilia nos dejó en la calle del Lobo y se marchó con estruendo en dirección al paseo del Prado. Al ver alejarse los caballos, Laura pronunció las palabras:

—Qué mujer tan extraordinaria.

—Ya lo creo —sentenció.

6

Vi como Nela abandonaba su puesto de trabajo a media tarde, tras haber permanecido en él todo el día, sin descanso siquiera para comer. El frío invierno había empezado a apagarse y de vez en cuando, con la acción del sol, la temperatura se hacía soportable. Y utilizo ese adjetivo, soportable, a pesar de que el clima era mucho más benigno que en mi tierra natal y de que, por supuesto, me había resultado más llevadero el invierno seco que el tórrido verano que habíamos atravesado. Enlazo de nuevo con Nela, porque lo curioso en ella es que paseaba de camino a casa bastante ligera de ropa, quizás por notar esa pequeña subida de temperaturas o quizás simplemente por carecer de recursos para abrigarse. Esto suponía que lo que debió haber sido un torso abrigado era ahora una espalda al aire, lo que debió haber sido un forro de piel era ahora un corsé ajustado. Con todo lo que eso conllevaba para mi torpe deseo. Por la ronda de Embajadores me resultó fácil espiarla. Las carretas se amontaban en este punto, cargando y descargando los distintos enseres y productos que más tarde servirían para que el comercio en la zona no se apagase. De ahí empalmó con la ronda de Valencia, igualmente ancha y accesible, aunque, esta sí, menos concurrida. Disimulé mientras charlaba con una tabaquera adolescente que ofrecía cigarros americanos a un precio francamente bajo si lo comparamos con las cifras que llegaban a alcanzarse al norte de la ciudad. Desde allí seguí el rastro de Nela hasta que comprobé que su figura se adentraba en la calle Mesón de Paredes, donde, según la confidencia de Cadalso, vivía la hermosa mujer. Corrí hasta ocultarme en la esquina que daba entrada en la pequeña calle. Llegué a tiempo para ver como desaparecía engullida por el pequeño portal de su casa.

Entre los premios que mi padre había decidido ofrecerme por la estabilidad

con la que había reconducido mi vida se incluía el abandono de mi pobre alquiler en Chamberí para desembarcar en la calle llamada de las Infantas, en una zona más cómoda, cerca del literario café Castilla, lugar al que Galdós, por cierto, acudía con gusto cada cierto tiempo. Esta nueva posición me permitía pasear tranquilamente por la ciudad sin miedo a que la comida de la taberna no estuviese caliente a mi llegada. Aún no habíamos fijado una fecha para un probable casamiento, pero estos últimos compromisos aceleraban la decisión, por mucho que mi indefinición estuviese escociéndole a Laura ya como una herida que no se cierra.

Sin embargo, ese tiempo libre seguía sin invertirlo en lo que realmente debía, es decir, en hacer acopio de una buena biblioteca, en dar cuenta de ella y en escribir una mísera cuartilla que justificase mi aparición en este texto. Pero no, allí estaba yo, espionando a una completa desconocida como un chiquillo fácil de impresionar. Hasta cuatro veces perseguí a Nela en su camino a casa, lo cual, como digo, ya empezaba a convertirse más en una obsesión que en un simple interés por ella. En dos de esas ocasiones continuó con el mismo ritual, es decir, rápidamente recorrió el camino hasta su casa sin que mediara paréntesis alguno en el trayecto. En otra de las ocasiones se detuvo junto a la misma tabaquera que me había servido para ocultarme la primera vez y, tras adquirir algunos cigarros sueltos y pagar una cantidad que no pude precisar con chavos morunos, mantuvo una conversación de diez minutos con la cría que había efectuado el negocio. Sin más, se despidió y se adentró en el portal. Pero sin duda el trayecto más extraño lo efectuó el día que continuó su camino por la ronda de Valencia, más tarde siguió paseando por la ronda de Atocha hasta llegar a la estación del Sur, que se hallaba en obras por culpa de un incendio acontecido años atrás. Se sentó en una cafetería cercana al paseo de Santa María de la Cabeza y, desde la barra, dedicó lo que quedaba de tarde a liquidar los cigarros adquiridos el día anterior, a dar buena cuenta de un café y a ver cómo los viajeros iban y venían de acá para allá.

Sus andares eran mucho más elegantes que los de una dama distinguida, precisamente porque se trataba de una elegancia natural y no orquestada. Soltaba su melena rubia tras aguantar el moño improvisado mientras caminaba, lo cual se me antojaba un ejercicio estético de lo más hermoso. Al observar, da igual si los distintos comercios o la lejana ribera del río, mostraba una curiosidad casi infantil, rasgo que salía más de su mirada limpia

y frágil que de una posible actitud ingenua.

La quinta vez que me detuve a contemplar el placer casi artístico que la presencia de Nela me provocaba, ella se decidió por el camino corto a casa, es decir: Curtidores, Embajadores, Valencia y Mesón de Paredes. Pero se ocultaba ella de nuevo bajo el portal de casa cuando un golpe seco en la boca del estómago me hizo caer de bruces contra el suelo, sin respiración, y a la violencia de la caída le siguió una patada en el costado que me dejó casi inconsciente. Llegué a creer incluso que allí, en ese oscuro callejón, me liquidaban. No sé cuántos segundos pasaron hasta que volví a enfocar entre lamentos, y mi cerebro volvió a procesar la realidad en forma de barro húmedo, sobre el que ahora me tendía entre espasmos. Por fin pude incorporarme y cuál fue mi sorpresa al comprobar que la agresora no era otra que la tabaquera que vendía sus filtros entre las rondas de Embajadores y Valencia. Apenas una cría, apenas cincuenta kilos de peso, pero de dos empujones me había tumbado.

—Anda tú, me mira como a un perro —dijo entonces la joven—. Me he criado en Acacias, así que no deje que su orgullo decaiga.

Ya me había resignado a ser atracado por la niña cuando de pronto apareció en la escena, como un ángel, Nela.

—¿Acaso creía el señorito que pasaría desapercibido en un barrio obrero? —preguntó ella.

La voz era tan armoniosa, a pesar del evidente tono sarcástico, que no pude evitar sonreír con más placer del que me hubiera gustado demostrar. Al hablar en la distancia corta, sus facciones se movían con equilibrio. Todo en ella era naturalmente hermoso.

—Ahora dime —se interesó—, ¿qué buscas persiguiéndome?

Me mantuve en silencio. Francamente, los acontecimientos se habían ido sucediendo sin que yo hubiera planificado nada, así que no tenía ninguna salida. Hasta entonces, mi único objetivo había consistido en observar cómo ese prodigio paseaba por el mundo. Pero ¿ahora?

—Vaya —dijo la tabaquera—, parece que al rico se le ha comido la lengua el gato.

—¿Es que no vas a decir nada? —preguntó Nela.

Pero entre el dolor y la sorpresa, mis reacciones se limitaban al mero parpadeo, como si hablara otro idioma, como si aquello no fuese conmigo.

—¿Y si este sólo es un loco con dinero? —dijo la tabaquera.

—No parece peligroso... —añadió Nela—, será mejor que no le hagamos caso.

—De no parecer peligroso a ser un diablo se pasa en un segundo, lo que tarde este tipo en resucitar y sacar un cuchillo o cualquier cosa de esa capa tan cara, que por cierto le vendría muy bien a mi Leopoldito.

—No seas tan bruta... Y deja a tu Leopoldito tranquilo, que lo que tienes que hacer es educarlo para que no crezca en esta miseria... —Volvió a centrar la vista en mí—. ¿No ves esos ojos? Tiene incluso miedo.

Noté como Nela comenzaba a sentir una cierta inclinación hacia mí, mitigando la repulsión que debí hacerle sentir minutos antes. Esto me ayudó a despertar, empezó a surgir en mí la voz, si no de manera audible, al menos sí interiormente.

—Parece que el muchacho se ha metido en un agujero que no conoce y ahora que pisa el fondo se arrepiente —dijo la tabaquera.

—Será eso.

Por fin me levanté, con algo de aparatosidad. Me sacudí la capa, a la que había hecho referencia la pequeña rufiana, e intentando recuperar la decencia, me referí a ellas.

—Yo lo único que pretendía era compartir un café con la señorita —confesé por fin.

Observé por el rabillo del ojo cómo Nela sonreía ligeramente y, a la vez, cómo su joven cómplice fruncía el ceño, contrariada. Fue esta última la que se tomó la justicia de contestar:

—Pues lo que vas a conseguir es salir sin café y sin capa, mira por dónde.

—Calla, Melchorcita —ordenó Nela a la que así parecía llamarse—. ¿Por qué no dejas que el caballero se explique? Te digo más, ¿por qué no dejas que me lo explique a solas?

La adolescente hizo ademán de protesta, pero finalmente recogió el mensaje con resignación.

—Estaré vendiendo en la esquina...

Cuando nos quedamos a solas con mi timidez y su picardía, fue ella quien decidió que aquella locura tenía sentido.

—¿Por qué no me invita usted a uno de mis cafés favoritos junto a la estación del Sur?

Ahora y por primera vez, acompañé su sonrisa.

—Por supuesto, ¿cuándo desearía usted que se produjera la cita?

—Pues ahora mismo, por ejemplo. Me consta que usted ya conoce el café.

—Aquí Nela guiñó el ojo.

Ante la última de sus tretas, no pude por menos que asentir con ansia. Me había rendido completamente a ella, y lo comprendí cuando vi como enfilaba de nuevo la ronda: la hubiera perseguido hasta el mismísimo infierno.

JUICIO

Todas las declaraciones aquí reseñadas, tanto si fueron realizadas por acusados como por letrados, jueces o testigos, están extraídas directamente del sumario del caso; y aunque han sido pasadas por el filtro de mi propia síntesis y de mi propio lenguaje, mantienen el mensaje transmitido originalmente.

CAPÍTULO IX

1

La expectación que levanta el caso del crimen de Fuencarral se coloca en un plano diferente al del resto de los crímenes acaecidos en Madrid, algo que termina de traducirse en los varios miles de personas que ahora se agolpan contra los juzgados, abucheando o jaleando, según el signo político, a todo aquel que se atreve a entrar en ellos. Los carruajes con los distintos procesados han de recurrir a la Guardia Civil, que abre el paso a golpe de espuela, mando y porra. Resulta muy clarificadora la manera en que el pueblo acoge a los distintos protagonistas. Higinia Balaguer y las hermanas Ávila son recibidas por la muchedumbre con muestras exageradísimas de afecto y simpatía. El público arroja al carruaje todo tipo de agasajos: desde décimos de lotería hasta dinero, pasando por flores o alimentos. Sin embargo, José Millán Astray y José Vázquez Varela, que llegaron casi simultáneamente, son abucheados sin descanso. Incluso un niño se suelta del brazo de su madre y, por debajo del cordón que ha montado la Guardia Civil con sus propios cuerpos, escupe al joven Varela. Pero el peor recibimiento, si cabe, el pueblo se lo dedica a los jueces y fiscales, señalados por su connivencia con las altas esferas. La gente está dictando su propia sentencia.

Sólo unos pocos privilegiados tendrán acceso a la vista, se llegó a pagar hasta un «amadeo» de plata por gozar de un puesto en el interior de la sala. Aun así, medio Madrid ha decidido que no se quedará sin ver el rostro de cada procesado enfrentándose al que puede ser su último día en libertad, aunque fuese desde la puerta. Vendedores de todo pelaje hacen su particular negocio, aprovechando las circunstancias. Galdós, que sí podrá entrar al recinto, compra dos puros en la entrada por si la cosa se alarga. Ya con el bolsillo de la chaqueta preparado con el tabaco y el abrigo —dos pañuelos y

un fular— suficiente, espera tranquilo la hora convenida para la celebración del juicio. Le sorprende que la expectación, que ya era extraordinaria en los días posteriores al crimen aquel lejano mes de julio, no sólo no haya disminuido, sino que ha aumentado a medida que se acerca el juicio. A esto ha contribuido, como ocurre con casi todo lo acontecido en los últimos meses, la prensa, pues cuando las cenizas del morbo popular parecían apagarse, ellos acudían prestos con una nueva llamarada en forma de titular de periódico. El resultado saltaba a la vista: nunca un juicio civil había congregado a semejante cantidad de gente frente a las puertas del juzgado.

Seguían filtrándose datos de suma relevancia para el desarrollo del proceso. Este era otro de los lastres con los que este caso volaría para siempre: al juez le resultó imposible trabajar desde la tranquilidad que ofrece el anonimato. No había paso que no fuese teleografiado, ni funcionario que no cayese en las redes del soborno, ni periodista incapaz de llegar hasta las últimas consecuencias por un testimonio. Sin una mínima independencia, los poderes del Estado tienden a diluirse, a difuminar las fronteras entre ellos, y, por tanto, a contaminarse mutuamente. En este caso, era difícil ya diferenciar entre el poder político que necesitaba salvar el trasero, el poder judicial que lo examinaba y la prensa afín a estas tendencias reaccionarias. Esta falta de autonomía, pensaba Galdós, podría llevarse por delante la cacareada igualdad de los hombres ante ley, si es que alguna vez existió.

Entre los datos filtrados se encuentran las penas solicitadas por cada parte. El ministerio fiscal solicitaría pena de muerte para Higinia, doce años de cárcel para Dolores Ávila y la absolución para José Millán Astray, José Vázquez Varela y María Ávila. La acusación popular procedería exactamente como había adelantado Salmerón días antes: penas de muerte para Higinia y el Vareleta, doce años de prisión e inhabilitación completa para Millán Astray, doce años de prisión para Dolores y absolución para María Ávila. La acusación privada organizada por doña Ángela Vázquez Varela, madre de la víctima y por tanto abuela del Vareleta, solicitaba las mismas penas que el fiscal. A pesar de esta superioridad, lo cierto es que la acusación popular se muestra muy convencida, y arrastra tanta corriente detrás que casi parece comerse las versiones que tanto el fiscal como la acusación privada dan de lo ocurrido.

Galdós se sienta junto a Melquíades en uno de los bancos situados en la mitad de la sala y desde allí saca unas notas y un carboncillo. A su lado, siente

el tembleque de su acompañante. Ambos se percatan de que se hallan delante de un acontecimiento inolvidable. Con los distintos letrados y jueces ya ocupando los asientos asignados, se espera con ansia la aparición de los acusados.

La primera en llegar es Higinia. Se muestra tranquila, a pesar de que sabe que se halla en un callejón sin salida, y que los acontecimientos se han precipitado siendo ella la principal perjudicada. A Galdós le sigue provocando ternura el rostro agresivo aunque hermoso de Higinia y ese algo en ella que parece decir: pago por ingenua. El canario recoge el carboncillo con los dedos pulgar e índice y retrata las facciones de la acusada. Siempre le gustó la pintura y a menudo se apoyaba en ejercicios como aquel, dibujos al azar sobre algún ligero matiz de la realidad, para evadirse de una espera.

Como ya se ha dicho, Vázquez Varela y Millán Astray entran casi simultáneamente al juicio. Estos no parecen tan tranquilos como Higinia, sobre todo el director de la cárcel, que ofrece una sensación de amenaza a todo el que cruza la vista con él. Hay un ligero murmullo a su entrada, más pronunciado que el que había sucedido tras la entrada de Higinia. Ella ni siquiera les dirige la mirada a los dos amigos, en un acto que Galdós juzga heroico. Sí lo hacen los distintos miembros de la prensa, que al contacto visual con Millán Astray no disimulan la aversión que sienten por el carcelero. Dentro de aquel habitáculo se palpan los odios que han ido macerándose con el paso de los meses. Los gritos afuera pueden escucharse durante las escasas veces que el público dentro permanece callado. Galdós piensa en lo que puede traer consigo la decisión a la que se llegue allí adentro, en el rumbo que tomen los acontecimientos cuando los cuatro mandamases comuniquen lo que consideran justo, en una triste metáfora del lugar hacia el que se dirige el país.

Las últimas en entrar son las hermanas Ávila. Primero lo hace Dolores, que viste un traje largo, toda de oscuro, excepto un pañuelo a cuadros color crema. El moño es alto, como el de Higinia, y para sorpresa de Galdós suaviza las arrugas con un afeitado que a simple vista parece caro. Aunque, sin duda, lo que más llama la atención entre todos los detalles que suma su presencia es una sonrisa enorme, entorpecida por una mandíbula muy prominente. Galdós juzga esa sonrisa como falsa, quizás la más falsa que vio nunca. Detrás de esa artificial mueca, el canario nota cómo el miedo se apodera de cada movimiento.

Después aparece María Ávila, que apenas se da un aire a la hermana, pues además de contar con unas facciones algo más suaves, se ha olvidado de sonrisas absurdas y prefiere andar con paso firme y con el rostro sereno. Esta se ha decantado por un vestido negro, como Higinia y Dolores, aunque el recogido lo luce bajo, a la altura de la nuca. Se sienta junto a su hermana y un segundo después la sala al completo suspira: el juicio está a punto de dar comienzo.

La primera en levantarse del banco de los acusados es, como no podía ser de otra forma, Higinia, y lo que ocurre entonces cambia el signo del juicio. Tras responder a las formalidades pertinentes solicitadas por el juez y el fiscal, aprovecha el primer resquicio que encuentra para dejar una frase lapidaria:

—Me declaro culpable de los hechos.

2

Es tan largo el interrogatorio al que es sometida Higinia por las distintas partes que cuando se acaba ya es la hora de almorzar, por lo que se suspende la vista hasta la tarde. Había dudas sobre la reacción de la protagonista principal del crimen, y aunque la decepción podía mascarse, lo cierto es que lo que había testificado entraba dentro de los planes de todos aquellos que habían estudiado en profundidad el caso: se había declarado reiteradamente única autora del crimen, y sólo había dejado en el aire el papel que Dolores Ávila había tenido en él, dejando a Vázquez Varela y a Millán Astray sin rastros de culpabilidad sobre sus hombros. Galdós está bastante tranquilo pese al rumbo que ha cogido la instrucción, aunque le inquieta la reacción de Melquíades, que parece morderse el labio ante el contratiempo que se les plantea.

—Es incluso comprensible la reacción de Higinia —resuelve Galdós, ya en los pasillos del juzgado—. Sabe que tiene difícil salvarse, que todas las partes han solicitado la pena de muerte para ella, y que quizás ahora lo más conveniente pase por ser lo más condescendiente posible con todos. Aunque sólo sea por irse en paz cuando la justicia lo dicte.

—Pero ¿y la rabia por saberte engañada? ¿Y el orgullo por vengarte? —cuestiona Melquíades.

—Cuando tienes un pie en el patíbulo, te importan un carajo la rabia y el orgullo. Estoy seguro, como digo, de que incluso prevalecen los sentimientos antagónicos: la paz y la reconciliación.

—¿Aunque quedes como una idiota y los otros como héroes?

—Ese es el verbo clave: quedar. ¿Acaso importa lo que se quede? Para un cristiano, lo importante sigue al frente, no atrás.

Pasean ambos ahora por las calles colindantes, que siguen atestadas a pesar de las horas que ya corren. Durante los metros que ocupa el gentío a la salida del edificio, los dos escritores no cruzan palabra y, con la cabeza abajo, van rumiando lo ocurrido dentro.

3

Todos los que estábamos allí dentro reaccionamos con desesperación a la declaración de Higinia. Unos emitieron sonoros lamentos, como si les hubieran herido sin apenas haber podido defenderse; otros palmearon las banquetas, pagando con el mobiliario la pena que flotaba en el ambiente; la mayoría se llevaba las manos al rostro en señal de incredulidad, como si no quisieran ver un desenlace que empezaba a clarificarse; y hubo incluso quien hizo ademán de marcharse de la sala, tal era la decepción que las palabras de Higinia habían arrojado sobre nosotros. Nadie entendía cómo una mujer a la que habían despreciado, sobre la que habían colocado las sucias manos del poder hasta cubrirla con toda su indecencia, de pronto se había resignado a ser arrastrada por la corriente y había claudicado ante los mismos que manchaban su nombre.

Mi reacción, a pesar de haber sido mucho más silenciosa que la de aquellos que seguían lamentándose aún con la vista aplazada, no era menos rabiosa, no implicaba menos frustración, menos decepción. El hecho de que Higinia se hubiera declarado culpable de todos los cargos ponía muy cuesta arriba un juicio que, en algún momento, fruto quizás de la inexperiencia o de la ingenuidad, había creído que se inclinaba hacia su absolución. Pero no, ella, la propia interesada, se había pegado un tiro en el pie, y el rastro de sangre podía olerse aunque faltasen todavía varias semanas de juicio por delante para definir a las víctimas y a los verdugos.

Mi silencio tenía más que ver con el dilema que llevaba conmigo. No podía evitarlo: mi cabeza era un cúmulo de paradojas que hervían hasta hacerme perder en ocasiones la perspectiva. A veces, sin yo entender el porqué, en mitad de una declaración de tal o cual pasante, o en plena lectura de tal edicto

del juez, por la sala del juzgado se me aparecía Laura, que entre lágrimas me exigía justicia, como si hubiera sido víctima de algún tipo de agravio. Lo peor de todo era que, en plena fantasía, no me cabía ninguna duda de que era yo el causante de ese agravio, aunque nadie me lo hubiera confesado. En otras ocasiones era Nela la que surgía en pleno estrado, con sus ropas ligeras, exhibiéndose al compás de su contoneo. Yo completaba el delirio persiguiendo esos pasos, uno por uno, derritiéndome con cada golpe de talón.

¿Qué me estaba pasando? ¿Qué le estaba pasando a Higinia? Pensaba en cómo debía presentar la novela el hecho de que los dos personajes que más recorrido tenían dentro de la trama, tanto Higinia como yo, hubieran acabado rindiéndose al contexto. Mientras la sala se alborotaba, mientras el presidente ordenaba silencio hasta retomar de nuevo el juicio, en mi interior seguían bifurcándose los caminos, difuminándose los personajes, con todo el problema que eso suponía para la narración que intentaba construir.

Yo ya no era el mismo joven que había vivido al amparo de la fortuna familiar en Castilla, ni siquiera el mismo joven al que el choque con Madrid había dejado casi inconsciente durante semanas. No, mi llegada a la ciudad me había enseñado varias cosas, pero la principal era que todas esas etiquetas que yo había colocado en el pasado, etiquetas como «liberales», «republicanos», «carlistas» o «absolutistas»; etiquetas como «pobres», «ricos», «poderosos» o «miserables»; e incluso otras algo más abstractas como «feliz», «libre», «cansado» o «melancólico», todas perdían sentido dentro de la infinita fauna de Madrid. Al contacto con cada individuo, al contacto con cada personaje concreto susceptible de formar parte de la novela, uno se da cuenta de que no hay dos liberales iguales, dos ricos que se parezcan, dos melancolías análogas. Cada personaje se va enriqueciendo poco a poco con los matices que le otorga el párrafo, y cada vez me resultaba más absurdo agruparlos por su condición social, religiosa, económica o política.

Cada personaje de novela es único y entre sus mil aristas cada lector decide con cuál se deja herir, con cuál se deja atrapar. Las generalizaciones tienden a tirar por tierra la riqueza de estas personalidades, estos nombres propios que sienten, piensan, sonrían y padecen de una manera particular. Por eso, sería muy fácil resumir una novela con clichés como «lucha de clases» o «la corrupción contra el pueblo». Pero lo realmente importante es ahondar en las interioridades de Higinia, del Varelita, de Millán Astray, de Galdós, de Emilia, de Laura. Todo lo que no sea esto es pegarle fuego al sentido

indagador del arte y, por tanto, es condenar la novela para siempre.

Perdido yo en estas disquisiciones, la mano de Galdós se posó sobre mi hombro. «Vamos, se aplaza el juicio hasta mañana», dijo. Y yo comprendí que sería difícil aguantar esta presión durante tantos días. Quizás, pensé, convendría dejarla salir por algún sitio. Necesitaba oxigenarme urgentemente.

4

Al ver como la figura de Vázquez Varela subía al estrado, sentí que la bilis ascendía por el esófago. Me veía incapaz de aceptar que un gesto tan altivo no fuese a tener su castigo, y apreté los puños para no reaccionar como lo hizo uno de los asistentes, que gritó «¡sinvergüenza!» en ese mismo instante, provocando que el Vareleta se girase con el rostro desencajado y consiguiendo que el presidente llamara al orden a toda la sala. No pudieron expulsar de allí al emisor del insulto, principalmente porque no se pudo saber quién lo había lanzado. En el fondo, la escena era un trasunto de lo que ocurría fuera, y el clamor era tan unánime que la suma de individuos ya resultaba difícil de romper.

De las preguntas iniciales del juez, todas ellas protocolarias, llamó la atención que una de ellas dejase al descubierto un procesamiento anterior del joven. Al ser cuestionado por el motivo que llevó a la cárcel al Vareleta, este no dudó en explicarlo de manera escueta:

—Por un bastonazo a Dolores Gutiérrez.

Dolores Gutiérrez, más conocida como Lola la Billetera, ya ha cruzado por la narración en alguna parte. Era la pareja sentimental de Vázquez Varela, y aunque su participación en el crimen estaba descartada, todo el mundo le atribuía, al menos, el apoyo que toda pareja le ofrece a su amante. A la víctima, a Luciana, le repugnaba la relación entre su hijo y aquella mala pécora, y no pocas veces terminó siendo el motivo de las disputas familiares. Tras el asesinato, la Billetera se había convertido en poco menos que una celebridad. No era difícil encontrársela por Montera paseando al famoso perro de la familia, aquel que había sido sedado durante el crimen. Los dos eran detenidos por los vecinos de Madrid, que asombrados intercambiaban

palabras con aquellos dos seres que ya eran parte de la historia de la ciudad.

Pero, sin duda, la parte más morbosa llegó con la pregunta, casi intromisión, del abogado de la acción popular, quien cuestionó si había sido detenido alguna vez más. Se había hecho un silencio sepulcral sobre la sala. Vázquez Varela no contestó.

—Responda, ¿fue usted procesado con anterioridad por un delito de lesiones? —apremió el presidente.

—Sí.

—¿Quién fue la víctima?

El joven miró al suelo, y el vuelo de una mosca hubiera podido sentirse ante la quietud de toda la sala.

—Mi madre.

De pronto, creció el murmullo. Miré con premura a Galdós, quien me dedicó una sonrisa cómplice: no todo está perdido, pareció decirme. La sala, por ese sentimiento de rechazo que de manera más o menos general sentía hacia Vázquez Varela y hacia Millán Astray, se había relajado tras la respuesta del joven. Era cierto que Higinia había intentado quitarles el mochuelo de encima, sí, pero no era menos cierto que había demasiados móviles encima del acusado como para obviar su posible incriminación. Unos minutos más tarde, de nuevo la acción popular se dirigió al muchacho:

—¿Reconoce usted las cartas que constan como prueba, en las que se dirige a su madre con un tono, digamos, poco adecuado para cualquier relación entre una madre y un hijo?

En ese momento, uno de los guardias acercó un cofre repleto de correos a menos de un metro de distancia del Vareleta. Este asintió.

—Sí, las reconozco.

—¿Por qué utiliza ese tono tan agresivo en las misivas?

—No recuerdo las causas, por estar fechadas las cartas en tiempos demasiado lejanos.

Ya no quedaba ni rastro del silencio con el que empezó el interrogatorio. El juez se vio obligado a recurrir a los guardias para tranquilizar al personal. Ya con algo menos de ruido, el letrado sujetó una de las misivas con ambas manos, carraspeó y con tono grave leyó en voz alta:

Me desayuno a las cinco; si tú crees que esto va a seguir así, te engañas, pues si tú tienes tomados los jueces por tu maldita lengua, que

Dios te está castigando, yo conozco una justicia oculta que pondrá fin a las desgracias que me suceden por culpa de una madre sin corazón y sin vergüenza, que tiene a su hijo preso y no se cuida de él para que no se le haga tan penosa la cárcel. Contéstame pronto o de lo contrario tomaré medidas, que tú misma comprobarás tu error. Mándame ya chocolate, azúcar, velas, espíritu, papel, bizcochos; hoy te mando la leche, el vino y la lengua, para que tú con tu talento veas si se pueden comer y beber ese mazofio y esos meados, y sigo en ayunas comiendo pasas e higos con el pan duro; si esto te parece normal, ven aquí un par de días y verás qué tal sienta al que no come ni duerme; si conforme estoy preso estuviera en la calle, volvería a entrar para tarde salir, que creo que así me sucederá cuando salga; espero que me contestes si no quieres que no salga nunca.

Pepe

Al silencio de la sala siguió entonces la consiguiente pregunta del fiscal.

—¿Reconoce usted esta carta?

Ahora no sólo abrumaba el silencio, sino que se intuía la falta de respiración de todo el público. Por fin asintió el Varelita, y el público rumió la prueba con un runrún que de nuevo tuvo que aplacar el presidente de la sala. Ese momento me sobrecogió. Era evidente que la carta desprendía esa ternura escondida del hijo que aún no ha descubierto lo que realmente significa su madre para él, y que esconde ese desconocimiento bajo una ridícula rebeldía. Había dejado de querer retorcer el cuello de aquel miserable para necesitar abofetearlo con aire paternalista.

—¿Conocía usted a doña Higinia Balaguer? —reanudó el letrado de la acción popular.

—No.

—¿No bebió usted vino en la cantina del cojo, donde ella anduvo empleada durante años?

—Sí, bebí agua y vino. Pero no recuerdo haber visto a esta señora.

El abogado de la acusación popular le dirigió la mirada al juez, como para comprobar si estaba siendo testigo del callejón sin salida en el que se hallaba el acusado, pero este parecía tener la vista clavada en algún punto de la habitación, ausente. Recordé las palabras de Segismundo Abad, sobrino del cojo y heredero del imperio, cuando en la cantina nos lo confesó: «No sólo veo incapaz a Higinia de llevar a cabo semejante atrocidad, sino que me

apostarí­a una arroba de vino a que el Varelita sali­o de la c­arcel esa noche para involucrarse en el asunto».

—¿Y conoce usted al se­­or Millán Astray?

De pronto, V­­zquez Varela se cuadr­o. Esta era la relaci­n que m­­s escoc­a. La que nos hac­a revolvernos a todos. Incluido, por lo que parec­a, la que le hac­a revolverse a ­l.

—S­­ —contest­o por fin.

—¿Lo conoc­a antes de entrar en la c­arcel?

—No.

Hubo murmullos. Era evidente que ment­a. La ciudad me hab­a ense­ado muchas cosas, pero la principal era que ten­a que desconfiar de todo el mundo. Los ojos eran una de las pocas puertas para escapar de la desconfianza, para encontrar la verdad. Y los ojos del Varelita no eran trigo limpio.

—¿Recibi­o usted permisos para salir de la c­arcel?

—Dos o tres.

El murmullo volvi­o a aumentar. Esta vez fue el juez el que pidi­o silencio. Los asistentes obedecieron, aunque, como ya he dicho, este silencio no era ya nunca total.

—¿Es consciente de los privilegios con los que contaba en la c­arcel?

—No creo contar con ninguno de esos privilegios.

El pasante del gran Nicol­as Salmer­n carraspe­o y con tono memorizado comenz­o la retah­la.

—S­lo por marcar el suelo sobre el que crece la acusaci­n, d­ejeme recordar que el se­­or Jos­e V­­zquez Varela contaba con cinco rinconeras en su celda cuando el resto s­lo pod­a hacer uso de una, que se le hab­an proporcionado paseos extraordinarios sin entender nadie por qu­e, y que se le permit­a recibir puros y otros regalos de parte de su madre que, dicho sea de paso, el acusado utilizaba a su vez para agasajar a los funcionarios de la prisi­n.

—Se­­or­a —interrumpi­o el abogado defensor—, estas acusaciones tienen un tono de subjetividad impropio de nuestra justicia.

—Tiene raz­n —confirm­o el juez—. Proceda con las preguntas y olvide los juicios. Haga el favor.

El abogado de la acusaci­n popular asinti­o.

—¿Es verdad que uno de los carceleros escuch­o como usted gritaba en alto: «¡Ah­­ tiene su merecido!», un d­a despu­e de la muerte de su madre?

—Fue un sueño y no se pueden valorar los sueños.

Esta vez, el murmullo del público creció hasta impedir que el abogado continuase. El juez amenazó de nuevo con avanzar con el juicio ya en privado. Por fin se restableció la calma. El papel de Vázquez Varela estaba quedando tan en entredicho que a veces hasta me apiadaba de su torpeza.

—¿Es cierto que la portera le abrió la puerta de casa incluso sin permiso de su madre?

—Es cierto.

—¿Y es cierto que ese mismo día del asesinato usted fue visto con la portera?

Volvió el rumor. Era evidente que la vista no podría resistir mucho más con ese nivel de inquietud en el público.

—Es cierto. Pero después de los hechos, no antes.

—¿No le parece sospechoso que sea usted visto con la portera, que le proporciona además la llave de la casa familiar, el día del asesinato de su madre, la misma madre a la que había amenazado en reiteradas ocasiones incluso por carta?

—Perdone, pero la mayoría de las trifulcas venían por la vida licenciosa que yo llevaba. Y ella tenía razón.

—¿Y no cree que resulta sospechoso que su madre sea asesinada el mismo día que usted disfruta de uno de esos extraños permisos, que casualmente no haya signos de asalto a la casa cuando usted disfrutaba de libre acceso a ella, y que todas las amenazas que la víctima ha tenido vienen de su parte?

—¡Señor letrado! —interrumpe el juez—. Le pido que no saque conclusiones y que se limite a preguntar de manera directa.

El abogado asiente.

—Una última pregunta: ¿es cierto, como declaró, que usted era el único que conocía en qué extraño lugar escondía su madre las alhajas?

—Sí. Como dije, en un baúl que yo mismo llevaba al Banco Hipotecario.

Las últimas palabras del acusado prácticamente pasaron desapercibidas, pues el rumor del público ya pasaba por ser casi un estruendo. El juez decidió, ante el jolgorio reinante, que lo mejor era aplazar la vista. Yo sentía que algo se había movido en los cimientos de aquel caso, y que los renuncios en los que había sido pillado el Vareleta pesaban tanto como la confesión de Higinia. Aquella declaración me había excitado y casi temblaba al palmear la espalda de Galdós. El maestro también se había ilusionado con el discurso de Vázquez

Varela. La vista había quedado aplazada hasta el día siguiente. Quizás, después de todo, todavía quedaba tiempo para no ser derrotados.

5

Al abandonar el juzgado, Galdós y yo cruzamos la puerta sin prácticamente dirigirnos la mirada. Notaba su ausencia, notaba que aquello ya no iba con él. Cuando yo me exaltaba, por una declaración favorable o por un giro inesperado de los acontecimientos, él me observaba como a un niño chico al que no se le debe hacer demasiado caso. Tras la declaración de Higinia, en la que admitía su culpabilidad, mi decepción empezó a volcarse contra el maestro, que apenas se inmutó cuando quise analizar la jugada.

—Maldita Higinia... —susurré ya lejos del juzgado—, está cavando su propia tumba.

Pero Galdós siguió su paso, perdido en otras disquisiciones. No podía soportarlo más, así que me detuve. Quizás porque mi silencio le resultó extraño, el canario se paró también apenas a tres pasos de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Por qué no se marcha?

Galdós abrió los ojos como si acabase de ver a un muerto.

—¿Perdón?

Me acerqué unos pasos hasta colocarme a menos de un metro de él.

—Digo que por qué no se marcha. Que por qué no abandona el juicio. Es evidente que esto ya no va con usted. —Galdós sonrió de medio lado antes de darme la espalda—. Se lo digo sinceramente. Hace tiempo que ya no conecta con el argumento de la obra, hace tiempo que su cabeza piensa en otra cosa.

Volvió a detenerse Galdós y se giró, ahora sí, buscándome, aunque más con hastío que con enfado.

—¿Vas a ser tú otro de esos jóvenes insolentes que viene a regenerar España y que reniegan de los que llevamos décadas retratando este siglo de

locos?

—No lo seré, pero no haga oídos sordos a lo que se dice por ahí. Escuche usted a Sawa, escuche usted a un gallego, Valle-Inclán, que empieza a destacar. Escuche a Unamuno, escuche a Ganivet... Todas voces nuevas que escarban en la tragedia de esta España podrida. No como usted, que sigue empeñado en seguir de la mano de sus Clarines y de sus Menéndez Pelayos, sus Ateneos y sus academias. Esta es una oportunidad perfecta para que denunciemos parte de lo que exigen estos regeneracionistas. Abandone su poltrona y baje al barro.

Galdós negó con la cabeza.

—Jamás pensé que tú serías otro de esos que vienen aquí a matar al padre...

—Ya le he dicho que no lo soy. Usted fue y seguirá siendo el más grande, el maestro. Pero toca apostar por lavarle la cara a España, y a usted, por lo que veo, le interesa la misma realidad apolillada y garbancera.

Galdós cogió aire, infló los pulmones, pero justo en el momento en que se disponía a soltar algún exabrupto, dejó que la maldad se perdiese flotando en el aire y se limitó a expirar profundamente.

—Acabe como acabe esto, habrá sido un placer compartir páginas contigo.

Y con una palmada en el hombro se marchó, más hastiado aún que al comenzar la escena.

6

Galdós decide desentenderse de lo ocurrido en el juicio acercándose a la tertulia del recientemente inaugurado café Gijón, que bulle a esas alturas de la noche. Entre los asistentes, algunos ilustres como Valera, Pereda o Menéndez Pelayo tratan los temas más candentes de la realidad política del país, que pasa de la tranquilidad al golpe de mano sobre la mesa de mármol del café en apenas unos minutos. Los derroteros andan ahora por la conveniencia o no de la llegada de la Unión General de Trabajadores a Madrid, y si bien los más conservadores creen que la creación de estos sindicatos sólo tienen como objetivo el enriquecimiento de sus miembros, los más cercanos a las nuevas posturas socialistas ven en esta reciente aparición la salvación de una clase trabajadora vilipendiada. Galdós observa con desgana la disputa, tiene su postura clara y no le resulta atractivo el rumbo que la charla ha tomado. Por suerte, su querido amigo Leopoldo Alas se ha sentado a su lado, a la vera izquierda, y ambos aprovechan la indiferencia que les provoca la tertulia para charlar sobre la primavera que habrá de llegar tanto en Santander como en Oviedo, localidades de cierta similitud climática, y la posibilidad de un encuentro cuando el canario suba a su casa del Sardinero. Ambos convienen que un encuentro en el norte es más que necesario, pero cuando quieren volver a la conversación principal notan que la particular es mucho más entretenida, lo que les lleva a otros temas de distinto pelaje.

En un momento dado, Clarín recuerda el tema de moda en todo círculo y decide sacarlo a la palestra como quien suelta una zorra en un gallinero.

—No sabe lo mucho que admiro todo lo que está haciendo por el caso de la calle Fuencarral. —Al escuchar el nombre de la calle en boca de su amigo Clarín, Galdós no puede evitar agudizar el gesto—. Es como convertir un

hecho real en una novela dentro de la propia vida. Y supongo que más tarde lo pasará al papel, si es que no lo ha hecho ya.

—Muchas gracias, caballero. Pero no, ni una palabra al respecto he escrito ni escribiré. Más allá de las crónicas, donde francamente me muestro gris y equidistante por necesidad.

—En cualquier caso, es admirable —prosigue Leopoldo Alas—. Supongo que se estará granjeando muchos enemigos. Cuando yo saqué mi *Regenta* a la calle, media Oviedo quería cortarme el cuello cuando la otra media dejara de llevarme en volandas. Más rivales me buscó Ana Ozores en dos tomos que yo mismo en treinta y tantos años.

—Valió la pena si de engendrar esa obra maestra se trataba, don Leopoldo —confiesa Galdós, antes de colocar la mano sobre la taza de café, aliviando el frío que se rumia en la calle.

—Le confieso que a veces pienso lo contrario. Aunque, y volviendo al tema anterior, obviamente, mi enemistad se reduce a unos cuantos aldeanos que se ven mal retratados en la obra. Pero lo suyo tiene que ver con el presidente del Tribunal Supremo. Palabras mayores.

—Por eso se me antojaba necesario sacarlo a la luz pública.

—Ha tenido incluso que renunciar a su cargo.

—Es lo mínimo que se les puede exigir a estos canallas —reclama el canario.

El escritor zamorano sorbe el café con violencia, preso de una ocurrencia.

—Conseguir que el presidente del Supremo dimita es quizás el mayor triunfo que un escritor haya conseguido nunca —ironiza Clarín.

Galdós ríe.

—Más allá de las bromas, espero que en el juicio que ahora se celebra se depuren las responsabilidades como merece el asunto.

La conversación principal ha cambiado nuevamente de rumbo; ahora los contertulios ríen, pero a Galdós ya le resulta imposible reengancharse. Le gusta el tono afable que Clarín, ese hombrecillo cuyas orejas de soplillo y profunda miopía le provocaban ternura, a pesar de su célebre mal carácter. Congeniaban.

—¿Y qué me dice de los periódicos? —pregunta Clarín—. Cada día sacan una noticia nueva relacionada con el caso. Creo que la actualidad nunca fue tan mediática. Nunca necesitamos una dosis de realidad tan fuerte como con este crimen.

—Pues le digo que, a pesar de que la mayoría de las noticias son falsas, sin duda este caso va a cambiar la forma de entender la prensa. O, al menos, los sucesos que en ellos aparecen.

De pronto, las miradas de la mesa se dirigen todas hacia Galdós, que no entiende nada. El culpable es Juan Valera, que espera una respuesta.

—Disculpe, don Juan. Nos hallábamos don Leopoldo y yo inmersos en otra conversación y no he podido escucharle.

—Le preguntaba por la revista que ha fundado esa metomentodo, esa escritora aristócrata de libertinos andares, que saca junto a un tal Lázaro no sé qué. Y de la que me han dicho que es usted lector, aunque sólo sea por leer el artículo que usted ha escrito para ese primer número.

—Lo primero es que doña Emilia no funda la revista, sino que lo hace ese Lázaro Galdiano del que usted habla. Y lo segundo: sí, llevo un texto en ese primer número.

—Vaya... Así que doña Emilia no funda la revista junto a don Lázaro... — replica Valera, con el ceño fruncido a pesar del tono jocosos—. Pues debe de ser lo único que no hacen juntos.

La mesa estalla en carcajadas. Galdós no entiende nada, pero comienza a entender que la mesa sabe cosas que a él se le han escapado, lo cual le convierte en el pardillo del grupo, algo que no le gusta. Cuando las risas se difuminan, el canario se interesa:

—No entiendo a qué se refiere. Explíquese.

—Me refiero —confirma Valera— a que yo mismo vi con mis ojos como doña Emilia y don Lázaro se iban a «fundar» una revista a no sé qué pueblo de la Costa Brava durante la Exposición Universal del año pasado en Barcelona. Si compartieron hotel o no para tan tamaña proeza, ya no puedo asegurarlo.

Esta vez las risas son atronadoras. Tanto que el ruido agudo de una cucharilla cayendo al suelo no puede escucharse sobre el rumor de las carcajadas. La cucharilla es de Galdós, al que le ha fallado el pulso después de escuchar la terrible confesión que ha llevado a cabo Valera.

No puedo evitar escribir estas líneas con temblor en las manos y en la memoria. Es la reacción que me provoca el hecho de evocar la imagen de Nela, sentada en aquel pequeño café junto a la estación, sujetando la cucharilla con los dedos índice y corazón, observándome con sus pupilas infinitas por encima de la taza. Los nervios por el arranque del juicio, el carrusel de emociones que habían supuesto, primero, el hecho de que Higinia se autoinculpase y, después, el callejón sin salida en el que se había metido Vázquez Varela. Todas las emociones confluían en aquel café de Atocha. Yo le hablaba a Nela sobre lo imposible que me había resultado escribir una sola línea sobre el proceso de la calle Fuencarral. Antes le había explicado pormenorizadamente los pasos que se habían dado allí adentro, y a todo ello había correspondido ella con una sonrisa cómplice, como sintiendo admiración de un mundo que percibía muy lejano, pero que a veces conseguía rozar con los dedos en la forma de un rico acompañante. Por otro lado, sin duda aquella verborrea respondía a la manera que yo creía más efectiva para defenderme del miedo que me provocaba esa mujer. Y digo bien: miedo. Se trataba de un miedo morboso, que se apoderaba de mí con cada palabra, pero al que, por un instante, quizás durante un parpadeo o un ligero movimiento de piernas, se volvía lujuria. Y, claro, ese instante valía por todos los minutos en que el miedo me había hecho hablar sin control sobre el juicio de Higinia, sobre mi familia o sobre cualquier asunto banal en una situación como aquella. Por ese instante me hubiera arrojado sin miedo al pozo del que asomaba Nela. Sólo así podría definirse el agujero por el que estaba dispuesto a despeñarme, un oscuro e interminable pozo a través del cual podría dejar atrás el mundo tranquilo y feliz al que me condenaba Laura. Quiero creer que ella captaba ese

miedo, pero que disfrutaba explotándolo, como el novelista que se ensaña con un personaje temeroso y frágil. Al fin y al cabo, ¿no era yo ese personaje temeroso y frágil dentro de este ramillete de individuos con un papel claramente definido? Así empezaba a verme, preso de un escenario, aquel Madrid demoníaco que descubría todas mis debilidades cuando quizás ya era tarde para escapar.

Aún parecía más hermosa a esa distancia, los escasos centímetros que yo podía recorrer con la vista. La conversación duró varias horas, no puedo precisar hoy cuántas. A sus sonrisas solía corresponder yo con un gesto, no sabría muy bien cómo explicarlo todavía hoy, algo así como despistado. Si pretendía despertar en mí aún más interés, sin duda lo conseguía con esa pose constante de admiración, a pesar de que la noche ya se arrojaba sobre nosotros, el café contaba los minutos para cerrar, y algo nos advertía de que nuestro mundo podría acabarse cuando aquella conversación finalizara. Comprendí que cuando eso ocurriera, cuando nos despidiésemos a la altura de la calle de Atocha, yo perdería el argumento. Fantaseé con no dejarla salir, como si aquella mujer se fuese a llevar a la protagonista de mi obra, de mi mundo. Yo tenía claro que aquel instante último no podía ser el final.

Lo mejor que uno saca de sus historias de amor se sitúa siempre al comienzo de la relación. Es el punto en que todo cambia, todo se renueva. La calle por la que llevas meses transitando es otra calle, la casa que llevas habitando tanto tiempo es otra casa. Este sentido renovador del amor se va difuminando con el paso del tiempo, obviamente. La calle, por mucho que hubiera cambiado, vuelve a dejar de sorprender; la casa asfixia de nuevo. Es la gran desventaja del tiempo: cura, sí, pero a costa de adormecer la herida. Sin embargo allí, en ese momento, con Nela y en ese café, me encontraba exactamente en la primera frase de este párrafo: todo era nuevo en mi vida y yo era feliz examinando cada rincón de este flamante mundo.

Cuando definitivamente el café cerró sus puertas y Nela y yo nos vimos solos al amparo de la noche, me empeñé en acompañarla a casa, no tanto por continuar disfrutando de su compañía como por no padecer su ausencia. Ella accedió, siempre sonriente, y durante el trayecto de vuelta apenas hablamos, quizás por paladear sin descanso una presencia que pronto desaparecería, sin palabras y sin hechos. Yo dedicaba mis fuerzas, únicamente, a la trascendental y a la vez simple tarea de admirar a la mujer que tenía delante. Me sentía como enajenado, fuera de mí por el influjo de una pasión que yo no había

conocido antes. De ahí el temblor con el que comencé estas líneas, y de ahí las palabras torpemente exageradas con las que ahora recojo el momento. Porque aquella noche yo me sentía así, exagerado y torpe, tembloroso. Por ilustrarlo con un ejemplo: en un momento dado, Nela pareció tropezar con un pequeño bordillo y, al agarrarse a mi brazo, a punto estuve de trastabillar yo con ella. Había perdido las fuerzas, arrastrado por ella inconscientemente.

Al llegar al portal, la besé por primera vez. No puedo precisar cómo ocurrió, en qué momento todo decidió derrumbarse para acabar allí, ciñéndonos a los labios ajenos. Y en ese instante ya no existía nada más. Ni Madrid ni Laura. Ni Galdós ni Higinia. Sólo ella y yo, abrumados por la rapidez con que los hechos se habían precipitado. Yo, que llevaba tantos meses buscando una palabra que llevarme al papel, de pronto las encontraba todas condensadas en apenas veinte segundos de inolvidable lascivia. ¿Y qué importaban las consecuencias si por primera vez después de tanto párrafo me sentía vivo? Juro que ni por un momento se me cruzó por la cabeza la sospecha de estar jugando a la ruleta rusa con mi vida, por eso ni siquiera titubeé cuando ella, en un alarde de profunda complicidad, soltó sobre mi oído exactamente las palabras que yo necesitaba: «Sube a casa». Y subí. Y seguimos besándonos, esta vez de manera más torpe, junto a la escalera primero y sobre ella después. Y sentí que el calor de su cuerpo no se me escapaba al recorrer el pequeño corredor que nos llevaba hasta su casa. Y al abrir la puerta de la habitación, dejé que aquel aroma cálido penetrara en mí. Sobra decir que ella sabía muy bien en qué punto me hallaba yo, podía notarlo en su mirada. No sé si por encontrarse ella en un estado similar o por tratarse de una pasajera habitual en estos asuntos, pero al arremeter uno contra el otro, en ningún momento ella mostraba menos necesidad de la que yo estaba mostrando, y su pasión era tan descontrolada como la mía. Si ella no había perdido la razón como yo mismo lo había hecho, lo disimulaba maravillosamente.

Su pequeña pensión estaba plagada de espejos. Era un pequeño cuchitril al que el propietario quiso dar amplitud con la antigua táctica: espejos por todas partes para confundir la perspectiva. Quizás el más grande de todos ellos fuera el que coronaba la única habitación de la pequeña vivienda, un cristal gigante que ocupaba toda la puerta del armario, y que prácticamente permitía ver reflejada toda la escena sobre sí mismo. En aquel espejo vi esa noche cómo Nela y yo nos abrazábamos sin más objetivo que desvanecernos en la

madrugada. Yo nunca había conocido el cuerpo de la mujer en su plenitud, pero el reflejo que me devolvía la imagen no era el de una simple figura femenina, sino el de dos masas que se consumían entre la penumbrosa escena. Primero el rostro, que perdía poco a poco la definición para convertirse en una simple figura ocre. Eso sí, dicha figura era la parte más viva del dibujo triste en el que terminaron convirtiéndose nuestros cuerpos, enganchados uno a otro como las piezas de un rompecabezas. Y digo viva porque aquella masa soltaba, de manera casi aislada, gemidos, besos, saliva, sudor, lengua. El resto fue difuminándose al son que dictaba nuestra lascivia, que a esas alturas del sexo ya era la única dueña de la escena. Pronto comprendí que aquel reflejo del cristal no era más que una pequeña representación, un cuadro fúnebre ideado por el deseo.

Quizás la Nela que gritaba sin reprimirse sobre la cama de la pequeña pensión era mucho menos real que la que rodaba de boca en boca por todo el vecindario, esa Nela a la que todos pintaban como una furcia aprovechada, una mujer de mala vida. El sexo tiene esa cualidad, su éxito no depende en exclusiva del pasado. Quizás sea una de las pocas actividades en las que esto ocurre. Recuerdo que, al acabar, ella me confesó que la vida tendría mucho más sentido si no nos empeñáramos en disfrutarla. Creo, esto ya no sé si es cierto o es algo que inventa mi memoria, que la abracé al compás de la noche, como se abrazan los enamorados.

Pero no era amor. Cuando desperté unas horas más tarde, la visión de su cuerpo, obscuro y perfecto, me obligó a susurrar en su oído: «He de irme, pero nos vemos el viernes, en el mismo sitio, a la misma hora». Ella aceptó con una media sonrisa y yo me deslicé por las sombras, sabiendo que no eran aquellas escaleras las mismas sobre las que antes nos habíamos besado, como ya no era esa la misma calle que antes nos había cobijado. Trastornado por la pasión, había confundido amor con erotismo, confusión que comenzaba a desenmarañarse, descubriéndome la verdadera realidad: estaba enganchado a ese cuerpo, nada más. No pensé en Laura ni un solo instante durante aquella noche, pero su rostro volvió a mí cuando hube de acusar de nuevo el contraste entre su barrio de etiqueta y aquel suburbio gris. Todavía tuve tiempo de dormir unas horas antes de volver al juzgado, en cuya puerta me esperaba como siempre Galdós, con el rostro aún más sobrio de lo que era habitual en él.

CAPÍTULO X

1

Galdós no da crédito a lo que ve. Ha sido testigo de innumerables trapicheos, sus confidentes le han abierto la puerta a mil y un caminos para llegar al mundo sórdido y maloliente de la corrupción española, e incluso la historia, reflejo tenaz del presente y pilar básico en sus primeras obras, le ha hecho apreciar tantos capítulos sobre los tejemanejes de la política que en algún momento de su vida ha llegado a pensar que nada podría sorprenderlo. Sin embargo, Galdós observa la figura recia de Millán Astray frente al juez y no da crédito. Nunca un grupo de corruptos lo había tenido tan fácil para llevar a cabo su plan, y nunca un grupo de corruptos se había encontrado con una respuesta tan feroz de aquellos aspectos del contexto que no controlaban, principalmente, la prensa y el pueblo. Al recorrer los tres escalones que conducen hasta el taburete de los testigos, Millán Astray recibe abucheos e insultos por parte del público, reacción que al canario se le antoja inaudita, sobre todo si se tiene en cuenta que otro reo ha confesado su culpabilidad. Pero hay un problema: el pueblo no cree. Las gentes ya han tomado partido, y una realidad tan evidente no podrá esconderse bajo ninguna condena.

—Señor Millán Astray, ¿ha sido usted procesado alguna vez?

—Sí. Una. Por ciertos hechos acontecidos durante mi estancia como director en el penal de Valencia.

Reanudado el juicio, la expectación no sólo no ha decaído, sino que sigue en aumento. Se han filtrado, como siempre, las respuestas que Higinia ofreció el día anterior, con la obvia sorpresa general por su autoinculpación, y también las dadas por Vázquez Varela, con sus callejones sin salida, con sus dilemas sin réplica, con sus oscuras conexiones. Ahora que es el turno del careo entre Millán Astray y la acción popular, los nervios se han erizado.

Galdós y Melquíades ocupan el mismo banco que el día anterior, aunque si la expectación por lo que pudiera pasar allí dentro ya era extrema, después de un primer día de locos, los dos escritores parecen agarrarse al banco esperando el sobresalto. La sala, de momento, contiene la respiración.

—¿Es cierto que conoció a Higinia por haber servido esta en su casa unos meses?

—Así es. Pero no tuve trato con ella porque, aunque respeto a los criados, creo que por la condición social con la que he nacido no debía mezclarme demasiado con ellos.

—¿Es cierto que mantuvo una reunión con ella los días inmediatamente posteriores al crimen, sin contar con el permiso del juez?

Galdós recuerda aquella primera vez que se topó con la mirada firme de Millán Astray junto a la celda de Higinia. Han pasado los meses y esa mirada no ha perdido firmeza. Ya entonces supo que se enfrentaba a un enemigo poderoso, casi imbatible. La diferencia entre la mirada de Millán Astray y la mirada de Vázquez Varela era tan evidente... Una desprendía la tranquilidad del que ha controlado a los criminales más abyectos del país, del que ha dirigido los penales más conflictivos, del que ha coqueteado con las élites, del que ha presenciado las escenas más sanguinarias... y ha sobrevivido sin problema. La mirada de Millán Astray es la mirada de un ser que controla, que dirige, que maneja y decide. Sin embargo, la del joven Vázquez Varela transmite sensaciones muy diferentes. Es la mirada del que rompe el cascarón, del que aumenta la imagen del espejo, del arrogante que no tiene armas para serlo, del farsante. Acabase como acabase, piensa Galdós, todo habría sido muy diferente si el destino hubiese puesto el timón a cargo de Vázquez Varela, en lugar de haberlo colocado en las experimentadas manos de Millán Astray.

—Sí, es cierto.

—¿Y es cierto que le entregó un regalo?

—Es cierto también, aunque lo hice por costumbre, me siento en el deber moral de regalar siempre algún presente cuando visito cárcel ajena. En este caso, con más razón tratándose de la cárcel de mujeres y de una antigua criada mía.

—¿Y qué se dijeron durante aquella reunión?

—Poca cosa. Ella se echó a llorar y confesó el crimen. También me dijo que había sido por dinero.

—¿Eso es mentira! —grita Higinia desde el banquillo de los acusados.

Galdós observa como Melquíades se levanta con el grito de Higinia. El joven esboza una sonrisa cómplice, como si escuchar el lamento de Higinia le recordase que estaba herida, que aún no había muerto. El murmullo aumenta por primera vez. El juez, cansado, manda callar primero con gesto muy torpe y la sala, dócil por la temprana hora, obedece. Más tarde ordena que se reanude el careo.

—¿Tenía usted conocimiento de las salidas del señor José Vázquez Varela?

—Caballero, tengo noventa empleados en la cárcel. No puedo saber cada minuto qué pasa en ella si hay tanto quehacer delegado.

—Conteste claramente.

—No. No tenía constancia.

Una mujer es ahora la que repite el grito de Higinia: «¡Miente!». A su lado, un tipo de mediana edad se abalanza sobre sus hombros y la mujer se ve obligada a reprimir su enfado. Galdós observa con mimo al resto del público. Jóvenes, ancianos, madres y padres con sus hijos de la mano... Todo Madrid cabe en un juzgado.

—¿Le confesó la señora Higinia que doña Dolores y doña María eran las personas encargadas de ocultar el dinero robado a doña Luciana?

—Así es. Yo mismo me personé, por deber policial, en casa de las hermanas Ávila para recoger el dinero. Pero ellas me engañaron con su habilidad habitual.

—¿Dejó usted constancia de que buscaba el botín por deber policial y no por otro deber, digamos, de interés más personal?

Vuelve el murmullo. «¡Eso, eso, chorizo!», grita alguien. Lo que en un principio era una sonrisa tibia en el rostro de Melquíades, se convierte ahora en una mueca estúpida, como si el cariz que han tomado los acontecimientos le provocase un placer irrefrenable. Tan irrefrenable que allí, en plena sala, le obliga a sonreír como un simio. Esta vez es el abogado defensor el que interrumpe:

—Señor juez, la pregunta es impertinente.

Tras varios segundos de espera, el juez contesta:

—La pregunta es muy pertinente. Así que responda.

Todas las miradas se dirigen ahora a Millán Astray.

—No, no dejé constancia de un registro policial.

El murmullo se convierte en griterío de nuevo. Las amenazas del juez suben también el tono. Allí todo el mundo ha visto alterada su propia naturaleza. Los

que un día fueron educados y gentiles, ahora se desgañitan pidiendo justicia. Los que habían estudiado toda clase de protocolos, ahora amenazaban a gritos a todo aquel que sobrepasase la línea. A punto está el presidente, incluso, de llevarse la vista a una sala en privado. Pero, finalmente, el público se calla y continúa el interrogatorio.

—¿Se reconoce usted amigo de don Eugenio Montero Ríos?

Al escuchar el nombre, Galdós pega un respingo. Melquíades lo mira con extrañeza. Vuelve a pensar en la incoherencia del maestro, que sólo se altera cuando los nombres de tronío cruzan por la página. El resto de los personajes, los que no son capaces de mirarle a los ojos al poder, apenas le provocan más que una simple reacción instintiva. Cada minuto que pasa, el supuesto compromiso de Galdós con el modesto ambiente que había rodeado el caso le parece más artificial.

—Sí, aunque no puedo saber qué relación tiene este asunto con el crimen que nos atañe.

—Hay varias pruebas aportadas por la prensa que demuestran que usted estuvo en el Ministerio de Gracia y Justicia el mismo día que visitó a doña Dolores Ávila y a doña María Ávila. ¿Qué asunto le llevó a subir a usted al Ministerio de Gracia y Justicia?

—No puedo recordarlo.

Vuelve el murmullo.

—Haga memoria. Sería una puntualización necesaria.

—Me gustaría contestar, pero insisto en que la memoria no llega a ese punto.

Una vez más, los asistentes vuelven a convertir el ambiente en algo más digno de una taberna que de un juicio. Galdós no da crédito a lo que está viviendo y busca de vez en cuando en la mirada de Melquíades un consuelo. También el letrado de la acusación popular busca con la mirada al juez tras estas últimas respuestas tan sospechosas de Millán Astray, pero el presidente de la sala sólo intenta disolver al gentío. Se da por finalizado el interrogatorio.

2

El rostro de Dolores Ávila se asemejaba al de una perra que ha sido herida, y que intenta proteger desde su rincón las pocas posibilidades que tiene de salir con vida de un trance peligroso. Yo la observaba con algo de afecto. Me caía bien esa mujer. Era obvio que no había tenido suerte en el reparto de las cartas, y que era la que más había arriesgado en función del botín que se le hubiera repartido. Dicho de otro modo, si el juicio terminaba siendo desfavorable para Higinia y si las acusaciones del fiscal terminaban cuajando, ella sería la más perjudicada sin casi haber puesto un pie en la escena. Y esa frustración se podía palpar. La muchacha apretaba sus mandíbulas en señal de rabia, fulminaba con la mirada a los que con educación se enfrentaban a ella desde el estrado, y contestaba a menudo con insultos y groserías.

—Entonces, doña Dolores, ¿niega usted que haya sido la encargada de ocultar el dinero y las joyas?

—Ya le he dicho que lo niego rotundamente. ¿Acaso es usted sordo?

El fiscal intentó no ponerse nervioso ante la negativa constante de Dolores Ávila.

—¿Y qué le pidió el señor Millán Astray el día en que se reunió con usted, horas después del juicio?

—Me dijo que si no decía lo que él quería que dijese, nos iba a hacer salir a mi hermana y a mí con los pies por delante. Y, en efecto, lo ha conseguido, ese infame.

La agresividad con la que se expresaba Dolores resultaba novedosa en el discurrir del proceso. Hasta ahora, todos los personajes habían aceptado su papel en la obra con resignación. Higinia había arriesgado. Había arriesgado mucho. Y las cosas no habían funcionado. Su actitud ahora era clara: pagaré lo

que tenga que pagar. Vázquez Varela había jugado a ser un malvado con ínfulas y las cosas tampoco habían funcionado. Él era el pillo, aceptaba también ese papel e intentaba salvarse así de la quema. Millán Astray era el cerebro, el único con la perspectiva suficiente sobre el mundo como para poder salir victorioso. También aceptaba ese papel y, en su sólida declaración, había dejado claro que no sería fácil derrocarlo. A Dolores, sin embargo, se le había asignado el papel de humilde cómplice que es arrasado por los azares de la narración. Y no estaba dispuesta a pasar por ello. Al menos, no sin el resto de los protagonistas.

—¿Y realmente subió usted al coche de Millán Astray?

—Así es, nos hizo subir con el pretexto de estar detenidas. Ahí fue cuando nos pidió que dijésemos lo que él ordenase, que así todo saldría bien.

—¿Es cierto que subieron al Ministerio de Gracia y Justicia en su compañía?

—Es cierto. Aunque nosotras no salimos del coche.

Volvió el murmullo del público, como cada vez que los acusados deslizaban datos escabrosos. A mí me recorría una especie de bilis mientras mi cabeza no paraba de reproducir el guion de aquella noche. El cuerpo chamuscado de Luciana, los vecinos en la escena del crimen, los canallas dejando que el reloj avanzara, los nervios de cada uno de ellos. No era menos intrigante la escena a la que ahora hacía alusión Dolores: Millán Astray llevándose detenidas a las dos hermanas y jugando con ellas como el que maneja una muñeca de trapo.

—¿Qué cree que pudo hacer allí el señor Millán Astray?

—No nos lo dijo, pero sospecho que recibió algún permiso, porque de ahí fuimos directas a la cárcel.

—¿Nadie advirtió a don José Millán de la negligencia que estaba cometiendo, tomando testimonios sin permiso judicial?

—Nadie. Es más, a todo el que le dirigía la palabra lo mandaba callar con malos modos.

Supuse que aquel era un juicio que tendría que decidirse en las preguntas, ya que muchas de ellas se quedarían sin respuesta, y que del sentimiento particular que cada una de esas preguntas despertase en nosotros nacería, a su vez, la condena que individualmente emitiésemos. Desde mi banqueta, observaba cómo Millán Astray y Vázquez Varela asistían con algo de sorna a la declaración de Dolores. Ahora bien, entre las preguntas que quedaban sobre la mesa destacaban las siguientes: ¿por qué Millán Astray decidió detener a

las dos hermanas Ávila sin orden judicial? ¿Qué buscaba en el Ministerio de Gracia y Justicia, cortijo de su amigo Montero Ríos? ¿No es el camino que habría seguido un criminal cualquiera si hubiera cometido un error al ejecutar su plan e intentara subsanarlo enterrando las pruebas?

3

Los escasos segundos que María Ávila estuvo sentada en el banquillo de los testigos apenas aportaron nada a la escena. Ni el fiscal ni las distintas defensas ni las acusaciones preguntaron por cuestión alguna a la procesada, pues no habían pedido condena alguna para ella y cualquier disquisición sobre su persona resultó improcedente.

4

Uno de los aspectos del caso que más me había impresionado tenía que ver con la manera en que el pueblo de Madrid había digerido el crimen. Cuando, en la soledad de mi cuarto, yo me descubría imaginando cómo sería la novela que habría de recoger lo ocurrido, siempre se paseaba por esa evocación el primer hombre que pisó la casa el día del asesinato, el rumor de los vecinos asumiendo el desastre, la mañana posterior plagada de murmuraciones, el boca a boca entre paisanos, el miedo por la cercanía de la muerte, no siempre asumida, el morbo al comprobar la reacción del despistado que todavía no conoce la noticia. Yo venía de una zona rural donde a menudo pasábamos meses sin ver más que los mismos seis o siete rostros cada día. Cuando alguien moría, el vacío era atroz, pues se nos iba una gran parte de nuestro mundo humano. Y qué decir de aquellas muertes violentas que de siglo en siglo se producen en el campo, dando lugar a romances y leyendas. Cuando una muerte así llegaba a la zona, el rumor recorría varias leguas a la redonda y el temor y el luto teñían los campos. Sin embargo, aquí, en la gran ciudad, un crimen de tal magnitud era masticado como el que degusta una golosina, se jugueteaba con el asunto, se trivializaba y se convertía en una herramienta más para divertir al pueblo.

Por eso, cuando me enteré de que testificaría Manuel Marco, el primer hombre que puso un pie en la casa tras el incendio, no pude por menos que alegrarme. Dejé volar mi imaginación literaria, dibujando en mi mente la figura de un héroe clásico, una especie de Aquiles castizo. Pero la realidad siempre es más prosaica y finalmente hizo acto de presencia un hombre grueso, calvo, con un bigote frondoso. Un oficial del ejército retirado al que todo aquello le pillaba ya a desmano.

—¿Es usted don Manuel Marco, inquilino de la casa sita en la calle Fuencarral?

—Soy yo.

—¿Es cierto que fue usted el primer vecino en entrar a la estancia?

—Es cierto.

—¿Apagó usted los restos del fuego ocasionado?

—Mis hijos y yo.

El hombre parecía decidido ante las preguntas del fiscal, que había sido el encargado de citarlo como testigo. Hasta la llegada del letrado de la acción popular, Marco se sentía importante, con el brillo en los ojos de quien se sabe apuntado por los focos, de quien se siente el protagonista de una historia irrepetible. Sin embargo, con las preguntas de la acción popular, noté cómo ese brillo se apagaba. Ahora que las preguntas se enquistaban, las respuestas se convertían en vitales. Lo que antes era un divertido entretenimiento donde él sólo pasaba por ser un protagonista intrascendente, ahora era un juicio con vidas en juego.

—¿Reconoce usted los cuchillos? —preguntó el letrado de la acción popular mientras señalaba las pruebas del crimen.

—Sí, los vi el día del asesinato en la cocina.

—¿Estaban manchados de sangre?

—No.

Había vuelto el murmullo, pero era cierto que los asistentes habían aprendido a controlarlo, y el mismo runrún desaparecía al cabo del tiempo justo para no ser advertidos por el juez. El hecho de que los cuchillos que habían servido para matar a Luciana hubieran sido vistos por un testigo sin mancha alguna de sangre revelaba que nada allí podría estar limpio. Miré a Galdós, que seguía dibujando rostros sobre el papel. Esta vez retrataba a uno de los fiscales, que observaba con detenimiento las palabras del testigo.

—¿Es cierto que estuvo usted ya en las horas posteriores, cuando los miembros de la policía, entre los que se encontraba Millán Astray, reconocieron la escena del crimen?

—Es cierto.

—¿Con qué objeto?

—Con el de prestar toda la ayuda posible.

El letrado se detuvo y con calma volvió a señalar una de las pruebas del sumario. Esta vez era una llave. Es sorprendente cómo un objeto cotidiano

puede convertirse en una pieza fundamental para el destino de los hombres.

—¿La reconoce?

—Sí, señor.

—¿Esta llave la encontraron en el lugar del crimen durante el primer reconocimiento?

—No, señor. Durante la segunda inspección, ya con la policía.

—¿En el suelo?

—No. La expuso el señor Millán Astray.

Esta vez el rumor del público se volvió incontrolable. Por encima de él, los gritos de Millán Astray exclamando: «¡Mentira!», llegaban hasta mis oídos, casi me parecía poético ver cómo el cerebro del plan perdía los papeles. Pero todo terminó de empantanarse cuando el testigo contestó a las acusaciones de Millán Astray argumentando que a él no le desmentía nadie, que su honor estaba por encima de esta basura de juicio. El juez paró la trifulca como pudo, y juro que la euforia que sentía al ver cómo el público se levantaba contra Millán Astray me provocaba un placer único, casi irrepetible. La sesión se reanudó entre murmullos.

—En el sumario, sin embargo —continuó la acción popular—, consta que fue el fiscal Alix, aquí presente, quien encontró la llave hurgando entre las cenizas.

—Y yo le digo, y no miento, que la llave la tenía el señor Millán Astray en su poder.

Fue entonces cuando el propio ministerio fiscal pidió respeto para el acusado, algo que el juez extendió a la sala. Tras una deliberación que pareció eterna, el presidente y el fiscal acordaron rechazar la prueba. Las protestas de la acción popular se unieron a las del público, que ya se había levantado directamente contra el juez. Yo mismo me descubrí berreando junto al resto, y fue sólo tras comprobar que Galdós no se movía y que me observaba como se observa a un tarado cuando comprendí que aquel tren había descarrilado.

—Tengan en cuenta los letrados —sentenció el presidente— que la sala les guarda todas las consideraciones que les son debidas en el terreno en que se encuentran; pero que la presidencia no se deja avasallar ni se dejará avasallar por ninguno de los abogados, y usará de las facultades que le concede la ley como lo tenga por conveniente. Puede retirarse el testigo.

5

Con las puertas del juzgado ya cerradas, Galdós se siente agotado. Madrid empieza a apagarse en su mente ahora que Emilia se marcha para siempre de su vida. Porque, ¿se marcha? ¿De verdad se marcha? Ellos, que durante meses habían jugado a creer que se querían, ahora necesitan acercarse al final del juego. Al menos eso cree Galdós mientras pasea por el barrio de San Bernardo, cerca de la casa donde una vez fueron felices buscando entre las sábanas el calor que se les había negado fuera, conversando sobre literatura en interminables charlas que bien hubieran valido por todas las relaciones de las que hasta entonces había disfrutado Galdós. ¿Valía la pena perder aquel juego por un desliz cualquiera, una noche cualquiera en cualquier parte? Después de todo, los minutos que habían transcurrido a su lado se habían cargado de presente, olvidando con cada sonrisa, con cada caricia, lo que hubiera ocurrido antes y lo que fuese a ocurrir después. Era el gran secreto del éxito en su relación: sólo importaba el aquí y el ahora. Ninguno de los dos miró atrás para hacer preguntas, ninguno de los dos miró adelante esperando respuestas. Era parte del juego, un juego en cierto modo frívolo, pues convertía en un simple acto hedonista lo que poco a poco se iba macerando en el interior de sus cuerpos.

¿En qué momento dejó de importar sólo el presente? Porque era evidente que había dejado de ser lo único importante. Ahora Galdós mira con recelo aquel episodio entre Emilia y Lázaro Galdiano, y no puede evitar lanzar preguntas como las que salpican estos párrafos, un ejercicio reflexivo que no ha hecho hasta ahora. El pasado ha empezado a importar, con todo lo que eso conlleva. Por otro lado, el futuro empieza a palpase también. ¿Adónde nos lleva este juego?, se pregunta Galdós. Ella, mujer libre e incontrolable, mujer

de extremas pasiones, seguiría sin hacerse preguntas. Había vivido durante años enclaustrada dentro de una relación conyugal asfixiante, que no le permitía desarrollar la que dentro de esas extremas pasiones era la principal: su extraordinario impulso literario. Precisamente por haber conocido la amargura que las mieles de un matrimonio a destiempo ofrece, a Galdós le parece imposible que Emilia apueste por una forma de vida que no consista únicamente en vivir el momento, a la manera del clásico horaciano que tanto adora.

Quizás, piensa, la falta de expectativas, aquello que le dio vida a la relación, es lo mismo que ha terminado por matarla. A fin de cuentas, una relación sin preguntas es una relación feliz, pero a la vez es una relación anclada en el momento que se pisa y no el anterior ni en el siguiente. ¿Por qué, de pronto, había comenzado a escocerle algo tan vulgar como un simple escaqueo con un escritor insignificante al otro lado del país? ¿Qué había cambiado para que ahora necesitase respuestas? Al llegar a la plaza de las Comendadoras, un niño grita mientras persigue a otro con una especie de vara. A su lado, dos hermanas religiosas se dirigen al cuartel del Conde Duque portando sendas ristras con dulces. La vida de la ciudad que un día pareció pertenecerles ahora se le revela rutinaria, demasiado gris. ¿Echaba de menos a Emilia? Obviamente. Y sin haberse marchado aún. ¿Quién era Lázaro Galdiano? Hasta entonces, se había tratado simplemente de un escritor con ínfulas, de un adinerado mecenas con más capacidad para aglutinar arte que para producirlo. ¿Sería capaz de enfrentarse al torrente intelectual que Emilia necesitaba liberar? Quizás esta fuese la principal cicatriz a la que tendría que enfrentarse Galdós: aquella mente con la que había congeniado hasta creerla, en parte, gemela, de pronto se había descubierto no sólo lejana, sino también —esto es lo peor— desconocida.

Por Areneros, Galdós deja atrás a dos guardias civiles, quienes observan la marcha del escritor bajo el oscuro tricornio, quizás por haberlo reconocido, quizás por parecerles sospechosa la deriva de un hombre hacia las deshabitadas tierras del oeste de Madrid. Al fondo, la cárcel Modelo se descubre ante él inhóspita, mucho más lúgubre ahora que cuando la visitaron meses atrás, buscando pruebas y datos que completasen un rompecabezas que, con el juicio que se está celebrando, terminará por completarse. Las cosas han cambiado tanto desde aquel lejano mes de julio que al canario se le antoja difícil volver a ser quien fue entonces.

Allí, frente a los muros de la cárcel, se detiene. Acuden a su cabeza los recuerdos lejanos de su infancia, una vez más. Evoca con cariño aquellos primeros años en la lejana isla, ese Benito aún adolescente, dieciséis años a la todavía robusta espalda, que se termina de enamorar de la prima Sisita. Aquel primer deseo de juventud, la pariente cubana que vino a instalarse en la calle del Cano de Las Palmas junto a su mamá, Adriana, y ese jugoso acento, primer objeto de su pasión. Galdós recuerda la calurosa tarde, la sequía que cuarteaba todos los labios de la isla, todos excepto aquella masa roja que la prima Sisita movía al cantar lejanas canciones del Caribe, y las pupilas ardientes del pequeño Galdós que se pierden en ese compás, deseando con todas sus fuerzas enredarse en ellos. Y la mamá Adriana que los encubre, los oculta, mientras la mamá de Galdós, Dolores, pone coto a sus pasiones de adolescente. La ropa sucia en el colegio de los padres agustinos le sigue agitando la memoria, cómo él se limpiaba el polvo del camino para perseguir las caderas inacabables de Sisita, hubiera perdido la razón por ella. Pero lo que se terminó perdiendo fue una paciencia, en concreto la de mamá Dolores, que con un grito ahogado le exigió que nunca más volviese a ver a su prima y que dejase para siempre ese recuerdo al calor de la memoria. El joven Benito fue enviado a Madrid gracias a las aspiraciones de mamá Dolores, persiguiendo así el olvido. Es el primer fracaso del genial Benito Pérez Galdós, la primera tragedia que le agitó el corazón. ¿Es la suya una vida condenada al drama en lo que a la relación con la mujer se refiere? Si era lo que perseguía mamá, piensa, al menos fue tan efectiva como lo era tostando el gofio. Sin saberlo, no lo envió a Madrid a olvidar, sino a escribir sobre aquella melancolía. El mismo Madrid que ahora lo amenaza, tantísimos años después, en forma de lóbrego edificio. La cárcel como símbolo de la perversión a la que se ve sometida la ciudad. Perversión que se desliza en forma de investigación, de proceso, de abogados y jueces, de carceleros y políticos.

El desencanto con la sociedad le hace volver al presente. La noche ya se acerca y, por tratarse de un lugar peligroso, Galdós abandona el recuerdo para regresar a Madrid con paso más que ligero. Por el camino se enciende un cigarro.

Ninguno de los dos mira atrás para hacer preguntas, ninguno de los dos mira adelante esperando respuestas.

—Estoy fumando demasiado, ya me lo decía Emilia...

6

Los días de juicio empezaban a pesar sobre nosotros como una losa. En mi caso, por la historia que bullía en mi cabeza, por los personajes que me golpeaban el cráneo exigiéndome salir. Una historia y unos personajes que seguían sin ser llevados al papel, eso por descontado. Y resultaba desesperante. Llegué incluso a recoger el viejo cálamo de mi familia, a intentar mojarlo en la tinta que preparaba cada mañana, a menearlo sin sentido sobre la cuartilla. Pero nada. Estaba seco.

Por suerte, me quedaba el refugio de Nela. El día que habíamos elegido para volver a vernos ya se presentó con un color distinto al resto. Desaparecen el gris, la sordina, las exigencias literarias. Me acicalaba con mimo frente al espejo de la pensión murmurándome: «Olvida, siente, vive». Nela era ya para mí como una atracción, el sentido lúdico de la vida. Aquel día recorrí la distancia que me separaba de la estación de trenes siguiendo el mismo ritual que durante aquel primer encuentro con ella. Tras haber reposado lo suficiente, tras haber digerido los recuerdos de la noche en que ella y yo decidimos dejarnos llevar por el instinto, la sensación que ya me había abordado a la mañana siguiente se había ido, poco a poco, instalando en mí como una certeza. Hubo en aquel encuentro lo mismo que ahora buscaba en este: una necesidad acuciante de tocarla, de aspirar el olor a carne entre aquellas paredes. Pero había dejado de idealizar desde un punto de vista platónico lo que Nela pudiera ofrecerme, para centrarme únicamente en la satisfacción carnal que obtenía en el encuentro.

Por otro lado, y para seguir agitando el cóctel de emociones que últimamente me asaltaban, había comenzado a sentir una suerte de tristeza al pensar en Laura. En ella sí había visto reflejadas las mieles del amor honesto,

pero por el influjo que la atracción hacia Nela despertaba en mí, la miel había empezado a amargarse, y donde antes sólo encontraba una relación sólida ahora empezaban a aparecer grietas. No tenía dudas de que debía casarme con ella, de que era la mujer con la que habría de compartir mi vida. Pero ya no era la aspiración, ya no era el único nombre que me encontraba al otear el destino. De hecho, el resultado de este alejamiento simbólico había sido un alejamiento real, hasta el punto de llevar ya unos cuantos días rehuyéndola, sin saber nada de ella. Toda esta mezcla de emociones me provocaba esa tristeza, esa pena, que escondía bajo el recuerdo de Nela sobre la cama de su dormitorio.

Al llegar a la estación, doblé la esquina que por Delicias habría de llevarme hasta el café, pero la aflicción por Laura se me había agarrado al pecho y tuve que sujetarme con agresividad al alféizar, que, gracias a Dios, habían recortado a baja altura, pues me hubiera desmayado sin duda de no haber contado con ese punto de apoyo. La vista empezó a nublarse, así que con lentitud fui doblando las rodillas hasta sentarme en el suelo, me desabroché la camisa y con algo de ansiedad intenté recuperar la respiración. Sudaba por todos los poros de mi piel, y el temblor que me sacudía más parecía propio de un ataque de pánico que de cualquier otra cosa. Me detuve ahí unos minutos, a pesar de que ya llegaba tarde de por sí a la cita con Nela. Pero no había remedio, de pronto el nombre de Laura se había quedado ahí, incrustado entre ceja y ceja, y apenas podía pensar en otra cosa que no fuese el daño que le estaba haciendo con mis constantes evasivas. ¿Por qué se me estaba escapando Laura? ¿Por qué me importaba aquella chica si en el día a día era casi un espectro en mi vida? Todas estas preguntas tendían a asfixiarme un poco más, así que opté por no cuestionarme nada más y aceptar lo que estaba ocurriendo sin dilemas.

Me incorporé al poco, ya restablecido, y tras caminar con cierta inercia hacia el café me detuve a unos veinte metros del mismo. Desde allí no era capaz de distinguir si Nela ya esperaba sentada en el lugar convenido, pero lo más importante era que ella, en esa posición, tampoco hubiera podido verme a mí. Esperé unos minutos pensando en nada, regodeándome en un cierto fatalismo que se me había agarrado al pecho como un parásito. Tras dejar a un lado la mente en blanco, tomé la decisión con algo de inercia, sí, pero con extrema convicción: quedó atrás el café y me dispuse a volver de nuevo al centro para buscar a Laura, a quien debía una explicación tras varios días

desaparecido. Si Nela acudió o no a esa cita, ya digo, no puedo saberlo. Es más, hay otro dato que desconocía, pero que por los rigores de la narración ya soy capaz de adelantar: no sólo no me reencontraría aquella noche con Nela, sino que ya no volvería a ver su hermoso cuerpo nunca más. Aunque su recuerdo, por distintos motivos, ya nunca me abandonase.

CAPÍTULO XI

1

Si algo corría a favor del dúo Vareleta-Millán Astray, sin duda era el sumario. Se había filtrado, como todo lo que tenía que ver con las investigaciones y las pesquisas del caso, y obviamente estaba plagado de referencias, declaraciones, evidencias y datos favorables a los dos procesados. A mí me mosqueaba terriblemente que el asunto se hubiera convertido en una especie de guerra entre la pareja formada por Higinia y Dolores contra la formada por Vázquez Varela y Millán Astray. Me molestaba porque muy probablemente los cuatro eran parte de un todo, y parecía difícil que unos pudiesen haber trabajado sin los otros. Dicho de otro modo: las dos mujeres no habrían podido asesinar a Luciana sin el apoyo de los dos hombres, como los dos hombres no habrían podido hacer lo propio sin la ayuda de las dos amigas. Esta era mi teoría, pero la opinión pública había obligado a romper la sociedad y, o bien te inclinabas por una pareja, o bien lo hacías por la contraria. Por tanto, si el sumario favorecía claramente a los dos hombres, esto significaba necesariamente que perjudicaba a las dos mujeres. Lo que quizás los dos compinches no sabían es que el viento del sumario, que hasta entonces había soplado de cola, estaba a punto de cambiar.

—Doña Aniceta García, ¿confirma usted que estaba arrestada el día 2 de julio, durante la llegada de Higinia y Dolores a la cárcel?

—Lo confirmo.

El fiscal se mostró condescendiente, con cierto tono paternalista. Aquella mujer era una de las armas que las defensas de Vázquez Varela y de Millán Astray necesitaban blandir para salir indemnes de aquel lance. Según la declaración de Aniceta reflejada en el sumario, estando presa había escuchado una conversación entre Higinia y Dolores en la que confesaban su crimen. Sin

embargo, desde mi banquillo ya intuía en la docilidad de su mirada lo que estaba a punto de ocurrir.

—Según declaró usted y así consta en el sumario, escuchó una conversación entre las dos procesadas y, aún concretando más, escuchó la frase: María, no llores.

—No, yo escuché un llanto, que no es lo mismo.

—¿Escuchó usted cómo Higinia se dirigía a Dolores preguntando: «Dolores, has salvado aquello»?

—No, señor. Oí palabras sueltas, una de ellas «salvar».

—Pero en la declaración del sumario usted afirmó que había escuchado cómo Higinia se dirigía a Dolores preguntando: «¿Dolores, has salvado aquello?». Así consta.

—Es imposible. Le ruego a la sala que lo revise, porque yo no dije tal cosa.

Volvió el rumor entre el público. Esta vez, el juez lo sofocó antes de que aumentara. Podía olerse el miedo de aquella mujer al declarar. Era evidente que había sido moldeada por las manos del poder: bien para mentir en el sumario, bien para mentir al corregirlo. ¿Podría haber manipulado alguien su declaración? Era otra de las opciones. Lo que cada día quedaba más claro era que todo lo que rodeaba a aquel caso era simple decorado. Un decorado de cartón por el que nos movíamos los personajes, conscientes de que todo lo que viésemos o tocásemos no era real. Había sido colocado ahí por alguien o algo mucho más poderoso que un Millán Astray o un Montero Ríos. Ellos, como nosotros, sólo eran eso: personajes de una trama funesta.

—¿Pero percibió entonces el verbo «salvar»? —reanudó el fiscal.

—Sí.

—Y escuchó, como consta en el sumario, cómo Higinia decía: «Si lo has salvado, pierde cuidado».

—No escuché tal cosa.

—Pero... —El fiscal empezó a dudar—. ¿No oyó cómo Dolores gritaba: «¡En qué lío nos has metido!»?

—No, señor.

Esta vez el rumor ya fue incontrolable. Tanto que el juez tardó unos minutos en conseguir el silencio necesario. Vi como Aniceta, que hasta ese momento declaraba de pie, tuvo que sentarse con la ayuda de un guardia. Alguien le ofreció agua. Estaba completamente sobrepasada por lo ocurrido.

—Señor presidente —continuó el fiscal—, la testigo está cayendo en

contradicciones con respecto a lo que declaró inicialmente en el sumario. Rogamos que se lea la primera declaración.

Así procedió el presidente, que repitió una por una las palabras que supuestamente había pronunciado Aniceta, y que relataban el encuentro entre Higinia y Dolores en el que ambas se recriminaban su papel en el crimen. Tras la lectura de la declaración, fue el propio juez quien se dirigió a la testigo:

—Esto es lo que consta en el sumario. ¿Está de acuerdo con la declaración?

—Yo declaro lo que acabo de decir, si alguien ha escrito ahí eso, lo habrán hecho sin mi consentimiento.

De nuevo volvieron las conversaciones. Incluso alguien desde allí, desde los bancos destinados al público, se desgañitó exigiendo justicia ante lo que ya parecía a todas luces una «vergüenza».

Cada minuto que transcurría dentro de aquel juzgado iba convirtiendo, muy a su pesar, a Vázquez Varela, a Millán Astray y a toda la caterva de jueces y fiscales en enemigos públicos para la ciudad de Madrid.

2

Petra González es otra de las reclusas que, según el sumario, prestó declaración para dejar constancia de una conversación en la cárcel entre Higinia y Dolores la misma tarde que fueron arrestadas. Durante el transcurso de dicha conversación, de celda a celda, supuestamente Higinia le había preguntado a Dolores si había escondido «aquello», y tras recibir respuesta afirmativa, se mostró tranquila ante un posible proceso. Por su parte, siempre según la redacción del sumario, Dolores le recriminó a Higinia el «lío» en el que les había metido.

Galdós se siente algo alejado ya del camino que ha cogido la narración. La observa escaparse, como si hubiera dejado de pertenecerle. Esto significa que también la novela se marcha, y aunque el caso terminará dejando en la razón su quemadura, lo cierto es que las páginas se van alejando sin que pueda remediarlo. Sin embargo, sí nota que Melquíades, aquel joven asustadizo y tímido que meses atrás parecía consumirse, cada minuto que pasa se introduce más en los hechos y participa más en cada gesto, en cada movimiento, en cada mirada que ofrece el caso. El canario supone que algo bulle en esa cabeza y que si el talento mueve sus cartas como debe, quizás todo esto deje una razón para haber ocurrido.

Sin ir más lejos, Galdós se percata en ese instante de que Melquíades observa con el mayor detenimiento posible la declaración de Petra. Ella es otro de los testigos encargados de condenar a Higinia y a Dolores. Sin embargo, Petra, al igual que ha hecho Aniceta poco antes, sube al estrado para declarar y, tras recibir las preguntas a manos del fiscal sobre la conversación, desmiente que lo que hay escrito en el sumario sea su declaración real. Pero lo que convierte a Petra en una testigo especial es que, al ser cuestionada por el

motivo que le llevó a prestar declaración, comunica que ha sido inducida a ello. A la pregunta evidente: ¿inducida por quién?, Petra contesta que fue obligada por otra reclusa:

—Antonia Rodríguez.

Galdós nota que Melquíades se reclina en el asiento al enfrentarse a la identidad de esa mujer. El hecho de que ni siquiera le suene ese nombre es el indicio más claro de que la historia se le ha escapado entre los dedos. Al cuestionar a Melquíades por la sorpresa que ha provocado esa confesión, el joven responde con firmeza:

—Es la misma Antonia Rodríguez que lleva meses en paradero desconocido. Qué cabrones.

3

Luis Ramos Querencia era uno de los testigos más esperados por mí y por toda la audiencia. Vigilante de la cárcel Modelo, afirmaba haber visto a Millán Astray y a Vázquez Varela trapichear juntos, afirmaba conocer las salidas esporádicas del hijo de la víctima, e incluso afirmaba la culpabilidad de Vázquez Varela por una conversación mantenida en la cárcel pocas horas después del crimen. Hasta ahora, la historia estaba desprovista de personajes así, capaces de desafiar el *statu quo* desde abajo. Era relativamente fácil plantarle cara a Millán Astray si te llamas Nicolás Salmerón, pero no lo era tanto si pasas por ser un pobre hombre cuyo sueldo depende no sólo de Millán Astray, sino de todo el entramado penitenciario del país. Por eso Ramos Querencia se había convertido en una especie de héroe para los que exigíamos justicia.

—Don Luis Ramos Querencia, ¿prestó usted servicio de vigilancia en la primera galería los días 1 y 2 de julio del año pasado?

—Sí, señor fiscal. En el paseo celular número 1.

—¿Conocía entonces al señor Vázquez Varela?

—De vista, como a muchos otros presos.

—¿Cree el testigo que Vázquez Varela o cualquier otro preso de la cárcel Modelo sería capaz de salir de ella contando exclusivamente con la voluntad del director del establecimiento?

—No es que lo crea, es que lo he visto.

Al clásico runrún le siguió esta vez el golpe de un objeto de madera contra el suelo. Tanto Galdós como yo dirigimos la mirada al lugar de donde procedía el sonido. Se trataba de una pareja de ancianos. El hombre se agachaba a por una suerte de bastón. La mujer seguía mirando al estrado

completamente anonadada. Probablemente, esta hipnosis que la rueda de testigos despertaba en el público fuese el origen del despiste del anciano. Alrededor, algunos comentaban la declaración que confirmaba una de las mayores sospechas que se aclaraban en el juicio: la libre disposición de los presos a manos de Millán Astray.

—Explique cómo puede llevarse a cabo semejante plan —exigió el fiscal.

—Muy fácilmente. Siendo el jefe, al señor Millán Astray se le deja obrar libremente.

Se veía a un Ramos Querencia absolutamente confiado. Desde luego, si se identifica a un mentiroso con la duda, Ramos Querencia estaba soltando verdades como puños.

—¿Entonces permitió usted que el director y el reo recorrieran los pasillos, abandonaran las galerías y aun el establecimiento?

—Recuerdo que pregunté por el motivo del paseo. Si este señor tenía que estar preso, ¿por qué salía de la celda? A lo que el vigilante contestó: sí, señor, debía estar preso y además no se le ha filiado aún; pero sepa que a nosotros, señor Ramos, no nos importa lo que ocurra.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—No puedo precisar el día, pero sí que fue antes del famoso crimen.

A menudo, las connivencias con el poder por parte del pueblo están ligadas a ese tipo cuestiones: dependencia, subordinación. Sin embargo, yo notaba cómo el caso había dejado atrás variables tan habituales como aquellas en favor de otras mucho más excepcionales. En el caso de Ramos Querencia, me costaba achacar esa valentía a algo que no fuese una especie de rencor oculto por su jefe. Supuse también que había aprovechado la ola de odio hacia el director para denunciar los excesos de un hombre al que, en condiciones normales, no hubiese osado mirar a la cara.

—¿Salían sólo Vázquez Varela y el director o iban acompañados de algún otro empleado? —se impacientó el fiscal.

—Yo ese día los vi solos.

—¿Y cree usted que el señor Millán, a pesar de su carácter de director de la cárcel Modelo, pudo burlar la vigilancia de todos los empleados hasta llegar a la puerta del establecimiento y salir con el penado Varela?

—Sí, lo creo, señor. —Ramos Querencia se quitó los anteojos y con extremo cuidado los limpió contra la tela de su camisa.

—¿Y cómo puede afirmar eso el testigo?

—Habiéndolo visto.

La sala estalló en carcajadas. Yo mismo reí, no tanto por la ocurrencia como por la necesidad de oxigenar algo la tensión que exigía una vista como aquella. El resto de los asistentes tardaron varios minutos en apagar la sonrisa. Esta vez el juez sí impuso el orden con cierta impaciencia. Es mucho más fácil reprimir la risa que el odio.

—¿Por qué puerta salieron?

—Por la puerta del segundo rastrillo, en el centro de vigilancia.

—Esto contradice la versión que usted dio en el sumario.

Una vez más, se leyó la declaración del testigo, en este caso la de Ramos Querencia, para que este negase que lo escrito allí fuese su declaración real, con el consiguiente y ya repetitivo cuchicheo del público. De algún modo, los testigos se estaban rebelando contra una realidad impuesta. Yo disfrutaba siendo parte de esa rebelión, aunque me seguía escamando el escaso interés que, cada vez con más fuerza, iba mostrando el maestro Galdós.

—¿Es cierto lo que otros testigos han afirmado que va contando usted? ¿Que conversó con el señor Varela?

—Es cierto.

—¿Por qué no lo reflejó en la primera declaración?

—Por miedo.

Creí sincera la confesión de Ramos Querencia. No es fácil reconocer tu miedo, y él lo había hecho delante de todo el país. Porque el miedo, claro, es uno de los sentimientos más creíbles. Era muy difícil no tener miedo ante una situación como la que se vivía en el régimen penitenciario español.

—¿Confirma usted bajo juramento entonces que la declaración previa es falsa?

—Lo confirmo.

—Le ruego —interrumpió el presidente de la sala— que refiera usted entonces lo que desee referir.

—Con su permiso, así lo haré —sugirió el testigo.

—Adelante.

—El día de autos, a eso de las cuatro y veinte, escuché como uno de los presos, de apellido o apodo Miura, conversaba con Ángel Gutiérrez sobre el asunto. Me acerqué a ellos y, efectivamente, contaban que Vázquez Varela y Millán Astray andaban reunidos en la celda 110. El señor Vázquez Varela lucía una frondosa barba. Tenga cuidado, me dijeron, que aquí van a ocurrir

cosas extrañas. Más tarde, ambos se marcharon. Cuando vi volver al señor Varela, horas después, ya no era el mismo. No tenía barba, lo cual me hace sospechar que la que lucía horas antes era una barba postiza. Entonces llegó el cerrajero, y escuché en la penumbra la conversación. Durante el transcurso de la misma, el cerrajero que a la fuerza habría de ser cómplice, le preguntó al Varela: «¿Fuiste a ver a la criada?». Hizo un signo afirmativo con la cabeza y se pusieron a hablar al oído y, apartándose el cerrajero un poco, así como asustado, le dijo: «Pero, hombre, ¿tuviste valor para eso?». A lo que Varela contestó: «Para lo que no hubiera tenido valor es para aconsejar que la mataran, para actuar con meditación. Pero, ay, que Dios me perdone, esto no es premeditado, sino que se trata de un error del destino. No debí hacerlo y, sin embargo, lo he hecho».

El murmullo ya era puro bullicio. El público había perdido hasta tal punto la cabeza que uno de ellos puso sus pies sobre el banquillo y desde las alturas gritó: «¡Que le corten la cabeza a ese hijo de la gran puta!». El aludido, Vázquez Varela, a punto estuvo de lanzarse a por los que seguían increpándolo. Sólo la extrema precaución de la guardia pudo evitar el desastre. El juez gritaba aún más que el público y con gallos en la voz exigía silencio, lo cual evidentemente ya era imposible. Minutos más tarde se consiguió alcanzar una ligera calma chicha, como el ojo de un huracán que augura el desastre. Las amenazas del juez eran ya, incluso, personales. El tipo que había pedido la cabeza del Pollo Varela fue expulsado de la sala. Y el resto, al comprobar que existía el peligro real de perderse lo que quedaba de juicio, guardó silencio, aunque para ello fuese necesario morderse el labio.

—Siga, por Dios —ordenó el juez—, siga de una maldita vez.

—Le decía, señor presidente, que volvieron a bajar la voz, pero yo lo escuchaba todo perfectamente: «Pero ¿cómo pasó? ¿Ha concluido ya?». «Sí, ha concluido, chico». «¿Bien?». «No, mal; desgraciadamente, mal, muy mal; pues, chico, la mataron». Aquello me llamó la atención y oí que dijo Varela que era cosa que no se la perdonaría a sí mismo. «¡Pobre madre mía!», lloraba. Y, por último, dijo que había caído boca arriba.

Lo que ocurrió entonces fue algo parecido a un vodevil, pues los gritos del público se reactivaron y sobre ellos se impusieron los gritos de un Vázquez Varela completamente desbocado. Los alaridos se podían escuchar incluso fuera de la sala.

—¡Que se calle ese hombre, por favor! ¡No lo conozco de nada! —gritó

Vázquez Varela.

—¡Siéntese! —ordenó el juez—. ¡Siéntese o le condeno por desacato!

Pero el Pollo Varela, haciendo caso omiso a las recomendaciones del presidente, salió escopetado en dirección al testigo Ramos Querencia, con la única intención de apalearlo. De camino al estrado, los guardias consiguieron detenerlo, tras lo cual, el juez, con la voz temblorosa, ordenó que el procesado abandonase la sala, expulsado del juicio. Dos guardias civiles acompañaron al Vareleta al exterior y, entre gritos de «¡loco!» y «¡justicia!», se retiró. Me impresionó terriblemente cómo varios cuerpos sobresalían entre la masa que ya formaba el público, y con el rostro desencajado intentaban golpearlo con palos y estacas. La acción popular pidió que el testigo también abandonase momentáneamente la sala, por haber sido objeto de numerosos insultos por parte del acusado e incluso del abogado defensor. Pero el juez rechazó la petición y le pidió al testigo que finalizase de una vez.

—¿Dónde tuvo lugar la conversación? —preguntó el fiscal.

—En el paseo celular número 1.

—¿A qué distancia se encontraba Vázquez Varela de usted?

—La que hay, aproximadamente, entre el presidente y los porteros. Unos tres metros.

—¿Y por qué nadie más ha referido esa conversación?

—Señor, es difícil ir en contra del señor Millán Astray y demás aliados.

Y con esa sentencia, tan triste como real, finalizó el testimonio de Ramos Querencia, probablemente el más polémico de todos cuantos se habían celebrado entre aquellas paredes. En lo que a mí respecta, me sentía parte de un todo. Mi indignación perdía sentido si no se compartía con la del resto, del mismo modo que la indignación general se difuminaba sin la mía propia. Por fin se había llevado a cabo una de esas comuniones entre el pueblo y la justicia que de tanto en tanto se dan. Sería difícil detener la marea.

4

Galdós apenas soporta ya el ritmo frenético con el que el juicio se precipita hacia el abismo. Siente que aquello se le ha quedado ya grande. Quizás no sólo a él, pues no hace falta más que echar un vistazo al rostro demacrado del presidente de la sala para comprender que finalice como finalice el episodio, la sentencia no contentará a nadie. Otro ejemplo de personaje sobrepasado por los hechos es don Morales Vázquez, el testigo que en ese momento penetra en la sala. Uno de esos seres que nunca debieron aparecer por la página, uno de esos hombres a los que aquella fama les importa un carajo. Una hormiga en un circo de leones.

—Entonces, señor Morales Vázquez, dice que durante una de las guardias en la cárcel Modelo, compartió vigilancia con el señor Ramos Querencia, y que en el transcurso de la misma le contó a usted la versión que acaba de dar aquí.

—Así es.

—¿Y hay algún dato que desee añadir? —pregunta el fiscal.

—Sí. Me gustaría añadir algo.

—Proceda —ordena el presidente.

—En el transcurso de la declaración, llegó a transmitirme incluso la distribución que se había hecho del botín. Según el señor Ramos, hasta eso le había contado el señor Vázquez. Me confesó que se trataba de una cuestión en la que se habían jugado cien mil y pico de duros. Eso es un absurdo, le dije, y también le pedí que volviera a repetir lo que sabía. Repitió punto por punto lo que hoy ha referido aquí. Entonces prosiguió con el asunto de la repartición. Me contó que había habido una distribución de cien mil duros entre los magistrados de la audiencia y que conocía los nombres de todos ellos. «¿Por

qué no lo dices?», le pregunté yo. A lo que él contestó: «Por lo mismo que tú no cuentas que el Vareleta salía de aquí cada dos por tres». Le insté a que al menos me dijese a mí las cantidades que estaban a punto de repartirse y así me las hizo llegar: doce mil duros para el señor Peña Costalago por interponer la denuncia; treinta y seis mil entre los magistrados, siendo uno de ellos el depositario; veinte mil duros para el presidente del Tribunal Supremo, don Eugenio Montero Ríos; y la cantidad restante, aproximadamente unos seis mil duros, para el caballero aquí presente: don José Millán Astray.

Galdós extrae un cigarro del interior de la chaqueta, lo mima primero con los dedos pulgar e índice, y con el mismo cariño lo enciende ya entre los labios. A su alrededor, las conversaciones se encienden tan rápido como el pitillo, pero al canario ya le cansa el rumor constante. Finalmente, se gira hacia Melquíades, pero su asiento se halla vacío. ¿Adónde demonios se ha marchado? Se siente terriblemente agotado.

5

Con la declaración del testigo Morales Vázquez, que completó aún más la que poco antes había llevado a cabo su compañero Ramos Querencia, volvieron a mí los fantasmas. Sin esperarlo, el recuerdo de Nela se hizo corpóreo nuevamente, y como un espectro del que ya nunca podría escapar se presentó ante mí. Juro que mi imaginación me hacía verla con nitidez, primero cruzando el pasillo de la sala, después subiendo al estrado y por último erguida, ofreciendo su declaración. En los bancos inferiores podía ver con claridad la cabeza diminuta de Laura, que sobresalía sobre el resto. Nela testificaba palabras incomprensibles y Laura lloraba y lloraba. Extraño juicio aquel que desarrollaba mi mente, que de manera subconsciente me estaba indicando que aquellos personajes, aquellos que ahora eran juzgados, no estaban muy lejos de mí. De algún modo, el huracán Nela ya había pasado y ahora quedaba esto, el juicio. Ya fuera del sello, la sala real comenzó a clarear, se hizo blanco lo negro, y como había ocurrido con el alféizar días atrás, di gracias a Dios por poder apoyarme en uno de los bancos delanteros. Sin embargo, esta vez el vahído había sido mucho más fuerte, así que intenté marcharme sigilosamente, buscando algo de aire en el exterior y algo de cordura sin las imágenes de Nela y de Laura persiguiéndome ya.

Ya fuera, intenté tranquilizarme, quise poner los pies en el suelo y olvidarme de la angustia que me azotaba. Adentro seguían escuchándose los gritos de unos y otros, pero yo bastante tenía con echarme una mano al pecho y con sosegarme intentando respirar profundo. Me senté en una pequeña banqueta y allí clavé la vista en el suelo. A mi lado, un hombre fumaba. Noté cómo poco a poco volvía el raciocinio, y ya planeaba el momento de volver adentro cuando una voz femenina rompió el silencio. Miré al hombre que

fumaba junto a mí y entonces comprendí que aquella voz se dirigía a mí.

—Vaya panda de tarados hay ahí dentro, ¿eh, amigo?

Me giré y comprobé que mis sospechas eran ciertas. No podía creerlo.

—¿Dolores? Pero, pero... ¿qué haces aquí?

—Se nos permite salir de vez en cuando, siempre acompañadas por estos gorilas —afirmó, señalando con el mentón al guardia que la custodiaba—. Pero fijese, no podemos salir de este cuchitril.

Efectivamente, la joven reposaba en una banqueta similar a la que yo ocupaba, cercana a la puerta auxiliar, y un perímetro de apenas dos metros cuadrados había sido trazado con cordeles, límites que Dolores Ávila no podría traspasar. Era vigilada en todo momento por un gigantón de pelo afeitado y mandíbula prominente.

—Eh, amigo —gritó ahora al tipo que seguía sentado en la banqueta—, invíteme a un cigarro. Seguro que este no dice nada.

Dolores miró de manera cómplice al guardia, que asintió con desgana. Me acerqué y con la expectación lógica recogí el cigarro de las manos del hombre y se lo extendí a ella. Dolores lo cogió, esperó ansiosa la luz de mis fósforos y con una relajación fuera de toda duda comenzó a fumar sin abrir la boca ni siquiera para dar las gracias.

—También nos dejan aislarnos en ese cuartucho —dijo, señalando una puerta pequeña que más parecía de almacén que de juzgado—. Pero a mí me gusta más estar aquí y seguir escuchando el circo que se monta dentro.

—La que ha liado la Higinia con su declaración, eh...

—Habrá que perdonarla —interrumpió Dolores con algo de prisa—. Supongo que le habrán prometido el oro y el moro. Dinero o cualquier cosa. La salvación, incluso. Vaya usted a saber.

—¿Y lo dices tan tranquila? Esa mujer os acaba de echar a los leones.

—¿Y cuál es la alternativa a la tranquilidad? Es una ignorante. Se dejó engañar una vez y se dejará dos. O estoy tranquila o me la llevo por delante. Y creo que no estoy en disposición de lo segundo.

Emitió una sonrisa pícaro.

—Para ti ha de ser difícil enfrentarte a esto, ¿no? Eres la que menos pinta en ello.

—Pues, no te engañe, en un primer momento sí me dio mucha rabia verme envuelta en un asunto que ni me iba ni me venía. Pero creo que la cárcel te obliga a esquivar esa rabia para centrar todas tus fuerzas en el día a día. Yo

ahora sólo pienso en fumarme este cigarro con todo el placer del mundo. Mañana, ya veremos.

—Entonces —interrumpí—, ¿has perdido toda esperanza de salir de la cárcel?

—¿Usted ha escuchado ese discurso? —dijo Dolores, agitando la cabeza mientras expulsaba el humo—. Si lo has oído, entenderás que no puedo tener demasiada. —Dolores pasaba del tuteo a la cortesía sin control—. Francamente, sólo me mantiene con algo de expectativa que a estos cabrones les caiga una pena igual o mayor.

—La cosa no va por mal camino —apunté.

—No, la verdad es que no. Pero estos tipos han falsificado pruebas, han modificado sumarios, han coaccionado a testigos... Ya le digo, son un hueso duro.

Le arrebaté el cigarro de las manos.

—Aquel lejano día —dije con el humo aún en los pulmones—, en la cárcel de mujeres... no parecías tan dócil. —Le devolví el tabaco.

—Hace ya tanto... —Fumó por última vez antes de arrojar la colilla al suelo—. Hace ya tanto que me cuesta pensar en mí como era entonces. Ahora tengo que irme.

Palmeó el hombro del gorila que seguía erguido junto a ella. Ambos hicieron ademán de entrar, mientras yo volvía de nuevo al *hall* de la puerta principal.

—¡Eh!

Me giré y vi como Dolores sujetaba la puerta auxiliar esperando para dirigirse a mí.

—Olvídese de esto, amigo. Eres joven. Evite involucrarse demasiado.

Y penetró en la sala.

Cuando volví a mi asiento unos minutos más tarde, ya había pasado el turno de Morales Vázquez y esperábamos atentos la siguiente aparición. Durante aquel largo día, varios testigos fueron llamados a declarar para confirmar con palabras lo que ya habían manifestado sobre el papel del sumario: que Vázquez Varela había sido visto varias veces paseando sin escrúpulos por las calles de Madrid en la época en que debió estar preso bajo la vigilancia simbólica de Millán Astray. José Joaquín Torres, por ejemplo, aseguró haber visto al procesado en la acera frente al conservatorio. El testigo Luis Raffo, por su parte, dijo haberlo visto sentado junto a la barra del café Madrid. José

Martín Pedrero afirmó que Vázquez Varela paseaba por la calle Alcalá diez días antes del asesinato. Y así una larga retahíla de testigos. Todos ellos fueron reclamados, tras una ardua labor de investigación, por el director del periódico *La España Liberal*.

6

Galdós se precipita por la ronda de Recoletos y a cada paso que da por la interminable pendiente se siente más cansado. El juicio se está alargando más de lo debido y la procesión de testigos, peritos, abogados, leguleyos, jueces y público ya se le empieza a hacer pesada. Camina con más parsimonia de lo normal y al llegar a la plazuela de Santa Bárbara se detiene, asfixiado, hasta que retoma el camino por la calle de San Mateo hasta llegar a la plaza de San Ildefonso. Allí se para frente a la iglesia del mismo nombre, una coqueta aunque humilde construcción que cuenta con un cuerpo central que es flanqueado por dos torres achatadas, todo ello en un color claro que, si bien no resulta llamativo, al contacto con la luz que la tarde le da a la plaza ofrece un encanto que a Galdós consuela. Las torres están rematadas con tejadillos con campanarios de balcones enrejados, y curiosamente comienzan a doblar las campanas justo en el momento en el que Galdós toma contacto visual con dichas rejas. Llama la atención entre la claridad de la fachada un óculo con octograma, que sirve de vidriera rosetón al templo.

Es la iglesia favorita de Galdós. En aquella plaza había pasado largas horas ideando sus episodios sobre la guerra de la Independencia. Precisamente aquella iglesia había sido una de las que José Bonaparte, el Rey Plazuelas, había arrasado a su llegada a la capital. Por un momento piensa en el hecho de que allí se casaron la excelente poeta Rosalía de Castro y su marido Manuel Murguía. Esto le hace conectar una vez más con Emilia, pues si bien era conocido el cariño que por distintos motivos profesaba hacia Rosalía, la relación entre Murguía y Emilia se enquistaba cada vez más. Ella lo contaba con gracia aquellas tardes en el pazo. A la muerte de Rosalía pocos años antes, el viudo Murguía le había dedicado agrios ataques a la Pardo Bazán,

por considerar este que no le había dedicado a su mujer muerta los suficientes elogios que este país necrofilico exige.

—A este lo que le pasa es que se siente contento por haberle cortado las alas a Rosalía y no soporta que yo no se lo permita a mi marido —confesó una vez entre risas Emilia al pedirle Galdós que solucionara el conflicto.

Así era ella. Orgullosa cuando de defender su parcela se trataba, consciente del empeño que la historia, a manos de algunos ilustrísimos como Murguía, había puesto en difuminar las figuras de mujeres con talento como Rosalía de Castro. No soportaba Emilia estas injusticias del pasado y se tomaba buena revancha en el presente, bombardeando siempre que podía la línea de flotación de estos mastodontes que habían nacido con la poltrona de las letras ya reservada. ¿Resultado? El odio de Clarín, el odio de Pereda, el odio de Murguía... Mujer odiada, sí, pero mujer libre, piensa Galdós mientras penetra en la iglesia tras el silencio de campanas.

El interior es igualmente coqueto, pero no tan humilde y sí más ostentoso. En el retablo neoclásico se enmarca con extraordinaria precisión el relieve que representa la célebre imposición de la casulla a San Ildefonso. A ambos lados, en el presbiterio, se levantan dos tribunas al estilo imperio. Dos esculturas ponen inicio y fin a la nave, una para San Antonio de Padua y otra para San José. A mitad de camino, otro retablo neoclásico da cobijo a la talla más hermosa de toda la iglesia: un Cristo de la Misericordia, de autor anónimo, que data del glorioso en las artes siglo XVII. La cúpula es blanca, semejante al cascarón de un huevo. Galdós observa la cúpula mientras continúa enfangándose en el recuerdo de Emilia. La guerrera, la infranqueable.

Al otro lado de la nave, la figura tenue del padre Verdoy se desliza por los pasillos. Sólo él y Galdós ocupan a esa hora la estancia, y tras haber agitado con brío la campana, vuelve a tierra firme, lejos del vértigo de alturas que sufre a lomos del campanario. El párroco se coloca apenas a medio metro del canario y, con voz cómplice, bromea.

—Qué gran fiel se ha perdido la Santa Madre Iglesia...

Galdós le devuelve la conversación con una media sonrisa burlona.

—Me ha perdido ella, pero usted lo tendrá más difícil.

El padre Verdoy coloca una mano sobre el hombro del escritor.

—¿Qué te trae aquí, querido amigo? Llevaba meses sin verte.

—Necesitaba charlar con alguien.

—Si te vale cualquiera, te animo a que me acompañes. Tengo que regar ahí

afuera.

Galdós vuelve a sonreír calladamente y enfila el pasillo detrás de la figura del padre. Este recoge un pequeño cubo con agua que reposa junto al marco del portón, y con la mano libre le pide al canario que sea el primero en salir. Alrededor de los altos muros de la nave, el padre ha plantado diversas especies que cuida con mimo. Es al centrarse en los primeros nomeolvides cuando Galdós arranca.

—¿Ha tenido usted miedo a enamorarse, padre?

El religioso da un respingo, abandona la relajación que le proporcionan las flores y se cuadra frente al escritor en señal de atención total.

—No te estarás refiriendo al amor sacrílego y carnal que siente el protagonista por la chiquilla de tu obra *Tormento*...

—Me refiero al amor en todas sus formas, padre, que bien sabe usted que se trata de un sentimiento polimórfico, y que sólo al contacto con uno mismo se intuye la cara que habrá de torturarnos.

El sacerdote se relaja y vuelve a su prosaica labor de regar los nomeolvides.

—En mi caso, el amor por Dios es tan absoluto que ocupa cualquier espacio que quede libre dentro de mí. Pero también me permite mimetizarme con el resto de las caras a las que aludes, hijo, y el hecho de que te refieras al amor como una tortura me hace suponer que algo no va bien...

—No voy bien yo, padre... Es exactamente a lo que me refería al comienzo. Yo, que utilizo el amor en todas las formas de las que hablamos para reflejarlo en las novelas, soy incapaz de mantener una sola relación en pie cuando se trata en primera persona.

El párroco recoge el pequeño cubo de agua y se retira en dirección a la sacristía. Vuelve con el cubo relleno.

—Es que el verbo enamorar no puede conjugarse en primera persona. Sólo perderás ese miedo del que me hablas cuando aparezca la segunda.

Galdós reflexiona. ¿Ha sido demasiado egocéntrico a lo largo de su vida? Recuerda aquella primera decepción con la prima Sisita. Había sido una ruptura egocéntrica si se consideran los deseos de la madre, pero también una decisión acertada atendiendo al éxito que más tarde llegó en Madrid. Su madre había sacrificado el amor por el éxito y Galdós ya nunca olvidaría esa relación de conveniencia. El párroco centra su atención ahora en unos geranios, cuyo rojo pasión contrasta estupendamente con el blanco de la nave.

De algún modo, la relación entre Emilia y él había triunfado por su capacidad para no entorpecer sus vidas, pero ¿la entorpecería ahora? ¿Sería capaz de poner su futuro en manos de una mujer como ella?

7

Por motivos que la razón no entiende y que sólo están al alcance de la enajenación a la que te someten las dudas, estuve cerca de dos semanas sin acudir al encuentro de Laura, y también dos semanas sin visitar a Nela. Era exactamente la misma cantidad de tiempo que llevábamos acudiendo puntualmente a cada vista del juicio, que seguía alargándose sin que se vislumbrara el fin. Puedo prometer que me acostaba cada noche pensando en ellas. Ahora me entristecía por lo poco que correspondía al amor de Laura, ahora ardía el fuego que cada noche el recuerdo de Nela despertaba en mí. Pero, insisto, alguna extraña razón paralizaba mis pies cuando encaraba la salida de mi calle junto a la plaza de Bilbao, y al llegar a Alcalá, bien para subir hacia la calle del Lobo, la casa familiar de Laura, o bien para bajar hacia el suburbio en el arroyo de Embajadores, donde se alojaba la Nela. Así que durante quince días anduve debatiéndome entre la valentía de afrontar por fin el destino que parecía echárseme encima o la cobardía de esconderme para fingir que no ocurría nada.

Pero los personajes a menudo no obedecen al único designio del que narra, y la primera en agarrar el toro por los cuernos fue Laura, quien, harta de los ninguneos a los que se había visto sometida, se plantó en la puerta de mi casa de la calle Infantas para pedir explicaciones. La escena, probablemente, sea la más triste de las que pueda narrar esta novela. Pero no se trata de una tristeza, digamos, basada en el dramatismo o en la tragedia. Es una tristeza mucho más vulgar, la tristeza de los que sienten que ya es demasiado tarde para coger ese tren cuya silueta ya desaparece a lo lejos. La histeria con la que ella se dirigía a mí y la dejadez con la que yo me dirigía a ella marcaban el final de algo. No sabíamos de qué, pero de algo. Como si hablásemos un idioma distinto, como

si las palabras que antes tanto transmitían ahora se diluyeran en el aire. Todo allí era incomprensible, sobre todo para ella, que no daba crédito, pero también para mí, pues era muy consciente de que dejaba escapar a la mujer de mi vida irremediablemente sin entender muy bien los motivos. A menudo, las decisiones en el amor se toman así, más por impulso que por convicciones.

Narrado cronológicamente, los nudillos con los que llamó a mi casa, finos, sabían perfectamente que aquella era la última vez que se enfrentaban a la madera. Barajé la posibilidad de hacer oídos sordos a la llamada, pero quizás el mismo impulso que hasta entonces me impedía enfrentarme a ellas, esta vez me exigió abrir la puerta, enfrentarme al rostro desencajado de Laura, los ojos desafiando sus órbitas, su tez siempre pálida ahora enrojecida por el enfado. Ella era una mujer inteligente, acostumbrada a hacer de su inteligencia un timón para su vida, un timón con el que gobernar a todos los que la rodeaban. Sin embargo, esta vez su inteligencia no era capaz de discernir qué demonios ocurría y por eso estaba cerca de estrellarse, olvidándose del rumbo fijo y seguro que tomó en otro tiempo. Y lo peor no era que ambos supiésemos que el tren descarrilaba, lo más triste era que ella por hartazgo y yo por hastío cada día teníamos más claro que lo más inteligente era descarrilar. No obstante, a Laura todavía le quedaba un ápice de orgullo.

—Dime ahora mismo por qué llevas semanas evitándome. —Recuerdo que yo miraba las cuartillas en blanco, siempre vírgenes hasta entonces, como el que espera el desenlace de una novela para intuir el inicio de la misma—. ¡Quieres dejar de mirar las malditas cuartillas y mirarme a mí de una santa vez! ¡Quieres dejar de pensar en ti y en tu maldita fantasía para poner los pies en la realidad!

En ese momento, Laura se abalanzó hacia mí llorando, intentando agredirme, algo que yo evitaba sujetándole las muñecas, ajeno a la cólera de una mujer que se sentía herida no tanto por el desamor como por lo pusilánime que se mostraba ahora el hombre al que un día idealizó.

—¡Dime, cerdo! ¿Hay otra? —me gritó sollozando.

—No hay nadie, Laura...

Pero sin abandonar los gritos, cortados a veces por el hipo que le provocaba el sofoco, Laura siguió insultando y amenazando. Yo asistía a la escena como el hombre que observa un daguerrotipo, con los protagonistas peleando sin voz. De vez en cuando, ella conseguía zafarse de mis manos y me tocaba esquivar algún golpe malintencionado. Ella era otra Laura, un huracán

completamente desatado. Y esta Laura pasaba casi por la antítesis de la que conocí un día: sin modales, sin razón, sin sentido. Probablemente, el origen de esta demencia se centrara en la parsimonia con la que yo seguía correspondiendo a sus arrebatos. ¿Podía explicarse aquella joven adolescente, todavía indefensa ante los reveses que estaban por llegar, que un tipo que poco antes le juraba una vida cómoda y agradable en compañía, que un tipo dispuesto a amarla y a protegerla ahora no sólo hubiese tirado ese futuro por el retrete, sino que, además, no se atreviese a encararlo?

De pronto, ella se calmó y con delicadeza se apartó de mí, sin retirar la mirada de asco que había utilizado durante toda la escena. Fue ahí cuando por fin me percaté de lo que estaba diciendo, cuando por fin le puse palabras a su enfado.

—Te lo diré con palabras muy simples, Melquíades. Mañana voy a acercarme a la iglesia de San Sebastián. Quiero hablar con el párroco, don Severo, sobre los trámites que se han de seguir para el casamiento. Será a las diez de la mañana, para que te dé tiempo a llegar a la vista del juicio. Si estás en la puerta a esa hora, seré la mujer más feliz del mundo. Si, por el contrario, no acudes a esta llamada de socorro, entraré a la iglesia, pero con el propósito de confesarle a don Severo que una vez le ofrecí mi alma a un hombre, y que haga el favor de interceder ante el Altísimo, porque esa alma, la que un día vendí, ya nunca más será suya.

No me indigné ante esta última oportunidad, como tampoco me molestaron sus gritos ni sus insultos. Definitivamente, era esta indiferencia la que estaba destrozando a Laura. Mientras bajaba las escaleras en dirección al portal, en un último arrebato, se giró y me dedicó una última mirada, heladora, y unas últimas palabras más heladoras aún:

—Si crees que me va a dar miedo el futuro, has de saber que la vida ha cambiado, Melquíades. Las mujeres ya no necesitamos la potestad de un hombre para ser felices. Si tengo que continuar sin ti, lo haré.

Y cerró de un portazo ante las narices de Sebastián, el portero, que había asistido con una mezcla de preocupación y morbo a la bronca entre Laura y el que escribe estas líneas.

8

Al día siguiente, recogiendo el reto que me había lanzado Laura, me detuve a unos cincuenta metros de la maravillosa iglesia de San Sebastián, la misma iglesia donde pasó, destruido, sus últimos días el faro para esta y cualquier otra palabra que se escriba en idioma castellano: don Miguel de Cervantes. También en esta iglesia se alojaban los restos mortales del gran Lope de Vega o del romántico Espronceda, y en su altar contrajeron matrimonio Larra o Bécquer, banderas del movimiento romántico español. En su cementerio, cuenta la leyenda que es donde Cadalso intentó desenterrar a su amada. Por lo que pocas iglesias podían mostrarse más literarias, más poco recomendables para protagonizar un desenlace tan absurdo como el que le esperaba a mi relación con Laura.

La mañana siguiente, elegida por ella para poner fin al sainete que yo me obstinaba en dirigir, se despertó tibia, como si el verano que ya estaba casi entre nosotros se empeñara en dar una tregua a esa hora, antes de que el astro rey coronara el cielo. Así que allí me detuve yo, a unos cincuenta metros del extraordinario edificio. Pero ¿sabe el lector qué ocurrió? No hubo ninguna proeza, ningún heroísmo. Sin demasiada gallardía, antes de la hora convenida me marché de allí, dejando atrás los muros imponentes de la iglesia más literaria de Madrid, lugar al que sólo dirigí la vista una última vez y vi su cúpula por encima de los tejados, ufana y orgullosa. Por un momento cruzó por mi cabeza la recreación de la escena que pronto protagonizaría Laura, quizás esperando mi llegada, quizás montando en cólera ante mi ausencia, pero en defensa propia intenté sacar de mi cabeza esa evocación, para no revolcarme en el fango que yo mismo había producido.

Así que por la calle del Duque de Alba, pasando por la calle Cuervo y de

ahí a Curtidores, me dirigí a los alrededores del Rastro. La buscaba. La buscaba a ella. ¿Por qué? Espero que aquel que sujete estas páginas sea consciente de que en ese momento yo ya actuaba como un espectro que recorre la casa porque no puede recorrer otro lugar, y que los impulsos que guiaban mi rumbo, en este caso en busca de Nela, podrían haberme llevado a cualquier otra parte, porque, como digo, ya no eran racionales los estímulos que gobernaban mis actos. Sin embargo, por más que recorrí las distintas callejuelas que componen aquel ecosistema tan especial, no fui capaz de encontrar huella alguna del paso de Nela. Ni se encontraba en su puesto habitual de zurcidora ni se dejó ver por los alrededores. Con este mal augurio me dirigí al arroyo de Embajadores, en busca del barrio de Nela.

Al llegar, lo que me encontré me resultó demoledor. Su calle ya la conocía, pues como ya se ha contado aquí tiempo atrás había paseado por la zona en interminables caminatas detrás de su figura. A pesar de todo, no había cruzado el portal más que una vez, durante mi encuentro fugaz con ella, así que sólo guardaba el recuerdo idealizado de aquella última noche. ¿Puede una escena engañarte hasta el punto que hubo de engañarme aquella lujuriosa escena? Al toparme con la verdadera realidad, no pude por menos que echarme las manos a la cabeza en señal de sorpresa. Y es que decir que aquel edificio era un estercolero sería ser generoso con su hábitat. Entre la cal y el ladrillo de la fachada se intuían columnas de madera, algunas de ellas incapaces de sostener ya construcción alguna. Se moteaba el frontal con un color verde sólo presente en algunas esquinas, señal de haber sido el color elegido para su pintura en otro tiempo. Lo que yo aquella noche había intuido como una escalera camino del cielo, en realidad eran varios peldaños uniformes que dejaban entrever un patio otrora hermoso, pero que ahora servía como escombrera para acoger tejas, pedruscos, ladrillos y toda clase de basura.

La escalera levantaba dos pisos, y en cada uno de ellos se extendía un corredor salpicado de ventanucos incapaces de airear domicilio alguno. Cada vecino, además, dada la estrechez no sólo de las casas, sino también de la finca, utilizaba su parcela de corredor para llenarlo a su vez de basura, lo cual, sumado a la visión del patio escombrera, transmitía la sensación de mayor insalubridad que yo he visto. Y fíjese el lector que yo vengo del campo, donde los arrabales están llenos de miseria. Pero aquella era una miseria sucia, puerca. Sólo se podía maldecir al gobernante que permitiese que su pueblo fuese capaz de vivir en semejantes condiciones.

El espectáculo del corredor era infame. Ropas que colgaban de las barandillas llenas de remiendos, colchas mugrientas impidiendo el paso por el estrecho pasillo, cortinas polvorientas colocadas de manera que la luz y el aire escasearan más aún de lo que el ya de por sí lóbrego edificio exigía. El ambiente resultaba nauseabundo, pues a las condiciones ya descritas había que sumarle la fétida presencia del arroyo de Embajadores, cuya agua encharcada a veces se colaba por los interiores del patio, convirtiendo la corrala en el lugar más insalubre de todo Madrid. El solo recuerdo de la noche que Nela y yo pasamos en aquel lugar ya me revolvía el estómago.

Anduve unos minutos de puerta en puerta, intentando descifrar entre la mugre cuál era la que debía introducirme en el domicilio de Nela, pero en la hediondez me resultaron todas iguales y no fui capaz de descifrar el enigma. Por suerte, una mujer oronda, de mirada tosca y facciones duras, limpiaba contra un tablón lo que parecía una camisa blanca, pero ni siquiera el contacto contra el barreño de agua deshacía las manchas de tierra que la cubrían de un color ocre ciertamente desagradable. Con ganas de huir de aquel lugar tan turbio, me acerqué a ella bajando primero las escaleras e introduciéndome en el patio enfangado después.

—Disculpe, ¿sabe si vive aquí una mujer a la que llaman Nela?

La mujer me miró de arriba abajo durante unos segundos, como examinando cada parte de mi cuerpo, hasta que sin casi mover un músculo de la cara me lo contó.

—Se marchó hace unas semanas. Dejó a deber unos cuantos meses de renta, según se dice. Nadie sabe adónde ha ido.

Me sentí bien al comprobar que no tendría por qué volver a esa pocilga y con esa especie de alivio salí de allí escopetado. No había recorrido ni cien metros cuando volví a marearme, quizás por el efecto del olor espeso que envolvía la corrala.

CAPÍTULO XII

1

Benito Pérez Galdós fuma en cantidades industriales, come mal y apenas duerme desde que siente que su historia con Emilia se apaga. Es curioso cómo el auge y la caída del crimen de Fuencarral han coincidido en el tiempo con el auge y la caída de su relación con ella. A menudo piensa si el interés desafortunado que había sentido al saltar el caso a la palestra tenía que ver con la manera como Emilia le había hecho sentirse vivo aquel lejano julio, de la misma manera que no puede dejar de preguntarse si su postrera desazón con el caso protagonizado por Higinia tiene que ver con el desencanto que se levanta entre Emilia y él. Ahora ve la declaración de José Díaz, subdirector de la Modelo, y no puede dejar de creer en los torticeros intereses que pueden llevar a un subdirector a testificar en contra de su director. ¿Qué le habrán prometido? ¿Qué futuro ambiciona? A su lado, sin embargo, Melquíades anima con palabras de aliento a que Díaz Gómez comparezca con valentía. Sin duda, el joven y él se han ido distanciando con el paso de los meses, lo que les lleva a encarar el futuro del caso con diferentes perspectivas.

—Don José Díaz Gómez, ¿entonces ejercía usted la labor de subdirector de la cárcel Modelo el día que se produjo el crimen?

—Así es, señor fiscal.

—¿Recuerda usted lo que le indicó al juzgado de instrucción sobre doña Luciana Borcino, triste víctima del crimen que nos ocupa, el día que prestó declaración?

—Sí, señor.

—Expóngalo, por favor.

—Simplemente dije que recordaba a aquella mujer porque semanas antes del crimen había acudido a la cárcel para solicitar el indulto de su hijo, pero

al no encontrarse el señor Millán Astray, director y responsable del tema tratado, le pedí que volviese un día más tarde. Ella respondió a mi ofrecimiento con una tarjeta firmada por Domínguez Alonso, juez municipal del distrito del Congreso, pero encontrarme frente a tamaña firma no me amilanó y le repetí a la señora que acudiese en otro momento. Eso hizo y regresó al día siguiente. Esta vez sí pudo reunirse con el señor Millán Astray, quien, al acabar su reunión con doña Luciana, me dijo: «Es la madre de Vázquez Varela».

—¿Cambió eso su percepción del preso?

—No, digamos que comencé a reconocerlo. Sin ir más lejos, unos días más tarde me enfrenté a él, porque contaba con cuatro rinconeras en la celda, algo completamente ilegal con el reglamento penitenciario en la mano. Así se lo hice saber y él se enfrentó sin mucha resistencia. Creo que al señor Vázquez Varela le incomodaban mis órdenes. Un par de días después, encontré la celda vacía y, al preguntar por la ausencia, alguien me contestó: está de paseo, cosa que no me extrañó. A partir de aquí empezaron mis dilemas, pues al perpetrarse el crimen, yo comprobé que el preso que se hacía llamar Vázquez Varela no era tal. Perdón por la licencia, no creo que sea conveniente en este contexto. Quiero decir que Vázquez Varela no se parecía en nada al preso que yo conocí. Sobre todo por la barba, que se había afeitado al completo, siendo antes cerrada y prominente. Varios días anduve yo planteándome el dilema, hasta que un mes después del crimen me decidí a contarlo.

—¿Y por qué tardó tanto en declararlo? —cuestiona el abogado de la acción popular, imponiéndose al fiscal.

—Ya digo, tenía dudas.

Galdós se acomoda en el asiento. La rueda de preguntas ha corrido sin demasiada polémica hasta ahora, pero el canario nota que la misma desconfianza que él ha sentido por el subdirector la percibe el fiscal. ¿Por qué avisó un mes más tarde? ¿Promesas? ¿Ambiciones?

—¿Y no puede ser que la conciencia pesara sobre la seguridad que le proporcionaba el silencio? —pregunta el fiscal.

—Por favor —interrumpe ahora el presidente—, le pido que no coaccione al testigo. Continúe, señor Díaz.

—Ya digo —retoma el subdirector—, eran tantas las dudas que albergaba sobre si semejante cambio físico era relevante o no que perdí la noción del tiempo, tan importante en estos casos.

—¿Es cierto —prosigue el fiscal— que usted les sugirió a varios presos y al mismo Ramos Querencia que si testificaban en contra de Millán Astray tendrían un director a su gusto?

—Es absolutamente falso.

—¡Este señor es indigno! —interrumpe Varela.

La sala, como es obvio, se levanta en masa tras el estallido del encontronazo, toda ella contra Vázquez Varela. Melquíades coloca la mano en el hombro de Galdós. Este se gira y ve el rostro inconformista del joven: «Este subdirector tiene pelotas, van todos contra él», suelta Melquíades. Pero Galdós cada vez cree menos en las conspiraciones.

—¿Indigno yo? —replica el testigo.

—¡Orden!

Pero la sala ya se ha alborotado más aún que de costumbre, con Varela intentando agredir al testigo, los guardias intentando detener al agresor y el público totalmente revolucionado, prorrumpiendo en bramidos. El juez, completamente desbordado, pide la expulsión de Vázquez Varela primero y el desalojo inmediato de la sala después. Sin embargo, el letrado de la acción popular exige que se cancele el desalojo por no estar verificada la puerta cerrada. El presidente detiene el desalojo, no sin antes pedir que la sala guarde silencio bajo promesa. Algunas voces gritan: ¡«Sí, sí, juramos!»), aunque sin demasiado ímpetu. A Galdós todo le parece ya un sainete. El juez manda continuar con el juicio.

—En opinión del testigo, ¿es fácil la evasión o la fuga de la cárcel Modelo?
—Esta vez es la acción popular quien lleva la iniciativa.

—A mi modo de ver, la cárcel de Madrid no es segura. La salida de los presos puede verificarse de dos maneras: una ya ha tenido lugar y es la que he contado, por medio de una sustitución de personas, y la otra es por medio de las visitas. La última fuga fue el 6 de noviembre y creo que al salir la familia del fiscal del Supremo, metiéndose el preso que se fugó en la enfermería desde el centro de vigilancia. La otra puede tener lugar también. Y como he dicho antes, con una sustitución de persona; tomando cualquiera que ingrese el nombre de otro en la cárcel, y el caso parece que ha sido practicado por un alguacil que ha sido de la audiencia de este territorio, llamado Caldeiro, que condujo a la cárcel a un preso tomando el nombre de otro mediante una cantidad, y el preso inocente, el que debía estar en libertad, estaba en la cárcel y el que debía estar en la cárcel no lo estaba. Además, como el reglamento de

la cárcel de Madrid es tan extenso y no se comprenden la mitad de las cosas, yo creo que es muy fácil la salida de los presos sin la connivencia de los empleados.

—¿Tuvo usted siempre la confianza del señor Millán?

—Tengo una certificación honrosísima en mi hoja de servicios firmada por él.

El fiscal interrumpe:

—¿Cree entonces que un preso puede salir y volver a entrar sin que los empleados si percaten?

—Suplantando la identidad, es perfectamente posible.

—¿Cree usted que el hecho de que a una hora el preso tuviese barba y a otra no puede tener que ver con una suplantación?

Los rumores empiezan a aparecer. El presidente mira hacia el público desafiante.

—Yo no he dicho tal cosa —contesta el testigo.

—Sin embargo, tiene usted aquí al investigado. ¿Podría decirnos si coincide, ahora sin barba, con aquel que ocupaba su celda el día en cuestión?

Silencio sepulcral en la sala.

—No parece el mismo, señor.

De nuevo vuelven los gritos a la sala. El presidente, rendido, manda callar, pero sabe que el control total de la vista ya es imposible de tomar. El pueblo, representado por aquellas escasas docenas de asistentes, clama justicia en forma de insurrección. El juicio, en lugar de aclarar, enreda la historia con cada nuevo personaje.

2

Tanto Vázquez Varela como Millán Astray habían mudado el rostro desde que empezó el juicio tantos días atrás. Supongo que ninguno de los que acudíamos allí puntualmente estábamos en disposición de presumir de frescura y descanso, pero de entre todos los que completábamos la escena, ellos dos se llevaban la palma. Principalmente el Vareleta, a quien el jugueteo constante con el mundo de la picaresca le estaba jugando una mala pasada. Terminase como terminase aquel episodio, seguro que el joven se lo pensaría dos veces la próxima vez antes de labrarse la fama terrible que se había labrado. Millán Astray desprendía un cansancio diferente. Seguía transmitiendo seguridad, aunque también desconcierto por cómo se iban sucediendo los acontecimientos. Uno de los testigos que más daño le hizo fue Vicente Morón, pues vino a confirmar lo que ya muchos intuíamos.

—Mi nombre es Vicente Morón y sólo he sido procesado una vez —arrancó con el formalismo habitual.

—¿Puede indicar el testigo por qué delito?

—Por hurto.

—¿Desde cuándo se encuentra usted preso?

—Se cumplen ahora dieciocho meses.

El pasante de Nicolás Salmerón y abogado de la acusación popular dejó las traducciones aparte y se centró en lo realmente importante. Durante aquellos pequeños momentos de sosiego, cuando el juicio se encargaba a los formalismos y a la normativa, la sala aprovechaba para fumar silenciosamente, para sacar la garrafa de agua a paseo e incluso para comer algo, pues así vi a una pareja de ancianos, que pelaba un tomate apenas a dos metros de nuestra posición.

—Así que ya llevaba unos meses en el penal cuando se produjo el asesinato...

—Así es, señor.

—¿Conocía usted al señor Vázquez Varela con anterioridad al suceso?

—Lo conocía de vista.

—¿No habló nunca con él?

—No, señor. Sólo lo veía de cuando en cuando, a caballo algunas veces, a pie otras.

La acusación popular sabía perfectamente que el arma que tenía entre manos, aquellos hombres coaccionados por el poder, necesitaba ser espoléada con las palabras exactas para poder herir al director de la cárcel. Así, el abogado cuidaba todas esas palabras con un mimo asombroso. Si he de recordar algo que aún hoy me impresione de todo lo ocurrido entonces, sería la cantidad de hombres cultos que habían dedicado su vida a las leyes, pero que eran capaces de manejar el verbo con tanta o más maestría que un poeta o un ensayista. Este oficio apenas tenía representación en la Castilla de la que yo provenía, o al menos no con el alto nivel cultural que se respiraba en Madrid. Yo había estudiado la materia en Salamanca y ni siquiera allí me encontraba este nivel.

—¿Es cierto que vio usted al señor Vázquez Varela mientras conversaba con el señor Ramos Querencia?

—Es cierto.

—¿Y llegó a escuchar lo que allí se dijeron?

—No, señor. Me hallaba yo inmerso en mis propios pensamientos, y nunca pensé que aquella visión me traería hasta estos asuntos.

—Cuando se solicitó su declaración, ¿alguien le pidió que fuese favorable al señor Varela?

—Sí, señor.

Como con cada pequeño giro en la declaración, comenzaron los cuchicheos. Faltaba por probar que, efectivamente, Millán Astray había movido los hilos como ya todos sospechábamos. Y aquel hombre parecía decidido a ello.

—¿Quién le hizo a usted ese ofrecimiento?

—El señor Millán Astray.

Como si la sala estuviera esperando el desenlace, el público estalló con la sola aparición de aquel nombre: «¡Claro!», «¡Es evidente!», «¡Se veía venir!». Le dirigí una mirada al maestro, pero creo que alguna clase de tormento en la

vida real se lo había llevado de aquel juicio, y asistía a él como un fantasma que ni oye ni siente. Acudieron a mi mente Laura y Nela, y pensé de pronto que por mucho tormento que Galdós llevase consigo no podría superar al que me sometía mi tempestuosa relación con ambas mujeres. Vicente Morón prosiguió con la declaración.

—No se escandalicen, porque fue exactamente así. El señor Millán Astray me pidió que dijese que había visto al Vareleta, perdón, al señor Vázquez Varela tanto por la mañana como por la tarde.

Se fueron apagando los rumores, aunque de manera tenue. Millán Astray había clavado su mirada en el suelo, perdido ante la cascada de acusaciones que se le había echado encima.

—¿Tiene usted —reanudó la acción popular— noticia de quién o quiénes pudieron estar detrás del crimen de la calle Fuencarral?

—No, señor. Pero como ya dije, en la celda 138, junto a la mía, que era la 139, había un preso llamado López Maldonado, que se encuentra actualmente en Ceuta, paisano de Miguel Rico, el vigilante, que me contó que, al despedirse del señor Rico, este le dijo que el asunto ese del crimen de Fuencarral era cosa de Millán Astray.

Como se puede ver, incluso los grandes asuntos, los grandes dilemas, el crimen, la muerte o el amor, todo pasa de boca en boca, todo vive gracias al contacto entre seres humanos. Supuse que este podría ser un gran problema a la hora de enfrentarnos a la sentencia, cada día más cercana: la mayoría de los testimonios contra Millán Astray y su caterva de aduladores sólo eran eso, testimonios de gente pequeña, simples confesiones que pasan de mano en mano por las capas más oscuras del pueblo llano. Sin duda, se necesitaba la intercesión de un prócer, alguien al que la justicia respetase más que a un simple vigilante. Y ese prócer no llegaba.

3

Desde el primer momento sentí que Gregoria Parejo tenía algo escondido que podía decidir el proceso. Veía esa mirada humilde propia de quien tiene mucho dentro, pero a la vez no cuenta con las armas suficientes para sacarlo. Miraba a un lado y a otro constantemente, no sé si analizando la escena, o quizás intentaba encontrarse a sí misma en un mundo tan ajeno. No lo sé. Pero al entrar la testigo, vi como una sonrisa gigante ilustraba la cara del abogado de la acción popular, que tenía en aquel testimonio una de sus grandes bazas. El letrado sabía perfectamente que resultaría absurdo diluir entre preguntas un testimonio clave, así que dejó que la testigo expusiera los hechos sin interrupción alguna. La historia tenía dos partes. Una primera, que la mujer relató con fluidez:

—Esta escena tuvo lugar unos meses antes de que doña Luciana apareciese muerta. Hacía buen tiempo, a pesar de que todavía corría el invierno. Si tuviera que situar el mes diría... Mmm... No quiero mentir, pero creo que ocurrió en febrero. Desde el balcón de la casa de mi señora, en Fuencarral 96, se accede visualmente al número 109 casi por inercia. Quiero decir con esto que no hace falta ser demasiado entrometido para que, con sólo asomarse al fresco, uno se encuentre de frente con la casa de doña Luciana y pierda la atención en ella. Ese día, como digo, tomaba café la señora Luciana con un joven de unos veintitantos años. El joven andaba de acá para allá en paños menores. Y, pudorosa que es una, claro, aparté la vista. Eso sí, la aparté no sin antes pensar en lo raro que se me hacía encontrarme a un hombre casi desnudo en una fecha como aquella. Esta apreciación, simple como pocas, me permitió guardar el detalle en mi memoria hasta meses más tarde.

La sala asistía perpleja al relato, pues era evidente que Gregoria guardaba

una sorpresa para el final del mismo. Narraba los acontecimientos como quien es consciente de ello y se aprovecha con maestría de la intriga que sobrevolaba el discurso. De hecho, fue ella quien con la última frase construyó el puente entre la primera parte del mismo, la que acabo de transcribir con algo de rapidez, y una segunda parte mucho más jugosa.

—La segunda escena se produce el día primero de julio, es decir, apenas unas horas antes del infausto final de la señora Luciana y, como ya digo, unos meses después de aquel episodio del café. De buena mañana, serían las diez aproximadamente, se marchó mi señora a misa, dejando la casa a mi cargo, y ya habrán podido deducir que siento mucha atracción por la curiosidad que despierta el balcón, pues lo que acontece en la calle es, a menudo, cosa muy buena. —En este punto, se oyeron decenas de risas esparcidas por distintos puntos de la sala—. Sé que podrán juzgar mi indiscreción, pero una no tiene nada que hacer a veces y le parece buena tarea enriquecerse con las costumbres de la gente. Así que apenas se hubo marchado mi señora camino de la iglesia cuando hizo lo propio doña Luciana desde el portal contrario. Cogió la misma dirección y terminó por desaparecer al otro lado de la corredera. Sin darle más importancia al asunto, dejé que pasaran los minutos sin que nada me turbase, hasta que por fin vi como una señorita aparecía por el balcón de la casa de doña Luciana y empezaba a emitir una serie de señas harto desconcertantes.

—¿Reconoció en esa señorita a la acusada Higinia Balaguer? —cuestionó la acción popular.

—A Higinia la había visto días antes y me recuerdo pensando: esta mujer cambia más de servicio que de sábanas. Por eso, al ver a la señorita emitiendo señas desde el balcón, lo primero que pensé es: ya está la nueva criada. Pero si quiere que sea todo lo sincera que debo, se lo diré: no puedo asegurar que fuese ella.

—De acuerdo, continúe.

—Tras emitir la joven dicha seña, vi que abajo la recibía un muchacho y tuve el asunto por cosa de novios hasta que, tan rápido que apenas pude notar el gesto, el mismo muchacho emitió una seña parecida en dirección sur, es decir, en el sentido que habían elegido mi señora y doña Luciana para acudir a la cita con Dios. Allí, bajo una farola junto al estanco, un hombre apoyado en un bastón de caña oscuro asintió levemente, y con tranquilidad bajó hasta la calle Daoiz y Velarde. Supuse entonces que el tipo del bastón vigilaba, porque

fue desaparecer por Daoiz y el muchacho, al verlo, recorrió la distancia que lo separaba del 109 y penetró por el portal a toda prisa. Segundos más tarde, el hombre del bastón desanduvo lo andado y volvió a su farola. Allí echó un último vistazo a la corredera y con la misma prisa penetró también en el portal 109 de la calle Fuencarral.

—¿Y no los vio salir?

—No, señor. Porque justo llegó a casa la niña que mi señora tiene en la escuela y se acabó mi período de asueto. Eso sí, me dio tiempo a ver cómo unas manos cerraban la puerta del balcón por la que había salido la mujer.

—¿Diría que eran manos femeninas?

—Por el grosor diría que no. Más parecían de hombre, ciertamente.

—Unamos ahora las dos escenas. ¿Diría que se parecen mucho el hombre que vio usted ataviado con poca ropa allá en febrero y este segundo muchacho que se guio por señas en la calle?

—Se parecían, pero no puedo asegurar que fuesen el mismo —dudó Gregoria.

—¿Diría que ese joven se encuentra hoy en la sala?

Gregoria se giró y con lentitud examinó una por una las bancadas del salón. Tras varios minutos angustiosos, se decidió a hablar.

—Puedo reconocer al joven que tomaba café casi en cueros, pero no me atrevo a reconocer a los que el día primero de julio penetraron en el portal 109.

—¿Podría señalarnos al hombre que tomaba café y que, según usted, se parecía al que meses más tarde entró furtivamente al portal 109?

Gregoria asintió con los ojos cerrados, como presa de un cansancio súbito.

—Es él —dijo.

Y señaló a Vázquez Varela.

El público acrecentó el murmullo habitual y algunos hombres hablaban de la valentía de la criada, que aun sin irle nada en el caso había tenido el arrojo de arremeter contra Vázquez Varela y Millán Astray. Yo, mientras tanto, le dirigí una nueva mirada cómplice al maestro: nada de lo que hicimos fue en vano, parecía decirme él con su correspondiente mueca. Observé por el rabillo del ojo y vi como Vázquez Varela le dirigía la mirada al suelo. Aquel juicio lo estaba consumiendo.

4

Galdós, como buen novelista, encuentra en los detalles que circundan la narración la carne más apetecible. Como satélites que se mantienen al acecho, las historias están plagadas de pequeños hombrecillos que ofrecen una cara que poco o nada tiene que ver, quizás, con el núcleo del texto, pero que a menudo desentrañan los enredos del argumento. Precisamente por eso, tras varios días de cierta indiferencia hacia todo lo que tuviera que ver con el juicio, de pronto vuelve a dejar que despierte su interés con la aparición de los forenses y de los médicos que por un asunto u otro han participado en el devenir del caso. Especialmente atractivo le parece al canario el doctor José Bolívar, un joven médico que se había encontrado con el pastel del crimen sin comerlo ni beberlo. Galdós visualiza en su mente el genial personaje de novela que hubiera sido Bolívar. Tras atender a Luciana y establecer un vínculo con ella —por qué no llevar a la novela una relación más allá de la que forman paciente y doctor, piensa—, es este joven médico quien descubre que su hijo desea atentar contra la vida de Luciana, y es a través de esas pesquisas como termina resolviéndose el caso. Pero todo este entramado narrativo que Galdós dibuja en su cabeza es demasiado atrevido como para formar parte de una realidad mucho más asustadiza.

—Entonces, don José María Bolívar, ¿conoció usted a doña Luciana Borcino? —inicia la acción popular.

—Sí, señor.

—¿Con ocasión de qué?

—Con ocasión de haber recibido esa señora una herida en la región glútea el 19 de febrero. Ahí estará la certificación que ofrecí como médico de la casa de socorro.

Galdós va dibujando poco a poco las trazas del personaje mientras su reflejo en la realidad sigue testificando. Le provoca tristeza haber perdido el tren de la novela, porque es consciente de que los caracteres que la hubieran formado serían tan ricos en matices que, sin duda, habría quedado un fresco de la sociedad maravilloso. Mira a su lado y la figura de Melquíades le da esperanza. Quizás él sí acertará a escribir la historia que a él se le ha marchado.

—Diga cuanto sepa sobre este asunto —exige el juez.

—Fui llamado con ocasión de haber recibido doña Luciana una herida incisa en la región glútea, que perforó la piel y el tejido adiposo bajo la misma, con cuatro centímetros de extensión. Hube de darle cuatro puntos de sutura, para después aplicarle el aglutinante correspondiente para que se adhirieran los bordes y provocar así el período de cicatrización. Así terminó siendo, puesto que a los siete días ya estaba cicatrizada. La profundidad era bastante regular, pero los tejidos que interesaba la lesión quedaron perfectamente organizados. La asistí durante ocho días, a dos visitas diarias; y aunque yo no era el médico de cabecera, pues lo era el doctor Ramón Coll, le hice la primera cura, ya que estaba de guardia en la casa de socorro, y me pidió que la siguiera visitando. Yo volví por la tarde y le dije que mi misión había terminado con la primera visita; pero me pidió nuevamente que la siguiera asistiendo y así lo hice durante ocho días, viéndola dos veces por día.

—¿Y le contó doña Luciana quién le había inferido aquella herida durante el transcurso de aquella relación?

—Doña Luciana me habló varias veces en esos ocho días de cosas bastante graves y bastante serias, entre ellas, me dijo que estaba completamente acobardada a consecuencia de los malos tratos de su hijo, el cual la amenazaba no sólo con quemarla viva, sino al mismo tiempo con matarla si no accedía a sus pretensiones, que no eran otras que pedir dinero para sus vicios y sus gustos. Esa señora, naturalmente, estaba bajo el temor de lo que pudiera ocurrir. Parece ser que un día por la mañana, no sé con qué pretexto ni con qué motivo, tuvieron una reyerta la madre y el hijo, en la cual se sintió ella la herida, cayendo sobre un cristal de un espejo o armario de luna, que como es natural se rompió. Pero yo observé que la herida no había sido producida por el cristal, sino por el golpe de una navaja.

—¿Cree usted que el asaltante fue el señor Vázquez Varela?

—No. Lo único que afirmo es que durante los días en que la herida de doña

Luciana necesitaba ser curada, ella se mostró temerosa ante la idea de que su hijo la matase.

Galdós sigue deleitándose con una figura tan novelesca. ¿Y si el médico hubiera descubierto al asesino por amor? ¿Y si hubiera evitado el crimen por haberse hallado en la casa en el momento del asalto? El canario continúa fantaseando con la figura de aquel joven, pero la realidad, como ya se ha dicho, es mucho más prosaica.

—Y no cree usted —cuestiona el abogado defensor— que, en caso de haber querido matar a la víctima, el asaltante hubiera elegido otra zona menos superficial...

—Señor letrado —irrumpe ahora el presidente de la sala—, le ruego no haga consideraciones de este tipo, en las que se pone en boca del testigo intenciones que no ha pronunciado.

—No me parece menos importante que impida usted que se trate un asunto acaecido meses antes del crimen —responde el abogado defensor.

—Sin embargo, es relevante para esclarecerlo. Proceda el testigo con la intención del asaltante.

—No puedo saber la intención del asaltante, eso es evidente, señor presidente —continúa el médico.

La sala disfruta con la manera en que el destino parece reírse de la defensa de Vázquez Varela. La inocencia con la que el médico se deshace de las malintencionadas preguntas del abogado no sólo estimula al público y a Melquíades, encarnizadamente del lado de la víctima, sino también a Galdós, que se engancha ligeramente a la corriente crítica.

—¿Cree que la herida pudo producirse por azar, con una caída o golpe que terminara cortando la carne de Luciana con el cristal del espejo? —retoma el abogado defensor.

—Ya le digo que no fue un cristal, sino una navaja u objeto cortante.

—Y yo le digo que si cree que pudo ser una herida fortuita.

—Por favor —intercede el juez una vez más, el testigo ya ha declarado no conocer el móvil de la herida. Por favor, continúen.

Retoma la palabra la acción popular. El letrado maneja el rostro del que se siente ganador.

—¿Llegó a ver usted al señor Vázquez Varela en el transcurso de los ocho días en que frecuentó el domicilio de doña Luciana?

—Sí, señor.

—Explique en qué términos.

—Recuerdo que se presentó un día en el domicilio. Y doña Luciana se dirigió a mí con estas palabras: «Don José María, usted que es cariñoso y educado, usted que comparte edad y generación con mi niño, tenga la deferencia de hablar con él y aconsejarle». Y así procedí yo, intentando ayudar a la señora.

—¿Y qué clase de consejos le proporcionó al señor Vázquez Varela?

—Le aconsejé que abandonase la vida licenciosa, que se olvidara de los vicios, que de tanto sufrimiento su madre acabaría pagándolo. Si me hizo caso o no, ya no puedo saberlo. Porque ni siquiera me miró a la cara mientras yo hablaba ni se dignó a contestar a mis sugerencias. Se limitó a permanecer pasmado con cara de odio, si me permiten la licencia.

Si algo dejaría claro aquel juicio contra Higinia, Dolores, María, Millán Astray y Vázquez Varela, es que la reputación de este último entre los distintos vecinos de la ciudad, entre las gentes sencillas y llanas, no podía ser peor. Para los madrileños, Vázquez Varela era poco menos que un monstruo.

5

Todos los que vivimos durante meses pegados al crimen de Fuencarral comprendimos muy pronto que la historia había estado plagada de casualidades, como quizás lo está todo en esta vida. Había sido una casualidad que Vázquez Varela y Millán Astray se conociesen, como había sido casualidad que Higinia hubiera trabajado en la cantina junto a la cárcel, es decir, cerca de ellos. Había sido una casualidad que Higinia y sus cómplices erraran al ejecutar el plan, como había sido una casualidad que mi querido Galdós y otros ilustres con altavoz en los medios se cruzaran en el cómodo camino de los dos compinches. Más casualidades: que Vázquez Varela se emborrachara con el cadáver de su madre aún caliente; que Ramos Querencia escuchara las confesiones que el Varelita le hizo al preso cómplice; que Manuel Marco fuese la primera persona en entrar a la casa de Luciana, que allí reconociera los cuchillos sobre la encimera, y que más tarde fuese testigo de cómo la policía al mando de Millán manipulaba la llave; que alguien se cruzara en el camino de los testigos cuyas confesiones fueron manipuladas en el sumario, y que ese alguien les animara a denunciarlo. Que un joven y atrevido médico atendiese a Luciana el día que su hijo la hirió y que coincidiese con él una lejana tarde en el domicilio. Cuando uno prepara un plan perfecto, lo imagina desprovisto de casualidades. Para desgracia de Vázquez Varela y de Millán Astray, su plan estaba plagado de casualidades. Y todavía quedaban algunas más. Sólo así se entiende que, justo en el momento en que Higinia llevaba a cabo su sangriento cometido, cruzara por allí un hombre llamado Eduardo Antonio Ossío, que contaba su historia ahí arriba, en el estrado, con asombrosa calma.

—El día primero de julio convine con un amigo en que iríamos al teatro de

Maravillas. Este amigo quedó en venir a buscarme a las nueve o nueve menos cuarto, y para evitar la molestia de tener que subir acordamos que nos reuniríamos a la puerta. Llegó la hora convenida y no vi a mi amigo, salí entonces solo hacia el teatro, aunque me era más agradable la idea de ir con un amigo. Crucé por la calle de Fuencarral y llegué al teatro cuando salían de la primera función. Había muchísima gente, me acerqué al cartel para comprobar las funciones que había aquella noche; no recuerdo qué función era, pero ya había visto la segunda, que era a la que tenía intención de ir. Efectivamente, me entretuve, como digo, mirando la gente que entraba y salía, que además era mucha porque era fiesta. Me separé del teatro y me dirigí a mi casa, atravesé por la glorieta de Bilbao y cogí la acera de la izquierda, es decir, la que baja de la glorieta hacia el Hospicio. Al llegar a la esquina de la calle de Apodaca, volví la cabeza hacia el café del Reino para mirar los periódicos, comprar uno y leerlo antes de acostarme. Entré en el arroyo de la calle de Fuencarral y, al cruzarlo, vi salir del número 109 a un hombre joven sin barba y sin bigote, que pasó muy cerca de mí, que iba a paso apresurado y así como nervioso, como el que va temiendo algo. Yo me lo quedé mirando y me figuré, no me pregunten por qué, que esa actitud tendría que ver con algún asunto de amores, a lo que añadí: aquí va a ocurrir algo.

Era sorprendente la cadencia con la que aquel hombre se expresaba. Todo era pausado, todo parecía extraordinariamente bien narrado. El tipo gesticulaba con dulzura, trazando figuras imaginarias en el aire con la lentitud de un mago, mientras todos los que estábamos en la sala escuchábamos con atención, banquillo de los imputados incluido. Hasta Galdós, maestro narrativo donde los haya, asistía detenidamente al discurso, con el cigarro consumido en la mano y la ceniza cayendo por la pernera, convirtiendo en cómica una escena que debió ser trágica.

—Entonces me retiré, me coloqué en la esquina poniéndome a espiar a aquel sujeto. Le vi entrar en la calle de Apodaca y ponerse en la penumbra, no recuerdo ahora dónde, pero creo que era en la segunda puerta de una casa, en donde creo que hoy hay un almacén. Le vi llegar muy apresurado y de pronto se paró, sin duda, esperando a alguien, y yo me dije: Voy a ver quién es ese alguien. En esto vi salir a otro hombre de la misma casa; pasó muy lejos de mí porque iba buscando la diagonal hacia la parte donde estaba el primero. Vi que se acercó al segundo y le habló, y ya se iba a retirar cuando hizo un movimiento de retroceder y entonces le dijo algo al oído. Así salieron los dos

en dirección a la calle de Fuencarral abajo, es decir, hacia el Hospicio, en el momento en que pasaba un tranvía que venía lleno, y yo no sé si ellos quisieron cogerlo, pero los dos se pararon en el lado izquierdo del tranvía. Yo me marché a mi casa y no me acordé más de esto. Sin embargo, los días posteriores, a medida que me iba percatando de que todo el mundo hablaba del crimen de la calle Fuencarral, poco a poco fue creciendo en mí la angustia por lo ocurrido, que yo seguía teniendo en mente a esos dos hombres misteriosos. Una de esas mañanas, después de una noche de angustia, vine a la calle de Fuencarral, al número 109, la misma casa de donde vi salir a los dos hombres; me detuve un rato y mi imaginación me representaba la escena como había ocurrido, y dije para mí: estos hombres, si no son los criminales, deben estar metidos en esto.

¿Quiénes eran esos dos tipos? Ossío narraba con tanta maestría que dejaba encima de nosotros la incógnita, como lo hacen los grandes dramaturgos y novelistas de la historia. Acusaba a los imputados sin acusar, en un nuevo truco de prestidigitador de la palabra, y aún a día de hoy creo que aquella intriga que soltó sobre la sala les hizo mucho mal a aquellos hombres, más de lo que se podría pensar al entender que, de algún modo, estaba ocultando a los asesinos.

—En el seno de la confianza de mi familia, convine que todo aquello era demasiado extraño, a pesar de lo cual continué sin soltar una palabra de lo ocurrido en más ámbitos que en los estrictamente personales. Se abrió entonces el juicio oral y, dado el interés propio, me busqué las habichuelas para tener acceso a la vista. Así apareció la testigo que llaman Gregoria Parejo, en cuya declaración incluyó un punto en el que se expresaba con claridad que la criada Higinia había salido al balcón a gritar y a hacer señas a dos hombres. Fue como supe que aquellos dos hombres, por la descripción que ofreció la testigo, eran los mismos a los que yo vi esa noche. Puedo asegurar, como que me llamo Eduardo Antonio Ossío, que aquellos dos hombres que según Gregoria se comunicaron con la criada eran de carne y hueso.

El tipo se retiró con honores. Y yo no podía dejar de pensar en el maravilloso enjambre social que una posible novela sobre el crimen sería capaz de explorar.

6

El juicio se acabó y, al cerrarse la puerta de aquella sala, todos sentimos que se quedaba atrás una parte de nosotros, un juego dramático, como de comedia calderoniana, del que sería muy difícil recuperarse. Madrid, España, el papel de la prensa, la primera actuación de un juzgado popular en el país, la lucha de clases que definitivamente había desembarcado, el silencio contra los tejemanejes del poderoso... Todo había cambiado tras este crimen y a todo se le había puesto palabras entre aquellos muros del juzgado. Me hubiera gustado decir que era aquella una democracia limpia, donde el poder judicial resplandecía por su pulcritud, pero sólo hacía falta echar un vistazo a las últimas semanas de juicio, a las peleas, a las mentiras, a las tretas, a las descalificaciones, a los chismorreos, a las amenazas, a las filtraciones... Sólo hacía falta empaparse mínimamente dentro de aquel caso para comprender que España estaba y estaría podrida en su fruto para siempre.

Eso sí, antes de dar por finalizado el juicio, tal y como dictaba el protocolo, el presidente de la sala reservó un espacio dentro de la vista para que los procesados manifestasen lo que creyesen conveniente. Una mera formalidad que sirvió como áspero punto final para un capítulo agotador. Y digo áspero porque todos sabíamos que nuevamente se vería obligada a hablar la persona que más interés tenía en que Higinia fuese encerrada, es decir, que hablaría la propia Higinia. De hecho, fue ella quien inició la ronda de discursos, sollozando, con las manos entrelazadas en el bajo vientre y expresándose en los siguientes términos:

—Yo deseo, en primer lugar, pedir a la sala que mire por esta desgraciada; y después, he de decir a los señores del público por qué he prestado tantas declaraciones desde aquel día primero de julio, y por qué han cambiado tanto

unas y otras, y por qué en estas distintas declaraciones he inculcado a tantas personas. Y es que han de saber que fue la primera tanda de explicaciones destinada a defenderme, simplemente; y que la segunda tanda sólo pretendía acusar por acusar; y que la tercera venía espoleada porque la Dolores me indujo a culpar a los inocentes, ya que a Varela, señor, yo no le conocía más que de vista, y el señor Millán veía que estaba expuesto a quedarse sin pan para sus inocentes hijos, y me aproveché. Todo esto ha sido por culpa de Dolores, repito. Nada más tengo que decir, sino rogar al tribunal que tenga en cuenta a esta desgraciada y que mire todo el mal que me han hecho, lo mismo aquí que en los periódicos *El Liberal* y otros de la acción popular. Me han despreciado mucho, me han tirado mucho y han dicho que he mentado; yo necesitaba defenderme de alguna manera, y yo no sé hacerlo de otro modo. Yo los perdono a todos, y que la sala haga lo mismo conmigo y todos tengan consideración con esta desgraciada.

Rompía el corazón ver a aquella mujer pronunciar palabras que nadie quería. Desde luego, la situación era terriblemente paradójica: la mujer a la que todo el pueblo quería salvar hacía todo lo posible por no salvarse, y los hombres a los que todos querían ver presos eran los que con más ahínco defendía. Fue entonces cuando les llegó el turno a ellos. No quiso tomar la palabra el segundo de los interpelados, Vázquez Varela. Sí lo hizo, al contrario, Millán Astray.

—Señor, yo perdono a todos cuantos me han ofendido, a Higinia, a Dolores, a todos; pero las palabras de mi defensor, el señor Cobeña, que devuelven la honra al santuario de mi familia, esas estarán siempre grabadas en mi alma.

Miré con recelo al maestro Galdós, pues ambos nos habíamos percatado de que el ilustre Millán Astray, ocultando su amenaza bajo una falsa indignación, había citado con lentitud el nombre de su abogado, el señor Cobeña, un hombre de poderosa fama y reputada posición. Volvía a amenazar. Una amenaza firme y tácita, como todo en Millán Astray, por mucho que intentase disfrazarlo con aquella aparente inocencia. La última en expresarse libremente fue Dolores Ávila, ya que su hermana María no tuvo a bien hacerlo. Rendida, quizás estafada, sólo tuvo palabras de odio hacia Higinia, epicentro de la traición.

A las tres y cincuenta y cinco minutos de la tarde, el presidente de la sala dio el juicio concluso para sentencia. Aquellos últimos días de marzo y primeros de abril resultaron agotadores no sólo para los protagonistas del

juicio, sino también para el pueblo de Madrid, que se había levantado cada mañana con un nuevo sobresalto sobre la sesión de la tarde anterior. La prensa, cuyo papel ya era más que principal en todo el desarrollo del caso, se había afanado en las horas postreras de cada día para recabar crónicas, opiniones y análisis de lo acontecido en el juzgado. La calle, por su parte, había continuado marcando el paso del juicio paralelo, recogiendo de la difusa información que le llegaba lo que a cada quien más le conviniese. Las decenas de testigos que comparecieron en la vista fueron entrevistados a la salida, los magistrados fueron perseguidos por la calle y, por supuesto, los procesados seguían siendo vareados cuando los coches de caballos salían y entraban transportándolos. Galdós apenas soportaba ya la madera rígida de la bancada del público y a mí se me agarrotaban los músculos, pues fueron sesiones de hacinamiento e incomodidad por culpa de algún guardia que había decidido no ser el único que se quedara sin sacar tajada del asunto.

El juicio había corrido de manera bastante desfavorable para los intereses de Vázquez Varela y de Millán Astray. Tras haberse revisado las distintas ruedas de testigos, tras examinar con precisión las numerosas pruebas y tras escuchar a los distintos profesionales consultados, nadie en Madrid podía pensar en que Vázquez Varela y Millán Astray no fuesen condenados. La opinión general aceptaba los delitos y las culpas que había propuesto la acción popular: pena de muerte para Higinia y para Vázquez Varela, cárcel para Dolores y para Millán Astray, exculpación para María. Precisamente por eso, el público se marchó contento el día que el presidente de la sala se retiró dejando el juicio visto para sentencia, y al suspiro inicial le siguió un silencio tenso, a la espera del veredicto, que se antojaba, por uno u otro motivo, histórico.

Como ya dije, una parte del pasado se quedaba dentro de las paredes de aquel juzgado.

SENTENCIA

El fragmento ha sido extraído de la sentencia oficial publicada por don Gonzalo de Córdoba, magistrado ponente habilitado, sobre la audiencia pública en la sección tercera de la sala de lo criminal el día 29 de mayo de 1889.

CAPÍTULO XIII

SENTENCIA POR EL JUICIO POR INCENDIO, ROBO Y HOMICIDIO DE DOÑA LUCIANA BORCINO

Vistos los artículos 516, núm. 1º; 662, 10, circunstancia 2ª, 7ª, 10ª y 18ª; 11, 13, 15, 18, 28, 53, 55, 68, 76, 81, 88, 92, 96, 102, 103, 104 y 121 del Código Penal vigente, y los 17, 141 142, 240, núm. 3º, y 741 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal;

Fallamos que debemos condenar y condenamos a la procesada Higinia Balaguer Ostalé, por el delito complejo de robo con homicidio, a la pena de muerte, que se ejecutará en la forma que determinan los artículos 102 y siguientes del Código Penal, y en caso de obtener indulto, a la inhabilitación absoluta perpetua si no se hubiese remitido especialmente al concedérsele, y por el de incendio a la de dieciocho años de reclusión, con la accesoria de inhabilitación absoluta temporal en toda su extensión, indemnización de treinta pesetas al dueño de la casa núm. 109 de la calle de Fuencarral, y al pago de las costas de su defensa y una quinta parte de las comunes.

Condenamos, asimismo, a la procesada Dolores Ávila Palacios, como cómplice del expresado delito complejo de robo con homicidio, a la pena de dieciocho años de reclusión, con la accesoria de inhabilitación absoluta temporal en toda su extensión, y al pago de las costas de su defensa y otra quinta parte de las comunes, y a ambas procesadas, mancomunadamente, a la restitución del dinero y alhajas robadas e indemnización de cinco mil pesetas a los herederos de la interfecta doña Luciana Borcino.

Absolvemos a los procesados don José Vázquez Varela, don José Millán Astray y María Ávila Palacios, con reserva de todos los derechos que puedan asistirles y no deben ser objeto de resolución en este fallo;

condenamos a los representados por los procuradores don Constantino Rodero y don José María Villa, que han sido partes en esta causa, al pago de todas las costas causadas desde el auto de apertura del juicio oral a su instancia; por mitad de las causadas desde la misma fecha a instancia de los procesados don José Vázquez Varela, don José Millán Astray y María Ávila Palacios, en igual proporción de las tres quintas partes de las comunes, también desde dicha fecha, entendiéndose respecto de la representación del procurador Villa hasta que dejó de ser parte en la causa por fallecimiento de su poderdante, y declaramos de oficio las demás costas.

Mandamos que sea puesto inmediatamente en libertad el procesado don José Vázquez Varela, si no estuviere privado de ella por otra causa o condena; y que se eleve la causa a la sala segunda del Tribunal Supremo, con arreglo a lo que dispone el artículo 948 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Declaramos cancelada la fianza prestada a nombre de don José Millán Astray para permanecer en libertad provisional.

Así lo pronunciamos, mandamos y firmamos: Victoriano Hernández, Segismundo Carrasco y Moret, Gonzalo de Córdoba, Luis Mira y Fernando García Briz.

1

Galdós mira a su espalda y comprueba con algo de alivio que Melquíades se ha perdido por una de las calles anexas. De algún modo, con la sentencia se cierra un camino que ya le cansa. Empezó investigando el caso con fervor, pero se involucró tanto en él que, finalmente, los propios personajes acabaron por expulsarle de una narración que a estas alturas ya se esfuma como si nunca le hubiera obsesionado. El cansancio al que le ha condenado es, en parte, fruto de su propio hastío personal. El éxito literario tiene estas cosas: te abraza con fuerza, te hace sentir fuerte cuando consigues convivir con él, pero cuando te suelta te sientes hastiado.

Cuando se quiere dar cuenta, se ha alejado ya lo suficiente del ambiente crispado que rodea al juicio como para poder sentarse tranquilamente en uno de los bancos de cualquier plazuela madrileña. Extrae un cigarro ya liado de su tabaquera, pero en lugar de fumárselo, lo coloca detrás de la oreja y comienza a liar otro. Se nota cada día más fumador y eso le recuerda inevitablemente la voz agravada de Emilia. Pero necesita los dos cigarros y los necesita ya. Con algo de ansiedad acerca por fin el fósforo al papel, y cierra los ojos cuando la lumbre aparece en señal de máxima relajación. Pero, cuando todo era perfecto, de pronto una voz familiar le asalta por la espalda.

—No era empresa fácil...

Galdós se gira y comprueba con la vista lo que ya le había sugerido el oído: el hombre que se dirigía a él era, ni más ni menos, que el ínclito Eugenio Montero Ríos. Detrás de él, a unos veinte metros de distancia, descansa el famoso carruaje y, supone Galdós, dentro hace lo propio el no menos famoso conductor.

—Don Eugenio...

El hombre, que viste un traje impoluto y fuma un habano de notables proporciones, recoge con ambas manos el sombrero de copa y, remangándose las perneras, se sienta junto al escritor.

—No era una empresa fácil, en efecto, señor Galdós. No sé cómo usted y ese compañero suyo..., ese joven, quiero decir, no sé cómo han aguantado hasta el final.

Ambos chupan sus respectivos cigarrros, buscando en ellos la calma que no les proporciona la presencia a la que se enfrentan.

—Acháquele los méritos al joven Melquíades. Él y no otro ha sido quien ha mantenido esta historia viva. Si por mí hubiera sido, debo reconocerlo, esto haría tiempo que habría dejado de ir conmigo.

—¿Dónde quedó aquel reivindicativo Galdós, del que contaban que subía a los trenes para escuchar a los desfavorecidos, para después vengar sus injusticias con la pluma? —pregunta con algo de sorna Montero Ríos.

—Me temo que la vida y los canallas que la manejan me hacen renegar cada día más de mi propio poder de rebeldía.

Montero Ríos pega un respingo al escuchar ese «canallas» que, con toda naturalidad, va dirigido a gente como él.

—¿Y no será que ya forma usted parte de ese grupo de gente que maneja la sociedad? Al fin y al cabo, sus historias son conocidas más que cualquier otra escrita en nuestro idioma, e incluso ocupa usted un escaño en el Congreso. No es usted muy diferente de aquellos a los que llama canallas.

Galdós sonríe.

—Si quiere decirme usted que yo formo parte de una casta que incluye a gente capaz de engañar a dos pobres mujeres para que asesinen a una ricachona, entonces me veré obligado a discrepar con usted.

Montero Ríos fuma ahora con parsimonia, clavando su vista en el suelo. Tras casi un minuto en silencio, vuelve a intervenir:

—En ningún caso el plan incluía asesinar a doña Luciana, ¿por quién toma usted a los cerebros de esto? —Vuelve a fumar—. Nada de sangre. Por eso el plan era bueno. Millán Astray colaba en la casa a una joven con necesidades. Esa casa y las riquezas que se esconden en ella no tenían secretos para el hombre que mejor las conocía: Vázquez Varela. Con toda esa información, la joven sólo tenía que coger el dinero y las alhajas, esconderlo todo en casa de alguna amiga y olvidarse del asunto hasta cobrar su parte. Sin embargo, algo salió mal durante el transcurso del plan y qué pasó por la mente de Higinia

para terminar matando a la señora... sólo ella lo sabe.

—Claro, claro... —Galdós mira ahora fijamente a los ojos de Montero Ríos—. El plan ha salido mal... Y, suponiendo que yo creyese lo que usted dice, ¿cómo puede ser que saliendo mal sólo paguen las dos actrices del reparto que no tienen visibilidad en la alta esfera?

—Bueno, es cierto que el plan ha salido mal. —El antiguo presidente del Supremo aguanta la mirada del novelista—. Y es cierto que ha salido mal por culpa de ellas. Así que no veo injusto que paguen.

Galdós arroja la colilla al suelo con rabia. No puede creer que exista el cinismo con el que se está expresando Montero Ríos. Con rapidez, se saca el cigarro de la parte posterior de la oreja y lo coloca entre sus labios. Se palpa la chaqueta buscando los fósforos, pero antes de dar con ellos ya Montero Ríos le ha ofrecido la llama de un encendedor metálico. Da lumbre al cigarro sin dar las gracias y por fin contesta:

—Así que el plan ha salido mal por culpa de estas dos muchachas y por eso pagan. Bueno, si quiere le contamos el susodicho plan a la policía, a ver si ellos también creen que ustedes son inocentes.

Montero Ríos cierra los ojos y ríe entre dientes.

—Ay, Galdós, Galdós... No sea usted cándido. Es evidente que a ojos de la justicia hay más culpables, y puedo jurar que no ha sido fácil disfrazar esa culpabilidad de una falsa inocencia. Cuando todo esto se pone en marcha, cada cual sabe qué riesgos corre. Y nosotros sabíamos que las armas con las que contábamos para escapar son..., digamos..., más efectivas que las de estas dos jóvenes. —Vuelve a fumar—. No obstante, y a pesar de todo, no dirán ustedes que salimos de rositas. Vázquez Varela puede ser apedreado en cualquier esquina. Millán Astray tiene los días contados en la Modelo. A mí, gracias a ustedes, me han obligado a abandonar el Supremo... —Galdós hace ademán de hablar, pero Montero Ríos no se lo permite—. Sí, sí, gracias a ustedes... Y fíjese, no digo «por culpa de», sino «gracias». Pues de este proceso me llevo muchas enseñanzas y valorar la prudencia es una de ellas.

Galdós no aguanta más y arroja la segunda colilla, depositándola apenas a unos centímetros de distancia de la primera. Se levanta y estrecha la mano de Montero Ríos.

—Es usted un sinvergüenza... —suelta Galdós con tranquilidad.

Montero Ríos se incorpora, pero no contesta a la acusación más que con una sonrisa. Galdós se aleja en dirección contraria a la calle donde sigue aparcado

el carruaje, pero antes de desaparecer, Montero Ríos le dedica unas últimas palabras:

—Tenga cuidado, señor Galdós. Se habrá dado cuenta de que le han negado la entrada recientemente en la Real Academia. No me culpe, tenía que hacerlo. Si se mantiene más tranquilo, quizás pronto le acepten en ella...

Galdós aprieta el puño con fuerza.

—Usted, usted tiene que ver con... —Pero apenas puede terminar la frase.

—Recuerde lo que le dije hace ya unos años: hay que tener amigos en el infierno.

Y es la figura de Montero Ríos la primera que se pierde lejos de la plazuela.

2

Desde el momento en el que la sentencia se hizo pública, Madrid estalló en un clamor contra el sistema judicial, contra el poder político, contra el régimen penitenciario y, en general, contra todo lo que oliese a autoridad del Estado. Se improvisaron nuevas manifestaciones para protestar por lo que se había tomado como un abuso claro de poder, y nadie ahí afuera sentía que la justicia hubiese actuado con equidad. Se colgaron dos peleles a la altura de la calle de Bailén, pintarrajeados de rojo y con los nombres del Vareleta y de Millán Astray escritos en el pecho de cada muñeco. Se le pidió cuentas incluso a la Corona por lo sucedido. Todos sabíamos que aquella reacción furibunda quedaría en nada transcurridos los días, pero a diferencia de otras revueltas similares, esta vez sí daba la sensación de haber tocado una fibra que ya dolería para siempre.

El día que se leyó la sentencia en público, Galdós y yo acudimos puntuales al último capítulo del serial. Como el resto de los vecinos de la ciudad, salimos de allí consternados por lo que era quizás el error judicial más grande del que se tenía noticia. La sensación de que Higinia no había sido la única autora material del crimen alcanzaba tal cota que durante mucho tiempo, por las calles de Madrid, se preguntaba: «¿Lo has visto? ¿A quién? Al hombre que mató a la viuda de Varela». Y algo parecido ocurría con Dolores Ávila, que pasaría media vida en la cárcel como cómplice del crimen, cuando era también evidente que dos mujeres de tan raso nivel intelectual no podían ser los dos únicos motores del asesinato.

Me despedí del maestro al salir del juzgado, y yo no sabía entonces que no volvería a verlo hasta muchos meses después, ya durante la ejecución de Higinia. Nuestra relación no había fraguado. Él había abandonado un posible

proyecto para novelar todo el ambiente que había rodeado al crimen y, puestas entonces las esperanzas en mí y en mi capacidad para narrar lo ocurrido, yo fracasé con tanta o más rotundidad. Mi mundo particular, el que había ido labrando lentamente en Madrid, también se había desmoronado. Apenas quedaban ya más que ruinas de lo que un día fue un proyecto sólido de vida familiar y profesional. Supuse que a Galdós tampoco le iban bien las cosas. Aunque seguía siendo el más leído, de eso no cabía duda, se rumoreaba también que la academia lo rechazaba sistemáticamente y que la alta literatura seguía sin reconocerlo. A todo eso le añadía yo, por alguna extraña intuición, algún fracaso de corte sentimental que él me ocultaba. Si a todo ello le sumamos que la relación con mi padre también se había derrumbado por completo, mis vínculos con Galdós, por mucho que doliese, estaban a punto de romperse.

Visiblemente agobiado, me senté en el suelo, apoyé la espalda sobre la tapia trasera de los juzgados, la zona más tranquila de los alrededores, y me dejé llevar por esa sensación de fracaso que me aplastaba, por una realidad que me abofeteaba implacablemente. Galdós, el hombre al que tanto había admirado, desaparecía al otro lado de la calle. Había bajado al mundo de los mortales, había tenido la oportunidad de aprender de él, de empaparme de todo lo que esconden sus páginas, pero ahora se marchaba visiblemente decepcionado conmigo. Mi padre, íntimo amigo del canario, pronto me rechazaría por cobarde. No aceptaría de ningún modo que yo hubiera traicionado la confianza de la familia Ortuño. Laura y todo lo que le rodease se esfumarían también sin remedio. Y, para colmo, la novela seguía en punto muerto.

—Debería martirizarse mucho menos...

La voz femenina llegó hasta mis oídos con suavidad, aunque con la suficiente fuerza como para sacarme del bucle angustiante en el que me había metido. Levanté la cabeza y sobre mí se alzó la figura de una mujer alta y robusta, anchísima de brazos, con un torso ciertamente varonil. El cuello se alineaba con el resto de la cara. Precisamente eran los rasgos faciales los que transmitían la ternura que no desprendía su cuerpo. Eran facciones ligeras y agradables, aunque el gesto distaba mucho de ser compungido, y más parecía la mueca de un pícaro que de un mártir. Su cabello negro contrastaba con una tez más bien pálida y sus ropas no eran, ni mucho menos, un reflejo de la última moda capitalina. Se trataba de la prima de Higinia, aquella mujer que

me había puesto sobre aviso aquella lejana mañana en Ainzón, encerrándome en la bodega de vinos. Aunque nunca había visto su apariencia, pues me asaltó a traición por la espalda el día que se puso en contacto conmigo, su voz añorada, como de adolescente afónica, me resultó inconfundible. Me ofrecía un cigarro con un gesto amistoso, pero yo lo rechacé discretamente. No parecía especialmente contrariada por la sentencia, lo cual me llamó la atención, claro.

—De hecho, debería dejar de martirizarse. Por completo. —Encendió su fósforo y acercó la llamarada al extremo del cigarro—. Mi prima tiene lo que se merece. —Al pronunciar la frase, centró su mirada en la llama del fósforo, todavía viva—. Jugó con fuego y ha terminado quemándose. Nada se pudo hacer.

La miré fijamente. Ella parecía sentir pena por mí y la verdad es que no la culpo: mi aspecto era deplorable. Con el cigarro ya encendido, se sentó a mi lado. No cruzaba un alma por aquella callejuela, pero llegaba el rumor de los gritos desde el otro lado como un eco constante.

—Agustina, cuánto tiempo... —Tenía la sensación de que habían transcurrido tres vidas desde que nos encontramos—. No pareces muy triste... —le dije.

—¿Qué ganaría pareciéndolo? Insisto, mi prima tiene lo que merece. —Miré a un lado y a otro, como el que espera no ser descubierto. Nadie se había percatado de que la trama se había quedado atrapada en un oscuro callejón madrileño—. Tampoco creo que los dos pájaros vayan a salir de rositas del asunto —reanudó ella—. El tal Millán Astray tendrá que huir si no quiere que la prensa lo siga masacrando. Y el Pollo Varela directamente necesita desaparecer del mapa o alguien le descerrajará un tiro por la calle.

Emití una sonrisa mitad burlona, mitad cómplice. A pocos pasos del lugar que ocupábamos, ajeno al silencio del pequeño rincón, un ruidoso grupo cruzaba la calle en ese momento. Recuerdo que entre el murmullo continuo de los integrantes del grupo escuché una frase: «Qué vergüenza de justicia», o algo así. Era evidente que la sentencia que el juez acababa de dictar era mucho menos firme que la que ya había dictado la calle, y que la condena que llevaba consigo el país era mucho más dura que la que tendrían que llevar sobre sus espaldas tanto Higinia como Dolores.

—¿Puedo preguntarle algo...? —dijo ella.

—Claro —respondí, con una mueca de hastío que no pasó desapercibida.

—¿Por qué se ha preocupado tanto por el desenlace del juicio? ¿Qué le hace mantenerse durante tantos meses amarrado a la figura de una pobre mujer como es Higinia?

Sonreí ahora con algo de sorna. Aunque tenía clara la respuesta, preferí que transcurrieran unos segundos, barajando la posibilidad de dejar flotar la incógnita sobre su pregunta. Pero qué demonios, aquella historia perdía sentido poco a poco.

—Soy escritor. O al menos creí serlo. Y todo lo que rodea a Higinia es fascinante desde un punto de vista literario. Cruzó su mirada con la muerte y lejos de apartarse la encaró, con todo lo que esa valentía traía consigo. —Le arrebaté el cigarro a la joven, que asistía fascinada a mi confesión—. Higinia entró en mi vida en un momento en el que yo estaba completamente anulado por el miedo. Observaba los pasos que ella iba dando a medida que el crimen avanzaba y creo que me hacía sentir cobarde. Ella era un personaje de novela extraordinario y yo, un novelista frustrado que ni siquiera era capaz de captar la sombra que ella dejaba detrás de sí. —Aspiré el humo con toda la pasividad del mundo—. Más tarde me enamoré, y no puedo decir que aquello no me despertase. Creí que tenía todo lo que necesita una novela: el amor y la muerte. Pero me equivocaba. Porque el amor y la muerte no son circunstancias, no son meros accidentes dentro de una narración. —Volví a darle otra calada al pitillo, me relajaba—. El amor y la muerte se hacen dueños del arte, lo capitalizan, y demasiado tarde comprendí que si quería escribir esa novela, tendría que rendirme a ellos. Para entonces, Higinia ya era un ser demasiado cercano a mí como para poder plasmar el personaje que necesitaba. Y la mujer de la que me enamoré..., digamos que no merecía pagar el precio que exige una narración como esta. Así que los dos grandes pilares sobre los que se sostiene la literatura temblaron. —Le di una tercera calada antes de devolverle el cigarro a su dueña—. Ahora me temo que no sé adónde han ido a parar. Ni el amor ni la muerte, ni Higinia ni la mujer de mis sueños. He perdido el control. Quizás algún día lo recupere y sea capaz de escribir un maldito párrafo. O quizás aquí se acabe todo, quién sabe. —La mujer sujetó el cigarro completamente absorta. Ahora fui yo quien intentó sacarla de su trance—. Sólo dime una cosa para terminar... ¿Por qué Higinia se ha vendido en el último instante? Tuvo a esos cabrones contra las cuerdas. Y además contaba con la ayuda del pueblo, de la prensa, de los intelectuales y de media clase política... ¿Por qué ha dado ese último discurso? ¿Por qué se ha condenado

ella sola sin arrastrar al resto?

La prima cerró los ojos en señal de cansancio, se llevó la mano al entrecejo, fruncido este por el efecto de la jaqueca, hasta que por fin los abrió como si hubiese vuelto a la vida de pronto. El cigarro humeaba a su lado.

—Caballero, es usted el novelista... Imagínelo usted. Imagine, por ejemplo, no sé, imagine que Millán Astray y Vázquez Varela le ofrecieron a mi prima Higinia el oro y el moro para salvarla, eso sí, siempre que se autoinculpara como finalmente ha hecho. A fin de cuentas, somos de la casta ignorante del país, nos creeríamos cualquier cosa. Hablamos de un crimen en el que no hay ni rastro del arma homicida, en el que aparecen colillas junto al cadáver y nadie reconoce la procedencia, en el que nadie ha sido capaz de encontrar botín alguno... Sólo unos catetos pueden ser condenados por esto. Imagine, escritor. Imagine a Millán Astray citando a reinas y presidentes del Gobierno para salvar su pellejo, e imagine a la ignorante de mi prima Higinia creyéndolo. Imagine también la revolución que supondrá para nuestro pequeño pueblo de Ainzón que dos señoritos de alta alcurnia como lo son estos dos aparezcan ufanos recorriendo sus calles, comprando tierras para nuestra familia, pobre donde las haya. —En este punto, la joven emite una mueca burlona—. Bueno, esto no hace falta, esto lo puede comprobar con sus propios ojos acercándose al pueblo, como ya hizo. Comprobará que a mi tío le han resuelto la vida para siempre. El dinero lo compra todo... hasta el buen tabaco. —Fumó de nuevo, aunque ya apenas quedaba rastro del cigarro, que sujetaba con los dedos pulgar e índice aun a riesgo de quemarse—. Este tabaco, lo crea o no, sólo se encuentra en Madrid. —Sonreímos ambos—. En fin, imagine como buen novelista todas las promesas que le habrán colocado sobre la mesa a una mujer como mi prima Higinia, que lo tenía todo perdido, para que en su derrota al menos consiguiese sacar algo que llevarse a la tumba. Un cierto alivio familiar, una sensación de haber venido a este mundo para algo. No sé, cualquier cosa valdría para venderse a estos cerdos.

Con mucha tristeza, vi como los ojos de la prima de Higinia me examinaban por última vez, pidiendo misericordia, olvido. Se marchó arrojando la colilla a mis pies. Y cuando se hubo esfumado al otro lado de la calle, allí me quedé yo, ahogado en mis propias frustraciones, destruido por mi propio silencio.

3

Si la locura por todo lo que estaba ocurriendo, es decir, la locura por la llegada a la gran ciudad, por la aparición de Laura, por la irrupción de Nela o por el desenlace del crimen de la calle Fuencarral no me hubiera despistado hasta perderme en algún lugar de la memoria al que hoy no soy capaz de acceder, quizás no habría pasado desapercibida la llaga que coronó durante días el extremo de mi pene. Desapareció como vino, lo cual, para un ignorante perdido como yo, ya era síntoma de una curación segura, del punto y final a un mal episodio, sin más.

Dicen que la primera fase de la sífilis, la que incluye la aparición de la susodicha llaga, se extiende durante más o menos un mes, en mi caso algo menos, algo así como el tiempo que duró el juicio contra Higinia Balaguer y demás personajes de esta novela, sentencia incluida. Para mí, esto que simplemente se manifestaba con una llaga indolora no era más que el fruto de una época desenfrenada. En Valladolid apenas se hablaban este tipo de cosas, y si algún paisano incubaba la enfermedad, trataba con toda la precaución del mundo el tema, hasta que desaparecía por los rigores de la muerte o de la huida. Más tarde supe que se trataba de una enfermedad ruin, que sacaba todas tus vergüenzas hasta humillarte y que, si bien en el campo no resultaba difícil ocultarla, en la ciudad, con su falta de intimidad y su constante ajeteo, terminaba siendo un secreto a voces. Pero, como digo, esto, claro, yo no lo supe hasta que ya era demasiado tarde.

Dicen que la segunda fase de la enfermedad ya es algo más dolorosa. En el instante en que escribo esto, es exactamente la etapa que estoy pasando y puedo dar fe de ese dolor, si bien se trata más de un dolor psicológico, como si mi mente se empeñara en repetirme una y otra vez que ya nunca volvería a

ser el mismo, y ese eco constante amenazase con destruirme. Recuerdo que una terrible mancha rojiza a lo largo y ancho de mi cuerpo, el estigma de todas las equivocaciones que había cometido durante los últimos meses, hizo aparición muy pocos días después de que se dictase la sentencia contra Higinia Balaguer. De algún modo, pensaba yo, mi enfermedad era otra clase de condena, análoga a la que había sufrido Higinia, y quizás basada en los mismos errores: ambos tuvimos miedo al desembarcar en la historia, ambos nos rodeamos de compañías poco esperadas y ambos nos dejamos llevar por sueños de lo más difusos. Ahora los dos pagábamos una ambición absurda, impropia y fatal.

Cada vez que veía cómo la mancha roja recorría mi cuerpo no podía más que sentirme marcado por el Altísimo, como si quisiera avisarme de que ningún hombre colisiona sin tener que llevar consigo las marcas del accidente. A veces me arañaba las heridas y dejaba que el dolor me recorriese hasta el espinazo, creyendo que así expiaba mi culpa. Pero no, ahí seguía esa piel carcomida por el deseo, piel que se iba cayendo lentamente, como un reloj que deja escapar el tiempo con cada grano de arena. Por ironías del destino, recordé varias veces aquel momento en el que el señor Ortuño, el padre de Laura, me dijo con cierta sorna, charlando sobre ese problema cutáneo que le llevaba cada dos por tres a la costa murciana, aquella frase: da igual si hablamos de amor o de salud, la piel nunca miente.

Fue en ese momento, con la llegada de la terrible marca, cuando comprendí que ya todo se acababa. Con cierta resignación acudí al doctor Centella, en la calle del Águila, de quien me habían dado buenas referencias para asuntos de la medicina general sin especificarme su labor como soporte para sifilíticos, pues nadie sabía entonces que yo me hallaba contagiado de tan espantoso mal. Pero ni siquiera estaba convencido de que yo quisiera curarme, y no miento si digo que a veces fantaseaba con la posibilidad de dejarme llevar y que la enfermedad hiciese conmigo lo que ella misma dictase. Al final, no era otra actitud que la que siempre me había gobernado: dejar que el destino jugase sus cartas sin oponer resistencia.

Fue el doctor Centella quien me confirmó que se trataba del mal de las bubas, que así lo llamaba él, aunque por ese oráculo maravilloso que son los libros pude saber que también era conocido como mal serpentino, mal de Jacob, morbo gálico o mal francés, mal napolitano, pudendagra, mal cortesano, sarna egipcia, peste blanca, mal villano... Muchos nombres para

una misma realidad. Durante mucho tiempo anduve preocupado por mis cabellos, pues recordaba perfectamente a aquel enfermo por el mal de bubas que tan bien retrató Cervantes en «El casamiento engañoso» de sus *Novelas ejemplares*:

Mudé posada y mudé el pelo dentro de pocos días, porque comenzaron a pelárseme las cejas y las pestañas, y poco a poco me dejaron los cabellos y antes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre más claro, la pelarela. Halleme verdaderamente hecho pelón, porque ni tenía barbas que peinar ni dinero que gastar. Fue la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella a la honra, y a unos lleva a la horca y a otros, al hospital.

Pero, ironías aparte, el doctor Centella fue muy explícito en su diagnóstico. Vendrían, según todos los libros que consultaba, el dolor, las llagas, la debilidad, la pérdida de visión, la consabida pérdida capilar... Síntomas todos que fui desarrollando a lo largo de las semanas, lo cual confirmaba los avances que la medicina había tenido a la hora de estudiar el mal. No ocurría lo mismo con el tratamiento curativo. Este era, básicamente, una lotería a la que jugaba sin demasiada fe. Seguiría intentando aceptar el castigo por haber jugado a ser quien no era, y me resignaba a portarlo con la dignidad que no demostré durante las páginas que conforman este relato.

Y lo peor, lo que quizás más me asustaba, era lo que estaba por venir, es decir, la tercera fase de la enfermedad, que, según el doctor Centella y cuantos pudieron darme información al respecto, era sencillamente espantosa. En esta última etapa, el enfermo padecía infecciones cardíacas, tumores en distintos órganos, ceguera, parálisis e incluso, en algunos casos, locura. Por más que el doctor se empeñó en que comenzara con el tratamiento, algo en mí había arrojado ya la toalla y, como ya he dicho, me negué a cualquier terapia sanadora o paliativa, y con la fuerza de un hombre que ya está muerto, me dispuse a afrontar lo que estuviera por venir sin más armas que unos cuantos fantasmas en la memoria y la esperanza de poder culminar de una vez el libro que llevaba tiempo rondándome.

A Nela no volví a verla nunca más, y supuse que su destino no podía presentarse mucho más esperanzador que el mío. Primero, porque era portadora de esta repugnante enfermedad y eso ya le marcaría de por vida. Y, segundo, esto lo considero más importante, porque Nela era una mujer maldita, nacida en una casta de malditos, condenados todos eternamente por esta

realidad que siempre se ensaña con los mismos. Yo, que lo tuve todo, coqueteé con este malditismo y la vida me llevó por delante. Pero ¿qué le puedo achacar al destino? Absolutamente nada. Al contrario de lo que ocurre en esta narración con los hombres y las mujeres de abajo, yo me había buscado cada uno de los padecimientos que estaban por llegar.

A Laura sí volví a verla, aunque ella no volvió a verme a mí. Era un café del centro, no puedo precisar en qué mes ni en qué año. Sí recuerdo que nevaba sin cuajar sobre Madrid y que, desde la calle, con el frío amenazando con destruir mi cuerpo ya débil, la vi sentada en una mesa de aquel elegante establecimiento. Charlaba con un hombre e intuí que era feliz, porque la sonrisa que le dedicaba era la misma sonrisa que alguna vez mostró entre mis brazos, cuando ambos tocábamos con la yema de los dedos una felicidad que a otros se les negaba. Seguía tan bella como siempre, y gesticulaba de una manera que me hizo pensar en una conversación de altura, de esas que sólo ella era capaz de ofrecer. El hombre no podía más que asentir ante semejante prodigio. Tentado estuve de entrar a saludarla, pero más por nostalgia que por necesidad. De hecho, esa tentación duró un segundo, el tiempo exacto que tardé en decirme que con todas las locuras que había cometido ya era suficiente.

Como ya digo, sólo la esperanza de escribir el libro que me había llevado a Madrid y, por extensión, a mi propia ruina corporal y ética me mantenía en pie. Pero la primera página de ese libro no llegaba, y puedo jurar que aquella falta de ideas me mortificaba mucho más que la dichosa enfermedad de las bubas. Necesitaba escribir. Necesitaba escribir esa dichosa primera página.

4

Doña Emilia pone un pie en el suelo toledano sobre el que se sostiene la finca La Alberquilla sin dejar de agarrar el asidero del coche. Estos cocheros ya no son tan corteses como antes, piensa, para después pedirle que se acerque a las cocheras hasta que ella dé nuevo aviso. Así obedece el hombre, y sola se queda Emilia contemplando aquella inmensa porción de tierra, regada por la vega del Tajo y que a esas alturas del invierno resulta poco acogedora, aunque, quizás, también propensa para la evasión. Nadie sale a recibirla hasta que su cochero no da aviso de llegada un centenar de metros más allá, y es entonces cuando aparece una suerte de criado, aunque más parece un hombre recio de campo castellano que un mayordomo elegante de la capital. Descubre entonces doña Emilia que el atuendo que ha elegido no es el indicado para estas tierras: vestido largo con vuelo, corpiño bajo chaqueta de hilo, sombrero bajo de casquete. Todo en tonos oscuros, alejados del verdoso que los empleados de la finca parecen preferir.

—Le ruego me disculpe, señorita. No habíamos caído en su llegada. Y le ruego también que me acompañe. Don Benito está esperándola.

Emilia se inclina en señal de aceptación. Sólo entonces cae en la cuenta de que habrá de cruzar la finca en caballo, algo que no es muy recomendable con un traje como el que ella viste. Sin embargo, deja atrás los remordimientos por lo que pudiera pasar con la ropa y segundos después cabalga a la grupa del caballo junto al hombre, que sin delicadeza alguna va cruzando por senderos encharcados, con lo que eso supone para sus zapatos de cuero realizados en seda. Al atravesar el páramo, no puede evitar comparar su apariencia agreste con las verdes riberas de su Galicia natal. Entre el pazo y el secarral, piensa, habrá quien todavía prefiera esto.

Minutos más tarde llegan a un pequeño lago y Emilia no puede evitar pensar ahora en lo desacertado de sus juicios, pues a simple vista parece un lugar hermoso, apacible y fértil. A los pies de la laguna espera Galdós, que acaricia a un perro con la mano que no sujeta el cigarro. Su estilo es absolutamente campestre. Botas altas, chaqueta de lana y pañuelo al cuello. La boina no le tapa los ojos. Hay mucho contraste entre la figura aristocrática de Emilia y la desaliñada y práctica del canario. Por fin Emilia descabalga y, una vez el hombre se ha marchado, se acerca a Galdós con una sonrisa. Pero este parece que ha perdido la mirada entre el hermoso pelaje del perro alsaciano.

—No sin razón dicen por ahí que eres el mayor amante de los animales que hay en todo Madrid.

Galdós levanta, ahora sí, la mirada, aunque no contesta al discurso cómplice que ha deslizado la gallega. A lo lejos, un rumor de aves rompe el silencio. Ella intuye ya que algo no funciona.

—Es raro que me hayas citado aquí, cuando siempre nos hemos ocultado a los ojos de cualquier mortal. Fíjate ahora, tus amigos podrían vernos — continúa ella.

—Don Sergio no se halla en la finca hoy, aunque con gusto te lo hubiera presentado. —El perro no escapa del regazo del canario, aunque más con actitud protectora que cariñosa.

—¿Y aun así te abre las puertas?

—Sí, es un buen amigo, y sabe que a menudo necesito perderme en estas tierras para saber qué palabras debo elegir para decir aquello que quiero decir.

Emilia se mantiene de pie ante la figura de Galdós, que continúa sentado. Le molesta que no le ofrezca el asiento que hay a su vera, pero sigue intuyendo que eso importa poco dado lo que está por llegar.

—¿Y qué es lo que quieres decir? —pregunta ella, impaciente.

Él continúa con las caricias hacia el perro, aunque, ahora sí, mira a su interlocutora.

—¿Hoy no ha venido Lázaro Galdiano?

El rostro de Emilia cambia. Del desconcierto pasa a la total suspicacia.

—Sabes perfectamente que pasa todo su tiempo en Barcelona y que sólo viene a Madrid de higos a brevas.

—Supongo que vendrá a verte. Y a satisfacer vuestros deseos. Y no hablo sólo de los literarios...

Por fin Emilia comprende. Su rostro se desencaja y está a punto de contestar con una grosería del mismo tamaño, pero finalmente relaja el gesto y comprende que todo está perdido. Con tranquilidad, se sienta en el taburete de al lado. La imagen es pintoresca: un tipo con pinta de pastor y una aristócrata vestida de etiqueta sentados en sendos taburetes. El perro y el lago sirven de improvisado atrezo.

—Pensé que éramos almas libres, miquiño... —susurra ella.

—Y lo somos, supongo...

—¿Entonces?

—No sé, Emilia. —El tono ahora se ablanda—. Este no es un amorío cualquiera. Sé que te atrae por algo que no es el simple placer carnal. Hay algo en el terreno intelectual que también ha invadido... Y creía, claro, que era un terreno exclusivamente nuestro.

—Pero, amor mío... —Ella se acerca sin saber qué decir.

—Además, el hecho de que haya invadido ese terreno hace que también se den cuenta los que nos rodean de manera común. Vuestra historia, querida, ya se cuenta en las tertulias de los cafés.

—Ay, esos mequetrefes de la capital. Juntapalabras aburridos. ¿De verdad vas a hacerte mala sangre de lo que opinen...?

—No es eso, Emilia... —musita Galdós, casi entre lágrimas. En ese momento, quizás porque el lamento de Galdós lo entenece, el perro sale escopetado en dirección al otro extremo del lago—. No es eso. Ya sabes que yo no me doy a una sola mujer, y que tengo una capacidad bárbara de sentirme atraído por ellas. Pero pudiera ser que contigo estuviera traspasando una línea que no había cruzado antes. Y no puedo asegurarte que, una vez la hubiera traspasado, entonces te hubiese amado como aman los poetas de otro tiempo. No, seguramente no lo hubiera hecho. Pero sí te digo que era feliz traspasándola.

—Bueno —interrumpe ella, alzando la voz—, pues sigamos traspasándola.

—Emilia, Emilia... —Galdós se introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Sigues sin comprender... —Extrae un papel y lo desdobra—. Estuve leyendo el manuscrito de la nueva novela que me enviaste —reanudó Galdós.

—*Insolación* —confiesa ella—, ese será el título.

Galdós se detiene. Duda y continúa.

—No importa. El caso es que me he tomado la libertad de transcribir el

siguiente párrafo —carraspea, a lo lejos ladra el perro—:

Sentose Pacheco a mi lado sobre unos troncos. Noté un bienestar inexplicable y me puse a mirar cómo se acostaba el sol, todo ardoroso y sofocado, destellando sus últimos resplandores en el Manzanares. Es decir, en el Manzanares no: aquello se parecía extraordinariamente a la bahía viguesa. La casa también se había vuelto una lancha muy airosa que se mecía con movimiento insensible; Pacheco, sentado en la popa, oprimía contra el pecho la caña del timón y yo, muellemente reclinada a su lado, apoyaba un codo en su rodilla, recostaba la cabeza en su hombro, cerraba los ojos para mejor gozar del soplo de la brisa marina que me abanicaba el semblante... ¡Ay, madre mía, qué bien se va así...! De aquí al cielo.

Galdós acaba y Emilia sonrío.

—En tu voz suena mejor que en mi cabeza.

—Emilia —recrimina Galdós—, estamos hablando de una aristócrata que siente este tipo de impulsos..., digamos, como dice el fragmento, ardorosos, con un hombre al que ha conocido unas cuantas horas antes. Y por si fuera poco, la novela se la dedicas a él. Ahora dime: ¿cuánto hay en esta obra de retrato de tu relación con ese Lázaro?

—La novela es novela, y lo que tenga de realidad queda precisamente entre la realidad y yo —dicta Emilia.

Galdós se queda petrificado con el papel en la mano. No es hasta varios segundos después cuando por fin lo rompe y guarda en el mismo bolsillo los restos del escarceo de Emilia, como queriendo olvidarlos para siempre. Por fin se levanta, visiblemente contrariado.

—Me encantaría decirte que esta noticia no cambia nada, Emilia, pero estaría mintiendo.

Galdós emite un silbido atronador con la boca. Emilia nunca había escuchado nada parecido. La legendaria habilidad de los canarios para silbar con fuerza es cierta, piensa entonces. El sonido ha debido de significar algún tipo de señal.

—En unos segundos, Jaime vendrá a por ti con el caballo. Ya sabes dónde están las caballerizas.

Galdós se gira cogiendo el camino contrario al de llegada, perdiéndose quizás hacia algún otro punto de la gigantesca finca. Emilia se ha quedado

muda. Nunca creyó que este momento llegaría. Segundos antes de perderse por un pequeño encinar, Galdós se gira.

—Fue un placer, Emilia.

Y su figura se pierde por el horizonte, cabizbaja y marchita.

DESENLACE

CAPÍTULO XIV

1

Los meses transcurrieron grises, sometidos al final de un siglo trágico. El sábado 19 de julio de 1890, dos años después del famoso crimen y poco más de un año después de la no menos famosa sentencia, los alrededores de la cárcel Modelo son un hervidero de curiosos que se han acercado hasta las lejanas praderas para asistir a la ejecución de Higinia Balaguer. Ella, como todos los héroes cotidianos, fue olvidada el día que el tiempo anestesió los fervores en la mente del pueblo. Sin embargo, la llegada de este último capítulo dentro del célebre serial ha despertado de nuevo ese interés latente, esas ganas de levantar la voz ante las injusticias del Estado. La prensa se ha encargado de despertar viejos fantasmas, y aunque nadie sabe ya nada del resto de los personajes, todavía queda por cerrar el capítulo que Higinia se dispone a protagonizar.

Ella, la condenada, había solicitado una última pitanza a la altura de las circunstancias. Una sopa castellana de primero, con doble ración de huevo duro, a poder ser, y una merluza dorada al punto de segundo. Para postre exigió unas guindas en almíbar, solicitud relativamente frugal dado el abanico. La siesta, imperdonable los últimos meses, se le había concedido más por costumbre que por conveniencia. Sin embargo, el cuerpo no había cedido a los encantos del dios Morfeo, como si en vez de dormir hubiese preferido saborear conscientemente sus últimas horas antes de que se la tragase la tierra. «Higinia, hija mía —le había soltado un vigilante—, levanta la cabeza ahí afuera, que todos sepan que no se llevan por delante a una cualquiera».

El padre Verdoy, párroco en San Ildefonso, se acerca a la joven, que a esa hora comienza ya a derrumbarse. Sentada en uno de los bancos frente al patio, escucha ya cómo el gentío se concentra en las afueras e introduce su cabeza

entre ambas manos, la oscuridad de un torso rígido. Hay más mujeres que hombres entre los asistentes, quizás por el grado de atracción que aquella joven había despertado entre un género, el femenino, que ya despertaba y que no pretendía seguir dejándose arrastrar por las injusticias. Por este dato, el griterío se tiñe de un tono agudo que se clava en las sienes de Higinia. De hecho, hay también bastantes niños, y la condenada llega a percibir cómo corta el aire el llanto histérico de un bebé. El padre Verdoy le sujeta el pelo, ella se incorpora con alguna reserva y, temerosa, alarga su mano. El párroco la toma entre las suyas y con ternura llega a rozar su hábito, con una sonrisa que intenta aplacar lo que ya parece un llanto seguro.

—Hija, te irás en paz con Dios...

Mientras Higinia se reconcilia con la última versión de sí misma, afuera los hombres se amontonan como ganado, buscando un punto de vista perfecto desde el que observar el garrote. En la tribuna se hallan algunos personajes ilustrísimos. Entre ellos podría haber estado la regente María Cristina, pero un asunto de Estado en Centroeuropa lo ha impedido. La reina, por cierto, había intentado perdonarle la pena de muerte a Higinia a través de su derecho de gracia, recibiendo la negativa del Consejo de Ministros, que la convenció de lo imprudente que resultaba la medida. No había sido esta la última oportunidad de salvación para Higinia, pues llegó a solicitarse un indulto para ella, petición que había desechado de nuevo el consejo presidido por Cánovas.

La inquietud de Higinia no se calma ante la presencia del padre Verdoy, y las celadoras han de sujetarla ante un ataque de nervios que sólo puede aplacar el doctor Rupilanchas, médico de la prisión, gracias a sus inyecciones milagrosas. La jeringa gigante, que aterraba a todo aquel que se enfrentaba a sus efectos, se clava en su carne fría con violencia y tras el picotazo la cosa comienza a funcionar de manera más aceptable. Rupilanchas suspira, pues se había preocupado por el estado nervioso de Higinia, ya que sus pulsaciones habían aumentado a 122, sin que se modificase la temperatura, lo que le había obligado a tomar esa determinación. Se acercan las siete, hora fijada para la ejecución, y el efecto de la droga le anima tibiamente. Los hermanos de la paz y la caridad intentan que Higinia continúe mínimamente serena antes de aquel último viaje, pero los consejos fútiles de los religiosos casi pasan desapercibidos para ella.

Volviendo a la tribuna, el gobernador civil de Madrid, el señor Sánchez

Bedoya, se ajusta el chaquetón y se atusa el bigote. Pocas veces ha sido objeto de miradas para tanta gente, aun siendo el gobernador, y sobre todo pocas veces ha sido objeto de miradas sin ser él el centro de la polémica, así que miel sobre hojuelas. A su lado, el alcalde de Madrid, Cayetano Sánchez Bustillo, es otro de los que se siente a gusto siendo el blanco de miradas inofensivas. También ocupa un lugar reservado el duque de Alba, que no ha querido perderse tamaño acontecimiento, y charla con algunas personalidades políticas ajeno a las inquietudes del pueblo. Uno de los que conversan con el duque es Salmerón, que tras el fiasco que había supuesto la sentencia del caso necesita cerrar el episodio cuanto antes, aunque esto suponga tener que tratar a la ligera temas de peso con aristócratas como aquel. Y, por supuesto, ocupa su lugar entre los ilustres la aristócrata más literaria, la mujer que había consolidado su ya célebre carrera con la publicación de *Insolación* y de *Morriña*, la señora de Pardo Bazán. Emilia se mueve por aquel ambiente de alta alcurnia como lo había hecho toda su vida: sin que los triunfos banales de aquellos apellidos le importaran un carajo y, sobre todo, haciéndoles ver que así era. Había encanto en esa capacidad de obviar lo que todos ansiaban, pues pocos podían después ser tan formales como ella, como había encanto en la vulgaridad fingida que con aspavientos se preocupaba de sobreactuar.

Galdós ha ocupado su lugar entre el público, relativamente cerca de la plataforma donde habría de aplicársele el castigo a Higinia. Desde allí observa la tribuna, y lo hace con el único interés de toparse con la figura de Emilia, algo que no tarda en hacer. Han pasado muchos meses desde aquella conversación en la finca toledana, pero sigue siendo tan hermosa como entonces, su mirada sigue deslizándose entre su ilustre compañía con descuidada pereza, y su gesto deja al descubierto su incomparable capacidad de análisis, como si ni una sola brizna se moviese sin pasar antes por lo que más tarde será su memoria. Emilia tiene algo que no tiene ninguna otra, y eso lo comprueba Galdós ahora, desde la distancia que le ha hecho ganar el tiempo. ¿Qué es ese algo? Probablemente, el vuelo intelectual necesario para compartir el viaje. Sin poder evitar la caída nostálgica, Galdós enciende un cigarro.

A su lado, Melquíades lleva unos minutos ensimismado con el garrote, ese instrumento de mil demonios que hubiera sido perfecto para cerrar la novela. Paradójicamente, el hecho de saber que su vida se dirigía al abismo al que te condena la sífilis le había hecho paladear los momentos que se escapan de lo

habitual, condición indispensable para cualquier novelista, y sin duda aquel era uno de esos momentos. Le hubiera gustado narrar el ambiente allí vivido, casi festivo, o los últimos instantes de Higinia frente al patíbulo. Pero las musas seguían sin aparecer.

—Me alegro de volver a verle, señor Galdós.

El canario se gira para descubrir de quién procede el saludo. Es aquel joven panadero con aspiraciones literarias. Suerte que la memoria no le abandona nunca.

—Hola, don Pío. A mí también me alegra volver a verlo.

El joven pasa de largo en dirección contraria al patíbulo. Lleva consigo unas cuartillas, lo cual le hace sospechar a Galdós que, como ocurre con Melquíades, aquel episodio de muerte y corrupción podría suponer una inspiración literaria.

La Guardia Civil, que contaba sus efectivos por decenas, tiene que poner orden entre el público en varias ocasiones. La más sonada de todas ellas tiene lugar cuando apenas quedan unos minutos para que el sol señale la hora convenida. Un grupo de higinistas irrumpe entre los muros de la Modelo con pancartas y gritos, mensajes todos dedicados a una clase política de la que ya nadie se fía. El problema llega cuando otro grupo, esta vez de varelistas, se siente ofendido por los rumores de inculpación y se lían a la gresca. Con las pancartas volando y los gritos ahora ahogados en sangre, la Guardia Civil ha de sofocar la pelea a caballo, con porras de madera que estampan con saña en la cabeza de los fanáticos. Para ellos, para las fuerzas del orden, también ha sido un proceso agotador y aprovechan esa especie de vía de escape para desahogarse.

El verdugo, de nombre Francisco Zamora, había nacido en Úbeda, y tras vivir en la más absoluta miseria durante años, a su llegada a Madrid todo empezó a cambiar. En las tabernas de la ciudad se hizo famoso por su capacidad para salir indemne de cualquier pelea nocturna, de esas provocadas por el alcohol y la pérdida de límites. Sus brazos, enormes a pesar de su no excesiva estatura, tenían la capacidad de llegar a cualquier parte del rostro del contrario. Allí donde el puño fijaba su objetivo, allí se estampaba con furia. Pero más que su habilidad para esquivar, lo que le convirtió en un personaje célebre para los habituales de la noche madrileña era su inusitada fuerza, pues con un solo golpe era capaz de tumbar a hombres dos veces más pesados que él. Fue así como se fijaron en él los entrenadores de lucha en la Moraña, la

comarca entre Ávila y Segovia, donde los paisanos invertían fortunas durante los combates. Doce combates libró y doce combates ganó. Luis Gonzalves, conocido como el Portugués, natural de la villa de Labajos y vigilante en la cárcel Modelo, introdujo la leyenda dentro de los despachos penitenciarios y, tras comprobar que las habladurías no exageraban por boca de los propios presos, contrataron al ubetense para ajusticiar a los reos.

Francisco Zamora ha elegido un pantalón y una camisa grises, a juego con el chaleco y la gorra. Sólo un pañuelo y un cinturón, ambos negros, rompen la uniformidad. Zamora engrasa ahora con mimo los hierros del garrote, que llevan tiempo sin poner resistencia al óxido, y los coloca uno sobre otro contra la pared de la audiencia.

—Eh, tú. —Francisco Zamora se gira para comprobar que es el subdirector Martínez, recién llegado al penal, quien se dirige a él—. Vamos, que ya llegamos tarde.

El de Úbeda acompasa sus piernas para coincidir con el paso del jefe, y sin demasiada prisa se introduce en la celda de los condenados a muerte. Allí se encuentra primero con el padre Verdoy, que ya sale de la estancia, y ya dentro con Higinia, cuyos ojos húmedos parecen algo menos desolados que minutos atrás.

—Te pido perdón por ser el encargado de aplicar lo que la justicia dicta. Prometo hacerlo con la mayor rapidez y la mayor limpieza posible.

Higinia lo mira sin demasiado interés, como si no hubiera escuchado las palabras del verdugo. Por fin asiente, más por quitárselo de en medio que por aceptar perdón alguno. El tipo se retira y tras el portazo entra el ilustrísimo gobernador civil de Madrid, el señor Sánchez Bedoya, uno de los que ocupa asiento preferente en la tribuna. El rostro desmejorado de la condenada lo entenece, y aunque venía ya conquistado por la historia de Higinia y de los engaños y vilezas a los que fue sometida, su presencia le resulta más conmovedora aún.

—Quiero que sepas que ahora mismo le entrego al sacerdote las quinientas pesetas que habrán de costear los gastos del entierro.

Pero a Higinia Balaguer ya no le interesan estos actos de piedad, y aprovecha la presencia allí del abogado Galiana y el pequeño momento de sosiego que ha conseguido encontrar gracias al calmante del doctor Rupilanchas para hacer testamento, trámite que había dejado pasar y que ya se antoja necesario, así que requiere la presencia del nuevo director de la

prisión, el señor Aldao, sustituto de Millán Astray, y ante los dos reparte con inocencia sus bienes, que ascienden a ciento treinta y seis pesetas. Y lo hace sin sorpresas: treinta y cuatro pesetas las destina a misas por el descanso de su alma en la basílica del Pilar de Zaragoza; treinta pesetas se las envía con cariño a su padre, veinte a la parroquia de Ainzón y el resto pide que se las entreguen a su hermano Elías. Con todo cerrado, es el propio señor Aldao, aprovechando que pasa por allí, quien, sin demasiada alharaca, ordena que se ponga en marcha el cortejo.

—Vamos, Higinia. Ya son las siete y han empezado a cantar los pájaros.

La condenada se levanta, temblando, y rodeada de varios guardias se encamina hacia la salida. Allí la esperan diez hermanos de la paz y la caridad, además del padre Verdoy.

—Mantente firme, hija —susurra el padre.

Pero ella ya camina presa de un extraño trance, como si el mundo de los muertos se hubiera impuesto a la triste realidad que tenía por delante, y los gestos que hace se parecen tanto al estertor de un cadáver que de vez en cuando el subdirector coloca una mano sobre el hombro de Higinia para comprobar que sigue en sus cabales.

Afuera, el público, que lleva aglomerado varias horas en el exterior, aunque la madrugada apenas se haya marchado, y que a pesar de las cargas de la Guardia Civil, sigue nervioso, comienza a emitir gritos: «¡Que salga ya de una maldita vez!». Las órdenes, repartidas entre detonaciones, voces y porrazos, para que nadie se acerque más allá de los cincuenta metros permitidos entre los muros de la prisión y el público, son escalofrantes. Y hay quien incluso, aprovechando el anonimato al que se somete la masa, arroja piedras contra el patíbulo con impunidad. Galdós y Melquíades apenas cruzan palabra, conscientes de lo mucho que se acaba con el último suspiro de Higinia. En la tribuna, la espera se ameniza con un té frío con el que el director de la cárcel pretende contentar a los ilustres invitados. Las charlas han oscilado entre la política local, la economía del país, los últimos rumores sobre la guerra en Marruecos y la conveniencia o no de una mayor represión contra los pequeños focos tradicionalistas del norte.

El guardia da el visto bueno a la entrada de Higinia y los hermanos comienzan a subir la escalera hacia el patíbulo. Uno de ellos sujeta una cruz que alza al cielo como el faro que guía el sendero del marino. Higinia va tras ellos, y la túnica negra con la que la han vestido empieza a provocar sudores

en ella, pues el calor ya se nota ahora que la madrugada se oculta, y aquella sotana apenas transpirable no es, ni mucho menos, el atuendo adecuado para la época. De hecho, esa mezcla de miedo, calor, nervios y túnica larga le hace trastabillar con el último escalón. El médico, que camina justo detrás, la sujeta, e Higinia consigue reincorporarse. Es entonces cuando sale al patíbulo y el público estalla en un clamor, preso de la impaciencia.

Varios miles de madrileños siguen con la mirada el caminar de Higinia, hasta que por fin se sienta en la silla y uno de los funcionarios, con estudiada calma, ata los pies y las manos a los barrotes. El ruido se convierte en un leve murmullo cuando hace su aparición el padre Verdoy, y más tarde en profundo silencio cuando hace lo propio el verdugo Francisco Zamora. Estos sí resuelven con rapidez su cometido. El del primero, realizar el gesto de la señal de la cruz sobre el rostro de Higinia. El del segundo, colocar antes el torniquete y después cubrir con la verónica, es decir, con la hopa negra, los ojos de la víctima. La última visión del mundo que tiene Higinia es una explanada repleta de hombres y mujeres que se extiende a lo largo y ancho del horizonte, algunos con pancartas y otros sin ellas, pero todos juzgando su papel en este mundo, papel que pronto arderá en la hoguera del tiempo como una criminal más. Eso será para la memoria de España: una criminal, nada más que eso. Ella, pobre ignorante, no puede saber que su caso cambiará para siempre las relaciones de gobierno entre la prensa y el resto de los poderes.

Con la primera vuelta al torniquete, Higinia siente por primera vez el contacto con aquella máquina del infierno, adjetivo nunca mejor puesto, pues de la vida saldría en contacto con él y al infierno llegaría en las mismas condiciones. El silencio es total en este instante. Francisco Zamora no tarda en completar la segunda vuelta y ahora ya sí se escuchan los gritos de Higinia, y aunque los mensajes son imperceptibles, parece distinguirse la palabra «Dolores» entre ellos. En ese momento despierta el público, se oyen gritos agudos de mujer, se oyen alientos y ánimos, se oye jalearse al verdugo. La tercera vuelta al torniquete ya es una agonía infame, a la que Higinia sólo puede corresponder con alaridos mientras clava las uñas de sus manos sobre las muñecas atadas. Es con la cuarta vuelta al garrote cuando su cuerpo por fin pierde la tensión y se desploma poniendo fin al trabajo de Francisco Zamora. La cabeza le queda suspendida sobre el pecho y, tras un pequeño bamboleo, termina ladeada, inmóvil para siempre. Lejos de sobrecogerse, el público estalla en vítores.

Melquíades, que ha asistido a la ejecución ligeramente mareado, no sabe si por efecto del calor que ya aprieta o de la enfermedad, no ha pronunciado palabra en más de una hora. Al ver cómo el cuerpo de Higinia se queda allí tendido, pues las autoridades han decidido exponerlo durante las siguientes horas para aviso y escarmiento del pueblo, no puede evitar olfatear el ambiente y percibe, con notable nitidez, el olor de la muerte. Es el mismo olor que notó doña Isabel Orgaz en las primeras páginas de esta novela, y bien sabe entonces Melquíades que, como ya había entendido doña Isabel, aquel aroma a muerte ya no le abandonará jamás.

Varios asistentes comienzan a lanzar flores al cadáver de Higinia, ya un simple bulto oculto por la túnica y por la hopa. La visión de aquel cuerpo inerte a solas con su propia vergüenza, aquellas flores golpeándolo como si golpearan un mueble, entristece a Melquíades. De pronto, lo que hasta entonces ha pasado por un simple mareo se convierte ahora en un haz de luz blanco, la macabra escena comienza a tambalearse y el joven percibe con temor que sus piernas flaquean. De algún modo, siente el destino de Higinia unido al suyo, lo ha sentido durante la investigación y también durante el juicio, así que no puede dejar de pensar en que ambos castigos serán similares, que se traza un paralelismo entre ambas historias. Sólo un brazo tan joven como el suyo lo sujeta, impidiéndole caer.

—¿Se encuentra usted bien?

Melquíades examina al hombre que lo ha sostenido, y comprueba que se trata de aquel joven que había saludado a Galdós minutos antes.

—Sí, muchas gracias.

—Pío Baroja, para servirle. —El joven ofrece su mano.

La estrecha.

—Melquíades Quirón.

—Me han dicho que es usted escritor —confiesa el vasco.

—Creo que lo soy, aunque sin obra —sonríe Melquíades.

—Ya somos dos. —También sonríe Baroja, antes de colocar una mano en su hombro—. Seguro que este espectáculo macabro nos ayuda a despertar algo dentro. En fin, cuídese esos mareos.

El joven se marcha. Galdós lleva un rato desaparecido, algo que extraña a Melquíades. Observa por última vez el cadáver: la pila de flores ya cubre los tobillos de Higinia.

2

Emilia se mueve de un lado para otro. Muy lentamente, pero se mueve. Picotea aquí y allá, en esta conversación y en aquella, pero ninguna le merece la más mínima pena, así que deja correr los minutos hasta que, por fin, con una seña cómplice, le indica al cochero que ha llegado la hora de marchar. Este desaparece de la escena y ella permanece allí, ahora sí, quieta, esperando a que su coche aparezca a los lejos para olvidar de una vez el desagradable espectáculo que acaba de presenciar. Una fila de madrileños avanza a escasos metros de su posición, y todos llevan en su mano un clavel que pronto podrán arrojar a los pies de Higinia. Nunca un pueblo disfrutó tanto haciendo de la muerte un espectáculo, piensa Emilia, pero es justo cuando la reflexión empieza a quemarle dentro cuando una voz llega a su oído.

—Veo que sigues igual, no te pierdes ni uno solo de los momentos históricos que vive este país...

Emilia da un respingo, reconoce ese tono rápidamente. Al darse la vuelta, se topa frente a ella con la figura espigada de Galdós. Siente que las piernas le fallan, que algo dentro de ella se remueve, y todo le tiembla, hasta la voz.

—... Benito...

—Emilia..., cuánto tiempo.

Ella duda si recorrer la escasa distancia que le separa del canario para fundirse en un abrazo, pero decide que no es el momento, y permanece discretamente alejada de una figura que sigue resultándole tan atractiva. Él también parece bloqueado, y aunque ha observado los movimientos de Emilia durante horas y aunque se ha imaginado cientos de veces cómo sería un reencuentro, lo cierto es que ahora las palabras se pierden en su interior sin ser pronunciadas.

—Me han dicho que las cosas te van bien —murmura por fin Emilia—. Incluso se confirma que te han puesto ya el esperado sillón de la academia, qué alegría. Ya pensábamos que esos vejestorios no te abrirían la puerta...

—Ahora soy yo uno de esos vejestorios, de hecho... —susurra Galdós, recordando por un instante la traición de Montero Ríos.

—De eso nada. Tú te mantienes mucho mejor. —Ella aprovecha el diálogo amistoso para acercarse ligeramente.

Galdós se mira de manera inconsciente, como queriendo comprobar el halago de Emilia. Sonríe al entender que lo que afirma es socarrón, aunque oculta una relativa verdad, la que esconden los años que pasaron amando uno el cuerpo del otro. Finalmente, vuelve a la conversación.

—Me consta que a ti las cosas tampoco te van mal. Que la exposición de París, aquella en la que tanta ilusión habías depositado, fue un éxito. Y que *Insolación y Morriña* son dos libros de referencia entre la intelectualidad.

Emilia sonríe, satisfecha. Siempre vio en él un referente, un faro. Si tantos años atrás le hubieran dicho que aquel gigante alabaría su trabajo, sin duda no lo habría creído. Esto es lo que más echa de menos, el hecho de que pudiese amar con ternura el listón literario que siempre se ha puesto. Ahora ese listón es un hombre lejano, más inalcanzable que nunca.

—Bueno, ya sólo falta que esos machistas de la Academia me abran a mí la puerta...

Ahora es el escritor canario quien sonríe.

—Repito lo que dije al llegar: veo que sigues igual que siempre, lo mismo ocupas un lugar en el palco de los ilustres que te ciscas en ellos.

—Es lo que tiene, ahora repito yo, pertenecer a una clase que no te acepta.

Esta vez, Galdós se cuadra, consciente de que Emilia acaba de definirse perfectamente. No hubiera encontrado mejor resumen para una personalidad tan arrolladora: la clase alta no acepta a la descastada mujer y la clase baja no acepta a la ilustre aristócrata. Es lo que tiene escapar a las etiquetas, es lo que tiene ser libre.

—Eso sí, por desgracia, uno no puede evitar nacer en la cuna sobre la que nació —continúa Emilia—. Mira la pobre Higinia. De haber sido otro su apellido, probablemente hoy no estaría siendo pasto de la morbosa atención del pueblo.

Galdós le dirige la mirada al cadáver.

—Quién nos iba a decir a nosotros que esta historia sobre la que tantas

vueltas di hace dos años acabaría así... —desliza Galdós.

—¿Te refieres al crimen de la calle Fuencarral o a nosotros? —pregunta Emilia, juguetona. Galdós vuelve a girarse y se encuentra con una sonrisa burlona—. Tranquilo, miquiño. Sé que todo está claro entre tú y yo.

La vieja manera con que Emilia convierte cada conversación en un juego intelectual maravilloso, hasta la más vulgar de todas, atrae tanto a Galdós que hubiera perdido la cabeza por ella tranquilamente. Recuerda, de pronto, aquella vez que su madre lo separó de Sisita, del trauma que tendría que arrastrar ya toda su vida. Separar, triste verbo.

—O quizás no tanto, Emilia. Podríamos vernos algún día, en algún café del centro. —Emilia hace ademán de hablar, pero Galdós corta—: Sí, ya sé. Un café que no sea literario. Esos no te gustan.

Alguien junto a un carruaje llama a Emilia a lo lejos. Se acerca a Galdós y le besa en la comisura.

—Ven pronto a verme, miquiño.

El coche de caballos se marcha llevándose consigo a esa extraordinaria mujer que es Emilia Pardo Bazán. Galdós se enciende un cigarro.

—Ojalá vuelvas a decirme que fumo demasiado.

Pero el deseo se pierde por el aire de la cárcel madrileña.

3

De vuelta a casa, se ha hecho la oscuridad. Galdós y Melquíades apenas conversan, presos del vacío al que les condena el final de un episodio que les marcará ya irremediabilmente. Enfilan la calle de la Princesa con la melancolía de quien sabe que su tiempo ha pasado, y aunque el final de la novela que no han escrito no es, precisamente, el más esperanzador posible, sienten que habrá un antes y un después detrás de esta experiencia. Recuerdan los días tórridos de 1888, dos años atrás, y les vienen a la mente aquellas calles vacías del julio madrileño. Las primeras sospechas, las primeras apariciones, la irrupción por sorpresa del personaje de Vázquez Varela; la posterior, mucho más escandalosa si cabe, de Millán Astray. Recuerdan las conversaciones, la amistad, el amor, la muerte. Recuerdan las oportunidades perdidas.

—Tomémonos la última en casa —propone Melquíades.

Galdós acepta, pues, aunque apenas ha arrancado el día, el cuerpo empieza a pedirles una tregua. Sabe que esa última, ese adjetivo, a pesar de la hora, esconde mucha sinceridad. Es, probablemente, la conclusión, el punto final.

No puede evitar recrearse en su fracaso con Emilia. Porque, ¿era un fracaso? Si lo compara con aquellos días maravillosos de 1888, cuando escapaban de las miradas ajenas, cuando se retaban con la búsqueda de la palabra exacta, cuando convertían aquella mezcla de morbo y cultura en placer carnal..., sin duda se trata de un fracaso. La tuvo ahí, entre sus brazos, y la dejó escapar. ¿Y si hubiera cuidado más su relación? ¿Y si hubiera cerrado la puerta para impedir el paso de los Lázaro Galdiano de turno? Entonces, bajo esas normas, ni Emilia hubiera sido Emilia, ni él hubiera sido él, ni se hubieran podido conjugar verbos en primera del plural. La pregunta era otra:

¿tendría que haber aceptado aquel episodio entre Lázaro y ella a cambio de continuar con una relación tan maravillosa? Habían pasado los meses, muchos, quizás demasiados, y por primera vez, después de tanto tiempo, Galdós duda.

A su lado, Melquíades no camina con mucho más optimismo. El encuentro con Higinia ha resucitado viejos fantasmas y ahora no puede dejar de pensar en Laura, y en cómo se puede destruir la casa por el tejado. Es consciente de que nunca volverá a construir unos cimientos como aquellos, y que probablemente todas las relaciones que encare de ahora en adelante tendrán ese problema: un problema estructural, un problema de base. Cada cierto tiempo, Laura se paseaba por su mente recordándole que se puede ser feliz sin que uno se percate de ello, que no siempre se es consciente de la dicha y que no siempre la desgracia viene por sí sola, sino que la perseguimos de manera intuitiva. Vista ahora aquella época con perspectiva, viendo aquella ciudad que fue despacio calándole los huesos, viendo a aquella mujer que le hacía sonreír, que le hacía ilusionarse, sin duda podría decirse que Melquíades fue feliz. Y lo peor de esta felicidad perdida es que marcaba el paso del futuro. Al joven le seguía resultando una utopía caminar sin esa decepción a sus espaldas.

Es entonces, en pleno aluvión de recuerdos, cuando Melquíades nota que vuelve a clarear la realidad, que las piernas tiemblan de nuevo, que los sudores fríos hacen acto de presencia otra vez. Como puede, se sujeta a la pared del edificio por el que cruzan en ese mismo instante, pero tampoco tiene fuerzas para agarrarse a ninguna parte, y lo que antes simplemente clareaba ahora ha desaparecido directamente bajo un halo de luz que lo ciega por completo. Galdós sólo se percata de lo que ha ocurrido cuando el cuerpo de Melquíades se estrella contra el suelo. A toda prisa intenta reanimarlo, pero no lo consigue. Por suerte, se encuentran ya a una decena de pasos del domicilio que ocupa Melquíades, quien se ha mudado a un suburbio en el sur, muy cerca del paseo Imperial. Han cruzado medio Madrid para llegar allí y quizás el calor, la hora temprana de la ejecución, la tensión del momento y la caminata interminable han acabado por jugarle una mala pasada al muchacho, piensa Galdós. Con rapidez extrae una llave del interior del bolsillo del pantalón de Melquíades y, sujetándolo a pulso, lo transporta hasta el portal primero, lo aúpa por las escaleras después y termina por recostarlo contra el suelo. Intenta introducir la llave en el primer piso, pero ante la imposibilidad de hacerlo decide llamar a la puerta. Aparece un anciano de lo más

pintoresco: luce un parche en el ojo, lleva la camisa abierta y los pantalones desabrochados.

—¿Qué demonios quiere?

—¿Sabe dónde vive este muchacho? —pregunta Galdós, señalando el cuerpo tendido de Melquíades.

—Claro, es este apartamento —dice, haciendo un gesto exactamente hacia la puerta cerrada frente a ellos—. ¿Qué le ha pasado? ¿Está muerto?

—Nada de eso —niega Galdós mientras recoge de nuevo el cuerpo del joven—, sólo se ha desmayado.

—Permítame ayudarle.

El anciano recoge la llave y, tras abrir la puerta, le pide a Galdós que entre. El canario, con los brazos dormidos tras cargar con su amigo, recorre la distancia que lo separa del apartamento y, tras echar un vistazo rápido a la casa, tremendamente desvencijada, elige la cama como lugar de reposo para Melquíades. Allí lo tumba y, tras analizar el estado en que se encuentra, moja un paño en agua y con delicadeza lo coloca sobre la frente del joven, que continúa inconsciente.

Pero todo cambia en un instante. Los personajes de novela tienen eso: de su manera de analizar la realidad depende el éxito de la obra. Y el análisis de Galdós no puede ser más contundente: se lleva las manos a la cabeza unos instantes después de abrir la camisa de Melquíades. No puede ser, no puede ser. Pero sí, lo es. Galdós lo ha comprendido muy rápidamente: se trata de la enfermedad de las bubas.

4

Lo primero que vi al despertar fue la cara del maestro, que me sonreía con ternura, levantando ligeramente el extremo derecho del bigote. A pesar de lo mucho que nos había distanciado esta narración, a pesar de que de algún modo él me había decepcionado al no terminar de involucrarse en el caso, y a pesar de que quizás yo también le había fallado a él por no ser capaz de novelar esta historia, lo cierto es que aquel rostro tan afable seguía siendo para mí lo que ya era aquel lejano julio de 1888 cuando Madrid amenazaba: un refugio cálido y acogedor. Lo segundo que vi fue mi camisa abierta a la altura del pecho, con esas horribles cicatrices ocupando gran parte de él, recordándome una vez más que ya de por vida luciría la marca del maldito, del condenado. Rápido comprendí que Galdós había descubierto el secreto que llevaba tiempo guardando, y que si quedaba alguna cara más de mí que pudiera decepcionarlo, sin duda aquella escena había terminado de hacerlo. Por suerte, lejos de huir espantado de allí, el maestro había aguantado junto al cabecero de mi cama, había esperado a que me restableciese y ahora me clavaba su mirada en señal de afecto.

De pronto surgió. Lo supe al notar que Galdós no me examinaba con miedo, sino con la expectación de quien sabe que está esperando un momento único. Al contemplar los ojos del maestro, sentí que lo que al principio pasaba por una actitud paternalista ahora se había convertido en una mezcla de admiración y curiosidad. Y creo que la expectativa estaba bastante justificada, porque por alguna extraña razón, quizás por los efectos de la enfermedad, mi memoria se había puesto a trabajar y mi cabeza iba definiendo a los personajes con sorprendente nitidez. Los dibujaba como rehenes de un pasado que no les tocó vivir, presos de una sociedad que arrastraba demasiadas cargas de un siglo

infausto, ligados a un presente turbio del que algunos consiguieron escapar con vida y otros no.

Lo sentía. Lo sentía de manera clara. Sentía que por la novela se pasearían las distintas formas de afrontar ese pasado y este presente al que me refería en el anterior párrafo. Y sentía también que esas formas se iban adaptando a cada uno de los personajes, allí encajaban y moldeaban caracteres de lo más dispares. Personajes atormentados que de su relación con el tiempo trazaban con éxito tres caminos: por un lado, dibujaban el recorrido que nos proporcionase un lienzo de la sociedad madrileña decimonónica; por otro, delineaban un túnel para escapar de la muerte, presente en el primer y en el último capítulo de la obra; y, finalmente, describían el tormentoso trayecto que hay entre el amor y el fracaso.

Veía con mucha nitidez la figura de Higinia, por ejemplo, con su naturaleza humilde y su destino cruel asociado a dicha naturaleza. No hubiera actuado de la misma forma de haber tenido pan en la faltriquera, ni su juicio hubiera contado con la misma sentencia de haber sido alguien de más alcurnia el que lo afrontase. Digamos que el personaje de Higinia se dejó arrastrar por la condena a la que han sido sometidas las personas como ella, no se levantó contra esa marea tan poderosa y terminó llevándosela por delante sin remedio. La relación de Higinia con el tiempo era clara: rebelde contra el pasado, ingenua con el presente. Y digo esto mientras su cadáver se expone frente a miles de vecinos que pasean a su alrededor, lo cual ya deja claro que aquella ingenuidad le había costado el futuro y el honor.

Otro ejemplo que recordaba ahora con sorprendente claridad era el del personaje de Vázquez Varela, quien, como Higinia, también asumió todas las miserias de su natural condición de señorito, las amasó y las amasó con notable habilidad hasta convertirse en un ser despreciable, que tuvo que cambiar de nombre y de apellido para que nadie lo reconociese ahí afuera, en la calle, donde a menudo se restablece la justicia que no es capaz de restablecer el Estado. A pesar de todo, ese miedo a ser linchado por cualquiera al cruzar cualquier esquina era estéril: la cárcel seguía esperándolo con los brazos abiertos y lo recibió unos años después de esta escena que nos ocupa, cuando fue condenado a catorce años en el penal de Ceuta por la muerte en extrañas circunstancias de una prostituta en la calle Montera.

Higinia y Vázquez Varela eran dos caras de una misma moneda. Higinia, devorada por el hambre al que fue condenada desde aquellas lejanas tardes de

niñez en Ainzón. Vázquez Varela, por otro tipo de hambre no menos acuciante y quizás más peligrosa aún, la que acucia a los codiciosos burgueses españoles. Ninguno luchó contra estas esencias y terminaron devorados por una narración cruel.

Luego aparecía también de manera lúcida el rostro de Millán Astray, quien quiso siempre adelantarse a su destino mediocre sin éxito. Este personaje, al menos, sí supo comprender mejor cuál era su relación con el tiempo narrativo. Luchó contra las cartas que le habían sido dadas, cartas mediocres, y aunque no tuvo éxito y los hechos aquí narrados acabaron con su carrera penitenciaria, lo cierto es que aquella revuelta contra su propio destino se llevó por delante a Montero Ríos, y confirmó de una vez la llegada de la prensa a la poltrona del cuarto poder. Ambiciosa tarea para quien el futuro había reservado un triste papel como leguleyo del tres al cuarto.

Sí consiguieron adelantarse a su tiempo dos personajes clave: Emilia Pardo Bazán y Laura Ortuño. Perdonen que trace aquí el paralelismo, pero son dos personajes que claramente comparten rasgos definitorios. Por un lado, la ilustre doña Emilia, mujer nacida para ser servida, pero también para servir diligentemente a su marido. Mujer nacida para no pensar, para no dejar brotar el inabarcable caudal artístico e intelectual que llevaba consigo. La mujer que desafió esos dogmas es la misma mujer que revolucionó el panorama literario entre 1888 y 1890, dejando para siempre la huella de su lucidez en esta narración. Parecido camino recorrió Laura, pues a pesar de que por juventud no puede ser comparada en méritos con doña Emilia, sí puede serlo, por ejemplo, si atendemos a la capacidad con la que supo orientar su carrera académica hacia el mundo del pensamiento y de las letras, o a la necesidad de no claudicar ante un apellido que pesaba demasiado. Pero sin duda su mayor mérito, y en esto sí que puede aguantarle la mirada a Emilia, está en el hecho de haber renunciado al amor, entendido este como un compromiso interesado, para viajar sin lastre durante todo el vuelo.

Supuse que Laura había intuido, tarde pero a tiempo, que la vida a mi lado se desmoronaría, y supo cortar con todo, incluidos los compromisos que ya habían adoptado las familias. Mis padres no llegaron a conocer nunca los motivos de este desplante, y yo, cobarde, lo achaqué a un simple cambio de rumbo. Mi padre comenzó a impacientarse, a percibir que algo en mí no iba bien y cortó el grifo del dinero. No se lo achaco, él tenía unos planes para mí a los que yo directamente había prendido fuego.

La prueba de que Galdós había comprendido lo que estaba ocurriendo es que, cuando hubo comprobado que me había restablecido completamente, se levantó y con un gesto cariñoso apoyó la mano en mi frente. Ese gesto venía a confirmar que él había intuido lo que estaba a punto de pasarme y, sin mediar palabra, con una prisa nerviosa, se largó de allí. Me acordé de una conversación que habíamos mantenido él y yo la primera vez que nos vimos, cuando me preguntó por alguna escena que yo recordase, y tras hablarle yo del Duero y de los montes de mi tierra me confesó que en literatura los escenarios sólo tienen sentido si es el ser humano el que los pisa. Y ellos, estos personajes, eran mis seres humanos dentro del tapiz de la sociedad madrileña de la época. Y de todos ellos, de todos los sujetos que por un lugar o por otro cruzan la narración, yo era el gran derrotado, de esto no tenía duda. Lo había jugado todo al naipe de la literatura y la partida me había llevado por delante. Había dejado a mi padre, a mi madre, la hacienda familiar, la tranquilidad de la meseta alta... Todo se había quedado atrás para buscar una novela, todo se había quedado atrás para terminar moldeando a estos personajes. Personajes cercanos, personajes a los que un día toqué, personajes que amaron, que rieron, que mataron, que quisieron creer.

Me levanté de la cama, recorrí el camino que me separaba del escritorio. No podía creer que lo que estaba a punto de pasar fuese cierto. No podía creer que fuese a escribir por fin la maldita novela. Saqué las cuartillas del cajón, todas en blanco, sin un solo borrón, y las coloqué sobre la mesa. Me senté. Aspiré. Extraje del interior del cajón el maravilloso cálamo gris que un día perteneció a mi abuelo. Lo empuñé con rabia y lo sentí caliente al introducirlo en el tintero. Le ofrecí una última mirada a las calles madrileñas a través de la ventana. Afuera seguían corriendo las agujas del reloj. Me vino a la mente el cadáver de Higinia y su horrible ejecución. Como si me dijese: estás en deuda. Y en ese mismo instante, con la naturalidad con la que ocurren las cosas para las que has venido al mundo, escribí lo que sería la primera frase de mi novela:

El día que aspiras el aroma de la muerte, este no te abandona jamás.

Villaviciosa de Odón, septiembre de 2018

Fuentes bibliográficas

- ACALE SÁNCHEZ, María, «Crimen en la literatura: el crimen de la calle Fuencarral; el crimen del cura Galeote», en L. R. Ruiz Rodríguez y M. J. Ruiz Fernández (coords.), *Arte y Crimen. Fascinación y Derecho*, Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 2007, pp. 113-131.
- ANDRADES RUIZ, María Ascensión, *Los artículos costumbristas de Benito Pérez Galdós en La Nación y la influencia de los mismos en sus novelas de la primera época*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003.
- ANDREU, Alicia G., «Benito Pérez Galdós, Higinia Balaguer y el crimen de la calle de Fuencarral», *Anales Galdosianos*, 31-32, 1996-97, pp. 65-74.
- BAHAMONDE, Ángel, y MARTÍNEZ, Jesús Antonio, *Historia de España: siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 2005.
- BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón, AXEITOS VALIÑO, Ricardo, CARBALLAL MIÑÁN, Patricia, y CARIDAD MARTÍNEZ, Jacobo Manuel (Grupo de investigación *La Tribuna*), «La riqueza de Emilia Pardo Bazán, una aproximación a su estudio», *La Tribuna*, 7, 2009, pp. 37-79.
- CABEZAS GARCÍA, José Luis, y PÉREZ LÓPEZ, Manuel (eds.), *Toledo y Galdós*, Actas del primer congreso internacional de estudios Galdosianos, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977.
- «Crimen de la calle de Fuencarral. Sentencia», *El País*, 30 de mayo 1889.
<http://hemerotecadigital.bne.es/pdf.raw?query=id:0001679434&lang=es&log=00000000-00000-00001/>
- «Crónica del sumario», *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, 1889 (Biblioteca Nacional de España).
- DÍAZ SIMÓN, Luis, «El cólera de 1885 en Madrid: catástrofe sanitaria y conflicto social en la ciudad epidemiada», en J. C. Zofio Llorente et al., (eds.), *Veinticinco años después. Avances en la historia social y económica de Madrid*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2014, p.

463.

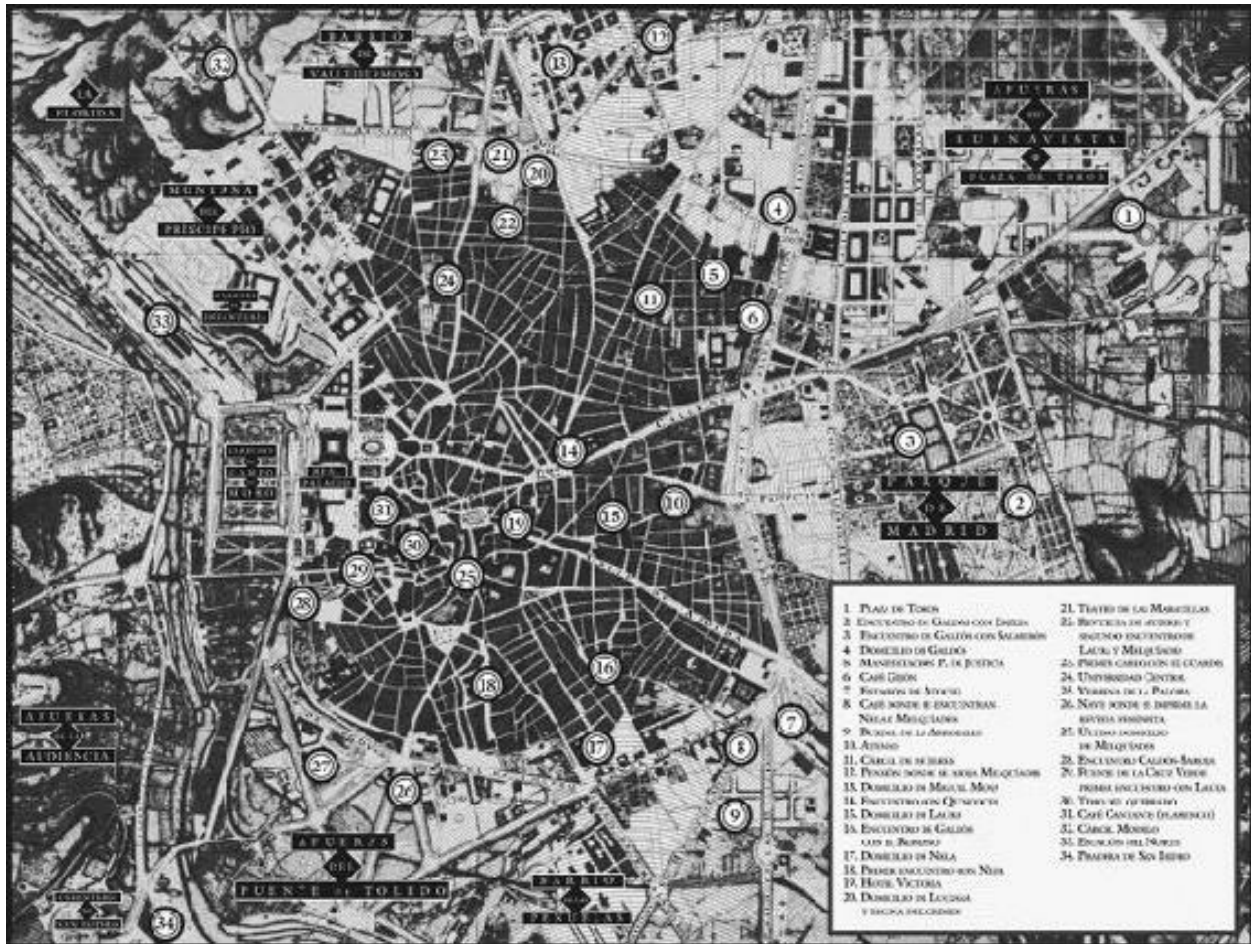
- ORTIZ-ARMENGOL, Pedro, *Vida de Galdós*, Barcelona, Crítica, 2000.
- PARDO BAZÁN, Emilia, «La educación del hombre y de la mujer. Sus relaciones y diferencias», *Nuevo Teatro Crítico*, 2, 22 de octubre de 1892, pp. 14-82.
- , *Insolación*, Madrid, Cátedra, 2005.
- , *Miquiño Mío. Cartas a Galdós*. Edición de Isabel Parreño y Juan Manuel Hernández, Madrid, Turner, 2013.
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *La batalla de los Arapiles*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.
- , *El crimen de la calle de Fuencarral. El crimen del cura Galeote*, (prólogo de Rafael Reig), Madrid, Editorial Lengua de Trapo, 2011.
- PETIT CALVO, Carlos, «La célebre causa del crimen de Fuencarral. Proceso penal y opinión pública bajo la Restauración», *Anuario de historia del derecho español*, 75, 2005, pp. 370-411.
- ROCHA, Servando, «Pío Baroja en busca de Jack el Destripador», *Agente Provocador*, 2017, <https://www.agenteprovocador.es/publicaciones/baroja-en-busca-de-jack-el-destripador>
- ROMERO, Eladio, *Garrote vil*, Madrid, Editorial Nowtilus, 2014.
- VELARDE FUERTES, Juan, «Los índices de precios en España: una primera aproximación», *Estadística Española*, 42, 145, 2000, pp. 43-58.

Otras fuentes consultadas:

- FONS, Angelino, *La huella del Crimen*, serie de Radio Televisión Española, 1985.
- PALOUZIE, José, Plano de Madrid, Fundación Juan March, 1886.
- Plano de Madrid en alemán, *Meyers Konversations-Lexikon*, 1888.

Nota

[1] Este párrafo ha sido copiado literalmente del episodio «Cánovas», inserto en la quinta serie de los *Episodios nacionales*, por lo que tiene de extraordinaria mimesis con la novela que nos ocupa y como un homenaje más al gran Galdós dentro de la misma.



- | | |
|---|--|
| 1. PLAZA DE TOROS | 21. TIEMPO DE LA MARQUELA |
| 2. ENCUENTRO DE GALILEO CON DURAN | 22. BUENAS DE AMERICA Y SIGONA ENCUENTRO LAZAR Y MEXICANOS |
| 3. ENCUENTRO DE GALILEO CON SALAMANCA | 23. PRIMER CASO CON EL CORON |
| 4. DOBUELO DE GALILEO | 24. UNIVERSIDAD JUSTO |
| 5. MANIFIESTOS P. O. JUSTICIA | 25. VIGILANCIA DE LA PALABRA |
| 6. CASO GONZALEZ | 26. NUESTRO MUNDO O DAME LA AYUDA SIGONITA |
| 7. ESTADOS DE AMERICA | 27. ULTIMO DOBUELO DE MEXICANOS |
| 8. CASO MONTE E ENCARNACION NIEHA MEXICANOS | 28. ENCUENTRO GALILEO-BARBA |
| 9. BUENAS DE LA AMOROSIDAD | 29. FRENTE DE LA CATEDRAL PRIMER ENCUENTRO CON LAZAR |
| 10. ATENIDO | 30. TIEMPO DE SEBASTIAN |
| 11. CASO DE SEBASTIAN | 31. CASO GONZALEZ (DAMASCUS) |
| 12. FRENTE DONDE SE VENTA MEXICANOS | 32. CASO MONTE |
| 13. DOBUELO DE MEXICO MEXICO | 33. ESTADOS DE AMERICA |
| 14. ENCUENTRO CON QUINCEAVOS | 34. FRENTE DE SAN JERONIMO |
| 15. DOBUELO DE LAZAR | |
| 16. ENCUENTRO DE GALILEO CASO DE BURROSA | |
| 17. DOBUELO DE NOLA | |
| 18. PRIMER ENCUENTRO CON NOLA | |
| 19. HOTEL VICTORIA | |
| 20. DOBUELO DE LUCINDA Y SIGONA DEL CRISTO | |

Un episodio nacional

Carlos Mayoral

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de portada: © Planeta Arte & Diseño

Imagen de portada. © Neil Denham / Trevillion Images

Mapa del interior: © Manuel Calderón

© Carlos Mayoral, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial

de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-670-5558-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es